

TrAmA
FEDERAL

ut
za
p
H
B
D
C
K
S
P
R
A
B
J
U
F
S
W
Z
M
O
Q

“De cada cosa un poquito”

Prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino

*Andrea Bocco
Natalia Crespo
Carlos Hernán Sosa
(Directores)*


EDITORIAL
UADER


EdUNaF

TrAmA
FEDERAL

“De cada cosa un poquito”

Prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino

EDITORIAL  UADER



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ENTRE RÍOS

Abog. Luciano Filipuzzi
RECTOR

Esp. Ing. Rossana Sosa Zitto
VICERRECTORA

Lic. Raúl Rousseaux
SECRETARIO DE INTEGRACIÓN Y COOPERACIÓN

Dra. Alfonsina Kohan
DIRECTORA EDITORIAL UADER

UNIVERSIDAD NACIONAL DE FORMOSA

Esp. Augusto César Pármeter
RECTOR

Dr. Emilio Grippaldi
VICERRECTOR

Mgr. Alberto Barboza
SECRETARIO GENERAL ACADÉMICO

Mgr. Marisa Estela Budiño
RESPONSABLE DE EdUNaF

TrAmA
FEDERAL

“De cada cosa un poquito”

Prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino

Andrea Bocco
Natalia Crespo
Carlos Hernán Sosa
(Directores)

EDITORIAL  UADER



“De cada cosa un poquito”: prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino / Andrea Bocco... [et al.]; Director Andrea Bocco; Natalia Crespo; Carlos Hernán Sosa. - 1a ed - Formosa: EdUNaF; Paraná: Editorial de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-48148-9-0

I. Crítica de la Literatura Argentina. 2. Periodismo Cultural. I. Bocco, Andrea II. Bocco, Andrea, dir. III. Crespo, Natalia, dir. IV. Sosa, Carlos Hernán, dir.

CDD 860.9982

© Andrea Bocco, Natalia Crespo, Carlos Hernán Sosa, 2023.

©EDITORIAL UADER

©EDITORIAL EdUNaF

Editorial UADER

Diseño Gráfico: Alfredo Molina

Edición y corrección: Vanesa Borgert, Dana Rodríguez

Editorial EdUNaF

Mgr. Marisa Estela Budiño



Razón social: UADER/Editorial UADER
Avda. Ramírez 1143, E3100FGA
Paraná, Entre Ríos, Argentina
editorial@uader.edu.ar
www.uader.edu.ar



Razón Social: Editorial de la Universidad Nacional de Formosa.
Avenida Gutniski, 3200
Formosa, Argentina
editorialunaf@gmail.com

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

PRÓLOGO

Cada vez que inauguramos una colección no solo se amplía y enriquece nuestro catálogo, sino que también se suman otros lectores y emergen renovadas miradas sobre una porción del mundo en que vivimos. Numerosos factores se conjugan para echar a andar un libro y generar nuevos diálogos con aquellos que se acercan a sus páginas.

Estas son nuestras expectativas con *Prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino*, título que da inicio a la colección “Trama Federal”. Encontramos en este volumen un vasto recorrido por la estrecha relación entre periodismo y literatura en la prensa argentina del siglo XIX y principios del XX, en un minucioso trabajo de sus autores que ponen a la luz y dejan entrever posicionamientos críticos sobre escritores que han publicado en distintos periódicos y/o semanarios a lo largo de sus trayectorias en el período estudiado. Los diecisiete ensayos que integran este volumen dirigido por Natalia Crespo, Andrea Bocco y Carlos Hernán Sosa denotan una escritura plena de matices y significaciones que contribuye a ampliar el conocimiento del sistema literario argentino.

“Trama Federal” no solo viene a construir nuevos vínculos entre autores y lectores, sino que institucionaliza doblemente un nuevo espacio editorial: el de las publicaciones de la Red Interuniversitaria de Estudios de las Literaturas de la Argentina, por un lado; y por el otro, el de la colección compartida que asumimos entre dos editoriales universitarias hermanadas en una misma misión: la Editorial de la Universidad de Formosa (EDUNAF) y Editorial UADER.

Esp. Augusto César Pármeter

Rector Universidad Nacional
de Formosa

Abog. Luciano Filipuzzi

Rector Universidad Autónoma
de Entre Ríos

PRELIMINAR

Liliana Massara

Universidad Nacional de Tucumán

De utopías y realidades

Los bienes culturales que se producen en nuestro país son inabarcables por extensivos y diversos, dada la conformación geográfica del territorio que permitió el cruce de culturas, el mestizaje cultural –continúa haciéndolo–, no solo entre continentes, sino internamente, capitalizado por las fronteras vinculadas con los cuatro puntos cardinales y el puerto en el Río de la Plata. También incide una constante inmigración cultural –posicionada en los años 90– potenciada en el presente por la globalización y el “reinado” de las redes que unen los lugares más lejanos, mediante el avance de las telecomunicaciones, situación que nos vincula como individuos y remite a la circulación de identidades culturales.

Nos definimos por la diversidad, lo que incluye, obviamente, singularidades propias, resultantes de las coordenadas “geoculturales” que se establecen asiduamente. Razón que, en su momento, nos llevó a reflexionar acerca de las “regiones culturales” devenidas innovaciones del pensamiento teórico-crítico en las últimas décadas del siglo XX, postulando lecturas alejadas de conceptos tales como “regionalismo literario” que se promulgaron, sobre todo, con el Centenario a partir de 1910. Este tipo de categorías constituyeron paradigmas específicos para las regiones, que acataron las normas impuestas por el centro porteño, con un orden hegemónico “nacionalista” dispuesto a fortalecer los conceptos de nación ante tanta

disgregación identitaria, producto de la inmigración y del progreso que avanzaba sobre Buenos Aires.

La evolución histórico-cultural es inevitable, así en los años 60 y, sobre todo, a partir de los 80 y 90 del siglo XX, nuevos criterios del pensar cuestionan los mandatos hegemónicos del Centenario. Hay una patria que quiere ser visible y no recortada por políticas de Estado y de mercado, que reinterpreta las dinámicas identitarias propias de contaminaciones culturales que entran en diálogo a través de fronteras geográficas. Estas, sumadas a los impactos de la globalización y de las redes, resultan procesos disidentes, mediante posiciones conceptuales como lo “glocal”, por ejemplo, cuyas implicancias rechazan ciertas posturas naturalizadas por ideologías centralistas, que consideran a las provincias (NOA y NEA, particularmente) lugares que abastecen desde sus localismos la permanencia de la tradición. En consecuencia, se desarrolla un *locus* confrontativo, modificando paradigmas y binarismos mediante otras perspectivas de la mirada sobre la región cultural como objeto de estudio.

El arte y el hacer literario de estas “zonas” inician un factor de cambio: se revelan otros formatos escriturarios y estéticas que propician nuevos caminos y búsquedas para diferenciarse, no con el silencio, sino mediante prácticas y voces gestionadas desde las instituciones con los aportes de manifestaciones educativas, reorganizaciones de planes de estudio, y con un soporte teórico-crítico solvente y riguroso, surgido desde las propias universidades regionales relacionadas no solo con posiciones y miradas europeas, sino con aristas del pensamiento latinoamericano. Desde allí, emergen otros planteos, devenidos subjetividades diferentes en consonancia con las identidades espacio/temporales y los nuevos procesos del pensamiento sobre el arte y la literatura en sus “zonas”. Voces que conducen a operar con otras lógicas, considerando la posibilidad de dejar de ser “domesticados” por fuerzas hegemónicas y batallar a partir de un pensar teórico-crítico “lugarizado” y no colonizado.

Recuerdo que las primeras propuestas de cambio de actitud ante el objeto región, se manifiestan entre 2008-2010, cuando la Mag. Amelia Royo (Universidad Nacional de Salta) participaba, a colegas del área de la literatura argentina, sus deseos de visibilizar la cultura del NOA con un conjunto de propuestas en las que ya se gestaba el trabajo académico en red. A ello aportaron también los diálogos con la Dra. María Esther Gorleri (Universidad Nacional de Formosa), que por ese entonces –y aún durante el Congreso de Literatura Argentina en Chaco (2011)– sonaban utópicas. Junto a estas experiencias iniciales, necesito aludir también a la labor pionera de los doctores Marta Castellino, Hebe Molina, Gustavo Zonana y Fabiana Varela, quienes desde la Universidad Nacional de Cuyo a principios de los 2000 generaron un espacio académico (las Jornadas Nacionales “Literaturas de las Regiones Argentinas”) en el que pudimos discutir y compartir muchas de las preocupaciones, entre otras cuestiones, por la configuración y circulación de las producciones no metropolitanas.

A mi memoria llegan los resultados del PROHUM-UNJu (2010) cuya responsable de este proyecto fue la Dra. Alejandra Nallim, causa-efecto de una preocupación central que giraba alrededor de cómo fomentar la investigación sobre la literatura de Jujuy y del NOA. A posteriori, comenzó a pensar de qué modo ligar este proyecto a una red interprovincial, interinstitucional e interuniversitaria que aborde las problemáticas de las literaturas locales y abarque otras microrregiones a fin de realizar cruces y afianzar un colectivo literario que se proyecte en la educación de nivel secundario y superior.

Estas fueron las bases que sentaron y luego consolidaron la apertura de nuevos horizontes para expandir ese proyecto que, entre sus principales objetivos, proponía:

- sistematizar los estudios de las literaturas locales,
- revisar y renovar perspectivas teórico/críticas,

- promover estos estudios en el nivel superior,
- analizar los productos estético/literarios y su posicionamiento frente a la tradición, investigando y verificando los procesos de ruptura y continuidad de las literaturas,
- publicar los avances y resultados.

En simultáneo a estas fechas, las cátedras de Literatura argentina de Jujuy y de Tucumán ya dictaban materias optativas cuyas problemáticas se centraban en la cultura del NOA, antesala de todo lo que llegó a través del PROHUM y el Simposio de Literatura del NOA en Tucumán (2011). Todos ellos fueron momentos que dieron el empuje a que se materializaran estos deseos de establecer una red de docentes e investigadores comprometidos con la literatura y la cultura del NOA, intentando evitar fuerzas reduccionistas y abordando otros contactos y tareas interprovinciales e interinstitucionales, que se concretaron mediante la responsable dedicación que tuvimos para acompañar el proyecto de la Dra. Nallim, la Dra. Raquel Guzmán desde Salta y quien escribe esta especie de breves memorias, Liliana Massara desde Tucumán. Además, el apoyo brindado en esos momentos por las autoridades de la Universidad Nacional de Jujuy desde donde partieron estas “prácticas utópicas” a través de la colaboración de la vicedecana, Dra. Mercedes Fumagalli y del Mag. Lucas Perassi, como también el brindado por las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán, a través del vicedecano Santiago Bliss, cuando en 2018 hicimos las Jornadas de RELA en Tucumán.

A más de 12 años recorridos, aquella utópica idea de construir una red interprovincial se hizo realidad y se consolida mediante la colaboración de los colegas, descentrando prácticas, con respuestas gratificantes y motivadoras para continuar trabajando, identificándonos por medio de la Red Interuniversitaria de Literaturas de la Argentina (RELA). Su bautismo se concretó en el marco de seminarios que dictaron en la Universidad Nacional de Formosa en 2012, las

doctoras Hebe Molina (Mendoza), Raquel Guzmán (Salta), Alejandra Nallim (Jujuy) y la licenciada María Inés Laboranti (Entre Ríos).

Este presente nos encuentra con un crecido grupo de docentes e investigadores que abren el juego al diálogo con corpus literarios diversos, estableciendo posibles series que complementan los engranajes del polisistema literario argentino, ampliando el saber que determina, establece y federaliza una cartografía “geocultural” que complejiza y, a la vez, enriquece el conocimiento de nuestros bienes culturales dentro y fuera de las fronteras. Pero, además, cumplen otro sueño: el de iniciar la publicación de un proyecto colectivo con la edición conjunta de una serie de varios volúmenes con ensayos teórico/críticos, mediante el trabajo de coedición entre la Universidad Autónoma de Entre Ríos (UADER) y la Universidad Nacional de Formosa (UNaF). Este es el primer volumen que ahora ve la luz.

El índice temático, que da cuenta de los objetivos antes mencionados, muestra la configuración de un espacio cultural que se fue construyendo en el siglo XIX, desde lugares intelectuales específicos. Este volumen realiza una apertura del campo del saber a través de un corpus conformado por exponentes del dinamismo cultural de una época. Permite acceder a un acontecer que fue reflejando y argumentando identidades culturales posibles desde la ciudad de Córdoba; o, desde la amplitud de un corpus con asiento en el periodismo, a partir de reflexiones sobre las relaciones con la Literatura Progresista, en Chile, a través de la óptica de Vicente Fidel López; o las exploraciones de la prensa de “entre siglos” y los sentidos de la ubicuidad mediante las prácticas itinerantes de Goycochea Menéndez; o el uso peculiar de la lengua en la voz del Padre Castañeda en los periódicos y los usos de la ficción desde escritores no migrantes de la Capital Federal; o los escritos en el diario *La Prensa* de Ada María Elflein donde se muestran los procesos de legitimación; o las relaciones entre literatura y periodismo en Gerchunoff; o los procesos de territorialización en las geografías del desierto, analizadas desde etnias en tensión, entre otros.

Con estas breves anotaciones se muestra un andamiaje en movimiento que nos individualiza como “la RELA” y un sistema operativo de investigación y de divulgación de un grupo de pensadores que tienen pertenencia en ella, que teorizan con compromiso y rigor, haciendo visible el complejo mundo cultural que nos atraviesa como país.

INTRODUCCIÓN

Andrea Bocco
Natalia Crespo
Carlos Hernán Sosa

Avatares de una problemática cimarrona: prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino

Desde las primeras décadas del siglo XIX y hasta la Gran Guerra –el “largo siglo XIX”, en palabras de Eric Hobsbawm–, circularon por los diversos centros culturales de nuestro país publicaciones periódicas de lo más variadas: por sus temáticas y sus trayectorias; por sus programas facciosos o políticos; por sus modos de edición, de lo artesanal a la producción seriada; por sus propias materialidades, que determinaron extensiones y estructuras en el soporte papel; por los actores y públicos involucrados, presupuestos o deseados. El innumerable corpus conformado por periódicos, revistas, semanarios y sueltos, algunos de existencia efímera y otros que devinieron grandes empresas capitalistas vigentes hasta nuestros días, ocupó un lugar destacado cubriendo y, al mismo tiempo, instalando las demandas del público en los escenarios de consumo donde funcionaba como órgano de gestión cultural y política del largo siglo XIX.

El ámbito de la prensa, tan heterogéneo y polivalente, fue el laboratorio discursivo más fructífero para ensayar diferentes acercamientos a la literatura, considerando la interdependencia y porosidades que estas dos categorías van tramando en el período que nos ocupa.

En este sentido, resultan de especial interés las formas de imbricación discursiva, con sus innumerables cruces y préstamos, que se van arbitrando entre estas dos esferas de la vida cultural, durante la configuración particular de las publicaciones periódicas. En los derroteros compartidos, se fueron promoviendo, desde la prensa, divergentes concepciones en torno de lo que se entendía por literatura, las figuraciones autorales, las representaciones de los consumidores. Es decir, se iban perfilando así dinámicas autosuficientes que, en el largo aliento, alcanzarían una intersección de coordenadas para delinear la emergencia de campos literarios en diferentes centros culturales del país, conforme a los espesores variables y no sincrónicos del proceso de modernización cultural latinoamericana.

A partir de 1990 y hasta la actualidad, (aunque con una notoria reducción en la última década), un grupo de académicos afincados en diversos ámbitos del país y provenientes de distintas generaciones de investigadores instaló lo que podría considerarse hoy como la más reciente revisión sistemática, para repensar las formas de producción y circulación de discursos en la Argentina decimonónica, de la relación entre prensa y literatura¹. Luego, una notable merma en los estudios dedicados al siglo XIX deja su huella hasta el presente, frente al privilegio de otras zonas del campo que han venido creciendo con mayor ímpetu, especialmente las que se detienen en las literaturas de fines del siglo XX y comienzos del XXI.

Cuando se revisa el conjunto de los estudios críticos que, en aquel momento, se dedicaron al análisis de las complejas relaciones que atraviesan las prácticas y discursos vinculados a la prensa y la literatura en el largo siglo XIX, pueden identificarse zonas diversas.

1 Entre los críticos que, durante estos años, profundizaron los estudios sobre prensa y literatura en el siglo XIX argentino hay que mencionar a Eduardo Romano, Paulina Brunetti, Hebe Molina, Sylvia Saítta, Fabiana Varela, Andrea Bocco, César Díaz, Hernán Pas, Carlos Hernán Sosa, Claudia Román, Alejandra Laera, Graciela Batticuore, entre otros.

En principio, es innegable que algunos trabajos han continuado consolidando un nicho con tradiciones ya legitimadas que, aunque con variaciones en sus matices críticos, acota el estudio de los vínculos entre prensa y literatura al campo de la vida cultural porteña. Lejos de advertir el recorte de un corpus, eminentemente situado y restringido por las variables propias de su circunstancia sociohistórica regional, estos estudios a menudo continúan abonando el presupuesto de que ese campo sería el único posible para examinar los debates de dicha problemática. Por otro lado, desde encuadres que focalizan experiencias periféricas y periferizadas, otro sector de los aportes críticos se ha detenido en analizar experiencias semejantes en diversos ámbitos de gestión cultural del país (Córdoba, Mendoza, Tucumán), en una apuesta que no solo revierte la mirada crítica sino que, sobre todo, complejiza las alternativas para mapear una heterogeneidad más palpable que aquella que las políticas editoriales y críticas metropolitanas han querido reconocer.

El volumen que aquí presentamos tiene como propósito continuar afianzando los lugares de enunciación crítica y política donde logren descentrarse los presupuestos que, desde algunos ámbitos del campo de la crítica, se han instalado como alternativas unidireccionales en los estudios de prensa y literatura decimonónicos, con una serie de convenciones –sobre los encuadres teóricos, la canonicación de un corpus y las potencialidades de estudio–. Este propósito deviene, además, de los ejes que articulan el trabajo, sostenido desde hace varios años, por docentes e investigadores de todo el país dedicados al estudio de las literaturas argentinas y nucleados en la RELA (Red Interuniversitaria de Estudios de las Literaturas de la Argentina). *De cada cosa un poquito. Prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino* es un primer mojón en la sistematización de las discusiones y posicionamientos que impulsan esta Red².

2 Todos los artículos incluidos en este libro atravesaron un proceso de referato mediante el sistema de doble ciego. Agradecemos enormemente a los y las colegas que han oficiado de evaluadores.

A los fines de canalizar mejor algunas líneas de sentido que modulen ingresos posibles al libro, hemos considerado productivo dividir las contribuciones en secciones.

La primera sección, “Miradas facciosas, exilios, cautiverios y errancias”, parte de la “figura” (recuperando la noción de Erich Auerbach) del Padre Castañeda para detenerse en su lengua y los atributos que le da a la ficción en sus hojas periódicas. Allí, Mónica Bueno señala el lugar inaugural de esta escritura que desde lo “criollo” –en el sentido que Mabel Moraña le asigna a este término– trama prensa, educación, humor, novedad lingüística y recursos ficcionales para construir una posición contrahegemónica. Desde una operación de lectura metacrítica, la autora entra en diálogo con los aportes recientes de Cristina Iglesia, Fabián Herrero y Claudia Román para hacer una revisión crítica y situar su mirada relacionamente. En este punto, puede problematizar una serie de artilugios encarados por el sacerdote, a lo largo de su polifacética y polifónica actividad periodística, que resulta significativa para la historia del periodismo decimonónico rioplatense: la posibilidad de fundar una literatura desde la escritura periodística, las tensiones insolubles entre opinión pública y prensa facciosa, el afianzamiento de la polémica como gestora de la enunciación del diarismo, entre otros.

La producción de Vicente Fidel López en *El Progreso* de Chile llega de la mano del artículo de Hebe Molina para evidenciar cómo, desde su decisiva condición de emigrado y a través de diversas formas periodísticas, construye su noción de “Literatura Progresista” (que la autora explica en detalle recurriendo a diversos paratextos del propio López). Se profundiza el análisis de “Revoluciones americanas en su relación con los elementos sociales: Revolución argentina” (*EP*, del 24 de enero al 7 de febrero de 1843), donde el periodista echa su mirada crítica sobre la tensión entre unitarios y federales y también otras consideraciones sobre las masas; y en *Alí-Bajá* (*Cuadro de Mr. Monvoisin*), una novela histórica corta que se publica sin firma de autor (*EP*, 21 y el 29 de marzo de 1843), en la que aparecen las concepciones sobre el tirano y el binomio civilización-barbarie.

Molina lleva a cabo una operación de lectura que contrapuntea con Sarmiento y demuestra que *Facundo* recupera y asume (sin declararlo) las consideraciones que López sustenta en los artículos abordados.

Del exilio de la lengua oficial (y de la tradición literaria) al político, llegamos al doble exilio del cautiverio en el texto de María Laura Pérez Gras. El sinuoso camino que las memorias de Santiago Aven-
daño han recorrido es abordado aquí específicamente a partir de la primera (y decisiva) censura efectuada sobre el manuscrito del excautivo por Miguel Navarro Viola en la *Revista de Buenos Aires*. Desde los recortes, mutilaciones y alteraciones del original se pone la lupa sobre las operaciones de la prensa decimonónica y el Estado en relación con la cuestión de la frontera interior. Recupera Pérez Gras nociones de cuño propio, como “relato de cautiverio”, para observar el modo en que este género fue marginado tanto del corpus literario de la época como de la posibilidad de incidir en la construcción de la identidad nacional, a partir de la prohibición del contacto interétnico diseñada por los sectores dominantes pretendidamente blancos.

La errancia aparece en el texto de Cecilia Corona Martínez que cierra esta sección, en el que examina la obra del cordobés Martín Goycochea Menéndez (1877-1906). A partir de una revisión de la crítica argentina y paraguaya (dado que este escritor residió en este país hermano), contrasta las consideraciones que ambas despliegan y, desde ahí, la necesidad de una reconsideración sobre este poeta y periodista errante. Su seudónimo “Lucio Stella” aparece en gran parte de su actividad escrituraria y es con el que se inicia en su ciudad natal. Su producción comienza adscripta al modernismo desde sus versos (*Poemas Helénicos*, Córdoba, 1899) y sus colaboraciones en una revista de Buenos Aires, *El Mercurio de América*. En 1901 se incorpora a la redacción de *La Patria* de Asunción y desde allí incidirá en el sistema literario paraguayo. Corona Martínez señala que en esta residencia Goycochea Menéndez retoma una vieja preocupación por la guerra de la Triple Alianza y escribe, en clave regional pero desde la discursividad del “Arte nuevo” rubendariano,

rechazando la estética realista del nativismo. En esta etapa de su producción, que es además la final, se observa una deriva de su postura americanista orientada hacia una reivindicación histórico-política de los “héroes” paraguayos, a partir de la cual recupera la mirada crítica de varios letrados argentinos anteriores (Alberdi, Guido Spano, Andrade).

“En concordancia con un proceso de modernización de la prensa periódica, en el último tercio del siglo XIX se desarrollan una serie de proyectos periodísticos que tienen a las mujeres como sus principales destinatarias”, propone Gabriela Boldini en su artículo “María Eugenia Echenique: *una monja emancipista*. Escritoras de provincia en la prensa porteña de fines del siglo XIX”. Justamente, en la segunda sección del libro, se abordan textos de cuatro escritoras que, entre 1870 y 1918, desarrollaron producciones literarias a través de diarios y revistas, y desde diversos puntos del país y de América Latina. María Eugenia Echenique (1851-1878) desde Córdoba, la salteña Juana Manuela Gorriti (1818-1892) desde Perú, Eduarda Mansilla (1834-1892) y Ada Elflein (1880-1919) desde Buenos Aires hallaron en la prensa un espacio a través del cual esgrimir sus primeras armas literarias, cuando no sus carreras enteras como periodistas y escritoras.

A partir de las reflexiones de Silvia Molloy sobre poses autorales (“toda pose representa un gesto político y cultural, responde a una dinámica teatral en la que convergen simulación y espectáculo”), el artículo de Gabriela Boldini analiza las diferentes configuraciones de autora –la pose de escritora cívica y la de escritora cristiana– que adopta María Eugenia Echenique para construir una voz propia en la prensa a lo largo de la década de 1870, época considerada aquí como un punto de inflexión en la sociedad cordobesa: durante esos años se sientan las bases de un incipiente proceso de modernización y laicización del Estado que se consolidaría hacia 1880. Echenique, propone Boldini, enuncia desde un lugar doblemente periférico: en tanto escritora pública, y desde el interior del país.

Prestando especial atención a lo que llama “las marcas de localía” de esta escritura y tras un minucioso trabajo con los textos, Boldini demuestra que estos escritos aparecidos en *La Ondina del Plata*, habilitan una perspectiva singular y heterodoxa para analizar problemáticas de género desde una óptica regionalizada.

Por su parte, Marina Guidotti se aboca a la lectura e interpretación de algunos artículos periodístico-literarios de Juana Manuela Gorriti y de Eduarda Mansilla a partir del eje afectos-ciudad-autobiografía. Su propuesta es leer este material como manifestaciones discursivas que dan cuenta de una perspectiva ideológica, política y literaria, pues articulan lo histórico con lo social y lo cultural, y permiten entender el sistema de valores, creencias y afectos de las sociedades de las que surgen. Desde este núcleo de convergencia de lo afectivo, lo urbano y lo autobiográfico, se analizan los textos “Impresiones del dos de mayo” (1868), “Recuerdos del dos de mayo” (1868) y “Las dos madres” (recopilado en el Tomo II de la edición de las *Obras completas* de Gorriti a cargo de Alicia Martorell) en los que la escritora salteña relata, sucintamente, la resistencia y la lucha del pueblo peruano para repeler el ataque de la escuadra española ocurrido el dos de mayo de 1866. Con esta misma perspectiva son leídos los artículos “Una visita a la penitenciaría”, “Confidencias musicales” y “El gran baile del Progreso. Date Lila”, recopilados por Guidotti en su edición de los *Escritos periodísticos completos* de Eduarda Mansilla. También sobre la lectura de artículos recopilados en esta edición versa el texto de Milagros Rojo Guiñazú, en el que se revisan brevemente algunas cuestiones en la obra de prensa de Eduarda Mansilla: la imbricación de lo íntimo, lo religioso y lo político, la preocupación –no solo rastreada en Mansilla, sino recurrente también en todas estas escritoras– en torno a la educación de las mujeres. Debido a sus percepciones socioculturales aristocráticas, concluye Rojo Guiñazú, muchas de las ideas de Mansilla resultan controversiales para fines del siglo XIX: su mirada conservadora en torno a varios hechos políticos de su actualidad, su cuestionamiento a la emancipación de las mujeres, su persistente defensa del catolicismo.

Con aires laicizantes y una fuerte veneración hacia el Estado nacional y hacia sus símbolos, irrumpe en 1905 en el folletín dominical del diario *La Prensa* la narrativa de la escritora germano-argentina Ada María Elflein. Son los tiempos del Centenario, con su carga de optimismo en el progreso, su apuesta por la ciencia, la educación y la libertad de expresión. La modernización de la Buenos Aires que ha dejado de ser gran aldea, el aluvión inmigratorio, los frutos de la Ley N° 1420 (de Educación laica, gratuita y obligatoria) y el crecimiento exponencial del periodismo han generado un público lector que ahora se cuenta en millones. De diversas procedencias, recientemente alfabetizados y mayormente urbanos, estos lectores consumen los folletines de Elflein sobre temas tan variados como las luchas de la Independencia, la inmigración, el racismo, la pobreza y la vida en los conventillos. Nacionalizar para llegar a una homogeneidad que facilite la gobernabilidad, pero también entretener y denunciar, son los objetivos de estos textos recientemente rescatados de los archivos. En su artículo “La aliada: prensa y literatura en Ada Elflein”, Natalia Crespo analiza algunas aristas del vínculo entre prensa, literatura y género en una obra que ha sido canonizada y olvidada a partir de un estratégico reduccionismo que la encasilló, casi totalmente, en el mundo de la literatura infantil.

Si bien este volumen despliega una mirada desmetropolitanizada y gran parte de los artículos que lo componen se abocan a corpus de análisis procedentes de diferentes provincias, en la sección “Por un diarismo no (solamente) porteño” el tema resulta excluyente. Abre el minucioso panorama del desarrollo de la prensa durante el largo siglo XIX en Mendoza, que acerca Fabiana Varela, en un esfuerzo por establecer vinculaciones más allá del mapa provincial. La “visión de conjunto” aquí construida nos pone al corriente desde la llegada de la primera imprenta a Mendoza (1817) que acompaña al Ejército sanmartiniano, hasta la emergencia de un incipiente periodismo de empresa hacia fines del siglo XIX, con la publicación de *El Debate* (1890). En paralelo, el artículo nos presenta un exhaustivo relevamiento de la bibliografía crítica e histórica sobre la prensa en

la región de Cuyo, e integra los propios aportes en este campo que Varela viene realizando desde hace varias décadas. Además, este trabajo no pierde de vista el vínculo literatura-periodismo y lo vertebra a lo largo de toda su exposición.

La segunda ampliación del mapa se opera con el artículo “Alcides Greca/Guillermo Saraví: procesos de legitimación literaria y medios periodísticos. Construyendo un archivo”, que realizan en coautoría María Florencia Antequera, Matías Armándola y María Inés Laboranti. Reconstruyen la trayectoria periodística de estos dos escritores, van estableciendo los vínculos con sus producciones literarias y sopesando los lugares de estos actores en la vida cultural santafesina y entrerriana, junto a la impronta que dejaron en ellas. La noción de archivo –que retrabajan a partir de los aportes de Foucault, Farge, Chartier, Derrida y Antelo– se vuelve articuladora para pensar una sintaxis que permita leer el montaje de significaciones teórico-críticas. En palabras de los autores:

Los archivos contruidos a partir de la compulsión en periódicos provinciales, regionales o locales de comienzos del siglo XX permiten una relectura de la producción de juventud de escritores que los utilizaron: primero, como laboratorio de exploraciones formales y temáticas; segundo, como espacio denunciante ejerciendo un rol más definido en lo político y, en una tercera instancia, como circuito legitimante de la práctica literaria –de hecho, parte significativa de su obra fue primero publicada en estos espacios–.

Así, advertimos cómo irradia *El Mocoví* que Greca edita en su San Javier natal (entre el 1° de agosto de 1908 y el 15 de enero de 1909), en su film *El último malón* (1917) y en su novela *Viento norte* (1927). A su vez, en Saraví queda evidenciada la manera en que se retroalimentan su inserción en los medios periodísticos de Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires, y su legitimación como poeta.

Cierra esta sección el artículo de Alfonsina Kohan, que focaliza en la producción de Alberto Gerchunoff en su doble rol de periodista y escritor. La continuidad y coherencia entre ambas tareas de escritura es uno de los puntos que se profundiza. Se advierte la manera en que su postura ideológica se sostiene, siempre ligada a un compromiso con la denuncia de la injusticia y la discriminación, con la defensa de los derechos y la emancipación. Desde su adolescencia ingresa al campo periodístico y esas primeras narrativas en las que revisa la figura del inmigrante, el campo entrerriano y la identidad argentina serán fundidas en su obra más conocida: *Los gauchos judíos* (1910). En ese tránsito, Gerchunoff parte de una protesta contra la xenofobia (por ejemplo, su artículo “Al fin solos” de 1905, publicado en *El Argentino* de Chascomús, donde critica a Miguel Cané, quien acaba de fallecer), de una preocupación por la discriminación del pueblo judío que expone en sus textos en *La Nación* (1906), para llegar a una visión de interculturalidad que se dará, sobre todo, desde la década del 1910 en adelante. Este artículo, además, analiza en detalle el modo en que incidió en el proyecto intelectual y estético de Gerchunoff su desplazamiento hacia otros espacios argentinos, más allá de Buenos y Entre Ríos; tal el caso de Tucumán, donde dirige *El Mundo* en 1928. Finalmente, el análisis no deja de lado la ubicación de este escritor en el propio sistema literario argentino de la época: las redes que construye con Payró, Lugones, Leguizamón y hasta Mujica Láinez.

La siguiente sección reúne propuestas que reflexionan sobre la relación entre prensa y literatura a finales del siglo XIX, con énfasis en los procesos de profesionalización y las nuevas formas de consumo. De este modo, el periódico *La Carcajada*, fundado por Armengol Tecera en 1871, le permite a Andrea Bocco advertir los modos en que los procesos modernizadores se localizan y particularizan en la Córdoba finisecular. El artículo se detiene a reflexionar, fundamentalmente en las décadas del 1870 y 1880, sobre cuál es el lugar que este semanario ocupó en la cultura local, sus características particulares en momentos de modernización de la prensa y su posición en el sistema

periodístico-literario, que se puede deducir al ser pensado en un contexto nacional. Se acercan consideraciones sobre las posibilidades de subsistencia de la prensa satírica e ilustrada en el interior del país. En este punto, se lee *La Carcajada* en tensión con *El Mosquito* y se ahonda en las derivas del semanario de Tecera, que fluctúa entre los polos modernidad-tradicionalismo. La contribución cierra con un análisis sobre los usos del humor y el costumbrismo como elementos centrales para trabar una relación con su público lector, estrategia que le permitió subsistir treinta y cuatro años.

El folletín en Argentina es el objeto al que Hernán Pas le dedica sus páginas. Inicia su recorrido a mediados del siglo XIX para señalar cómo la incorporación de este género, si bien no desvía el peso de la política en la prensa, sí comienza a dar lugar a las crecientes demandas diversificadas del público. Esto se viabilizará, sobre todo, a partir de la relación entre folletines y causas célebres en la que la criminalidad rosista se narra en clave melodramática. De tal modo tendrá espacio e importancia en los periódicos, que aparecerá (por ejemplo en *La Tribuna*) la figura del folletinista contaminada con la del cronista. El punto de inflexión que Pas marca es la posterior aparición de la producción de Eduardo Gutiérrez puesto que, además del maridaje entre causa criminal y prosa periodística propia del género en nuestro país, *La Patria Argentina* incorpora las ilustraciones, elemento decisivo para su alianza con el público. Desde la perspectiva del investigador, este impacto de las imágenes penetrará incluso en el cine posterior; por ejemplo, la estampa final que acompañaba a *Juan Moreira* en el folletín, ilustrando su muerte por la espalda, será la misma escena con que Leonado Favio elegirá cerrar su versión fílmica de la novela de Gutiérrez en 1973.

El espacio que la crítica literaria alcanzó en el periodismo finisecular es uno de los propósitos que guía el artículo de Eduardo Romano. Para ello, se circunscribe a la figura de Ernesto Quesada y su producción: colaboraciones en la *Nueva Revista de Buenos Aires* (1881-1885) y en la *Revista Bibliográfica* (1881 y 1883). Destaca la mirada

latinoamericanista y federal que sostiene, mientras critica las condiciones de producción intelectual. Pasa revista por distintos artículos críticos de la *NRBA* en los que Quesada evalúa la literatura europea, la argentina y hasta la mexicana. En la incursión por la *Revista Nacional*, su condición de intelectual actualizado queda evidenciada en la lectura que realiza sobre los textos literarios. En el desarrollo de su análisis, Romano apunta al modo en que Quesada insinúa una “aceptable” crítica literaria que no elude criterios de carácter intelectual. Por ejemplo, al comentar las novelas *Quilito* de Carlos Ocantos y *La Bolsa* de Julián Martel, resalta el valor de ambas por el aporte que hacen a la problemática socioeconómica y no tanto la calidad de la trama literaria. Estas consideraciones implican el modo en que se enlaza su posición dentro del campo político y su condición de clase con su trabajo de crítico e intelectual. “Pero el país permanece sano, prósperas sus campañas; su producción de frutos agrícolas y pastoriles en aumento constante” es la cita de Quesada que se introduce para afirmar que, en ello, se asienta “el intelectual que ha estudiado economía y el estanciero que confía en las virtudes de la dirigencia”. Porque, finalmente, impone un juicio lapidario: ambas novelas se equivocaron por no entender que las Bolsas son la garantía de una circulación perfeccionada del capital y se dejaron seducir por el gusto del público.

La sección final del libro avanza sobre el análisis de un conjunto de discursividades que, en las tres primeras décadas del siglo XIX, continúan o proyectan problemáticas y discusiones vertebradas en la segunda mitad del siglo XIX. El artículo de Carlos Hernán Sosa aborda un estudio de caso sobre la ocupación territorial del Chaco, como instancia apendicular de los procesos de territorialización que el Estado moderno sistematizó en el país, con mayor compulsividad, desde 1879. Para ello, se contrasta el modo en que tres autores (Domingo Astrada, Otto Asp y Federico Gauffin) reponen a través de escrituras muy disímiles (una memoria de factura ecléctica, un informe técnico y dos novelas) la participación en una experiencia común como expedicionarios al Pilcomayo en el año 1903. El texto,

por un lado, marca las estrategias discursivas que en cada caso definieron aspectos sensibles: justificar públicamente el “sacrificio” en la colonización de la zona, en la memoria reivindicadora de Astrada; cumplir con las demandas del informe requerido por el gobierno nacional, sobre la navegabilidad del Pilcomayo y los problemas limítrofes en la región, en el caso del ingeniero Asp; y la relectura que hacia 1930, habiendo transcurrido un tiempo importante, acercan las dos novelas de Gauffin ya en los carriles indiscutibles de la literatura. Por otro lado, se abordan las temáticas transversales a estas discursividades: las tensiones étnicas, la figuración del espacio, la mirada pro civilizatoria de la ocupación territorial.

En la contribución de Martín Servelli, “Excursiones periodísticas: crónica de una investigación sobre la prensa de entre-siglos”, mediante la metáfora del viaje el autor ofrece un recorrido autorreflexivo sobre su travesía como investigador y crítico abocado al estudio de zonas desatendidas de la prensa porteña de entre siglos, que culminó en gran medida en la publicación del libro *A través de la República. Corresponsales viajeros en la prensa porteña de entre-siglos (XIX–XX)* (2018). La focalización en determinados textos que se ofrecieron originalmente para la prensa, desde la tarea profesionalizada de autores que (des)articulaban las figuras del periodista, del *réporter* y del corresponsal viajero –Roberto J. Payró, Fray Mocho, Alberto Ghirardo, Ada María Elflein, Juan José de Soiza Reilly, Roberto Arlt, Manuel Bernárdez, entre otros–, le permite a Servelli problematizar distintas esferas. Por un lado, indaga cómo el viaje hacia el interior del país coadyudaba a la homogenización imaginaria de la nación, cuestión central en el contexto sociohistórico previo y contemporáneo al Centenario. Por otro lado, reconoce la gama de tensiones irresueltas, en el campo de la profesionalización de la prensa porteña del momento, entre formas modernizantes y resabios facciosos, entre las finalidades informativas y las literarias, etc. También en relación con las prácticas del diarismo de comienzos del siglo XX, en este caso interrogando a la prensa como lugar neurálgico para rastrear modos de inscripción en la opinión pública,

puede entenderse el aporte de Paulina Bunetti. Con una mirada focalizada en dos diarios con trayectorias ideológicas contrapuestas –*La Voz del Interior*, de raigambre anticlerical, y *Los Principios*, de inscripción católica–, la autora analiza el modo en que la presencia del teatro y otros espectáculos de índole comercial permiten instalar un debate sobre la moral que ambos periódicos abonan en su disputa por el consumo y el adoctrinamiento del público cordobés. Mediante un rastreo de las opiniones vertidas sobre los temas mencionados, el artículo logra destacar cercanías entre ambos diarios –en relación, por ejemplo, con ciertas pervivencias comunes aristocratizantes sobre los consumos culturales– y subrayar las inevitables disonancias. Este último caso resulta visible en el rechazo de *Los Principios* hacia producciones, en general representativas del género chico (zarzuelas, sainetes, etc.), que desde sus propias particularidades teatrales problematizaban lo popular, situación contrapuesta a las ideas más ambivalentes y, de a ratos, partidarias de una democratización cultural por las que *La Voz del Interior* decidió apostar. Todo ello en un contexto ideológico complejo, donde puede interpretarse dichas polémicas como caja de resonancia de controversias que orbitaban desde el afianzamiento del catolicismo argentino y la emergencia de sectores progresistas de la política cordobesa durante las décadas de 1920 y 1930.

Considerando las apuestas críticas en juego, nos parece destacable la diversidad de miradas y objetos de estudios que el volumen recoge y cuyo estudio alienta, al reponer vínculos entre producciones canónicas y marginales, recuperando autoras y autores poco transitados por la crítica, al validar trayectorias y problemáticas no instaladas como temas de investigación. En suma, al favorecer así la recomposición de perspectivas más complejas sobre prácticas y discursos donde se fueron diagramando los nexos entre prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino, con toda su gama de disonancias y asincronías procesuales.

Por último, creemos que el título elegido sintetiza bien el itinerario aquí propuesto. *De cada cosa un poquito* fue el nombre de un periódico publicado por Luis Pérez, en Buenos Aires, del 17 de julio al 10 de octubre de 1831. La voz socarrona de Pérez, un referente que consideramos representativo para pensar muchas de las problemáticas sobre el vínculo entre prensa y literatura, anticipa varios de los núcleos duros de la escritura decimonónica (la tensión entre oralidad y escritura, la polémica, la escritura como arma, el cruce entre literatura y política y la diversidad discursiva) que aparecen y se discuten en este libro. Con esa cadencia desafiante que es a la vez lema e invitación –atrevidos como pocos–, les convidamos su lectura:

Impostores, cuidadito,
Si no quieren que les diga,
De cada cosa un poquito.

**Miradas facciosas, exilios,
cautiverios y errancias**

La prensa del Padre Castañeda: el uso de la lengua y la forma de la ficción

Mónica Bueno

Universidad Nacional de Mar del Plata

En el inicio de su libro *Figuras*, Erich Auerbach señala: “La palabra figura, cuya raíz es la misma que la de fingere, figulus, factor y effigies, significa originalmente ‘imagen plástica’” (1998: 43). A partir de esa definición, desarrollará su historia conceptual. En las conclusiones de ese recorrido, subraya que su trabajo muestra cómo una palabra puede penetrar en una situación histórica y derivar de ella estructuras que mantienen su vigencia durante mucho tiempo. En ese sentido, el Padre Castañeda tiene los atributos que el concepto reclama: él es una figura para su época y el relieve de su imagen continúa en el tiempo. Es más, las semblanzas sobre Castañeda son indicativas de esa resonancia. Uno de sus biógrafos, Adolfo Saldías, en el comienzo de su libro, pone en valor la figura con atributos que refieren la relación política y social por la cual un ser humano se distingue –tiene relieve para seguir con el concepto de Auerbach– de su comunidad. Saldías, siguiendo la huella romántica del género, remarca:

Nunca se realzan más las virtudes, los talentos que cuando se aplican en beneficio de la patria. La esencia misma de las unas, el concepto elevado respecto de los otros, exigen tal aplicación para que no queden perdidos como preciosos dones de los cuales nadie aprovechó [...]. La posteridad recoge estos ejemplos y los señala a la consideración pública. El hombre que da tema a este trabajo, es uno de los hermosos ejemplos de la aplicación del pensamiento y

de la acción eficiente en la obra de la regeneración social argentina, que se inició a raíz de la revolución del 25 de mayo de 1810. Era fray Francisco de Paula Castañeda un espíritu altruista, movido por entusiasmos de niño y por grandes alientos de patriota abnegado y convencido. (1907: 7-9)

Para Saldías, el dispositivo romántico de la biografía de un hombre notable se configura a partir del concepto de “patria” que determina el entramado entre la figura y su sociedad. Para el historiador, discípulo disidente de Mitre (de ahí que algunos historiadores lo consideren nuestro primer revisionista), Castañeda es el personaje principal de una serie de intervenciones y acontecimientos que configuran una serie de cambios tanto en la política como en la cultura y en la sociedad argentina. Señala Saldías: “Él fue quien creó en Buenos Aires ese poder que se llama la prensa, como que por él y contra él, principalmente, se sancionaron las leyes sobre libertad de imprenta que han prevalecido más de sesenta años” (1907: 9)¹.

Este episodio que refiere nos parece fundamental porque pone en la superficie el lugar peculiar y controversial que Castañeda construye en relación con la figura moderna del periodista y su vínculo con el Estado. En la etapa siguiente los escritores de la prensa encontrarán en la denuncia y la polémica estrategias constitutivas de su quehacer. Domingo Sarmiento, José Hernández, Juan Cruz Varela, Juan María Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi son algunos de los nombres. Nos interesa revisar, en este trabajo, el uso peculiar de la lengua que el Padre Castañeda hace en sus periódicos así como el lugar y los atributos que este autor le otorga a la ficción. En el cruce de literatura y política que su labor en la prensa exhibe,

1 Saldías se refiere al juicio que se llevara a cabo contra el Padre Castañeda por agravio a las autoridades de la provincia de Buenos Aires y a la sanción de la Ley de imprenta de 1822. En relación con este tema, recomendamos la lectura del exhaustivo trabajo de Fabián Herrero “Juicio a un escritor público y notas sobre la ley de imprenta” (2019: 57-94).

queremos analizar, en primer lugar, el uso de la lengua. Creemos que ese uso es indicativo de una manera de significar su época, nombrar referentes, determinar posiciones y evaluar acontecimientos. Es, en este sentido, que entendemos que la prensa de Castañeda es un lugar de productividad insoslayable para pensar una historia conceptual de la segunda mitad del siglo XIX en la Argentina que articule el cambio histórico con nociones nuevas. Por otra parte, la ficción para este autor es un dispositivo que pone a funcionar como forma de denuncia y testimonio. En el uso de la primera persona, en las categorías de narrador y personaje, en la forma de la conversación se diseñan algunas de las estrategias ficticias para dar cuenta de la perspectiva de verdad que el autor se propone.

Las estrategias de la prensa y la opinión pública

La determinación histórica de la prensa está dada en su configuración de actor político y social de la esfera pública. El objeto de informar se hibrida con el de argumentar, exhibir y, muchas veces, denunciar. Basta revisar las grandes líneas de la prensa en el pasado para observar la relevancia que el periódico adquiere en el siglo XIX y el contacto estrecho que tiene con las revoluciones que sucedieron en ese siglo. De esta manera, se determinan zonas problemáticas de la tríada Estado, prensa y sociedad; alrededor del concepto de libertad de prensa se configura un sistema de leyes que definen y acotan el rol del periodismo. Más arriba nos referíamos al episodio del Padre Castañeda y la sanción de la ley de imprenta de 1822. En este sentido, la investigación de Fabián Herrero muestra eficazmente las particularidades de las intervenciones públicas de este autor, en el periodo que va desde el inicio de la Revolución de Mayo hasta la época de Rosas. En el trabajo que citamos refiere el episodio del juicio a Castañeda y analiza las implicancias entre el Estado, sus leyes y la prensa.

Por su parte, Jürgen Habermas reconoce que el tópico de la opinión pública nuclea esas múltiples significaciones que el Estado/sociedad y el rol de la prensa y la publicidad adoptan. En la etimología de la palabra opinión, encuentra una punta en su análisis que nos resulta sumamente útil para pensar nuestra entrada crítica: *Opinión* trasladada la poco complicada significación de la latina *opinio*, la opinión, el juicio incierto no completamente probado. Según Habermas, los filósofos acuerdan en ubicar la opinión pública en el lenguaje cotidiano. La otra significación de la palabra, como reputación de que uno goza en la definición de otro, es complementaria de la anterior. De esta manera, el adjetivo “pública” implica el colectivo social. La transición del término “opinión” al de “opinión pública” no es lineal ya que el concepto muestra en sus dos significaciones originarias una contraposición a la pretendida racionalidad de la opinión pública. No vamos a detenernos en el eficaz rastreo que el filósofo alemán hace de las configuraciones epistemológicas del término pero nos interesa subrayar el conflicto entre la *ratio* y la *voluntas* que la significación del término encierra y que, como muestra Habermas, tiene en el *Contrato social* de Rousseau una evidencia de su problematicidad. Es en este sentido que las estrategias de la prensa resultan fundamentales para el diseño de esa opinión pública. Registros como la afectividad y la emoción son estrategias que la prensa puede usar para lograr persuadir al soberano. Por otra parte, la vinculación que el referente de la Escuela de Frankfurt encuentra entre opinión y lenguaje cotidiano podría definirse como otro procedimiento posible de la prensa. Asimismo las propiedades de la ficción pueden ser procedimientos para determinar las formas de identificación derivadas de la afectividad y la emoción. Es en este sentido que entendemos el lugar de Castañeda como una zona de gran productividad cuyos juegos lingüísticos representan formas de vida. El editor de un periódico toma diferentes decisiones. La apelación al lector y la persuasión acerca de argumentos e ideas que el periódico sostiene tienen una tensión entre razón y afectividad, entre referencia y ficción, entre verdad y ficción que cada periódico resuelve inclinando la balanza a uno de los polos de esa tensión.

De ahí que diferentes contextos históricos de la modernidad muestran el campo de la prensa como un espacio que exhibe esa tensión. Al mismo tiempo, se dirime en esa oposición lo que es frente a lo que debe ser y muestra una suerte de deontología de la prensa.

Lo criollo

Mabel Moraña en el “Postscriptum” de *Poéticas de lo criollo* reconoce que la cuestión criolla “constituye uno de los aspectos más cruciales, complejos e integrantes de la historia política y cultural de la región desde el ‘descubrimiento’ hasta nuestros días” (2009: 485). Su afirmación se funda en la concepción de lo criollo como un espacio en donde se cruzan “dinámicas de etnicidad y género, agendas e intereses político-económicos, políticas identitarias, posicionamientos epistemológicos y debates vinculados al papel de la creencia y los alcances del sincretismo y la secularización” (2009: 485). Lo criollo es entonces una zona de litigio y disputa donde las resignificaciones y los posicionamientos resultan determinantes de la historicidad de ese concepto. La prensa ocupa en el siglo XIX un rol fundamental. Lo criollo tiene múltiples efectuaciones a lo largo de nuestra historia y se imbrica en el concepto de “patria” con el que Saldías lee la vida de Castañeda. Es así que lo criollo se efectúa (el neutro es condición de ese dinamismo) en representaciones, en usos del lenguaje, en registros diferentes que dan cuenta de ese lugar de disputa. La prensa exhibe lo criollo antes de 1810. Basta citar el *Telégrafo Mercantil* y la publicación “Oda al Paraná” de Lavardén para entender, más allá de los propósitos del escritor, la formulación de lo criollo como lo propio. Cuando Lavardén escribe “camalotes” en su poema, plagado de elementos neoclásicos, sabe que la referencia debe ser explicada para otro ajeno a esa forma local. Las notas explicativas del poeta revelan no solo a un autor atento a un lector extranjero sino también la necesidad mostrenca de lo americano.

¿Será por esa marca política de lo criollo que el gesto del periódico y el poema encierran que Francisco de Castañeda decide publicar ese poema en su periódico *Doña María Retazos*, en 1821, e intervenir en las notas de Lavardén?

Para Castañeda, lo criollo tendrá múltiples dispositivos y en cada uno de esos dispositivos el concepto se efectuará en exploración, argumento, parodia y denuncia. En otro orden de ideas, Roland Barthes definió lo neutro como aquello que desbarata el paradigma³. Y esto es siempre un gesto político que encuentra su forma en las condiciones del contexto⁴.

Como señala Fabián Herrero, en su libro *El fraile Castañeda, ¿El “trompeta de la discordia”?* *Intervenciones públicas de Mayo a Caseros*, los grandes temas de nuestro autor –más allá de sus vaivenes y contradicciones– han sido la defensa de la religión católica, la centralidad política de Buenos Aires y la promoción de la educación. Pero más allá de esta recurrencia temática, Castañeda elabora una red de significaciones que exceden y sostienen estos ejes ya que fundan su manera peculiar de diseñar las estrategias de persuasión frente a la opinión pública.

2 Al respecto señala Hebe Molina: “Esta composición ha sido impresa tres veces en el curso de veinte y tantos años. La primera en el *Telégrafo Mercantil*, la segunda en el periódico redactado por fray Francisco Castañeda bajo el título de *Doña María Retazos*, y la tercera en la pág. 370 de la *Lira Argentina*, impresa en París el año 1824” (1998: 170). Respecto de la intervención de Castañeda en el poema señala: “Castañeda retoca el texto del poema y de las notas; en éstas, particularmente, suprime las referencias a la Sociedad Patriótica, Literaria y Económica” (1998: 159).

3 “Más bien llamo lo Neutro a todo aquello que desbarata el paradigma. Pues no defino una palabra; nombro una cosa: reúno bajo un nombre, que es aquí lo Neutro” (Barthes, 2004: 51).

4 Si bien la actividad de nuestro escritor comienza tempranamente (Saldías nos refiere un texto perdido con el sugerente título de *El alma de los brutos*) creemos que 1820 es un marco temporal fundamental para explorar las estrategias de lo criollo en su labor en la prensa.

Según Claudia Román, la forma en que el autor encara su labor periodística es novedosa. En principio, la simultaneidad de periódicos diseña una polifonía discordante que implica muchas veces contradicciones y complementariedades. El propio Castañeda llama a esta operación “una comedia en forma de periódicos”. Al respecto, señala Román que se trata de “una trama de voces no siempre concordes y no siempre ni del todo discordantes, cuyos argumentos a menudo se contraponen entre sí y cuyas jerarquías internas están en perpetuo movimiento” (2014: 3).

El ejercicio polifónico que inventa implica un efecto en el diseño de la opinión pública que de alguna manera apunta a una dinámica moderna. Es el gesto del escritor que indica siempre el diseño del espacio de la controversia. De la misma manera que en 1815, Castañeda se atreve a enfrentar a Fernando VII luego de la restauración de su poder en su sermón de conmemoración de la Revolución de Mayo –y dice aquello sabido por todos: la idea de la revolución persiste en el contexto americano frente a los vientos que trae la Restauración monárquica en España⁵–, es en los periódicos, en la forma de la enunciación, en donde el autor encuentra su modo de dar cuenta de la denuncia y la crítica. Se trata de tomar lo dado y sobre esa matriz construir otra cosa. Si bien esta operación no es exclusiva de Castañeda (recordemos la transición del sermón religioso al patriótico en la colonia) nuestro autor llega a una resignificación política de denuncia y posicionamiento. Claudia Román se ha ocupado eficazmente de mostrar ese ejercicio “criollo” en sus “Sueños”:

Los *sueños* adquieren, en este entramado, una serie de valencias diferentes. Constituyen, por un lado, un procedimiento formal, derivado de un género discursivo que encuentra un primer

5 Cfr. el artículo de Fabián Herrero “La idea de independencia durante los días de la Revolución americana y de la Restauración europea. El difícil sermón patriótico de Francisco Castañeda en la Catedral de Buenos Aires” (2012).

contexto enunciativo en la escritura bíblica y en la retórica de los sermones. Por otro, vehiculizan un tipo de discurso que permite a su enunciador, editorializar e intervenir sobre cuestiones contemporáneas significativas (la reforma eclesiástica, las luchas entre diferentes facciones y el apoyo popular que reciben, los proyectos de educación de los aborígenes y de las mujeres). Por último, habilitan un espacio de libertad enunciativa en el que la inmediatez de la intervención política puede dar paso a la irrupción –no menos política– de un espacio alternativo, imaginario, que da forma a relatos desbordantes. (2014: 6)

Esta noción de espacio alternativo e imaginario que Román encuentra en las particularidades de los *Sueños* de Castañeda nos resulta un disparador válido para pensar otras estrategias. Vemos en esa operación la constitución de lo criollo como procedimiento escriturario en el sentido en que señalábamos más arriba, Barthes le da al Neutro: desbarata el paradigma. De ahí que observamos, en la apropiación anacrónica del Barroco español que Castañeda pone en juego en sus trabajos, la formulación de un dispositivo que define el modo de lo criollo. Como bien analiza Román, la diferencia entre los sueños de Castañeda y los de Quevedo o Torres Villaroel es la perspectiva: así, la sátira moral que el género muestra en los dos autores españoles se resignifica en la dimensión política del contexto criollo. Es en este sentido que sostenemos que la relación de nuestro autor con el Barroco tiene en la constitución del concepto un eje fundamental. Como sabemos, el conceptismo define su escuela en la posibilidad del pensamiento de fundar en el lenguaje la experiencia con el mundo. Su experimentación parte de la idea de que la formación del concepto está estrechamente ligada a un contexto de experiencia de la propia realidad. Se explora la productividad del lenguaje: la tríada cosa-palabra-experiencia determina el proceso de conceptualización que los escritores españoles como Quevedo o Gracián proponen como programa literario. La invención de conceptos tiene un punto fundamental: el neologismo es en esta literatura un ejercicio central de la imaginación sobre la expe-

riencia del mundo y la posibilidad de nombrarlo. Baltasar Gracián en su *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza* (en los sustantivos del título está la condensación de la operación conceptista), define el “concepto” como: “Un acto del entendimiento que expresa la correspondencia que se halla entre los objetos” (1998: 45). El neologismo es uno de los procedimientos preferidos porque les permite la condensación en una palabra de múltiples significaciones que solo la lectura puede desplegar y de sentidos varios que deben descifrarse. Por eso, el ingenio de autor y lector es fundamental en la dinámica conceptista⁶.

En efecto, Castañeda es un maestro en el uso de neologismos. Basta recorrer los títulos de sus periódicos para dar fe de esta afirmación: el *Despertador Teofilantrópico Místico-Político*; el *Desengañador Gauchi-Político*, *Federi-montonero*, *Chacuaco Oriental*, *Choti-protector y Putirepublicador*, el *Suplemento al Despertador Teofilantrópico Místico-Político* y el *Paralipomenon* son algunos de sus inventos lingüísticos.

¿Por qué incorporar nuevas palabras? se pregunta la especialista Andreína Adelstein, lingüista especializada en semántica léxica y en aspectos aplicados de neología y lexicografía, en especial sobre el español de la Argentina⁷. La respuesta implica siempre la huella de lo político, lo cultural y lo filosófico. Al respecto, señala la especialista:

6 Un neologismo es, dentro de un determinado idioma, una palabra o expresión relativamente reciente y aislada que se está haciendo de uso corriente, sin llegarlo a ser del todo aún. Con frecuencia se relaciona con una innovación técnica o cultural en la sociedad. Una palabra nace generalmente cuando surge una nueva realidad que exige ser nombrada, y también para nombrar nuevos fenómenos políticos, económicos o culturales. Hacer concepto es entonces nombrar e inventar a partir de la vitalidad de la lengua. Son los recursos propios de la lengua o los préstamos que obtienen de otras los que permiten el concepto nuevo.

7 La lingüista trabaja desde 2003 en un proyecto de investigación interuniversitario en el que participan distintas instituciones de habla hispana. Se propone describir la variación del español a partir de la renovación léxica en cada nación. En ese contexto, la Universidad

En principio, cualquier cambio en la sociedad –ya sean fenómenos políticos, económicos o culturales– genera la necesidad de contar con nuevas denominaciones. Todas las actividades de los seres humanos comprometen el uso de la lengua, aunque hay ámbitos que resultan más proclives a la emergencia de neologismos. La prensa, por ejemplo, constituye un espacio de creación y difusión de nuevo vocabulario. Este año surgieron algunos casos como “perchero solidario”, “porno venganza” y “megarenovación”; palabras que brotan como respuestas frente a necesidades de comunicación vinculadas a problemas sociales. (Esteban, 2017: S/N)

La afirmación de Adelstein nos sirve para pensar a Castañeda y su uso particular de la lengua. La prensa es el lugar de la mostración de nuevos términos que representan aquellas formas que deben ser nombradas pero también, como señaló Román, representan formas que la imaginación hace posible. Para la lingüista, entonces, ocupa un lugar fundamental en ese proceso.

Si la prensa criolla fue, desde los comienzos, un espacio donde lo propio resulta controversial respecto de lo colonial en términos culturales y sociales, los periódicos de Castañeda redistribuyen la partición entre lo criollo y lo colonial a partir de la lengua. Hayden White entiende que las narrativas históricas no son solo modelos de acontecimientos y procesos pasados sino:

[...] también enunciados metafóricos que sugieren una relación de similitud entre dichos acontecimientos y procesos y los tipos de relatos que convencionalmente usamos para dotar a los acontecimientos de nuestras vidas de significados culturalmente reconocidos. Se trata de un *complejo de símbolos* [la cursiva es del original] que señala direcciones. (2003: 57)

Nacional de General Sarmiento publicó en 2017 el libro *Antiedad, pansexual, fracking y otras palabras recientes del español de América y España*.

Dicho de otra manera, el ejercicio imaginativo que Castañeda propone en el acto de nombrar asume esa trama metafórica que señala White. Su apropiación del Barroco, fundamentalmente el conceptismo, le permite representar en la lengua la disidencia con el modelo de la lengua, esto es, le permite nombrar de otra manera y le otorga una forma diferente de hacer prensa. Claudia Román nos alerta que quien primeramente vio esta posibilidad del modo de hacer prensa fue Cristina Iglesia: “Nadie ha reparado en que su escritura funda una tradición, la de la escritura periodística como escritura ficcional, que actúa sobre el poder político al mismo tiempo que dialoga con la gauchesca” (2005: 71).

Como coinciden la mayoría de los investigadores, la prensa del XIX fue consciente de la función “educadora” respecto a la difusión de ideas (valgan como ejemplo las Notas de Lavardén a su Oda). En el caso de Castañeda, esa función se duplica porque él entendía la educación como una condición necesaria y obligatoria (basta recordar las escuelas que fundó en diferentes lugares en los que estuvo exiliado). De esta manera, su función didáctica se condensa en el modo excesivo y creativo de la lengua. *El desengañador gauchi-político, federimontonero, chacuaco-oriental, choti-protector, y anti-republicador de todos los hombres de bien, que viven y mueren descuidados en el siglo diez y nueve de nuestra era cristiana* es un título que contiene atributos que despliegan conceptos⁸.

La serie de palabras compuestas que funcionan como atributos del editor señalan, desde la invención, las determinaciones de sí para un colectivo que constituye la opinión pública (“todos los hombres de bien”). Se centra ahí su política de la lengua y también su didáctica ya que educa con un diccionario de una lengua nueva sobre la

8 Es interesante resaltar la atenta mirada de Castañeda. En su minucioso trabajo sobre la prensa, Zinny nos hace saber que este periódico de 26 números tiene dos títulos diferentes: al citado arriba agrega en las ediciones de 1821 y 1822 el adjetivo “enojadísimo” (1869: 63).

base de la vieja; en otras palabras, de una lengua criolla sobre el español. Las polémicas de Castañeda tienen diferentes contextos: la cuestión del clero con Rivadavia, la valoración negativa de los federales que revelan muchas veces una posición conservadora y elitista de parte del editor, por ejemplo. A pesar de ello, hay un exceso de sentido que trasciende la posición ideológica de nuestro autor. Es en la forma, parafraseando a White, donde encontramos esa dimensión controversial de configuración de lo propio.

En el uso del lenguaje, veíamos, se muestra una marca de lo propio pero también en el uso de la ficción Castañeda define un dispositivo que inaugura zonas y figuras invisibilizadas de una comunidad imposible para la época.

Esta comedia de periódicos parece llevar a cabo aquel viejo axioma de Platón sobre la *fictio* (aquello que hace que una cosa que no es, sea). Castañeda diseña personajes que toman la autoría de los enunciados de sus periódicos y hablan. Como señala Román:

En todos ellos hay algunas imágenes que, literalmente, se vuelven una pesadilla recurrente: las “gauchas ahorcajadas” que ocupan la plaza de mayo; los “tinterillos” y lectores de libros de “pasta dorada”, cómplices y azuzadores de una filosofía que saca de su centro al pacto de sujeción. (2014: 10)

La polifonía de la comedia habilita sujetos imposibles, si “Las matronas y el clero son la suma de las cosas, todo lo demás es nada”, como nuestro autor indica, pondrá a funcionar su afirmación en mujeres atentas y combativas. *La Matrona Comentadora de los Cuatro periodistas* o *Doña María Retazos* son ejemplos claros de ese entramado ficcional donde la figura de la mujer resulta irreverente y controversial. Así teje su red ficcional y contrahegemónica: si en la edición de 1820 de *El Despertador teofilantrópico místico político* (1820–1822) dedica el periódico a “las matronas argentinas y, por medio de ellas a todas las personas de su sexo que pueblan hoy la faz de la tierra”,

en otros la figura se individualiza y adquiere atributos y acciones importantes: la matrona puede comentar y criticar. Así Doña María Retazos –una “Matrona soltera y escritora pública”– dice no tener relación con los cinco periodistas que van escribir en su periódico, pues no quiere tratar con gente enojada. En *El Desengañador Gauchi-Político*, el editor señala que “Doña Lección No Interrumpida” le envió la “letrilla gauchi-política” que encontró en la calle⁹.

El ejercicio reticular es incesante y excesivo. Por ejemplo, la letrilla gauchi-política, a la que nos referíamos más arriba que Doña Lección encuentra, resulta ser una parodia del poema que Lope de Vega incluye en *La Dorotea* (su “acción en prosa” como Lope la llamó). Si la letrilla refiere al Barroco español, la parodia le permite contextualizar su propia época y darle la dimensión política que la de Lope no tiene. Por otra parte, el neologismo “gauchi-política” refrenda el gesto y define el entramado de lo criollo con las estrategias que el Barroco le provee. Si en la letrilla ensaya la parodia, en otros poemas lo hace con inscripciones de lo criollo en la lengua. Valga como ejemplo su Romance endecasílabo en donde la voz de un gaucho canta las hazañas americanas frente a los españoles. “Cantado en el pago del Pilar, por un mozo aseado, que punteaba perfectamente la guitarra, tenía buena voz y se producía con suma gracia” indica el editor al comienzo del poema (Rodríguez et al, 1993: 67)¹⁰. Como bien señalaba Cristina Iglesia en la cita de más arriba, es su práctica particular de la lengua la que también lo emparenta con la gauchesca.

9 Aunque *La Lira Argentina o Colección de las piezas poéticas, dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de su independencia* (París, 1824) indica que este poema fue publicado por Castañeda en el *Ext. Teo-Filantrópico*, en verdad fue en *El Desengañador Gauchi-Político...* (Buenos Aires, n° 1, s/f, 1820). Castañeda señala allí que “Doña Lección No Interrumpida” le envió esa “letrilla gauchi-política” que encontró en la calle (Castañeda, 2014: 27).

10 Las referencias a la figura del gaucho se completan en la primera estrofa: “Junto a un ombú morrudo y sauce tierno / de mi guitarra templo el instrumento / y aunque me apura el frío del hibierno / con agua sacra ordeno ya mi acento: / yo canto con melodías a lo vivo / la patria orlada de laurel y olivo” (Rodríguez et al, 1993: 67).

Lo interesante es que su gran comedia se opone a una prensa regulada por el principio de la *ratio* que indica verdad. Fundamentalmente, la oposición queda subrayada respecto de la prensa rivadaviana. Periódicos como *El Argos de Buenos Aires* (1821–1824), *El Centinela* (1822–1825), y otros como *La Abeja Argentina* (1822) o *El Amigú de Buenos Aires* (1822) se legitiman desde ese principio.

Frente a la *ratio*, la ficción y los juegos lingüísticos para formas nuevas de vida se dibujan en la hermenéutica que Castañeda hace de su época. Podríamos decir que su apropiación de ciertos dispositivos del Barroco es anacrónica y, sin embargo, ese anacronismo tiene en su productividad un sentido nuevo y futuro. Para muchos especialistas, el Barroco hispanoamericano resultó ser una fuerza propulsora de lo criollo. Son la complejidad de la lengua y su expansión semántica ficticia frente al “*horror vacui*” claves de la formulación de una política de lo criollo. Al respecto, señala Mabel Moraña: “Me refiero al ‘fenómeno de retorno’ por el cual los sectores dominados en determinado momento de la historia comienzan a activarse hasta generar respuestas sociales diferenciadas” (1988: 234). Este fenómeno de retorno define, entonces, singularidades y apropiaciones en la colonia. El uso del Barroco que hace Castañeda es, decíamos, anacrónico. Sin embargo, el uso bárbaro de la lengua y la ficcionalización fuera de la ley son las marcas de su extemporaneidad en lo contemporáneo.

Si, como señala Agamben, “la vía de acceso al presente tiene necesariamente la forma de una arqueología” (2008: 3), el anacronismo debería ser leído en todo su potencial crítico. Este filósofo plantea que:

[...] la contemporaneidad es, entonces, una singular relación con el propio tiempo, que adhiere a él y, a la vez, toma distancia; más precisamente, es aquella relación con el tiempo que adhiere a él a través de un desfase y un anacronismo. (2008: 4)

En el caso de Castañeda, su desfasaje está puesto en lo impropio de su lengua y de sus ficciones críticas que resignifican el espacio de la prensa tal como mostramos en el diseño de sus personajes, en el modo en que les hace hablar o en el título de sus periódicos que definen una condensación conceptual irónica y crítica. De ahí que sus operaciones literarias y lingüísticas funcionan como una flecha en el tiempo y llegan hasta nuestros románticos. Sarmiento usa la ficción como argucia de persuasión y evoca al fantasma que ya es mito para que nos explique la vida argentina; su polémica con Bello propone ficciones de autoría que rozan el plagio; el mismo Sarmiento en su "Memoria sobre ortografía castellana", presentada ante la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile en 1843, propone una ortografía basada en la pronunciación americana de las palabras e incluso hará práctica de su propuesta en sus escritos. A su vez, Juan Cruz Varela y Juan Bautista Alberdi se preguntan por la efectividad de una lengua propia, esto es, una lengua criolla. "Hemos demostrado que la causa principal del atraso de la literatura, y el obstáculo que más se opone a sus progresos, es la ignorancia del idioma patrio", señala Varela en la segunda entrega de su "Literatura nacional" para el periódico *El Iniciador*, de Montevideo en 1838 (Pas, 2013: 213). Alberdi, por su parte, en "Emancipación de la lengua" concluye:

Pero si es necesario abandonar la estructura española de la lengua que hablamos, y darle una forma americana y propia ¿cuál pues deberá ser esta forma? Ella no está dada como no está dada tampoco la forma de nuestra sociedad: lo que sabemos es a quién toca darla, es el pueblo americano y no el pueblo español. (Pas, 2013: 241)

Decíamos entonces que el anacronismo de Castañeda es productivo y superpone temporalidades ya que sus efectos llegan al futuro. Será por eso tal vez que uno de nuestros mejores críticos latinoamericanos, Ángel Rama, le puso a su extraordinario libro sobre la gauchesca *Los gauchipolíticos rioplatenses*, una referencia directa a dicho autor y a las posibilidades de la lengua.

La prensa de Castañeda resulta, por añadidura, de una productividad alta que inclina la balanza hacia la ficción, el experimento lingüístico, los neologismos antes que hacia la *ratio*. De esta manera, significa su época de una manera singular ya que da cuenta desde perspectivas peculiares y voces marginales (los gauchos, las mujeres) los acontecimientos, las ideas en litigio y los sujetos controversiales. La ironía y el humor son complementos fundamentales para lograr ese universo ficticio y esa lengua particular.

Bibliografía

- Agamben, G. (2008). *Che cos'è il contemporaneo?* Roma, Nottetempo.
- Auerbach, E. (1998). *Figuras*. Madrid, Ed. Trotta.
- Barthes, R. (2004). *Lo Neutro*. México, Siglo XXI.
- Castañeda, F. (2014). *Poesías patrióticas de Fray Francisco De Paula Castañeda OFM (1776-1833). Publicadas en La Lira Argentina-1824*. *Boletín de Letras FEPAI*, Año 29, N° 58.
- Esteban, P. (2017). “Nuevas palabras para nuevas realidades”. Entrevista a Andrea Adelstein. *Página 12*, 7 de diciembre. Disponible en línea: <https://www.pagina12.com.ar/80688-nuevas-palabras-para-nuevas-realidades>
- Gracián, B. (1998). *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza*. Barcelona, Cátedra.
- Habermas, J. (1981). *Historia crítica de la opinión pública*. Barcelona, Gustavo Gilli.
- Herrero, F. (2012). “La idea de independencia durante los días de la Revolución americana y de la Restauración europea. El difícil sermón patriótico de Francisco Castañeda en la Catedral de Buenos Aires”. *Revista Iberoamericana*, Vol. XII, N° 45, 59-79.
- . (2019). “Juicio a un escritor público y notas sobre la ley de imprenta”. En Alejandra Pasino y Fabián Herrero. *Prensa y política en Iberoamérica (Siglo XIX)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Editorial de la FFyL de la UBA, 57-94.

- . (2020). *El fraile Castañeda, ¿El “trompeta de la discordia”?* Intervenciones públicas de Mayo a Caseros. Buenos Aires, Prometeo.
- Iglesia, C. (2005). “Entre cuatro palabras: notas sobre encierros y vacíos”. En Moraña, M. y Olivera Williams, M. R. (Eds.). *El salto de Minerva. Intelectuales, género y estado en América Latina*. Madrid-Franckfurt, Iberoamericana–Vervuert.
- Molina, H. B. (1998). “Edición crítica de la oda ‘Al Paraná’ de Lavardén”. *Incipit*, N° XVIII, 159-186.
- Moraña, M. (1988). “Barroco y conciencia criolla en Hispanoamérica”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 14, N° 28, 229-251.
- . (2009). “Postscriptum”. En de Vitulli, J. M. y Solodkow, D. *Poéticas de lo criollo. La transformación del concepto “criollo” en las letras hispanoamericanas (siglo XVI al XIX)*. Buenos Aires, Corregidor, 485-490.
- Pas, H. (Ed.) (2013). *El romanticismo en la prensa periódica rioplatense y chilena. Ensayos, críticas, polémicas (1828-1864)*. La Plata, Edulp. Disponible en línea: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.348/pm.348.pdf>
- Rodríguez, C. et al. (1993). *La Lira Argentina*. Buenos Aires, CEAL.
- Román, C. (2014). *La prensa de Francisco de Paula Castañeda: sueños de un reverendo lector (1820-1829)*. La Plata, Edulp.
- Saldías, A. (1907). *Vida y escritos del Padre Castañeda*. Buenos Aires, Moen.

White, H. (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona, Paidós.

Zinny, A. (1869). *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída de Rosas*. Buenos Aires, Imprenta del Plata.

Vicente Fidel López

en el periodismo chileno o cómo construir una Literatura Progresista

Hebe Beatriz Molina

Universidad Nacional de Cuyo | CONICET

Hijo de un patriota de la Revolución de 1810, *hermano* del himno nacional (Piccirilli, 1972) y miembro activo de la autodenominada Nueva Generación –la de 1837–, Vicente Fidel López (1815-1903) recurre a la prensa no solo como un medio de subsistencia, sino sobre todo como un medio privilegiado de difusión de las ideas *progresistas* que, al igual que sus congéneres, considera imprescindibles y perentorias para alcanzar la independencia y la madurez cultural. Especialmente interesado en la teoría de las Bellas Letras, propone que la literatura hispanoamericana avance acorde con el *siglo* y que esté al servicio de la *mejora moral de los pueblos*. 1842 y 1843 son años claves para la difusión de su propuesta.

Durante el exilio en Chile (1840-1845), López se hace amigo de Domingo Sarmiento. Ambos comparten el interés y los esfuerzos por el periodismo y por incorporarse a la Universidad de Chile, además de fundar un liceo. El porteño se hace cargo de *La Gaceta del Comercio* y la *Revista de Valparaíso*, desde la que plantea la teoría de la Literatura Progresista. También colabora en *El Observador Político*, donde inicia la primera versión de la novela *La novia del hereje o La Inquisición de Lima* (Molina, 1986). Según observa Norberto Pinilla, López “no es un periodista que comente el suceso cotidiano, sino que hace de la prensa una cátedra desde la cual enseña a sus contemporáneos” (1943a: 79). Docencia y periodismo se unen en la voluntad de formar la opinión pública.

Nos detendremos particularmente en su participación en *El Progreso*. Intentaremos demostrar cómo, a través de diversas formas periodísticas, López ayuda a construir la Literatura Progresista. Y lo haremos no solo teniendo en cuenta sus propios metatextos (desde la perspectiva de la Poética Histórica), sino también su condición de *emigrado*, según lo entiende Marina Alvarado Cornejo: “[...] categoría cultural que incluye en sí misma la práctica periodística, la publicación de revistas como estrategias de supervivencia personal, intelectual y escritural, y como mecanismo para reorganizar su *habitus* lingüístico y adecuarlo a la nueva situación” (2015: 42).

López en El Progreso

Como ya se sabe, *El Progreso: Diario comercial, político y literario* es el primer diario de Santiago de Chile. Aparece el 10 de noviembre de 1842 y perdura por casi nueve años¹. Sarmiento es el primer director de redacción. Los periodistas cambian a menudo (Silva Castro), aun cuando es difícil corroborar esta información ya que es un diario en el cual el membrete o encabezado no da nombres, los artículos son anónimos o están firmados con iniciales o seudónimos. El título adelanta la meta ideal. En el “Prospecto” (repetido en el número 1), se exponen las razones primordiales de tal emprendimiento: sin la prensa, una capital –como Santiago– no es capital. Por eso, cada suscriptor se convierte en un patriota que contribuirá con el progreso nacional al apoyar “un papel público que fomente la civilización y el comercio, y en que puedan los ciudadanos manifestar

1 Desde el 10 de noviembre de 1842, hasta setiembre de 1851, más otros pocos meses entre fines de 1852 y el 12 de marzo de 1853. La familia Vial es su propietaria. Fueron sus directores Domingo Sarmiento, José Nepomuceno Espejo y Bartolomé Mitre.

sus opiniones y sus deseos en todo lo que interese a la mejora de la sociedad” (*EP*, N° 1, 10 de noviembre, 1842: 1-2)².

El nombre de Vicente F. López aparece en el número 7, como traductor de *Una mancha de sangre*, drama de Julien de Mallian y Auguste Boulé que acaba de ser representado en Santiago con mucho éxito, por un elenco encabezado por el actor argentino (también exiliado) Juan Casacuberta, según informa el “Folletín del Progreso” el 17 de noviembre de 1842. El cronista teatral (Sarmiento)³ valora la traducción como “correcta y bien entendida” (*EP*, N° 7, 11 de noviembre, 1842: 1-2).

Oficialmente López se incorpora a *El Progreso* al mes siguiente, tras ser anunciado en el número 29, aunque innominadamente:

Historia, literatura, ciencias sociales y política especulativa serán del resorte de nuestro nuevo asociado, que se anunciará a nuestros lectores mui en breve por algunos detalles biográficos sobre Jorge Sand, los que servirán de introduccion de la *Matea* de este eminente y raro escritor que se registrará en nuestro folletín.

(*EP*, N° 29, 14 de diciembre, 1842: 1)

“Jorje Sand” aparece sin firma en tres folletines, entre el 17 y el 20 de diciembre de ese año; y “Matea: Escena Veneciana; Por Jorge Sand”, en nueve folletines, entre el 22 de diciembre de 1842 y el 4 de enero de 1843.

A través de la correspondencia privada, sobre todo con su amigo Félix Frías, se devela con más claridad la participación de López, quien se asigna un papel similar al del sanjuanino en la fundación del diario:

2 A fin de facilitar la ubicación de las citas en el periódico, se consignan el número del diario, la fecha y la/s página/s, a continuación de la sigla *EP* (*El Progreso*). En esta y en todas las citas respetamos la grafía original.

3 Los textos que corresponden a Sarmiento pueden ser identificados porque han sido incluidos en las *Obras completas* de este autor.

Ahora nos vamos á juntar Sarmiento y yo p^a. escribir en esta capital un periodico q^e. se titula el Progreso [...]. Este periodico tiene una gran subscricion y nos dejará mucho quizá; esta subscricion nace de q^e. gozamos de mucho crédito los dos, y de lo alborotador q^e. esta el prospecto. [...] tendrá muchos articulos de *fondo*. (López, 1951: 499-500)

Entre varias cartas, se puede reconstruir la lista de textos:

- “una serie de articulos míos *Revolucion Argentina*; todo lo relativo á *Teatro*, el artículo *Año Nuevo*, el *Boletin Bibliográfico* el folletin *Jorge Sand*, los artículos *Monarquía* y los q^e. encontrarás contra un charlatan q^e. escribe el *Democrata*, son míos; y alg^o. otros” (López, 1951: 33);

- “Estos dos articulos [del número 116, uno sobre el general boliviano Ballivián y otro sobre la cuestión del Río de la Plata] y el folletin Ali-Baja es lo único mio q^e. vá en esta coleccion [...] el folletin *Ali-Baja* es mio originalmente mio” (López, 1951: 51);

- “los articulos míos q^e. van en él son – El folletin del N^o. 122 y el art. *Damiron*. (2^o *Caminos*. 3^o El Editorial del n^o 128 y el del n^o 131. 4^o El artículo *Teatro* (en todos los num^s)” (López, 1951: 57)⁴.

Poco tiempo después la relación laboral-periodística se rompe. López no quiere volver a escribir para ningún periódico chileno (López, 1951: 110 y 121-123)⁵.

4 Los artículos pueden ser fácilmente localizados en los números de *El Progreso* indicados por López. A pesar de esta prolija enumeración nos quedan algunas dudas respecto de los numerosos artículos sobre teatro que se publican casi semanalmente porque varios aparecen recolectados en el volumen II, *Artículos críticos y literarios (1842-1853)*, de *Obras*, de Sarmiento (1885).

5 En una carta a Frías, López explica las razones profundas por las que deja *El Progreso*, en particular, y la prensa chilena, en general: “he jurado yo (y no faltaré mientras tenga juicio) no escribir en Chile p^a. ningun periodico; [...] y este juramento lo he hecho p^r. q^e. jamas he tenido momentos mas aciagos q^e. los q^e. he tenido cuando he sido pe-

La Literatura Progresista y la prensa

En la perspectiva historicista de López, el futuro es el progreso indefinido que todo pueblo merece y le corresponde; pero ese destino venturoso puede no ser atisbado por la gente común. Es obligación, pues, de los intelectuales anunciarles ese futuro y enseñarles a encaminarse a él.

En el número 4 de la *Revista de Valparaíso* (mayo de 1842), firma con nombre y apellido el artículo “Clasicismo y Romanticismo”. En otra extensa carta a Félix Frías (1951: 491-509), le cuenta íntimamente que los chilenos le parecen atrasados respecto de los progresos de la civilización y que, por eso –entre otras razones–, lo caracterizan despectivamente como “romántico”. López se propone entonces explicarles que el Romanticismo ha reemplazado al Neoclasicismo, pero que será (debe ser) reemplazado a su vez por la Literatura Progresista, o sea, la literatura que responde a ese momento histórico, a ese “siglo”.

Parte del axioma de su Generación: “[...] la literatura no será jamás otra cosa, que la expresion de la vida social contemporánea” (López, 1842: 141). La vida social es movimiento hacia el futuro y ese dinamismo se observa en “la lucha del *clasicismo* y del *romanticismo*” (1842: 123). El espíritu conservador tarde o temprano se enfrenta a una novedad, que “ensancha el campo del pensamiento” porque “provoca dudas, reflexiones, desengaños” (1842: 125). En un artículo posterior, publicado en la *Gaceta del Comercio*, precisa: “es ley de la humanidad que las innovaciones triunfen de las tradiciones, y que en esto consiste el progreso” (cit. en Pinilla, 1943: 55). En este proceso, las “novedades literarias” cumplen una función insoslayable porque llevan un “jérmen de revolucion” en sí mismas (López, 1842: 125). Ello es posible por el carácter situado del escritor:

riodista; he recogido celos, odios, y rabia p^r. mi parte en buena dosis, envidia y porquerias á montones, insultos; [...] yo he sufrido mas q^o. ellos [Piñero y Peña] p^r. mis ideas y p^r. mi caracter” (1951: 121-122).

[...] una obra literaria [...] está ligada con la sociedad, con la época, con la educación del escritor, con su libertad, con su familia, con su carácter; en una palabra, que todo escrito digno de memoria es el espejo que a la vez refleja las formas de un individuo [sic], de un país y de un siglo. He aquí la base de la armonía que necesariamente existe siempre en las formas y tendencias de toda obra literaria, y la época de su producción. (1842: 124)

Para la Nueva Generación ha llegado el momento de una literatura nacional, socialista y progresista, que se caracterizará por:

- Un fondo o contenido crítico, sustentado en la reflexión científica, en el “pensamiento elevado, filosófico”, es decir, en la “alta armonía de la razón”;
- El pensamiento “socialista”, o sea, la preocupación por lo social, por el bien común;
- Una belleza útil a la humanidad, al servicio de la mejora moral de los pueblos; que sea “el pan de los pueblos y uno de los instrumentos del progreso que ellos reclaman con pleno derecho” (López, 1842: 122-123; Molina, 2021a y 2021b).

Si bien el fondo es lo primordial y subordina a la forma, esta no pierde importancia porque la obra literaria, para cumplir esta *misión* patriótico-humanitaria, debe manifestar esa *verdad* empleando los medios más adecuados.

Uno de esos medios es el diario, variedad de escrito crítico, “destinado esencialmente a discutir los intereses políticos”, según lo define López en su *Curso de Bellas Letras* (1845: 202), manual para universitarios que también publica en Chile. En el periódico se distinguen dos “jéneros” de escritos de literatura: los artículos de fondo y los folletines. Los primeros proceden “con cierto orden i elevacion en la discusion de los principios, subiéndose en lo po-

sible a las generalidades teóricas, i empleando un estilo razonador en cierto modo, pero ligero, apasionado i fácil [...]”⁶, en tanto que el folletín tiene otra finalidad:

[...] se propone nó la instruccion, sino la amenidad del lector [...]; debe acerse su camino por entre echos i detalles cercanos, fáciles de apreciar; debe dejarse llevar alegremente sobre las alas del Ingenio. El folletin puede ser de dos clases: *crítico* o *novelesco*. El primero es aquel que se contrae a despertar el *buen-gusto* o el *sentido comun* del lector, i que se propone dirigir su juicio en las cuestiones literarias: el segundo es una verdadera novela, un cuento de imaginacion [...]. (1845: 203)

Los tres textos de López que seleccionamos para este trabajo ejemplifican esas modalidades. También permiten entender por qué prefiere la historiografía, el teatro y la novela histórica como los géneros privilegiados para la construcción de la Literatura Progresista.

“Revolución argentina”

Este “artículo de fondo” se publica anónimamente a lo largo de doce números del año I de *El Progreso* (del 63 al 75, excepto en el 68), entre el 24 de enero y el 7 de febrero de 1843. López se ufana de las reacciones que ha suscitado:

No puedes figurarte la impresion q^e. estos articulos han hecho en este pais; se les ha descornado el velo; se han alarmado y la teoria *de las masas anda hasta p^r. las calles*; les he tocado en el punto de los intereses: todos, todos, se han alarmado y me han leído con pavor. (1951: 33)

Inicialmente aparece con el título “La monarquía en América”, a partir de la noticia de que el presidente de Méjico propone la monarquía como forma de gobierno, pero luego se enfoca hacia el

6 El *Curso de Bellas Letras* respeta la “ortografía chilena”, aprobada por la Universidad de Chile.

proceso histórico-político iniciado en 1810 a fin de analizar las “revoluciones americanas”, empezando por la argentina; por ello, se enuncia un nuevo epígrafe: “*Revoluciones americanas en su relación con los elementos sociales.* / REVOLUCION ARJENTINA” (EP, N° 63, 24 de enero, 1843: 1). De aquí en adelante, el título será simplemente “Revolucion argentina”.

El objetivo de Vicente F. López es explicar la marcha histórica de la Argentina. Se anticipa de este modo a la interpretación que hará Sarmiento en *Facundo* dos años más tarde⁷. La Revolución de 1810 no ha sido “una revolución ordinaria” pues procuraba “la rejección completa” de todo el país (EP, N° 63, 24 de enero, 1843: 2): ha sido política inicialmente y debía continuar con los cambios sociales, la *revolución social*, la cual todavía no se produce.

Las consecuencias inmediatas han sido no solo la guerra, sino también la fragmentación del poder político en las provincias, en porciones de territorio que se manejan autónomamente y por lo que predomina el sentimiento de “amor exclusivo que nos liga al lugar en que nacemos”, sentimiento que carece de “principios superiores, capaces de dirigirlo”, como la razón, por lo que deviene en “elemento de disolución y de aislamiento, un elemento federal” (EP, N° 64, 25 de enero, 1843: 1). Este sentimiento regionalista es retrógrado por naturaleza, porque incita al aislamiento y a la conservación de las tradiciones, y el poder queda en manos de los caudillos. Por el contrario, la integración nacional es civilización que conduce al progreso indefinido; el poder queda en manos de los hombres ilustrados y liberales. No obstante, los unitarios porteños de esos años (1821-1826) no tienen la practicidad del hombre de Estado: son ingenuos, no conocen bien la realidad, no resuelven los problemas, no logran la unidad en la civilización. Simplemente con las razones de la inteligencia no mueven las voluntades hacia acciones constructivas

7 Falta estudiar la influencia de López en su socio y *amigo* Sarmiento, sobre todo los conocimientos de aquel en materia de Filosofía de la Historia.

y progresistas. No reparan en “las resistencias y los obstáculos que oponen las habitudes” (*EP*, N° 64, 25 de enero, 1843: 1).

Las habitudes o costumbres resultan, pues, decisivas en el proceso revolucionario. Cambiar costumbres implica tener hábitos y prácticas sociales acordes con una nación independiente y con una sociedad civilizada. En esto consistiría la revolución social, la que faltaba alcanzar.

El partido ilustrado lleva a cabo “reformas” institucionales, impuestas desde arriba, desde el poder político, pero que no son aceptadas por las masas ya que esas reformas atentan contra sus creencias y costumbres. En definitiva, esa facción tiene las ideas adecuadas y logra una prosperidad económica importante, pero no persuade a las masas; por lo tanto, no producen igualdad ni armonía social (*EP*, N° 64, 25 de enero, 1843: 2). Además, no atiende a la inevitable gradualidad: “Estos hombres eliminan el tiempo, abstraen y ponen en un dogma lo que no puede resultar sino del desenvolvimiento gradual de las costumbres y de las ideas” (*EP*, N° 64, 25 de enero, 1843: 2). Ello es aprovechado por la “facción retrógrada”, que permanece semiescondida desde la Revolución de Mayo. Aun cuando esa facción no tiene razón de ser (porque la independencia es irreversible), se mantiene latente, esperando la adhesión de las masas.

De a poco, López describe una estructura socio-política de base casi inamovible; por un lado, las masas, que reaccionan de diferente manera en Buenos Aires que en las demás provincias, pero que son masas ignorantes al fin; por otro, los partidos o facciones políticas, que encarnan el poder⁸. Estos son:

8 El proceso histórico-político entre 1821 y 1827 es resumido de la siguiente manera, que anticipa la antinomia sarmientina, particularmente en el empleo del verbo *invadir*: “En Buenos-Aires el gobierno de las lucas; en el interior el gobierno retrógrado de los caudillos. El sistema de Buenos-Aires, *invadía* al sistema del interior, apoyándose en la clase

- a. Los liberales ilustrados porteños, que contagian sus ideas a grupos ilustrados de las provincias, de menor peso político. Constituyen el *partido unitario* pues confían en las ventajas de un poder centralizado. Son progresistas porque aspiran a que la civilización organice la sociedad argentina, con todas las ventajas que se observan en Europa (sobre todo en Francia). Tras la guerra con el Brasil los ilustrados se dividen entre los que quieren nacionalizar Buenos Aires y los que quieren mantenerla autónoma. Entre estos últimos, el historiador elogia las acciones y las convicciones del gobernador general Las Heras⁹ (*EP*, N° 66, 27 de enero, 1843: 1-2).
- b. El *partido federal* o “sistema de aislamiento” provincial, conducido por caudillos regionales. En Buenos Aires, se identifica con la “facción retrógrada” encabezada por Rosas especialmente, y se caracteriza por el interés localista.

La manipulación de las masas mediante un accionar lento y soterrado, como sería el de Rosas, termina siendo la clave del éxito político. La primera reacción revolucionaria contra la forma de poder que se quiera imponer desde *arriba* se disuelve prontamente cuando las

ilustrada que tenía cada provincia. El sistema del interior *invadía* al sistema de Buenos-Aires, apoyándose en las masas atrasadas, en quienes como era natural encontraba simpatías, y en el partido retrógrado que por intereses y por principios, corría naturalmente a ligarse con ese sistema. Resultan pues *dos impulsos contrarios; uno de atrazo*, que venía del interior hacia Buenos-Aires y que encontraba aquí el apoyo de un partido; *otro de progreso*, que partía de Buenos-Aires y que encontraba en el interior el apoyo de otro partido” [los resaltados nos pertenecen] (*EP*, N° 65, 26 de enero, 1843: 1).

- 9 Juan Gregorio de Las Heras es amigo de la familia López (padre e hijo). Recibe al historiador en su casa de Santiago, donde se ha establecido *autoexiliado*. Es una personalidad destacada en la obra historiográfica de Vicente Fidel, tanto como en sus novelas históricas: *El capitán Vargas* (ca. 1846-1848) y *La Loca de la Guardia* (1882, 1896).

masas “eligen” a su caudillo. Las “masas ignorantes” argentinas han elegido caudillos que resultan conservadores; por eso, la nación no avanza, no progresa, no cumple el designio civilizador de la Revolución de 1810.

El historiador insiste en hacer ver a los lectores que hacia fines de 1828 se renueva el enfrentamiento entre las dos tendencias, que resultan “nacionales, unitarias ambas, en sus medios y en sus fines. Centralismos querían las masas y los caudillos [...]; centralismos querían los militares y el partido ilustrado” (*EP*, N° 69, 31 de enero, 1843: 1). La oposición unitaria/federal no es, pues, primordial. El caso ejemplificador es el de Dorrego, presentado como un federal *distinto* ya que es prudente: “formalmente comprometido a gobernar bajo las condiciones de la ilustración y de la liberalidad de principios políticos” (*EP*, N° 69, 31 de enero, 1843: 1). Otro mérito de Dorrego es que conquista el afecto de las masas. Resulta, entonces, un gobernante ideal. Sin embargo, será derrotado a causa de las nuevas disensiones internas tanto del partido unitario (cuando regresan los militares *nacionales* una vez terminada la guerra), como del partido federal (por el accionar silencioso e hipócrita de Rosas, quien hereda el apoyo de las masas a Dorrego).

Otra vez, en el partido unitario falla la oportunidad (tiempo) y la comprensión (conocimiento) de la realidad social. Esto se comprueba en los resultados de la “revolución del primero de diciembre de 1828 capitaneada por el joven general Lavalle”: resultados útiles contra las tiranías provinciales gracias al general Paz, quien es un político “ilustrado, sagaz y laborioso” (*EP*, N° 70, 1° de febrero, 1843: 1) y expande las ideas progresistas y liberales en las provincias del interior; resultados un tanto perjudiciales para Buenos Aires pues esta “estaba bien administrada [por Dorrego] y seguían en ella un curso libre las luces y las libertades públicas”, situación que cambiará poco después con Rosas. En Buenos Aires, la “revolución” de Lavalle conduce al “alzamiento estretiposo, retrógrado y vandálico de las masas” (*EP*, N° 69, 31 de enero, 1843: 1).

Rosas tiene la oportunidad, pero no el conocimiento (“era ignorante y espantadizo”) de “la verdad de las ciencias sociales”, que caracterizan su siglo; por ello, desperdicia el momento propicio de poner a las masas en el camino de la civilización. No hace “lo que venimos realizando con tanta destreza como provecho a la administración actual de Chile” (EP, N° 70, 1° de febrero, 1843: 1).

La unicidad que establece Rosas en su gobierno, sobre todo después de eliminar a sus contrincantes internos –Facundo Quiroga y Estanislao López¹⁰– se corresponderá con la unicidad en los fines que alcanzarán las diversas expresiones de la oposición: “hacer la guerra a la nueva tiranía” (EP, N° 70, 1° de febrero, 1843: 2). Aparece entonces un nuevo actor social: la juventud comprometida con los problemas socio-políticos y educada en el “espíritu de socialismo”, que les muestra cómo los acontecimientos de diversos géneros son “realizaciones de una lei jeneral, absoluta, necesaria, la lei del encadenamiento progresivo” (EP, N° 71, 2 de febrero, 1843: 2).

En definitiva, la misión de verificar el cambio social no es sencilla pues Rosas cuenta con el apoyo de las masas: estas lo han elevado al poder porque “por sus hábitos y tendencias, sus tradiciones y modo de vivir era un verdadero representante, *una verdadera encarnación* de las preocupaciones y atraso de las masas” (EP, N° 74, 6 de febrero, 1843: 1). En consecuencia, para combatir al tirano y avanzar en el desarrollo nacional se vuelve indispensable realizar el cambio social de educar al pueblo:

10 Frente al asesinato de Quiroga, López apoya la hipótesis de que Rosas resulta sospechoso de promover ese crimen por ser el principal beneficiario de tal hecho. En cambio, no emite opinión respecto de la muerte de Estanislao López, aunque deja la duda: “Pero, sea naturalmente, sea con artificio, Lopez murió; y Rosas quedó heredero universal y único de todo el prestigio y poder de los difuntos. [...] en una palabra completó la obra; *unitarizó* la nación” (EP, N° 71, 2 de febrero, 1843: 1).

Todo el cuidado pues de la política que a nosotros nos conviene, es transformar las masas por medio del *trabajo lento*, de pasiones y conciencia, ántes de darles los derechos de la vida activa, ántes de iniciarlas en las pasiones y los intereses de la vida pública. El grande objeto es convertirlas por medio del trabajo y la educacion y atraerlas a la intelijencia y el afecto de las luces y del espíritu del siglo: miéntras no suceda esto la *democracia*", como poder, será siempre entre nosotros enemiga de la *civilización*. [el resaltado es nuestro] (*EP*, 74, 6 de febrero, 1843: 1)

En las conclusiones, López expresa su pesimismo y desilusión: “Están pasando las ilusiones de los primeros días de nuestra rejeñeracion; desde las nubes estamos cayendo al suelo y viendo que las realidades no son las que habiamos imaginado” (*EP*, N° 75, 7 de febrero, 1843: 1). Observa una única posibilidad de salvar del naufragio a la civilización: que la República de Chile asuma el liderazgo regional.

“Teatro”

Esta sección aparece periódicamente en el espacio del folletín (“folletín crítico”) y está dedicada a reseñas de las también frecuentes representaciones teatrales de Santiago. La crítica se enfoca en la calidad tanto del contenido de la obra, como de la actuación del elenco. Los textos pertenecen a autores europeos, tanto franceses (Soulié, Delavigne, Hugo, Dumas) como españoles (Martínez de la Rosa), aunque no siempre el público los aplauda con su concurrencia, ni el crítico los apoye con comentarios laudatorios. Particularmente se destacan las representaciones de textos locales, como *Ernesto: Drama orijinal en prosa*, de Rafael Minvielle, y la anónima petipieza *Un baile de tunos*, por evidenciar los primeros pasos de la dramaturgia chilena. López, a diferencia de Sarmiento, suele agregar la

ii López toma el término “democracia” en su sentido literal: ‘gobierno de las masas’.

caracterización genérica de las modalidades teatrales novedosas, como la comedia histórica en *Un matrimonio en el reinado de Luis XV*, de Dumas (EP, N° 132, 18 de abril, 1843: 1-2). De este modo, analiza el texto en relación con el sistema literario y va proponiendo una clasificación de tipos discursivos original, que dos años más tarde sistematizará en el *Curso de Bellas Letras*.

Entre los criterios estéticos que sustentan las reseñas, asoma la norma de la Literatura Progresista respecto de la sociabilidad como elemento indispensable del avance de la democracia, que aún falta instaurar por la ignorancia y superficialidad del pueblo. Al final del folleto "Teatro Primera representacion de *Diana de Chivri*, de Federico Soulié", López explica:

Mas nuestro objeto aquí solo ha sido caracterizar a Soulié como dramaturgo, y hacer ver que por sus medios, pertenece a la escuela sensualista y fisiológica del dráma, y que por esto es mas propio para impresionar a la multitud que se paga mas de lo que es palpable y material que de lo que es íntimo y filosófico, socialista y humanitario. (EP, N° 59, 19 de enero, 1843: 1)

Este último párrafo de la reseña lleva una nota más interesante que el resto, pues se refiere a la novedad del concepto 'socialista':

Rogamos a nuestros lectores que nos dejen pasar este término adoptado y usado ya en todos los paises donde se habla lengua castellana, por mas que críticos lijeros y superficiales hayan querido hacer entender que solo las usan ciertas plumas. Acabamos de tener a la vista periódicos españoles redactados por la mejor parte de la nacion donde estas palabras están pródigamente usadas, y a fé que no necesitabamos de esto para crearlas ya indispensables (EP, N° 59, 19 de enero, 1843: 1).

Hacia abril de 1843 en las reseñas se reiteran los comentarios acerca de los enojos de los actores, quienes no suelen aceptar las críticas

cuando estas no los favorecen. Tal vez esos enojos sean algunos de los motivos por los que López deja el diario. La aparición de un folletín sobre teatro escrito enteramente en francés (en el número 245, del 1 de setiembre de ese año) quizás sea una señal del cambio de manos.

“Alí-Bajá”

Alí-Bajá (*Cuadro de Mr. Monvoisin*), novela histórica corta, también aparece anónimamente en *El Progreso*, entre el 21 y el 29 de marzo de 1843. El “folletín novelesco” está inspirado en un óleo del francés Raymond Quinsac Monvoisin, quien por esos días exhibía sus cuadros en Santiago.

Según investiga Daisy Rípodas Ardanaz, en “Exposicion publica de los cuadros del señor Monvoisin”, Sarmiento suministra datos históricos sobre el referente de cada tela, facilitados por el pintor mismo. Respecto de “Alí Bajá. Visir de Janina (Albania)”¹², concluye con una afirmación muy llamativa:

Ali tenia 82 años, y aunque fue un tirano, sin embargo fue uno de los hombres mas notables de la época. Su reinado, desgraciadamente manchado con crímenes y con actos de ferocidad, dejó huellas preciosas e hizo brotar el jérmen de la emancipacion de los griegos. (*EP*, N° 97, 4 de marzo, 1843: 2; Rípodas Ardanaz, 1962-1963: 150)

Es decir que un tirano puede ser notable y, aun más, generar ansias de libertad, aunque sea por reacción.

El Alí Bajá de López se le parece un poco, pero no es contradictorio como el que describe Sarmiento, sino siempre orgulloso, violento y

¹² *Alí Bajá* es una pintura grande, de 2,75 m por 3,50 m. Se conserva en el Palacio Cousiño, de Santiago. Puede observarse en: www.commonswikimedia.org.

desleal, un verdadero simulador. Desde el comienzo de la historia, juega sucio, engaña al anciano guía del pueblo de Cardiki, a quien ofrece protección ante una supuesta denuncia contra ellos por falsificación de dinero. Inicialmente, el anciano hace un planteo de legalidad (que recuerda los estudios de abogacía del novelista):

[...] su poder lejítimo no alcanza hasta nosotros; bajá de Janina, nada tiene que mandar en Cardiki; nuestro señor el sultan, nos ha sometido a otras autoridades y miéntas ignoremos si son justos los proyectos del poderoso Alí y sus intenciones al pretender entrar con sus tropas a Cardiki, nuestro interes y nuestra dignidad nos mandan resistirle. (Molina, 2015: 87)¹³

Además, con inusitada osadía justifica su desconfianza recordando al enviado del Bajá todas las bajezas que este ha cometido. Sin embargo, cuando se entera de que son acusados de un delito y de que Alí es el juez enviado por el sultán, cambia de actitud y recomienda aceptar el juicio y obedecer.

El bajá se presenta como amigo pues ha vivido en ese lugar y ha sido criado por el anciano; pero luego ejecuta sobre Cardiki la más cruel de las venganzas pues manda asesinar a toda la población. El resentimiento es causado por el hecho de que ha vivido una infancia muy triste, encerrado en las cárceles de esa ciudad cristiana y, sobre todo, porque su hermana ha sido llevada al serrallo del sultán. No obstante, otra joven, Vasiliki, hija del anciano, con su súplica enternecedora logra, durante la matanza, calmar un poco al bajá, tal vez recordándole con su inocencia a la hermana perdida; así la joven cristiana logra salvarse y salvar a sus padres.

Este personaje de Alí Bajá se parece al Facundo que retratará Sarmiento dos años después, en el mismo periódico. En el capítulo

13 Citamos por nuestra edición crítica de esta novela por ser más accesible.

V de *Vida de Quiroga*¹⁴, el autor cuenta que el caudillo argentino “miraba por entre las cejas, como el Alí-Baja, de Monvoisin” (Sarmiento, 1961: 82). El anciano cardikiota también comenta que le tienen miedo al turco por lo que se cuenta de él. Y cuando el narrador lo describe en su entrada triunfal a Cardiki es presentado como un fantasma (como lo será Facundo) montado en un caballo colosal:

[...] se presentó montado en su ágil caballo; parecía una fantasma aquel viejo adusto y descarnado, cuya barba blanca y abierta cubría hasta la mitad de su pecho y se enredaba entre los preciosos adornos de oro, plata y rico acero que brillaba por do quiera en sus vestidos. El caballo tan colosal como el jinete, parecía enorgullecido con el gran señor que llevaba sobre su espalda y relinchaba y levantaba una nube de polvo con las fuertes y arrogantes pisadas que daba sobre el suelo. (Molina, 2015: 92)

El novelista fundamenta la actitud no solo de Alí, sino también de todo déspota: “el orgullo de un hombre feroz hace un crimen de la compasión y se venga de la necesidad que tuvo de ella en los que se la acordaron” (Molina, 2015: 93). Luego, la narración se demora en mostrar la persuasión un tanto sádica y bien engañosa con la que el turco envuelve al cardikiota, a fin de que caiga en la trampa fatal. La hipocresía del tirano no se limita a la masacre. El delito de falsificación de dinero se ha producido y el autor e ideólogo es el mismo Alí, quien está robando al sultán. Por esto, es perseguido y finalmente vencido.

En el segundo momento de la historia, Vasiliki es, paradójicamente, agente pasiva de la última oportunidad del bajá para cambiar su actitud guerrera. La mujer ángel se ofrece como alternativa de

14 Recordemos que el emblemático libro de Sarmiento aparece por primera vez en el folletín de *El Progreso* con el título de *Vida de Quiroga*, entre el 2 de mayo y el 21 de junio de 1845; abarca la “Introducción” y trece capítulos.

salvación, pero el villano no la acepta. Esta relación es la que retrata Monvoisin en su óleo y que López narra al final del sexto folletín:

Se acercó entónces a ella y apoyando la rica carabina que sirve de cetro a los Bajáes, en un cojin del sofá, soltó el puño del alfanje que habia tomado para satisfacer sus celos, lo dejó colgar inerte de la muñeca del brazo, y tomó suave y tiernamente la mano de Vasiliki, que habiendo alzado hábia¹⁵ él su preciosa cara lo miraba con una ternura divina; Allí entónces levantó tristemente los ojos hácia el cielo, y estuvo un largo rato así como si meditara en la flaqueza e inconstancia de las cosas humanas. Una lágrima redonda y brillante como una perla, se desprendió de los ojos negros de Vasiliki; le corrió por todo el rostro, y fue a caer en medio del precioso y abultado seno, que parecia mas bello que nunca por la inclinacion hácia arriba que habia dado a su cabeza para poder ver a Allí, que se mantenía de pié como una estatua; el momento era horrible y solemne; el pabellon estaba iluminado por el fuego del incendio que se veía por la ventana devorando a Janina. (Molina, 2015: 112)

La novela termina con información acerca de Vasiliki; sobre todo, de cómo se convierte en nexo entre el sultán turco y el mundo europeo:

Vasiliki pues fué recibida con toda la urbanidad de costumbres que dá la civilizacion, y si no tuvo el amor de su viejo Allí por amparo de su belleza y y debilidad, tuvo el amparo de las costumbres respetuosas que desde entónces enpezáron a dominar en la capital [de] Turquía. (Molina, 2015: 116)

La civilización ha vencido al tirano turco. Lo mismo debería suceder con el tirano argentino. La asociación Allí-Rosas se ve respaldada por la disposición del diario ya que, en el número 116, se publican tanto el folletín, como noticias execrables sobre el Río de la Plata: “si triunfa Rosas ya no queda en el Rio de la Plata puesto alguno para la civilizacion” (*EP*, N° 116, 28 de marzo, 1843: 2). No obstante,

15 *Hábia*: errata por ‘hacia’.

algo de esperanza le queda al emigrado pues, como le dice López a su amigo Frías, “las sociedades no perecen” (López, 1951: 507).

Comentario final

A través tanto del artículo de fondo, como de los folletines críticos y novelescos, López interesa a sus lectores sobre los dilemas políticos fundamentales, los hace reflexionar explicándoles el proceso histórico argentino y también conmoviéndolos con el drama de Vasiliki y de los demás cardikiotas, a fin de persuadirlos de la necesidad de rechazar las tiranías. También les enseña a mirar críticamente las obras de teatro representadas, para que al público espectador no le interese tanto la nacionalidad del autor, como la condición socialista (socializadora) y humanitaria de la trama y de los personajes. Todo esto en vista de lograr la revolución social y, en consecuencia, la mejora moral de los pueblos hispanoamericanos, fin primordial de la Literatura Progresista.

El medio preferido inicialmente por López –y por toda la Nueva Generación– es la prensa, pues es eficaz ya que está al alcance de cualquier lector gracias a su fácil y económica circulación social y geográfica. Y en tanto emigrado, el periodismo le permite alcanzar la reputación que necesita para sobrevivir intelectual y económicamente. Cuando esa reputación es puesta en duda, López abandona la labor periodística en Chile y se dedica de lleno a la docencia y a la historiografía. Pero, al fin, continuará su exilio en Montevideo, más cerca de su añorado hogar.

Bibliografía

Alvarado Cornejo, M. (2015). *Revistas culturales chilenas del siglo XIX (1842-1894): Historia de un proceso discontinuo*. Santiago, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez.

El Progreso: Diario comercial, político y literario. Santiago de Chile. [Años consultados: 1842-1843].

Figueroa, A. (2004). *Ensayistas del Movimiento Literario de 1842*. Santiago, Editorial de la Universidad de Santiago de Chile.

López, V. F. (1842, mayo). “Clasicismo y Romanticismo”. *Revista de Valparaíso* (4): 122-143. Disponible en línea: <memoriachilena.gob.ar>

---. (1843 a, 21, 22, 23, 24, 25, 28 y 29 marzo) “Ali-Baja” [Anónimo]. *El Progreso* (111-117), folletines.

---. (1843 b, 24 jul. y 16 ago.) “La Novia del Hereje o la Inquisición de Lima”. *El Observador Político* (1 y 3): 1-2, folletines.

---. (1843 c, 24, 25, 26, 27, 28 y 31 enero., 1, 2, 3, 4, 6 y 7 febrero.: 1-2). “Revoluciones americanas en su relación con los elementos sociales: Revolución argentina”. *El Progreso* (63-67 y 69-75).

---. (1845). *Curso de Bellas Letras*. Santiago de Chile, Imprenta del Siglo.

---. (1951, 2° y 3° trimestre). “Archivo de Félix Frías”. *Revista de la Biblioteca Nacional*, XXIV (58 y 59).

Cartas de Vicente Fidel López a Félix Frías, desde Santiago de Chile:

Carta del 8 de septiembre de 1842 (n° 58: 491-509).

Carta del 3 de febrero de 1843 (n° 59: 33-34).

Carta del 1 de abril de 1843 (n° 59: 51-52).

Carta del 22 de abril de 1843 (n° 59: 56-57).

Carta del 25 de setiembre de 1843 (n° 59: 110-111).

Carta del 25 de noviembre de 1843 (n° 59: 121-123).

Molina, H.B. (1986). "Algunas precisiones sobre la elaboración de *La novia del hereje: Los folletines de 1843*". *Revista de Literaturas Modernas*, 19: 273-279.

---. (2015). *Vicente Fidel López: exilio y novela histórica*. Edición crítica y anotada de textos ignorados. Lorena Ángela Ivars, colab. Buenos Aires, Teseo.

---. (2021a). "La Revista de Valparaíso (1842) en tiempos de la Literatura Progresista". *Revistas y redes en la conformación del campo intelectual latinoamericano*. Lozoya López, Ivette y César Zamorano Díaz (Edits). Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 63-78.

---. (2021b). *La teoría literaria de la generación de 1837: Una poética de la persuasión*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Disponible en línea: <bdigital.uncu.edu.ar/16620>.

- Pas, H. (Ed.) (2013). *El romanticismo en la prensa periódica argentina y chilena: Ensayos, críticas, polémicas (1828–1864)*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en línea: <bibliotecaorbistertius.fahce.unlp.edu.ar>
- Piccirilli, R. (1972). *Los López: Una dinastía intelectual. Ensayo histórico literario, 1810–1852*. Buenos Aires, Estrada.
- Pinilla, N. (1943a). *La generación chilena de 1842*. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile.
- . (1943b). *La polémica del romanticismo en 1842: V.F. López, D.F. Sarmiento, S. Sanfuentes*. Buenos Aires, Americalee.
- Revista de Valparaíso* (1842). Valparaíso, Imprenta del Comercio. Disponible en línea: <memoriachilena.gob.ar>
- Rípodas Ardanaz, D. (1962-1963). “Vicente Fidel López y la novela histórica: Un ensayo inicial desconocido”. *Revista de Historia Americana y Argentina*, IV, 7-8: 133-175.
- Sarmiento, D.F. (1885). *Obras. II, Artículos críticos y literarios (1842-1853)*. Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg.
- . (1961). *Facundo*. Prólogo y notas de Alberto Palcos. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.
- Silva Castro, R. (1958). *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)*. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile.

Las operaciones de la prensa y el Estado sobre la cuestión de la frontera interior: el caso de Santiago Avendaño

María Laura Pérez Gras
Universidad del Salvador | CONICET

Introducción

El viaje del criollo a la región denominada “desierto” es una variante del viaje del centro (en este caso, Buenos Aires) a la periferia (interior) no contemplada por la mayoría de los estudios sobre relatos de viaje, que prefieren tomar como centro la Europa progresista (principalmente, Francia e Inglaterra) y como periferia, la América emergente. No obstante, David Viñas, Álvaro Fernández Bravo y Claudia Torre estudiaron un tipo de relato de viaje autobiográfico que presentó un movimiento centro-periferia dentro del territorio argentino –o “viaje interior”– en torno de la “Conquista del Desierto” como acontecimiento: mientras Viñas y Fernández Bravo se refirieron a él como “literatura militar” y “literatura de (la) frontera” (Viñas, 2003: 59; Fernández Bravo, 1999: 13), Torre lo denominó “narrativa expedicionaria” tras estudiar y delimitar un corpus más específico en su tesis doctoral, *Literatura en Tránsito* (2010). Sumamos a estas denominaciones otra: la de “relato de cautiverio”, género definido por primera vez en nuestra tesis de doctorado, *Relatos (de) cautivos* (2013), en diálogo con los ya mencionados, puesto que todos se dieron en el contexto del conflicto fronterizo e interétnico que dividió el territorio argentino hasta fines del siglo XIX.

Los relatos de viaje, sobre todo los realizados por científicos extranjeros, tuvieron una acogida positiva y esto se debe a que, ya fuere de manera directa o indirecta, avalaban o viabilizaban la “cruzada civilizadora”. En cambio, las publicaciones de relatos de cautiverio fueron prácticamente nulas. Revisamos las operaciones de la prensa decimonónica y el Estado sobre la cuestión de la frontera interior en el caso emblemático de la edición del manuscrito del excautivo Santiago Avendaño en la *Revista de Buenos Aires* (en tomos XIV y XV), realizada por Navarro Viola, como ejemplo de la censura de la época. Resulta relevante señalar que esta es la única publicación, en la Argentina del siglo XIX, de un relato de cautiverio de pluma criolla realizada en vida de su autor con que contamos hasta la fecha –a pesar de que se han registrado miles de experiencias de cautiverio durante este siglo– y que, además, fue mutilada respecto de su original en función de lo que el poder hegemónico deseaba silenciar.

Prensa, Estado y literatura

A la luz de las teorías sobre el concepto de “campo literario” del sociólogo francés Pierre Bourdieu, abordaremos las interrelaciones entre la prensa decimonónica, el Estado y el corpus literario en circulación en torno de la “cuestión de indios” para comprender cómo se conformó la literatura de frontera y qué factores determinaron la consolidación de un determinado corpus y la invisibilización del resto.

Los avances militares al otro lado de la frontera fueron el puntapié inicial en una construcción del indio que manifestaría su máxima expresión en la literatura generada a partir de 1870 en torno de la Conquista del Desierto: la homogenización y abstracción del indio como “enemigo de la civilización”. En su estudio sobre la “narrativa expedicionaria”, Claudia Torre lo explica de la siguiente manera:

Lo primero que resultaba evidente era que estas obras trabajaban con la figura del indio no como un enemigo de los estancieros de Buenos Aires, lo que efectivamente eran (en particular los indios maloneros de Salinas Grandes), sino como un problema de carácter nacional que involucraba a todos los sectores de la sociedad y a poderes políticos de varias provincias. Todos los indios quedaban asociados e identificados con un único tipo específico: el indio malonero, nómada, que alternativamente negociaba y guerrearba contra los blancos. (Torre, 2010: 42)

Este imaginario fue construido en función de una idea de “antagonismo permanente” (Cutrera, 2006: 5) que distaba mucho de la realidad de las relaciones entre blancos y aborígenes: comerciales, laborales, religiosas (padrinazgos), bélicas (por ejemplo, como aliados en la guerra contra el Paraguay) y diplomáticas. Por otra parte, las comunidades tehuelches ubicadas en la Patagonia más austral no tenían relaciones con los blancos. Tampoco se las podría encerrar dentro del tipo del “indio malonero”, pues no llevaban a cabo esa práctica. Y por su desconocimiento del blanco, su inexperiencia en el tipo de guerra con armas de fuego y su falta de estrategias bélicas, esos grupos de indios apenas pudieron ser considerados como “enemigos” por los militares expedicionarios, aunque así hubieran sido definidos por el Estado.

En paralelo con la narrativa militar o expedicionaria encontramos otra modalidad del viaje hacia el interior, vigente durante el siglo XIX: la científica. Los viajes de exploradores ingleses a la Patagonia iniciaron esa línea que fue continuada luego por los científicos argentinos que exploraban el potencial económico de estas tierras, en su mayoría, en calidad de enviados del Gobierno. Francisco Pascasio Moreno (conocido también como Perito Moreno), por ejemplo, realizó varios viajes y escribió los correspondientes relatos e informes, donde estudió y documentó el avance territorial con el objeto de lograr la integración de un Estado fragmentado.

No obstante, una literatura que incorporaría las dos modalidades –la científica y la militar– en un único discurso, como por ejemplo la de Estanislao Zeballos, llegaría a afirmar la imposibilidad de educar a estos “bárbaros” o “salvajes”, e incluso acompañaría el exterminio desde las letras. En la primera nota del autor en *La Conquista de quince mil leguas* (1878), agregada en una reedición en respuesta de las críticas recibidas sobre la primera, lo aclara de esta manera:

No censuramos la conducta de los españoles, porque ellos no podían hacer más, escasos de elementos, en un inmenso y desconocido teatro y con millares de indios al frente. Hacemos cargo de haberla seguido a los contemporáneos que, dueños de recursos poderosísimos y más conocedores del teatro en que operan, no han debido permanecer reducidos al sistema defensivo que las circunstancias imponían en la colonia. Al emitir estas opiniones somos consecuentes con nuestra convicción de la eficacia de la ofensiva en la guerra contra el indio. (Zeballos, 2008: 21)

El grado de evolución de las comunidades aborígenes era medido en función de una concepción monoculturalista en que todas las sociedades debían considerarse según los mismos parámetros y tener las mismas aspiraciones universales. “*For the culturalist anthropologist, the search for such universals is itself an exercise in Western ethnocentrism [...]*”¹ (Beller y Leerssen, 2007: 265). Este concepto de “ancestros anacrónicos” consolidado por la literatura científica no vino a derribar los anteriores sino a reformularlos. Darwin escribió sobre la antropofagia entre los yámanas afirmando un inexistente canibalismo y asentó la imagen del espacio geográfico de la Patagonia como “desierto” porque no llegó a pisar las zonas de los lagos australes que tanto deslumbraron a Moreno. En parte, cayeron en desuso los conceptos de buen y mal salvaje, que atendían más a cuestiones morales y religiosas que a las biológicas o evolutivas: en la literatura científica el indio ya no era definido como bueno o malo, sino primitivo.

1 “Para el antropólogo cultural, la búsqueda de tales universales es en sí misma un ejercicio de etnocentrismo occidental [...]

 [la traducción es nuestra].

La mentalidad monoculturalista que reinaba en la época fue rápidamente permeada por estas teorías evolucionistas: para el imaginario social de entonces, el indio –como entidad genérica– pertenecía a un estadio anterior en la cadena evolutiva de la especie humana, y como tal no tenía moral, ni leyes, ni vida espiritual. Todas estas son conjeturas que Mansilla cuestiona de manera extraordinaria, o más bien excéntrica, en *Una excursión a los indios ranqueles*, precisamente en 1870, año bisagra entre la modalidad científica y la militar que comenzaban a fundirse en pos de un proyecto modernizador común.

Si nos detenemos a hacer un análisis de lo expuesto hasta aquí podemos observar que en el siglo XIX hubo un corpus literario que acompañó y avaló el avance territorial del blanco sobre el indígena. Estaba formado por textos que trataban la temática de la frontera y, a su vez, se subdividían según el contexto de su génesis en militares/expedicionarios o científicos, o en la combinación de ambos. En cuanto al género literario, estos textos son relatos de viaje de modalidad autobiográfica. Pero solemos encontrar confundido dentro de este corpus un conjunto muy peculiar de escritos también autobiográficos: los relatos de cautiverio. Estos constituyen un género aparte², aunque comparten la temática de la frontera y la escritura autobiográfica con los de viaje, e incluso suelen aparecer en

2 La definición del relato de cautiverio como género literario fue uno de los alcances de nuestra tesis doctoral, así como también la subclasificación de las escrituras del cautiverio en general: relatos de cautiverio propiamente dichos, relatos de cautiverio indirectos, leyendas de cautiverio, literatura de cautiverio y otras formas de escrituras del cautiverio, como epístolas, entrevistas y retratos. La escritura de relatos de cautiverio propiamente dichos está siempre motivada por el retorno del cautivo y el deseo de comunicar lo experimentado durante la ausencia, pero su fin último –o función– es garantizar el éxito de su reinserción en la sociedad de origen. Por este motivo, todo relato de cautiverio presenta una doble negociación, o negociación en dos instancias: por la supervivencia –en la que el protagonista intenta encontrar su papel y generar motivos por los que le permitan seguir con vida dentro de la comunidad ajena y hostil que lo retiene– y por la reinserción –en la que el protagonista se preocupa por demostrar que sigue perteneciendo a su comunidad de origen para ser aceptado– (Pérez Gras, 2013: 402-406).

un mismo texto. No obstante, dichos relatos dan cuenta de una serie de rasgos, estructuras, temáticas, recursos y funciones comunes que los distinguen de otros géneros y de otras temáticas cercanas, como por ejemplo el relato de viaje y la literatura del exilio.

A pesar de haber sido en un principio utilizados discursivamente para demostrar la necesidad del avance territorial sobre el indio y su exterminio a partir de la violencia que todo rapto y sometimiento suponen, los relatos de cautiverio estudiados en profundidad terminan por romper con la postura monoculturalista y quebrar las certezas fundadas en el esquema dicotómico de civilización y barbarie, puesto que se gestan desde el interior de la sociedad del Otro y nacen de la necesidad de narrar lo observado *in situ*. Por este mismo motivo, sufrieron la censura y no llegaron a ser difundidos. A lo largo de nuestra investigación, hallamos solamente tres relatos de cautiverio escritos en primera persona por cautivos que habitaban el territorio argentino: Santiago Avendaño, Francisco Pascasio Moreno y Lorenzo Deus. Este número llama la atención, debido a que se encuentra ampliamente documentado que el fenómeno del cautiverio fue de una gran magnitud en la región, sobre todo durante la práctica de los malones (Socolow, 1987; Operé, 2001). También resulta extraño que la difusión de estos relatos en la Argentina decimonónica fuera escasa y censurada, en el caso del manuscrito de Avendaño, y nula en el de los otros dos; mientras que en los Estados Unidos, los textos escritos por o sobre cautivos fueron *bestsellers* en la misma época. En consecuencia, observamos que este género literario no tuvo incidencia en la construcción de la identidad argentina ni fue incluido en el corpus literario de la época por revelar demasiado sobre la zona de contacto con el indio que se buscaba invisibilizar. Fue, por ende, marginal y “cautivo” de las ideologías hegemónicas. El cautiverio desde y hacia ambos lados de la frontera fue la práctica de toma de rehenes que mantuvo vigente el límite divisorio imaginario entre blancos e indios; y, al mismo tiempo, fue una filtración, una fractura, un intercambio en la zona de contacto que propició el mestizaje, condenado socialmente entre los cristianos, pero no entre los indios.

Resultan más sorprendentes aún el silencio de los cientos de cautivos supervivientes documentados en los censos fronterizos, que seguramente tendrían mucho para contar, y la falta de publicación o difusión de los pocos relatos de cautiverio hallados en contraste con la notoria prensa que tuvieron las narraciones expedicionarias funcionales al avance territorial:

El Estado, alrededor de 1870, ensayaba una práctica editorial rudimentaria que luego fue dando lugar a una política editora de obras específica [...]

La práctica editorial será relevante en la configuración de una imagen de nación y en el poblamiento y colonización de la nueva nación modernizada [...].

La mayoría de los textos vinculados a la Conquista del Desierto se escribía por encargo. Esta modalidad ponía en funcionamiento múltiples instancias que influían en la escritura del viaje [...].

La escritura por encargo evidenciaba un juego entre pensadores y hacedores. No siempre esas funciones estaban prolijamente separadas pero los escritos que producían como resultados de una experiencia de viaje evidenciaban marcas de ‘instrucciones previas’ o eran sometidos a un juicio de valor por parte de otros que no realizaron el viaje. Jefes de estado, ministros, directores de periódicos influyentes, directores y presidentes de sociedades científicas eran lectores activos de estas obras y también, de alguna manera, sus hacedores. (Torre, 2010: 134 y 135)

La noción de campo literario de Bourdieu nos permite ubicar cada elemento en el juego de relaciones que se establece entre los textos que hallamos dentro del gran tema de la frontera interior, pero que pertenecen, al menos, a dos géneros literarios distintos: el relato de viaje y el relato de cautiverio.

El estudio del campo literario también nos permite, mediante el análisis intralingüístico y extralingüístico de los textos, definir sus posiciones dentro del campo de producción de la época y las estrechas relaciones entre estética e ideología que se evidencian mediante sus lecturas contextualizadas, atendiendo desde las circunstancias de la escritura hasta su inserción en el mercado editorial. En ese sentido, la contribución de Bourdieu radica en establecer los factores que intervienen y determinan las relaciones entre los agentes que participan en el campo intelectual (autor, editor, crítico, lector). De estos principios teóricos, nos interesa recuperar los elementos que nos ayudarán a hacer un estudio profundo de los factores que intervienen en los campos de producción, ya que solo así podremos entender que están determinados por el poder que ejercen los dirigentes del campo, ya sea de índole cultural, comercial o política. El propósito de este análisis es comprender los procesos de canonización y jerarquización de un determinado corpus literario en detrimento del resto de la producción textual de una misma época, gran parte de la cual permanece invisibilizada hasta su eventual rescate.

En este sentido, los relatos de viaje tuvieron una acogida positiva y pasaron de la mano del autor al editor, al crítico y al lector sin grandes dificultades, puesto que la maquinaria estatal intervino en pos de su difusión. Esto se debe a que, ya fuere de manera directa o indirecta, avalaban o viabilizaban la “cruzada civilizadora”. En cambio, en el caso de los relatos de cautiverio, este proceso fue obstaculizado por la resistencia de agentes adversos, que en general eran los editores, puesto que la industria de la imprenta era sostenida y ejercida en su mayor parte por el Estado mismo.

Por último, la posición que ocupa el escritor en el espacio social lo somete a un juego de poder basado en la lucha por ganar un lugar, permanecer en él y contar con el reconocimiento de sus pares. En el caso del cautivo, o más bien del excautivo, como categoría dada al individuo que ha sobrevivido a la experiencia del cautiverio y ha regresado

a su comunidad de origen con la capacidad de narrar lo experimentado, su posicionamiento social tras el retorno condiciona la difusión de sus textos. En las sociedades en que el cautivo se alineó con el viajero en la representación del héroe que retorna con conocimiento valioso que merece ser transmitido (Estados Unidos, por ejemplo), los relatos tuvieron una excelente acogida; en cambio, en la sociedad porteña, el interés estaba puesto en los viajes a Europa, incluso a los Estados Unidos, y ocasionalmente al interior del propio territorio si servían para revelar información útil a la Conquista. Los cautivos en lugar de héroes fueron parias, hombres y mujeres denigrados en su condición de cristianos por haber tenido contacto prolongado con los indios, y a veces haber llegado a la transculturación, al menos parcial, del individuo. En este sentido, todavía los hombres cautivos tenían mayores oportunidades que las mujeres, quienes eran entregadas a las familias blancas como sirvientas, tal como sucedía con las indias cautivas de los blancos, si ningún familiar las reclamaba tras el retorno al otro lado de la frontera.

De esta manera, podemos inferir que el juego de poder entre la prensa, el Estado y el circuito literario local determinó la exclusión del relato de cautiverio del corpus literario argentino decimonónico.

El caso de los manuscritos de Santiago Avendaño

Santiago Avendaño fue cautivo de los ranqueles entre 1842 y 1849, desde los siete años hasta los quince; pero sus manuscritos también abarcan tiempos anteriores y posteriores, debido a que comienza con un *racconto* de los orígenes chilenos de la dinastía de los Piedra, la venida definitiva de Calfucurá en 1834 y el desarrollo de su poderoso cacicazgo, y termina con los años de prisión que le tocó padecer en Palermo hasta la caída de Rosas, en 1852.

Los manuscritos que dejó Avendaño³ fueron publicados de manera incompleta y fragmentada en tres partes: las dos primeras bajo el título “La fuga de un cautivo de los indios” y la tercera, como “Muerte del cacique Painé”, en *La Revista de Buenos Aires*, tomos XIV y XV, correspondientes a los años 1867 y 1868. Esta mutilación redujo el texto, convenientemente, a la hazaña de un joven cristiano que logra huir de sus bárbaros captores, y a la brutal matanza de mujeres ocurridas durante los funerales del cacique Painé. Además está decir que esta amputación del texto original le quitó valiosos aportes culturales y etnohistóricos, sobre todo aquellos que podían dejar traslucir cierta empatía del cautivo con los indios y su mirada crítica de los métodos de avance sobre el indio empleados por los civilizados.

Su aventura se publicó dieciocho años después de ocurrir. Cuestiones sobre su cautiverio y el hecho de que la Revista de Buenos Aires, dedicada a estudios de historia americana, literatura y derecho, publicase un texto mutilado, deben interpretarse en el contexto de la cultura política del país. Los relatos de cautivos no interesaban a la Argentina de la Independencia tan preocupada en proyectar al exterior una imagen liberal y progresista. Indios y fronteras representaban la barbarie cotidiana, pues así había sido articulada por sus más insignes prohombres. No olvidemos la importancia de Esteban Echeverría y Domingo Sarmiento en la articulación ideológica de la frontera y el salvaje. Desgraciadamente, indios y cautivos no eran una realidad exótica, un mundo ajeno que se quería explorar, sino los vecinos indeseados, los pobladores molestos de la Argentina rural. La llamada, “cuestión del indio”, era un tema conflictivo en constante debate, cuyas soluciones dividían a los grandes propietarios, así como a la clase política e

3 El manuscrito de Avendaño se encuentra en el Archivo Zeballos, actualmente Archivo Enrique Udaondo del Complejo Museológico de Luján, provincia de Buenos Aires (carpeta *Manuscritos-Guerra de Frontera 1870-1880*, del inventario confeccionado por E. Udaondo: I. S. N° 573). El material escrito por Avendaño conservado allí consta de 470 folios.

intelectual. Muchos de los relatos de cautivos tendían a humanizar al indio. Santiago Avendaño, en los momentos de iniciar su fuga, se lamentaba de traicionar al indio que lo trató “con cariño paternal”, según sus propias palabras. (Operé, 1999-2000: 35)

En el tomo XIV de *La Revista de Buenos Aires*, aparecido en 1867, se publicó una parte del capítulo que Avendaño originalmente tituló “Mi fuga y los medios de los que me valí”. El primer fragmento publicado allí fue tomado de este capítulo original a partir de la página treinta y ocho, por lo que se deja de lado todo el comienzo, y abarca las once páginas siguientes, aunque con extensas omisiones internas. Este fragmento de la *Revista de Buenos Aires* (357-370) se tituló “La fuga de un cautivo de los indios” y subtitólo “Narrada por él mismo”. El segundo fragmento apareció hacia el final del mismo tomo XIV (511-519) y recogió la narración del original de Avendaño exactamente donde se había suspendido, con el mismo título y subtítulo que la primera parte, más la palabra “conclusión (sic)” debajo y una nota al pie que explica al lector que se trata de una continuación de aquella. Esta segunda parte es más breve y presenta menos omisiones internas que la primera. Termina con el regreso de Avendaño a la “civilización”; por lo tanto, no incluye la extensa parte final del capítulo original, que relata todo lo sucedido durante la búsqueda de sus parientes, el breve período en que recibió educación formal y los dos años siguientes que pasó en Buenos Aires, en los cuarteles de Palermo, bajo el yugo de Rosas.

Si uno lee ambos fragmentos y desconoce el manuscrito, lo publicado en la *Revista de Buenos Aires* tiene pleno sentido. El texto es el sufrido relato de un cristiano que ha emprendido la fuga para regresar a la forma de vida civilizada que tanto anhela. El terror de ser atrapado por sus perseguidores y de encontrarse con otros indios en el camino es el sentimiento que prima a lo largo de las páginas. Por el contrario, si uno lee el capítulo original completo, puede darse cuenta de la transformación que el texto sufrió al ser reeditado en forma descontextualizada y fragmentada. Entonces, cabe pregun-

tarse cuáles fueron las circunstancias que permitieron esta transformación y edición del texto original. Debemos tener en cuenta que esto sucedió en vida de Avendaño, y resulta difícil creer que él no conociera la publicación. Consideramos que, tanto si la mutación fue producto de quien acercó el texto a *La Revista de Buenos Aires*, de sus editores o del propio Avendaño, se trata claramente de censura. Si la edición mutilada fue consentida por el excautivo, el alcance de la ideología monoculturalista de la época era aún mayor de lo que suponemos, porque implicaría que si él no hubiera cedido a semejantes condicionamientos no habría podido publicar su texto.

En primer lugar, las treinta y siete páginas del comienzo de los manuscritos originales se refieren a la afectuosa relación del joven cautivo con su padre adoptivo, el indio Caniú. La figura paternal que Avendaño construye en el indio es de cariño, respeto, admiración y confianza, sobre todo de parte de Caniú hacia el niño. Cariño, porque el indio se muestra afectuoso, generoso y comprensivo con él. Respeto, porque Caniú le permite hablar su lengua, rezar y conservar sus costumbres cristianas. Admiración, porque Caniú piensa que Santiaguito es un niño prodigio: sabe leer y escribir, y hace de intérprete entre indios y cristianos a la edad de ocho años; el indio le pronostica un gran futuro entre los suyos, como el de Baigorria. Confianza, porque le delega el cuidado de su familia y hacienda cuando debe ausentarse durante los malones. La india que lo crió durante los primeros años de cautiverio, la mujer de Caniú, también es retratada como figura materna, e incluso Avendaño trasmite una gran pena por su muerte. Se reconoce privilegiado en comparación con otros cautivos que son objeto de terribles maltratos. No obstante, Avendaño no deja de desear la libertad, sobre todo para volver a ver a su familia. Cuenta cómo Baigorria intercedía para lograr su libertad; pero Caniú se resistió muchas veces a entregarlo como cautivo recuperado para negociar con el gobierno. En el año 1846, Pichuiñ y Rosas habían pactado la paz y el gobernador exigió la devolución de diez cautivos. Pichuiñ le pidió asistencia a Painé para reunir aquel número. Los indios podían negarse a devolver a sus

cautivos con absoluta libertad, pues se los habían ganado por su participación en los malones. Caniú era sobrino de Pichuiñ y vivía en los toldos de Painé, pero se negó a entregar a Santiago. Pichuiñ le ofreció comprárselo, y tampoco cedió. Caniú llegó a consultar al propio cautivo acerca de sus verdaderos deseos, para saber cómo proceder; pero, motivado por la fidelidad y el afecto recibido, Santiago le respondió que solo se iría si él se lo mandaba. El cacique estaba disgustado con su sobrino y solicitó que le trajeran al muchacho. Avendaño cuenta que lo recibió “lleno de caricias” y que había decidido enviarlo a Azul en contra de la voluntad de Caniú. No obstante, solo pudieron enviar nueve cautivos a Rosas, pues Santiago no fue cedido por Caniú, bajo ningún concepto. El narrador llama a Caniú directamente “padre” o “mi indio” en estas líneas.

Más adelante, Avendaño se refiere a la terrible miseria que sufren los indios por causa de las epidemias desconocidas entre ellos, que se unía a los estragos producidos por las guerras con el blanco. Relata cómo los indios se reunían en congresos generales para debatir si convenía o no realizar un malón, que era el único recurso para abastecerse en las épocas de crisis.

Luego, describe la amistad secreta que llega a tener con Baigorria, a espaldas de su indio adoptivo, que lo recela. Es el unitario quien lo motiva y asiste intelectualmente para llevar a cabo la fuga durante una serie de encuentros clandestinos. Finalmente, escribe sobre su amistad con el indio Nahuel Maiñqué, a quien llama “mi íntimo y leal amigo”, que le promete traerle una cautiva como obsequio del próximo malón para que Avendaño la convirtiera en su mujer.

Consideramos que estas treinta y siete páginas iniciales fueron omitidas en la publicación de la *Revista de Buenos Aires* por Navarro Viola porque describían una relación de afecto muy especial entre el cautivo y los indios más cercanos a él, revelaban la naturaleza social, la voluntad de equidad y justicia, y la calidez de la comunidad

que lo acogió, y mostraban a un “cautivo” más bien “adoptado”, nada temeroso de sus captores durante la convivencia.

Una vez que iniciamos la lectura del primer fragmento publicado, podemos observar la omisión de algunas partes internas en el cortejo con el original. La primera omisión se refiere nuevamente al cariño filial de Santiago hacia Caniú. El manuscrito dice:

Me pregunté si mi padre há soñado alguna cosa siniestra y se há buuelto, y hallandose con la noticia de mi fuga, si me sigue y como es posible me alcanza ¿qué le digo? Con que cara miro al que me ha querido tanto y a quien le pago con tamaña ingratitud? Que escusa bastará para desarmar la indignación de todo un indio generoso y bueno?...

En cambio, en la *Revista de Buenos Aires* se lee una paráfrasis del comienzo: “Temí que el indio de quien dependía regresara á los tol-dos y no encontrándome, me buscase, me alcanzase y ¡ay! de mí entonces” (1867: 361). El resto no aparece. La censura resulta evidente. Solo se desliza la siguiente pregunta idéntica en el original: “El cariño paternal que me ha prodigado siempre, no se habrá convertido en furor por este solo hecho?” (1867: 361).

En el párrafo siguiente de la revista, aparece abreviado y simplificado un largo pasaje que bien podría ser considerado el fluir de conciencia de Avendaño, en el momento en que el remordimiento por haber huido, el miedo de ser encontrado y el deseo de regresar con los suyos se conjugan. Las manifestaciones de la gran culpa que el excautivo siente y sus temores de que huir de “su padre” bueno y generoso sea un delito, o un pecado, fueron minuciosamente eliminados o suavizados en la publicación de la revista, a pesar de que ese pasaje del original también presentaba acusaciones contra los indios, a modo de defensa personal, para justificar la propia falta: Avendaño quiere demostrar que todos somos pecadores ante Dios, los indios

y los cristianos, como él, sobre todo en los momentos de mayor dificultad o necesidad. El manuscrito dice:

Yo conozco Señor mío el delito que cometo traicionando la confianza de este buen indio, conozco tambien que solo con matarme se saciará su ira, yo habre muerto, y mis padres y mis hermanos no verán al que han sentido tanto? Yo sé que cometo un gran delito, pero el es en cambio de bolver á la Cristiandad y al seno de mi familia, este delito para mí, tambien será delito para vos Señor? Será pecado el que yo me fugue no causando mas daño que el de dos caballos que me llevo? Y como, sí es delito esto y por él deben castigarme, como vos Señor no castigas á ellos cuando intentan matar y cautivar tantos desgraciados? Como no los castigas cuando arrean tantas haciendas? Y ahora por dos caballos me dejaras perecer para siempre? no lo creo, Señor y sobre todo yo confio en la intersepcion de tu S^{ma}. Madre, y confio tambien en que me perdonarás — porque siento demaciado al verme obligado á traerle un caballo, como siento tambien traerle al pobre *mallé* (Epuhuequé) a quien debo tanto cariño, tanta atención y tantos regalos. En fin Señor el deceso de ver a los mios no es pocible que me condene á ser alcansado.

En la revista, se lee en cambio:

Reflexionaba en la falta que cometia huyendo de mi protector, llevándole su mejor caballo, lo mismo que á mallé (Epuhuequé) que también me había confiado el suyo. Pero en aquellos momentos angustiosos recordaba la (sic) oraciones que me habia enseñado mi madre, y el deseo de volverlos á ver alentaba mi espíritu y calmaba mis tribulaciones de cautivo fugitivo. (1867: 361)

Podemos observar que en el fragmento arriba citado el sentimiento de culpa de Avendaño queda disminuido y los epítetos afectivos para ambos indios, suprimidos. El acento está puesto en el sentimiento religioso cristiano, aprendido de la madre biológica, la mujer blanca.

En la página 363 de la revista, detectamos un error de transcripción de la fecha que figura en el manuscrito: aparece “1819” en lugar del año correcto, “1849”.

En la página 365, encontramos otra omisión, muy extensa. En el pasaje original suprimido, Avendaño vuelve a expresar culpa –y hasta arrepentimiento– por haber emprendido la fuga y empatía por Caniú:

En estas orribles meditaciones me inbadió una tristesa profunda y no puede menos de soltar un llanto de desesperación, invocando la proteccion del todo poderoso á veces y su Sma. Madre, maldiciendome otras la idea de la fuga y derramando un raudal de lagrimas arrepentido de haberme lanzado a desafiar la muerte con tanta imprudencia y la venganza de mi indio de quien no tenia el menor motivo de queja. Ah! hoy mismo al escribir esta esena de dolor no me es posible resistir la emocion de mi alma...

Continúa rezándole a Dios, hablándole en segunda persona, reclamándole misericordia en las pruebas que le hace pasar en su penosa travesía. Y cierra con la siguiente reflexión, culposa y justificadora:

Demaciado me duele traerle un caballo a un pobre indio incapas de haserme daño, él no es culpable de mi esclavitud porque ella fue dispuesta por vos, mas yo soy culpable para él porque lo hé traicionado perjudicandole en un caballo á él y á Epuhueque mi bienhechor también. Pero si he de creer que vos me habeis sugerido la idea debo creer que tambien me habeis indicado los medios: siendo eso así debes perdonarme el delito. Recuerdo que hé oido decir que todo viene de vos y que todo llega hasta vos, si en mi fuga hago mal, no me creo con culpabilidad puesto que dios, saviduría infinita, todo lo dispone.

En cambio, en la *Revista de Buenos Aires*, en reemplazo de todo lo antes citado, se coloca la siguiente oración: “Despues de muy tristes reflexiones sobre los peligros que me rodeaban y la incertidumbre de mi destino, necesitaba tomar alguna medida para asegurar

en lo posible mi existencia” (1867: 365). La omisión de tan extenso y sentido fragmento apunta, sin dudas, a sustraerle a esta edición sentimientos tan vivos en el original: afecto, culpa, deuda, agradecimiento, incertidumbre, miedo, desesperación, para transformarlo en un relato simplificado, sin contradicciones, sin apego al mundo del que se huye, y de completa filiación con el discurso de los civilizados acerca del universo indio y de la práctica del cautiverio.

Debemos aclarar que, de aquí en más, la edición continúa fiel al original hasta el final del primer fragmento. Se debe, simplemente, a que no aparece en esas páginas del manuscrito otra referencia afectuosa para con los indios.

La segunda parte publicada en la *Revista de Buenos Aires*, continuidad de la primera, tampoco presenta grandes cambios. Más allá de alguna paráfrasis sin importancia, se omite un solo párrafo breve. Este se refiere al momento en que Avendaño, desfalleciente por el hambre y la sed, encuentra consuelo en hablarle a su caballo como a un “ser racional”. Probablemente, se haya querido borrar aquí ese gesto claro de transculturación en el excautivo, adquirido en sus largas jornadas dedicadas al cuidado de la tropilla de Caniú.

Finalmente, el texto es abruptamente interrumpido –si se compara con la narración original– y presenta las siguientes palabras, a modo de cierre de la segunda parte: “Me encontraba al fin en un rancho de las poblaciones lejanas a San Luis...” (1867: 519). Esta frase no aparece en el manuscrito; fue agregada para anticipar el final feliz de la travesía de Avendaño hacia el otro lado de la frontera, que en el original es una narración extensa e incluye una detallada descripción de las impresiones del muchacho, de nuevo entre cristianos.

La tercera parte, “Muerte del cacique Painé”, fue publicada en el tomo XV de la *Revista de Buenos Aires*, en 1868, y fue tomada del capítulo titulado por Avendaño “Muerte de Painé”, en el original, que es anterior –cronológicamente y, suponemos, en la escritura–, al de

su fuga. El fragmento abarca las páginas 69 a 74 del tomo, que en el manuscrito son solo cuatro carillas. La única omisión cometida en la edición de este fragmento es la de una carilla completa que aparece intercalada entre las hojas del capítulo original, pero titulada como el resto –“Muerte de Painé”– en el encabezado de página. Probablemente, debido a su tono de reflexión o conclusión, se trate de la última hoja del capítulo. No es casual que en esta carilla omitida aparezca una denuncia realizada por el excautivo contra la sociedad de su época, premonitor llamado de atención que tanto nos recuerda las reflexiones de Lucio V. Mansilla en el final de *Una excursión a los indios ranqueles*.

En esta oportunidad, Avendaño escribe acerca de su aversión a las costumbres ranqueles de sacrificar a las mujeres sospechosas de brujería, al creerlas culpables de una muerte. Y, en su repudio, increpa a la autoproclamada civilización y apela a algo que hoy llamaríamos la base moral de los derechos humanos:

Las mugeres tanto las del recién muerto como todas las del vecindario y otras que se hallaban reunidas en aquella bacanal de hombres, todas se desesperaban y gritaban a porfía haciéndose dúo una con las otras. Siertamente, no por el sentimiento de haber perdido á un Casique tan grande tan respetado y valeroso, sino porque sabian q^e de éllas habian de salir aquellas que necesariamente tenian que inmolarsse como brujas autoras del acontecimiento. Ah! ellas son las victimas de la supercheria, ellos creen en el demonio, en las brujas, en el ñapué, y en las Renú ó concilios infernales del diablo y sus agentes, y ellas son las que como tales brujas tienen que sucumbir del modo mas atros y vergonoso, a bolasos á lanzasos y a puñaladas! Desgraciadas é inocentes criaturas victimas de la barbarie! cuando penetrará hasta vosotros la luz de la civilización, cuando consagrarán los gobiernos un poco de atención y de humanidad para que un dia vosotros y vuestros hijos ingresen á nuestras filas a participar de los bienes que derrama á torrentes la cultura sobre todo el universo.

Pero no, los Gobiernos no quieren conocer que es necesario redimir a una parte de nuestra carne y de nuestra sangre, no tienen humanidad, no les duele tanto infortunio en nuestros hermanos, porque creen los gobiernos que los indios están bien en el estado en que los tiene su egoísmo su mala fe, porque siegos con sus rencillas políticas no tienen según ellos más deber que mantenerlos en ese estado de embrutecimiento hasta poderlos esterminar. Nada de civilización nada de atraerlos, brutos han nacido para morir más brutos y viciosos, no tienen oro ni plata ni aliciente alguno para que se ocupen de ellos como no sea solo para quitarles sus terrenos y matarlos, por ahora les daremos 2050 lb yerba y otras mezquindades que al fin la mitad de todos ellos queda entre nosotros siñendonos al refrán “el q^e reparte tiene la mejor parte”.

Gobiernos de Republicas que blasonais de ser los discípulos de la doctrina de Monroe, que desatinais de tan justicieros ¿Dónde está vuestra justicia?

Consideramos fundamental transcribir de manera íntegra la carilla omitida para dar una idea completa de la contundencia de las palabras del autor y de la indiscutible censura que esta edición encierra. En el final de este fragmento de la *Revista de Buenos Aires*, se lee “Escribo como testigo ocular”, antes del nombre de Avendaño. La frase no aparece así en el manuscrito y tampoco en ese lugar; fue agregada para dar veracidad al relato y para evadir cualquier sombra que revele la mutilación y la mutación semántica sufrida por el texto original.

Conclusión

Podemos concluir que la selección de estos tres fragmentos –los dos primeros sobre la fuga y el último sobre los sangrientos ritos fúnebres– de entre todo el material escrito por Avendaño no deja

de ser, a su vez, una decisión deliberada y nada inocente. ¿Por qué no se publicaron también los relatos acerca de los orígenes de las grandes dinastías de los mapuches y los ranqueles, ni los minuciosos estudios sobre su cultura y costumbres? Solo encontraron cabida los fragmentos que podían servir para seguir configurando la imagen de la barbarie y corroborar los terribles sufrimientos que deben pasar quienes han tenido que convivir con ella.

La recepción de estos primeros fragmentos en su momento puede ser leída en la interpretación que Zeballos –fiel representante de la cultura hegemónica “civilizadora” de su época– hace en sus breves referencias a esta edición de Navarro Viola en su libro *Calfucurá y la dinastía de los Piedra*:

Una espantosa relación de este suceso ha sido publicada por don Santiago Avendaño, antiguo cautivo de los *rancules*, en el tomo 15, pág. 76, de la *Revista de Buenos Aires* [...] (2007: 118); [...] El relato breve e incompleto de este episodio, muy conocido entre los indios y viejos vecinos de la frontera, fue ya publicado por el antiguo cautivo, después intendente nacional de indios, don Santiago Avendaño, en la *Revista de Buenos Aires*, t. 15, pág. 86 [...] (2007: 123); [...] El horrible suceso se realizó. Fue presenciado por el teniente coronel S. Avendaño, según sus papeles de mi colección, y el mismo jefe publicó un artículo descriptivo de tan bárbaras escenas en *La Revista de Buenos Aires*, t. XV, pág. 86 [...]. (2007: 369)

Las expresiones “espantosa relación de este suceso”, “relato breve e incompleto de este episodio”, “horrible suceso” y “tan bárbaras escenas” hacen evidente hincapié en la barbarie de la cacería de brujas producida tras el cacique Painé, cuya narración genera un genuino espanto en los lectores, aún hoy, y dejan de lado otros elementos importantísimos, porque fueron censurados. Este texto fragmentado, espeluznante por su contenido y la franqueza de su narración, fue tomado como evidencia de que el indio no podría ser civilizado. De esta manera, la censura logra su cometido:

invertir el verdadero propósito de los manuscritos de Avendaño, que son un inigualable testimonio sobre las posibilidades reales de convivencia pacífica con los indios.

Bibliografía

Fuentes Primarias

Fuentes inéditas

Complejo Museológico de Luján.

Archivo Zeballos en Archivo Enrique Udaondo (carpeta *Manuscritos-Guerra de Frontera 1870-1880*, del inventario confeccionado por E. Udaondo: I. S. N° 573). Manuscrito de Santiago Avendaño. 470 folios.

Fuentes Impresas

Avendaño, S. (1867). “La fuga de un cautivo”. En *La Revista de Buenos Aires*, t. XIV. Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 358-370 y 511-519.

---. (1868). “Muerte del Cacique Painé”. En *La Revista de Buenos Aires*, t. XV. Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 69-74.

---. (1979). “La fuga de un cautivo de los indios”. En *Cuestión de indios* (Santiago Arcos, Santiago Avendaño y otros). Buenos Aires, Policía Federal Argentina.

---. (2000). *Usos y costumbres de los indios de la pampa. Segunda parte de las memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*. Recopilación de P. Meinrado Hux. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

---. (2004). *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño (1834-1874)*. Recopilación de P. Meinrado Hux. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

Mansilla, L. V. (1966). *Una excursión a los indios ranqueles*. Estudio Preliminar y Notas de Guillermo Ara. Buenos Aires, Kapelusz.

Zeballos, E. S. (2007). *Callvucurá – Painé – Relmu*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

---. (2008). *La Conquista de quince mil leguas. Ensayo para la ocupación definitiva de la Patagonia (1878)*. Buenos Aires, Continente.

Fuentes secundarias

Bourdieu, P. (2002). *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama.

Cutrerá, M. L. (2006). “Subordinarlos”, “someterlos” y “sujetarlos al orden”: *Los indios amigos de Azul, Tandil y Tapalqué durante la década del 1830*. Tesis de Maestría. Buenos Aires, Universidad de San Andrés. (Inédita).

Fernández Bravo, Á. (1999). *Literatura y frontera: Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés.

Operé, F. (1999). *Voces ignoradas de la frontera patagónica*. Sacramento, California State University.

--- (2001). *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Pérez Gras, M. L. (2013). *Relatos (de) cautivos. El legado literario de tres cautivos de los indios en la Argentina del siglo XIX*. Tesis doctoral. Buenos Aires, Universidad del Salvador, Facultad de Filosofía y Letras. (En prensa).

Socolow, S. M. (1987). “Los cautivos españoles en las sociedades indígenas, el contacto cultural a través de la frontera argentina”. *Anuario IEHS*, 2, 99-136.

Torre, C. (2010). *Literatura en Tránsito: La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires, Prometeo Libros.

Viñas, D. (2003). *Indios, ejércitos y fronteras*. Buenos Aires, Santiago Arcos Editor.

Las ¿dos? vidas de Martín Goycoechea Menéndez. Derivas de un escritor cordobés

Cecilia Corona Martínez
Universidad Nacional de Córdoba
Universidad Autónoma de Entre Ríos

Martín Goycoechea Menéndez (1877-1906) es un escritor nacido en Córdoba, donde a edad temprana y con el seudónimo “Lucio Stella”, publica artículos periodísticos, un libro de ensayos, otro de poemas parnasianos y estrena una obra dramática.

Sus contemporáneos señalan como una de las características de su personalidad la errancia, una tendencia a alejarse y viajar a los lugares más insospechados en los momentos menos previsibles. Inclínación que lo lleva a Buenos Aires primero, y luego a otras ciudades del país y a Montevideo. A principios del siglo XX se instala en Paraguay, donde continúa con la práctica de la escritura: periodismo, narrativa, ensayo y poesía.

Juan José de Soiza Reilly escribe en 1906, ante la noticia de su muerte, un artículo luego recogido en libro: “Martín Goycoechea Menéndez. Un vagabundo lírico”. Allí afirma: “Un viento de locura bohemia hacía correr por el mundo” (1909: 290)¹.

1 Soiza Reilly señala reiteradamente la condición itinerante de su amigo, por eso “Quizá no satisfecho con la extensión del orbe, la tierra parecióle pequeña para su ambición de golondrina. Y quiso recorrer cielos extraños...” (1909: 293).

En las literaturas de la Argentina, quienes recuerdan su nombre solo lo mencionan como uno de los representantes menores del Modernismo. Sin embargo, si nos asomamos a las historias de la literatura de la hermana república paraguaya, leemos que integra el parnaso nacional. Según Rodríguez Alcalá: “Los iniciadores de la narrativa paraguaya fueron tres extranjeros: José Rodríguez Alcalá, argentino, (1883-1958); Martín de Goycoechea Menéndez, otro argentino, cordobés de origen (1877-1906) y un español, Rafael Barrett (1874-1910)” (1970: 57).

Del joven “lapidario”² de versos a lo Leconte de Lisle al entusiasta cantor de la gesta del pueblo paraguayo en la Guerra de la Triple Alianza, ¿qué hilos (literarios) anudan esos dos capítulos de una vida llena de sucesos? Lo que intentamos en este trabajo es encontrar las rupturas y continuidades en la escritura de un autor cuya personalidad no responde a ninguna clasificación, y que puede calificarse –sin dudas– de heterodoxa.

Es notoria la vida errante de Martín Goycoechea Menéndez que la crítica o, más bien, algún comentario amistoso destaca por su ubicuidad: desde el alejamiento de la Córdoba natal, sucesivas estancias en Buenos Aires, Montevideo, Paraguay, México. Los distintos lugares que habitó también fueron el espacio donde publicó textos de diversa índole, ensayos, dramas, poesía, narrativa, artículos periodísticos. La recolección de esas producciones deviene también en una suerte de búsqueda de pequeños tesoros, obstaculizada por el tiempo transcurrido y la poca relevancia que obtuvo en el campo literario argentino de la época.

En Córdoba, publicó un libro de ensayos, *Los primeros* (1897) y otro de poesía, *Poemas Helénicos* (1899). Por esa época es de destacar la presencia de Rubén Darío en Buenos Aires y la irradiación de su

2 Según el *Diccionario RAE*: “De las piedras preciosas o relacionado con ellas”.

estética entre los escritores contemporáneos. También fue importante –y considerada reiteradamente por estudios críticos locales– su visita a la ciudad de Córdoba (1896): “Bien se podría afirmar que la velada en honor de R. Darío realizada en Córdoba, constituye en cuanto a su formulación teórica, un clímax del proceso modernista en la Argentina: formula su definición y consume su triunfo” (Torrres Roggero, 2000: 131).

Entre los jóvenes que se encolumnaron detrás de sus propuestas, se encontraba Goycochea Menéndez. El Modernismo aún no había sido bautizado como tal, y las fervientes polémicas defendían o atacaban al “Decadentismo”.

Ya en Buenos Aires, habría escrito para *El Mercurio de América*. Se trata de una revista de marcada impronta modernista dirigida por Eugenio Díaz Romero. Revisando el número de diciembre de 1898, se observan colaboraciones de reconocidos escritores de dicha estética, desde Rubén Darío hasta Leopoldo Lugones y Alberto Ghirardo, pero también de intelectuales provenientes de otras vertientes, como Ramón J. Cárcano y José Ingegneros (aún firmaba así quien después sería famoso como José Ingenieros). Del paso por Buenos Aires se conservan testimonios de amigos y colegas, que realizan semblanzas biográficas. También se alude a su concurrencia a los encuentros de la Syringa.

Posteriormente, habría visitado Rosario, Bahía Blanca y Montevideo. Según Raúl Amaral, lo hizo “actuando siempre como periodista, escuchado en diversos seudónimos, entre ellos el más conocido de ‘Lucio Stella’” (14)³.

3 El mismo refiere que “En 1898 fue colaborador de *El Mercurio de América*, uno de los bastiones del modernismo que en Buenos Aires dirigía Eugenio Díaz Romero, donde le publicaron una pieza dramática en tres actos: *A través de la vida*. De esa época son sus prosas poéticas ‘Anacreonte’ e ‘Ibis Alba’ y un boceto de comedia: ‘Un cuento pompadour’. En Córdoba había inaugurado unos fugaces escarceos teatrales” (14).

Su llegada a Asunción del Paraguay data de 1901. Allí se convierte muy pronto en figura dominante en el campo intelectual del país vecino. Por su parte, Cristina Bravo Rozas señala:

[...] lo que pudo ser la generación inaugural de la ficción paraguaya se desdibujó en la guerra de la Triple Alianza (1864–1870) o Gran Guerra. Apareció entonces una producción ensayística y nacionalista guiada por el argentino Martín de Goycochea Menéndez que dio lugar a la tendencia costumbrista de otros escritores. (2015: 305)

Los estudiosos paraguayos consultados coinciden en describir la calidad de pionero y guía de una generación de escritores de esa nación, la denominada Generación del 900. El citado Rodríguez Alcalá expresa, irónicamente que “Goycochea, recién llegado al Paraguay en 1901, estuvo desde un comienzo a tono con la época y fue más papista que el Papa en el seno de una generación de hero worshippers” (1970: 58)⁴.

Lo cierto es que su presencia en ese país, de menos de cinco años⁵, fue pródiga en acontecimientos relevantes y publicaciones de éxito.

4 Esta característica será estudiada en detalle en apartados posteriores.

5 Casi no hemos encontrado datos ciertos sobre sus viajes y estancias en ciudades y países de la región. Raúl Amaral escribe: “Créese que anduvo por Rosario, Bahía Blanca y Montevideo” (1985: 15) antes de radicarse en Paraguay. En el mismo escrito, asevera: “El 5 de julio de 1905 [...] *La Patria* lo da por desaparecido [...] el 11 de noviembre viaja a Montevideo [...] y el 1° de diciembre escribe desde Lisboa, en tránsito hacia París. [...] Sus huellas se pierden [...] había muerto, atacado por la tifoidea, en Mérida del Yucatán, México, el 4 de julio de 1906” (1985: 17).

Itinerarios

Córdoba

Ya se ha señalado que en Córdoba, Goycochea Menéndez publicó en 1897, *Los Primeros*. En el prólogo, el autor explica que muchos de los “escritos–impresiones” que lo conforman, aparecieron primero en la prensa. Se trata de un conjunto de semblanzas de hombres públicos: políticos, escritores, intelectuales. Vivos o muertos. Extranjeros, argentinos, y entre estos algunos cordobeses. Todos ellos son laudatorios. Entonces, quizás podrían denominarse también “homenajes”⁶.

El capítulo dedicado a Leandro N. Alem resulta significativo, particularmente en la descripción de lo que el autor considera un caudillo:

Fue el prototipo del caudillo [...] que se llevaba tras sí las masas, porque les hablaba de la patria y les señalaba sus desgracias [...] porque les hablaba como hasta entonces ninguno les había hablado. Y reinó sobre el espíritu del pueblo porque este necesitaba un hombre como aquel [...]. . (1897: 14)

Si bien, como se advierte en el índice, no es el único político hacia el que dirige su atención, es necesario señalar que se trata de alguien muy controvertido en la época, que había fallecido en 1896.

Otro político escritor en el que se detiene es Domingo F. Sarmiento. Elogiando su labor, señala como un peso para el “pueblo americano” la conquista española: “Y la conquista de América, fue una conquista levantada sobre montañas de cadáveres” (1897: 56).

6 Los homenajeados son: Paul Groussac (a quien dedica el libro), Mamerto Esquiú, Leandro Alem, José Martí, Nicolás Avellaneda, Olegario. V. Andrade, Manuel Gutiérrez Nájera, Lord Byron, Rubén Darío, Domingo. F. Sarmiento, Julián del Casal, Ricardo Palma, José Santos Chocano, Guido Spano, Luis Cáceres, Isaías Gil, Rafael García. Copiamos del índice original.

De Fray Mamerto Esquiú, se destacan tanto las virtudes como sacerdote cuanto el patriotismo: “en aquellos momentos en que Dios y la Patria eran el tema de sus discursos, las frases brotaban de sus labios en inagotables raudales [...]” (1897: 11).

Finalmente, recogemos su caracterización de José Martí: “su supremo ideal era el poder elevar entre las selvas seculares de su patria encadenada, un gigantesco [sic] templo a la libertad” (1897: 17). El móvil de sus actos era “el inmenso amor que tenía a su pueblo” (1897: 21).

Estos tres hombres públicos sobresalen –entre otras virtudes– por la relación que establecieron con su pueblo, y por el amor a la patria. Si bien se nombra a Cuba y se entiende cuando se refiere a la Argentina, interesa destacar la visión amplia de América como una unidad que ha padecido los mismos males, cuyas consecuencias se extienden hasta el presente de la escritura.

Un tema recurrente y de importancia en los textos es el referido a la literatura latinoamericana. Cuando describe la obra de Ricardo Palma, postula:

La futura literatura americana será, indudablemente, la literatura más colosal de los siglos venideros, y contribuirán a ello el carácter de la nueva raza que se forma en el Nuevo Mundo con los hijos de todas las razas de la tierra, el territorio, el más vasto y el más bello del orbe [...] ha de ser en el mañana, el templo de la gran civilización de los siglos venideros [...]. (1897: 67)

Es la expresión de un deseo a la vez que una profecía, en línea con el pensamiento que consideraba el territorio americano como propicio para un cambio en el desarrollo de la humanidad entera. Manifiesta un anhelo, ya que se trata de una literatura “en gestación”, “la gran literatura latino–americana” (1897: 65). En consonancia con este pensamiento, puede afirmar que Olegario Víctor Andrade “era un hijo de América que sentía correr en sus venas una nueva savia, la savia procreadora del virgen suelo en que había nacido [...]” (1897: 31).

Todo lo expuesto nos lleva a la figura de Rubén Darío. El texto a él dedicado se desarrolla alrededor de una serie de disquisiciones sobre el arte (la literatura). Comienza identificando decadentismo – simbolismo – Arte nuevo (45). Y reflexiona: “[...] el arte ni evoluciona ni se transforma” (45); “El Arte siempre avanza. Marcha hacia el porvenir creando nuevas fuerzas en su carrera, pero sin que una sola de sus moléculas sea destruida por la que al lado germina” (1897: 46).

Resulta original la visión del arte como acumulación, así como su parangón con las moléculas (una deuda con el discurso biologicista dominante). Esta consideración permite comprender también su justificación de Andrade como deudor de Víctor Hugo, o las alusiones a la presencia de las estéticas españolas o francesas en escritores americanos.

La defensa de Darío es contundente: “Él representa en América una escuela, una tendencia bien definida, tendencia que para desarrollarse tendrá que vencer muchos obstáculos, pero que debe y va a triunfar” (1897: 51).

También, en Córdoba publicó en 1899, los *Poemas Helénicos*. Sobre este libro, afirma Jorge Torres Roggero: “A primera vista, el pequeño volumen se nos ofrece como un ejemplo típico de mímesis adocenada y reverencial” (2005: 20). Pero, más adelante postula que “Lucio Stella ausculta en las representaciones de los libros el *aidós* (respeto por lo sagrado y secreto), la magia de los orígenes: la armonía del ser, el cuerpo viviente, la hermosura de lo divino” (2005: 21).

En un artículo de 1999, realizamos una lectura detenida del texto⁷, que contiene ocho poemas en prosa (la “prosa artística” del modernismo), de estilo marcadamente parnasiano⁸. Nos referimos a la relevancia que adquiere en ellos lo visual, la objetividad y el sensualismo.

7 Cfr. “Las luces del modernismo en la Córdoba finisecular: los *Poemas Helénicos*, de Lucio Stella.” Reeditado e incorporado a la edición coordinada por Vera Barros. De allí provienen las citas.

8 Los poemas son: “Orfeo”, “Safo”, “Fidias”, “Tirteo”, “Apolodoro”, “Narciso”, “Venus anciana” y “Holocausto”.

Citamos un breve fragmento de “Safo”:

El Amor es el todo y el Deseo es el hijo del Amor. [...] Cuando se desea, el cuerpo todo vibra en cadencias ignotas, la carne se agita en estremecimientos febriles, y dentro del alma la pasión tañe su instrumento de mil cuerdas, un instrumento forjado con rosas y con rayos de cometas.

El ensueño abre su pabellón de celajes y de brumas llenando el horizonte del espíritu, y estallan en la noche besos mudos, que al herir las tinieblas hacen brotar chispazos que van a perderse en lo desconocido, entre el seno misterioso de las exhalaciones. (51)

En nuestra crítica señalamos la importancia de la figura del artista; no en vano el primer poema está dedicado a Orfeo, el poeta-músico, conocedor de los secretos de los dioses. Además de Orfeo, Safo y Tirteo eran poetas; Apolodoro, pintor y Fidias, escultor. Los artistas, los poetas dicen “lo que los otros callan o no quieren ver”. Como se advierte, los *Poemas Helénicos* se integran plenamente a lo que Goycochea Menéndez prefería llamar “Arte nuevo”.

Buenos Aires

En la capital del país, Goycochea Menéndez escribió –como ya se ha señalado– para el *Mercurio de América* y dio a conocer dos obras de teatro: *Un cuento Pompadour* (en verso), en 1898 y *A través de la vida*, en 1900. Esta última fue publicada en la *Revista de América*. Ambas se habrían estrenado en el Teatro Progreso⁹ de la ciudad de Córdoba.

9 Prólogo a *El Modernismo*, de Juan Ramón Jiménez (1962: 23).

10 Sobre este punto, hemos encontrado referencias divergentes: Tomás Vera Barros (2005) asegura que *A través de la vida* fue estrenado en el Teatro Rivera Indarte (hoy Teatro del Libertador) de la ciudad de Córdoba, por la compañía María Guerrero–Fernando Díaz de Mendoza. En tanto, Frega, Brizuela y Yukelson (2004) sostienen que dicho acontecimiento se produjo en el Teatro Progreso.

Declaraba el autor en una nota publicada en *La libertad* (16 de agosto de 1902: 2): “Será una obra [...] que si algún abuelo tiene, tendrá las barbas de Tolstoi, y si algún pariente, el buen y florido Remy de Gourmont. [...] para mí es un largo y prolongado lamento [...]” (citado en Frega, Brizuela y Yukelson, 2004: 73). Recordemos que para el escritor, no es vergonzoso reconocer influencias literarias, en este caso, muy disímiles: el realismo y el simbolismo.

En relación con este trabajo, interesa señalar la reflexión de un personaje muy secundario, Coronel, un hombre anciano, que en un momento reflexiona sobre su juventud y su participación en la guerra del Paraguay: “¡Oh, la patria vieja, mi antigua patria! [...] Yo tenía una novia, una novia ideal y adorable. Mi novia era mi bandera. Yo la fui siguiendo al norte, a los campos paraguayos [...]” (343). Probablemente la rememoración de la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870) haya sido meramente circunstancial, ya que es un ex militar, y se trató del último conflicto armado en el que intervino el país. Sin embargo, constituye una juvenil alusión a un episodio que luego será largamente frecuentado en la obra del novel creador.

De la estancia en la capital, quedan testimonios que dan cuenta de algunos rasgos excéntricos de su personalidad, pero que también permiten inferir que tomó contacto con los jóvenes escritores contemporáneos. Esos dichos oscilan entre la jocosa recordación de sus manías y exabruptos hasta la emocionada mención de una amistad lejana. Destacan los artículos publicados en la revista *Nosotros*, uno de Antonio Monteavaro (abril de 1911, N° 20) y otro de Emilio M. Barriola (febrero de 1920, N° 129)¹¹.

Es indudable su inserción entre los artistas e intelectuales jóvenes, como lo evidencia la participación en la *Syringa*, una peña literaria definida por diversos contemporáneos como una mezcla de

11 Reeditados en la edición de *Poemas Helénicos* coordinada por Tomás Vera Barros.

“humor, ingenio, ironía, diversión” (Citado por Kamia, 1967: 204), liderada por Rubén Darío. Algunos de sus miembros eran Ricardo Jaimes Freyre, Manuel Ugarte, Luis Doello, además del cordobés.

Hasta aquí llegan las noticias que, sobre su producción literaria, son dominantes en los escasos bosquejos históricos argentinos.

Paraguay

El 11 de junio de 1901, Goycochea Menéndez:

[...] se presenta en la redacción de *La Patria*, donde se halla el director, don Enrique Solano López, y uno de sus redactores, Juan E. O’Leary. Lee su poema en prosa “Las ruinas gloriosas. Ante Humaitá”, que traía preparado. Su lectura produce un evidente impacto emocional. Queda incorporado a dicho diario, donde el mismo día se lo hace conocer. (1985: 114)

Así se lee en la “Síntesis cronológica” realizada por Raúl Amaral. Esta sería la fecha oficial del comienzo de su vida paraguaya. Además de ensayos y artículos periodísticos publicados tanto en Argentina como en Paraguay, la obra que lo consagra en el campo intelectual del país vecino es *Guaraníes. Cuentos de los héroes y de las selvas* (1905). Se trata de un libro que recoge relatos publicados en años anteriores a los que se suman otros inéditos. El título resulta significativo: emplea el nombre de los originarios, que es también la lengua popular del país, para detenerse en momentos de la historia y de la idiosincrasia paraguayas.

Sobre “las selvas”

Algunos textos se extienden en la descripción de la naturaleza y de los habitantes de las zonas rurales. El primer relato se llama “Guaraní”, de ambiente “selvático”, es un drama amoroso que termina trágicamente. Los personajes que disputan el amor de una joven son dos gauchos (así se los llama en el relato); uno, que ha abandonado la errancia por amor, y el otro, un matrero.

Es destacable la elección de una temática local (o regional), con personajes, espacios, costumbres y usos lingüísticos característicos. Allí, la selva es descrita mediante un despliegue de imágenes que remiten a los usos modernistas:

En el ocaso, el sol iba cambiando en púrpuras sus cataratas de oro. Sobre un cedro secular, una orquídea agitaba sus pálidos pétalos celestes. Suavemente llegaban arrullos de palomas, que hundían el pico bajo el ala en los nidos cercanos. Un potro mordía en el anca a su yeguada para internarla en la espesura. Hacia el cenit, las garzas remontaban, despleaban el lento vuelo de sus alas. (1985: 30)

La joven, María, destaca por su belleza y por su sensualidad: “a través del blanco *typoi*, dibujábanse, hendiendo el fino ñandutí, las agudas puntas de sus senos” (1985: 30). No se trata ya de la doncella frágil y virginal del romanticismo, sino de la mujer que no oculta su cuerpo.

Además de la descripción del paisaje nativo, se emplean palabras en guaraní (*ysypó*, *cambuchí*, *yacaré pytá*, *yaquareté-mí*, etc.); siempre en cursiva, ya que se alejan del registro general del texto. También se alude a leyendas locales: “había visto a las *yararás* convertirse en las brujas del agua, y que en las noches tormentosas contempló más de una vez al diablo de la laguna, montado sobre un *yacaré pytá*, navegando entre el oleaje encrespado y terrible” (1985: 31).

Dividido en tres apartados, numerados, y cada de uno de ellos situado en espacios diferentes, la segunda parte se extiende en la presentación de la fiesta de la Exaltación de la Cruz, cuya conmemoración es muy significativa para el pueblo paraguayo¹²: “[...] celebrábase la Exaltación de la Cruz, y, con tal motivo, la dueña de casa exhibía la *curuzú yegud*, la cruz adornada, cuya añeja fama extendíase

12 En Paraguay, y en otros países de América Latina, la Exaltación de la Cruz se celebra el 3 de mayo, no el 14 de setiembre como lo marca el calendario oficial de la Iglesia Católica.

a diez leguas a la redonda” (1985: 34). Se relatan todos los pasos de la ceremonia, tanto la propiamente religiosa, que incluye rezos, cantos y música; como la fiesta popular, con comida, bebida, juegos y baile. El pueblo participante se caracteriza, para el narrador, por la “sana e ingenua alegría” (1985: 37).

Según testimonia Martiniano Leguizamón, este cuento fue premiado en un concurso realizado por el diario *El País* de Buenos Aires, en 1901. El entrerriano formó parte del jurado, y destaca las características sobresalientes del texto: “sencillo como una égloga, con perfumes y melancolías selváticas”, “su asunto de sabor añejo”, “su título salvaje” (1985: 110).

El reconocimiento de Leguizamón resulta significativo, si consideramos su clara postura a favor de una tendencia estética de predicamento en la literatura argentina de la época: el nativismo. Así, señalaba en 1911:

[...] si hemos de crear alguna vez una literatura nacional, ella tendrá que empezar por ser netamente regional, porque cada pedazo de nuestro suelo está ofrendado al artista animoso que quiera investigar con amor sus intimidades más recónditas, características y peculiaridades de ambiente, modalidades muy típicas de hábitos, de sentimiento, de poesía, de música y hasta de ritmo en sus hablas populares (133).

“Guaraní”, como “cuento de la selva”, se ajusta a esta programática en líneas generales. Aunque, a diferencia de lo que acontece en obras paradigmáticas del nativismo, como las de Joaquín V. González y el mismo Leguizamón, la estética realista y neorromántica es reemplazada por la discursividad del “Arte nuevo” rubendariano.

El volumen incorpora otro relato donde predomina la descripción de antiguas tradiciones locales: “En las selvas lejanas”. Se narra el entierro de un niño, desde que el cortejo fúnebre abandona el rancho

que fuera su vivienda hasta la sepultura en la selva. Nuevamente se hibridan rituales guaraníes y cristianos: “la abuela entonó los primeros acentos del fúnebre canto guaraní [...] *Ñande Yara* –decían las mujeres– padre del cielo azul, Señor de las llanuras, de los animales y de los hombres” (1985: 54). Le siguen luego las oraciones cristianas, hasta que, finalizada la ceremonia “se alejaron riendo estrepitosamente” (1985: 55).

Se muestra Goycochea Menéndez como un atento observador de las costumbres, no solo en la descripción de los rituales poco ortodoxos, sino también en la presentación de la dualidad llanto/risa, característica de la cultura popular americana.

La descripción de la exuberante naturaleza paraguaya y de sus habitantes le permite al poeta/narrador el desborde de imágenes de corte modernista.

Sobre “los héroes”

La mayor parte de los relatos se detienen en episodios de la Guerra de la Triple Alianza¹³. Ante el ataque conjunto de Argentina, Brasil y Uruguay, Paraguay fue derrotado a pesar de presentar una resistencia extrema. La posición del narrador está claramente marcada por el subtítulo, se trata de historias de héroes: desde el Mariscal López hasta el último soldado, niño o aborígen, se han convertido en héroes de una epopeya fallida.

Se trata de una posición remarcable, ya que proviene de un argentino que se suma a la gran cantidad de connacionales que repudiaron el conflicto; entre los intelectuales destacamos a Juan Bautista Alberdi¹⁴, Carlos Guido y Spano y Olegario V. Andrade.

13 La Guerra de la Triple Alianza, también conocida en nuestro país como Guerra del Paraguay o Guerra Grande o Guerra Guasú en Paraguay, enfrentó a los países miembros de la Triple Alianza –Argentina, Brasil y Uruguay– contra Paraguay.

14 Escribió Alberdi: “Lo que podemos decir, por nuestra parte, es que la libertad que los presidentes Mitre y Sarmiento han servido por la

En “El asta de la bandera”, los combatientes son niños, y se cuenta la muerte heroica de uno de ellos; “La espada rota” relata la perspectiva de un soldado paraguayo integrante de la coalición vencedora y su conmoción ante la muerte de sus compatriotas; por último, “La batalla de los muertos” rememora la victoria en Curupaytí. En todos ellos se representan los héroes populares, puesto que –según el narrador– se trata de una acción colectiva que pone de relieve las virtudes de la “raza”:

Los soldados no conocían el descanso ni los ejércitos la tregua. Aquella dulce raza guaranítica, que nació para perpetuarse bajo el perfumado encanto de los *apepúes*, los agrios naranjales aromados, no sabía, por entonces, otra cosa que luchar y morir (1985: 43).

Valores heredados, quizás: “[...] dijeron sus nombres: Arturo de Mendoza, José de Ayala, Pedro de Irala... todos descendientes de conquistadores” (43).

La descripción del campo de batalla, luego de la derrota, no deja dudas sobre esta caracterización: “Y allí estaban todos, tendidos sobre la yerba fresca y reluciente, hombres, mujeres y también niños [...] en la serenidad de la muerte” (1985:47). “Las ruinas gloriosas. *Ante Humaitá*” corona la visión sobre la guerra: “El monumento es digno de su pueblo. Su genio está en él por entero. La raza que ha sabido traspasar las últimas metas del heroísmo, bien puede tener un monumento labrado por el cañón” (1985: 66)¹⁵.

guerra contra el Paraguay, cuesta a la República Argentina, diez veces más sangre y diez veces más dinero que le costó toda la guerra de su independencia contra España; y que si esta guerra produjo la independencia del país respecto de la corona de España, la otra está produciendo la enfeudación de la República a la corona del Brasil” (1920: 91).

15 La fortaleza de Humaitá fue escenario de cruentas batallas, debido a su posición estratégica en el territorio paraguayo.

Dos de los textos trabajan sobre los otros héroes, aquellos que aparecen en los libros. Son “Los hombres–montañas” y “La noche antes”; el primero está referido a José Gaspar Rodríguez de Francia (1766-1840), primer gobernante de la República del Paraguay¹⁶, y el segundo hace alusión al Mariscal Francisco Solano López (1827-1870), presidente de la República durante la guerra. Ambos se presentan como “dos montañas entre las eminencias de su época. Esos hombres así están formados de granito, hierro y bronce. Son el sumando de un pueblo; a veces parece que fueran más que el pueblo mismo” (1985: 68). Y agrega lo siguiente, a la luz de las teorías científicas contemporáneas: “El análisis aún no ha investigado la composición de sus organismos morales; la sociología no ha definido, con el postrer toque de la verdad, la fisonomía de sus épocas respectivas” (1985: 68). Lo destacable en ambos personajes históricos es precisamente su representatividad, aquello que Sarmiento en el *Facundo* señalaba como decisivo en los caudillos populares.

Por último, en *La noche antes*, el relato (poema en prosa dicen críticos paraguayos) se detiene en la víspera de la decisiva batalla de Cerro Corá, donde López muere y Paraguay es derrotado definitivamente. Se trata de una fuerte apología de la figura del Presidente: “[...] aquel señor de naciones [...] aquel amo de pueblos [...] aquel guerrero cuya espada se aprestaba a describir bajo los cielos las elíptica sangrienta, [...] se sintió inmenso porque se sintió la Patria” (1985: 61).

16 La reivindicación de Francia que realiza Goycoechea Menéndez va a contramano de la opinión hegemónica sobre el paraguayo. En 1878, el joven José María Ramos Mejía, que posteriormente sería un afamado médico especialista en enfermedades mentales, publicó *Las neurosis en los hombres célebres de la historia argentina*. Allí dedica varios capítulos a Francia, lo describe como un enfermo cuyos crímenes van a la par del agravamiento de sus males. De él, asegura que poseía un marcado “desequilibrio moral” (11), caracterizado por la “fría y enorme ferocidad de su carácter simio y bestial” (13). Muy distinta es la visión paraguaya; citamos algunos versos que circularon de manera anónima en el momento de su muerte: “Y que ha muerto el soberano / el héroe republicano / nuestro sabio Dictador / el digno y merecedor / de la más alta excelencia”.

Goycochea Menéndez sostiene, con años de distancia, una misma postura ante los caudillos. En su obra primera había escrito sobre Alem: los hombres públicos sobresalen por su capacidad de conducir a los pueblos, y el radical “había nacido para manejar las multitudes” (1897: 14), en tanto el Mariscal “[...] lo condujo [al pueblo] a donde quiso, haciéndole correr como un huracán desbocado” (1985: 70).

Modernismo y americanismo

Rubén Darío, en la disertación en El Ateneo de Córdoba, decía: “La América me ha tocado como tierra de mi predicación y de mis labores [...] ayudo a mi Señor, el Arte”. Asevera Torres Roggero: “Servir al Arte, por lo tanto, tiene un sentido: servir al hombre en su particular versión americana, servir a América” (2000: 128).

El Modernismo (comenzando por Rubén Darío y continuando con una larga lista de nombres), se presentó como una renovación americana –latinoamericana– en el arte y en la vida. En Martín Goycochea Menéndez, esta vocación se desarrolló durante toda su existencia. Se manifiesta desde los primeros escauceos literarios en la Córdoba natal, cuando perfila las figuras de Martí o Gutiérrez Nájera, entre otras. En esos años primeros, su preocupación aparece centrada en la renovación artístico–literaria: América, oprimida política y culturalmente durante mucho tiempo, ha de ser la cuna de un Arte nuevo.

Repasando la producción de su etapa paraguaya, se observa una deriva de esta postura; orientada más bien hacia la reivindicación histórico–política. Leyendo desde esta perspectiva, en *Guaraníes* se encuentran reminiscencias de las ideas puestas de manifiesto en *Los primeros*. El cordobés hace suyo el bagaje cultural del pueblo

paraguayo, sin por ello olvidar sus orígenes¹⁷. No olvida tampoco las ideas estéticas, tal como se manifiesta en la persistencia de la poética modernista que atraviesa toda su escritura.

No se encuentran más publicaciones del autor posteriores a su estancia en Paraguay. Murió en 1906, a los veintinueve años, sin haber regresado a la Argentina.

Iniciamos este texto con una pregunta: ¿vivió Goycochea Menéndez dos vidas, una en la torre de marfil argentina y otra en el barro de la política paraguaya? Este ligero repaso sobre su obra nos permite postular que, en los más variados itinerarios, hubo una idea constante que se manifestó de maneras diversas: el americanismo. Como su maestro, a lo largo de su breve vida, el joven poeta intentó “servir a América”.

17 O'Leary cuenta que el 11 de junio de 1901, se presentó el poeta en el diario *La Patria*, de Asunción, diciendo: “Soy argentino, pero no se alarmen” (citado por Amaral, 1985: 15).

Bibliografía

- Alberdi, J. B. (1920) [1870]. *El crimen de la guerra*. En *Obras selectas*. T. XVI. Buenos Aires, Librería "La Facultad" de Juan Roldán. Disponible en línea: <http://www.hacer.org/pdf/Guerra.pdf>
- Chiaradía, E. (2018). "El debate historiográfico sobre la Guerra de la Triple Alianza (1864–1870), la implicancia británica y la cuestión algodonera en el marco de la gestación del Estado nacional argentino". *Entornos*, 31, 1, 2018. Disponible en línea: <https://journalusco.edu.co/index.php/entornos/article/view/1771>
- Corona Martínez, C. (1999). "Las luces del modernismo en la Córdoba finisecular: los *Poemas Helénicos*, de Lucio Stella". En *El canto exacto*. Actas de las V Jornadas de Literatura (creación y conocimiento) desde la cultura popular. Córdoba. Reeditado en *Poemas Helénicos* (2005).
- Frega, G.; Brizuela, M. y Yukelson, A. (2004). *El teatro de Córdoba (1900-1930)*. Documentación y crítica. Córdoba, FFyH.
- Goicoechea Menéndez, M. (1897). *Los primeros*. Córdoba, Imprenta de la Patria.
- . (1936). *A través de la vida*. Buenos Aires, Imprenta de la Universidad.
- . (1985). *La noche antes*. *Antología paraguaya (1901-1905)*. Edición de Raúl Amaral. Disponible en línea: <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-noche-antes-antologia-paraguaya-19011905--o/html/>

- . (2005) [1899]. *Poemas helénicos*. Introducción Jorge Torres Roggero. Compilación, cronología y notas Tomás Vera Barros. Córdoba, Ferreyra Editor.
- Jiménez, J. R. (1962) [1953]. *El Modernismo: notas de un curso*. Buenos Aires, Aguilar.
- Kamia, D. (1967). “*La Syringa*”. En: AAVV. *Sociedades literarias argentinas (1864–1900)*. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencia de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- Leguizamón, M. (1911). *Páginas argentinas. Crítica literaria e histórica*. Buenos Aires, Lajouane.
- “Mi Paraguay: José Gaspar Rodríguez de Francia”. Disponible en línea: <http://somos-paraguay.blogspot.com/2012/06/jose-gaspar-rodriguez-de-francia.html>
- Ramos Mejía, J. M. (1878). *Las neurosis en los hombres célebres de la historia argentina*. Buenos Aires, Biedma.
- Rodríguez Alcalá, H. (1970). “La narrativa paraguaya desde comienzos del siglo XX”. *Cahiers du monde hispanique et lusobrésilien*, 14, 51-77.
- Soiza Reilly, J. J. (1909). *Cien hombres célebres (confesiones literarias)*. Barcelona, Maucci.
- Torres Roggero, J. (2000). *El combatiente de la aurora. Lugones, Córdoba y los inicios de la Modernidad literaria*. Córdoba, Alción.
- . (2005). “Los ojos azules de Leda”. Introducción a *Poemas Helénicos*. Córdoba, Ferreyra editor.

Mujeres de prensa

Ciudades retratadas en la prensa porteña por escritoras “afectadas”

Marina L. Guidotti
Universidad del Salvador

Tres conceptos claves guían estas reflexiones: “ciudad”, “afecto”¹ y “autobiografía”, pues consideramos que los recorridos por los espacios urbanos en los que se ha vivido van conformando un mapa donde los recuerdos generados en ese tránsito se superponen con otras huellas marcadas por vivencias, afectos y recuerdos que proporcionan un nuevo relieve a esa cartografía. Trabajaremos con artículos periodísticos de Juana Manuela Gorriti y Eduarda Mansilla² publicados en la prensa de Buenos Aires, con el fin de analizar de qué manera retrataron las ciudades que dejaron una impronta en sus vidas. Se trata de localidades reales que tuvieron injerencia en la formación de sus identidades, tanto por ser los lugares natales, los ámbitos de socialización y crecimiento personal, como los que les permitieron desarrollar una actividad cultural e intelectual propia. Esas ciudades fueron resignificadas literariamente a partir de los sentimientos³ que las vincularon con ellas.

-
- 1 Arfuch, quien parte de los lineamientos de la neurobiología, considera que “el afecto aparece como previo a intenciones, razones, significados y creencias [...] como pre-subjetivo, visceral, corpóreo, el afecto como fuerzas e intensidades que influyen en nuestros pensamientos y juicios, pero separados de ellos” (2015: 248).
 - 2 El recorrido aquí planteado puede aplicarse a otras autoras decimonónicas; dada la extensión del presente artículo, no haremos referencia a ellas.
 - 3 Si bien “sentimiento” y “emoción” no son estrictamente sinónimos, ya que en el primero hay un componente mayor de conciencia y en el segundo priman la intensidad y duración, a los fines del presente análisis se tomarán como equivalentes.

Para indagar sobre la relación entre esos ámbitos de pasaje o de pertenencia y las emociones que suscitaron en las autoras partimos de los postulados de Sara Ahmed ([2004], 2015); Leonor Arfuch (2010, 2013, 2015); Victoria Camps (2011); Sylvia Molloy (1996); Mabel Moraña (2012) y Ana Peluffo (2016).

En los artículos periodístico-literarios que las escritoras publicaron dieron cuenta de sus opiniones, de aspectos de su intimidad y de estados de ánimo estrechamente vinculados con las experiencias que habían vivido en las ciudades capitales de Perú y de Argentina. Son manifestaciones discursivas que deben ser leídas desde una perspectiva ideológica, política y literaria, pues articulan lo histórico con lo social y lo cultural, y dan cuenta del sistema de valores, de creencias y de afectos de las sociedades en la que se hallaban inmersas. No obstante, si bien sus escritos nos posibilitan ver la forma en que las autoras “leían” su presente y comenzaban a construir lo que, para nosotros, como lectores del siglo XXI, constituyen imágenes del pasado, van más allá de explicitar los sucesos y el devenir histórico, es decir, no se quedan solo en el registro anecdótico. El estudio de esos artículos desde la perspectiva de lo afectivo propone otro tipo de acercamiento a producciones decimonónicas que corresponden al último tercio del siglo XIX, la época de la transición hacia la modernidad.

Siguiendo a Rancière (2002), el examinar las formas en las que circulaba la sensibilidad, cómo se ordenaban y disciplinaban las percepciones, los afectos y cómo se producía la toma de contacto con la realidad permite interpretar lo estético en relación con lo colectivo. Las narrativas de estas escritoras tienen la particularidad de unir lo testimonial con lo ficcional; lo que ha sucedido, que implica un régimen de verdad, adquiere a través de los escritos periodístico-literarios una nueva significación, lo que vuelve factible abordarlos desde una perspectiva histórico-social, ya que sus autoras se posicionan como “agentes históricos”, en palabras de Rancière (2002).

En esta línea, debemos tener en cuenta, para sustentar nuestro análisis, la irrupción de la teoría sobre el “giro afectivo” o “giro emocional”. Sara Ahmed (2015) retoma los conceptos de Ticineto Clough y Halley (2007) sobre el afecto al considerarlo como la capacidad corporal de “afectar y ser afectado”. Esta postura crítica nos habilita a acercarnos a materiales de diferente índole –textos literarios, cartas, diarios, crónicas, artículos periodísticos, entre otros– y desde distintas perspectivas –Antropología, Sociología, Psicología, Comunicación y Estudios Literarios–, para observar cómo se entretengan las correspondencias entre la creación y la recepción, ya que lo discursivo deja de ser visto como representacional para pensarse como una realidad afectiva que transforma a otros, a la vez que afecta al propio emisor. En este sentido, como afirma Moraña, “el afecto es [...] una vía de acceso a lo real, a lo simbólico y a lo imaginario” (2012: 323). La investigadora sostiene que los afectos también expresan modos de ser y estados de la subjetividad a la vez que dan cuenta de la relación del individuo con eventos y espacios en los que se desarrolla su vida.

Ahmed explora, asimismo, cómo funcionan los componentes afectivos sobre los “cuerpos individuales y colectivos” (2015: 19). Desde una visión cognitiva, la crítica retoma a Aristóteles y considera que “las emociones involucran valoraciones, juicios, actitudes [...] que son irreductibles a las sensaciones corporales” (26). Concuerta con Descartes al señalar que “los sentimientos que tenemos hacia los objetos no se deben a la naturaleza de los mismos” (26). Por tanto, lo que se siente hacia el entorno, los objetos u otras personas dependerá de la manera en que el individuo se relacione y se contacte con ellos, es decir, se vea afectado por ellos.

Una correlación importante que queremos señalar es la de los afectos con la memoria, ya que los primeros se nutren de los recuerdos a la vez que influyen en lo que se recuerda. Ahmed afirma que “Las emociones son relacionales, involucran (re)acciones o relaciones de acercamiento o alejamiento con respecto a los objetos” (30).

Esto nos permite articular lo hasta aquí dicho con otro de los ejes de análisis mencionados: lo autobiográfico, dado que las vivencias relatadas por las escritoras las tienen como protagonistas “situadas” en espacios urbanos concretos. Como sostiene Arfuch (2013), toda biografía es inseparable del espacio vital en el que se ha ido construyendo la subjetividad de una persona y, en este mismo sentido, Molloy asevera que “la autobiografía es siempre una re-presentación, esto es un volver a contar, ya que la vida a la que supuestamente se refiere es, de por sí, una suerte de construcción narrativa” (1996: 15-16). De allí nuestro interés en aproximarnos a los modos en que Gorriti y Mansilla articulan los sucesos que guardan en sus memorias y ver de qué manera los verbalizan.

Ya esbozado nuestro marco teórico, estableceremos relaciones entre esas “ciudades retratadas”, a través de la narración-descripción, con hechos históricos que adquieren valor documental en Juana Manuela Gorriti, mientras que en los textos de Eduarda Mansilla nos aproximaremos a dos realidades sociales que conviven en una misma ciudad, todas ellas rememoradas y puestas de manifiesto a través de la emocionalidad de estas “escritoras afectadas”.

Hechos de sangre y gloria en el puerto del Callao

Juana Manuela Gorriti, en numerosos artículos⁴, evoca ciudades que fueron muy caras a sus recuerdos y con las que mantuvo un vínculo afectivo muy sólido. No trabajaremos en esta ocasión los que se relacionan con ciudades argentinas, muchas de ellas retratadas en

4 Si bien hemos consultado los originales en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, seguimos la edición de Alicia Martorell de las *Obras Completas* de Juana Manuela Gorriti (1993). Los textos aquí citados corresponden al tomo II. Se indica la fecha de la primera publicación y luego se cita por la edición de 1993.

“Escenas de Buenos Aires” (1878) y “Romería a la tierra natal” (1886). Tampoco nos detendremos en los que dan cuenta de sus viajes americanos, recogidos en “Impresiones y paisajes” (1878), aunque sí destacamos su carácter de viajera incansable. Otros textos dan noticias de la ciudad de Lima, reunidos luego en *Panoramas de la vida* (1876).

Para desarrollar el tema que nos proponemos indagar, la manifestación de los afectos y la relación que establece la escritora con las ciudades en las que habitó –lo que nos lleva ineludiblemente al campo de lo autobiográfico– trabajaremos los escritos que se relacionan con las experiencias vividas por la autora en torno al episodio histórico del 2 de mayo de 1866. Se trata de “Impresiones del dos de mayo” publicado en *La Revista de Buenos Aires*, XVI (1868: 382-395), incluido luego en *Panoramas de la vida* (1876), tomo II, “Veladas de la infancia” (Gorriti, 1993: 156-164) y “Recuerdos del dos de mayo. Incidentes y percances”, publicado en *La Ondina del Plata* (Núm. 15, 1º de Marzo de 1878) (Gorriti: 1993: 299-303).

Dada la honda marca que dejaron estos sucesos en la subjetividad de la escritora, considerados por Hebe Molina como “episodios autobiográficos” (1999: 121-122) es necesario relacionarlos con otro texto “Las dos madres. Episodios del 2 de mayo” (1868), recogido en el volumen *Misceláneas* y luego publicado, en 1880, en cuatro entregas, en la *Alborada Literaria del Plata*, dirigido por Lola Larrosa (Gorriti, 1993: 319-324).

“Impresiones del dos de mayo” (1868) y “Recuerdos del dos de mayo” (1868), sucintamente, relatan la resistencia y la lucha del pueblo peruano para repeler el ataque de la escuadra española ocurrido el dos de mayo de 1866. Por conflictos previos con España, Chile –que se había separado de España en 1810 y había declarado su independencia en 1818– y Perú –independiente desde 1821– firmaron una alianza a comienzos de 1866, junto a Bolivia y Ecuador –aunque estos países no participaron en la contienda– que dio origen a la Guerra hispano-sudamericana. La flota española, comandada por Méndez Núñez, luego de atacar el puerto de Valparaíso

que se hallaba indefenso, se dirigió a Perú. Los eventos relatados por Gorriti coinciden con los datos históricos del enfrentamiento conocido también como combate del Callao. Los nombres de los buques de guerra peruanos que participaron en la contienda, como el Numancia; las ubicaciones geográficas de las baterías emplazadas al norte y sur del puerto; la muerte del ministro de Guerra, José Gálvez, en la Torre de la Merced junto a ciudadanos peruanos y de otras nacionalidades que se habían presentado a combatir; la necesidad del desplazamiento en tren para unir Lima y el Callao, todo concuerda con los registros históricos. En ese marco, la autora sitúa una serie de microhistorias relatadas a partir de su propia mirada y sensibilidad: “Perdóneseme en gracia de que escribo mis impresiones, esta dolorosa reminiscencia del corazón, mezclada a los gloriosos hechos de ese gran día” (Gorriti, 1993: 158).

No se trata de crónicas que refieren esos luctuosos sucesos a través de documentos. Juana Manuela fue testigo y partícipe en esa gesta, ya que formó parte de un grupo de mujeres que con gran valentía asistió a los heridos en el enfrentamiento por lo que recibió, luego, una condecoración por parte del gobierno peruano. Se pone en evidencia así que se trata, según lo postulado por Camps, de “emociones que [...] incitan a actuar” (2011: 13). De esta manera, su relato subvierte la mirada que se tenía de la mujer con respecto a su vulnerabilidad y la imposibilidad de moverse en espacios asignados a los hombres. Esta experiencia le sirvió también para, desde lo literario, narrar historias de vidas que le permitieron a los lectores, además de conocer los acontecimientos de primera mano, adentrarse en la intimidad de los protagonistas, oír sus voces. Así lo veremos en “Las dos madres”.

Para abordar “Impresiones del dos de mayo” podemos aplicar los conceptos que, en el siglo XX, desarrolló Alain Touraine (1977) al referirse a los “movimientos sociales”, ya que es posible observar en el citado artículo de Gorriti la asociación de temas morales y sociales que guardan estrecha relación con la afirmación identitaria del

sujeto y de la comunidad. En el texto de Gorriti, una vez descripta la situación inicial con el aviso de la inminente invasión española, quienes descansaban en el Chorrillo abandonan ese espacio de ocio y distensión para dirigirse a Lima y comprometerse en el conflicto armado. Priman la solidaridad y la igualdad entre quienes se presentan para la defensa, ya que los une el deseo de mantener el orden social y la libertad de la patria. Las acciones descriptas dan cuenta del frenesí de los preparativos y de las emociones de quienes viven la tensión del momento. “Las madres desoladas corrían en pos de sus hijos [...] las niñas, palpitantes á la vez de zozobra y de entusiasmo, se apresuraban á llegar á Lima, ansiosas de ver a sus novios...” (Gorriti, 1993: 157). Los hombres se agolpaban para ir a defender el Callao y las mujeres colaboraban en la preparación de los insumos necesarios para atender a los heridos por la contienda. El yo autobiográfico se hace presente: “Yo seguía el impulso de este mar de vivientes, protegida por la estela de mi cuñado... Una oleada de pueblo nos separó” (Gorriti, 1993: 157-158). La presencia de todo un pueblo que sale a las calles para rechazar a los adversarios, a los enemigos, no deja de conmoverla, y su alegría por ser parte de ese momento histórico queda expresada al decir: “Por dicha, divisé el grupo de sombreros blancos de las hermanas de caridad, con quienes debía ir al Callao” (Gorriti, 1993: 158).

Los lugares rememorados, Lima y el Callao, emergen como espacios políticos en los que se dirime el poder. En el puerto del Callao se sitúan los hechos bélicos, pero surgen otros ámbitos donde se expresan los sentimientos. El cementerio de Baquijano, que había sido creado en 1862, se convierte en hospital improvisado dada la imposibilidad de seguir recibiendo a los heridos en el “hospital de sangre” del Callao. Al llegar hasta allí, son recibidos en el hospital y la Capellanía del camposanto. La referencia a la capellanía nos pone en contacto con una institución española traída a América que cumplía funciones religiosas, sociales y económicas. En este caso en particular, se asocia con un espacio simbólicamente destinado al recogimiento y la celebración de culto. Al transformarse

en hospital, da cabida a otros feligreses –los heridos en los acontecimientos traumáticos descritos– y a quienes velan por su recuperación –las hermanas de la caridad y las mujeres que decidieron dejar un lugar pasivo y seguro en sus casas para acompañarlos en su dolor y padecimiento–. De esta manera, se confirma el rol de las mujeres que pasan a ser protagonistas y parte activa de eventos trascendentes para la vida de quienes habitaban en esa ciudad. El clima emocional que allí se vive nos permite “leer” ese espacio como el lugar físico receptor de heridos, a la vez que contenedor afectivo de quienes llegaban a sus puertas en busca de los familiares, de los novios, de los amigos que estuvieron en la batalla.

Al conocerse la victoria sobre los españoles, las reacciones emocionales son contradictorias, de alegría por la derrota del enemigo común: “Era el gozo de triunfo que tanto se parece al furor” (Gorriti, 1993: 164), de dolor por los seres queridos que dieron su vida por la patria: “—Abel!!! Hermano mío!!!... —Un grito terminó esta dolorosa exclamación” (Gorriti, 1993: 162). La autora intercala, nuevamente, una historia mínima, la del joven Abel Galíndez, de 16 años que muere en la explosión de la Torre de la Merced, junto con el ministro de Guerra y tantos otros soldados y ciudadanos. Este episodio será retomado y desarrollado por la autora, posteriormente, en “Las dos madres”.

El texto finaliza acercando dos realidades, la del pueblo que festejaba la victoria en 1866, mientras las señoras de Lima continuaban con su labor humanitaria ayudando a los heridos, y el momento del presente de la escritura, 1868, cuando esas mismas mujeres socorrían a los enfermos a causa de la mortal epidemia de fiebre amarilla que estaba asolando al puerto del Callao en ese año.

Gorriti ha recuperado, en este artículo, un momento particular en la historia de la nación peruana –el dos de mayo de 1866– así como su participación activa en los sucesos. Su relato contribuye a “hacer la historia” ya que no se trata solo de referir los incidentes, sino

que a través de una mirada autobiográfica capta los sentimientos que circulaban en la sociedad: el temor por enfrentar al enemigo y perder la libertad, la alegría y el orgullo por la victoria, la piedad hacia quienes dieron valientemente su vida en la contienda, la empatía con el pueblo y la templanza en la atención brindada por las mujeres a los heridos. Esta construcción discursiva estaría en relación con lo que Peluffo (2016) identifica, semánticamente, como una feminización de ciertas emociones como el miedo, el amor, el pudor y la compasión, frente a otras como la ira, la indignación y el orgullo que se presentan como virilizadas. No obstante, si bien el rol de la mujer ha sido construido por Gorriti en torno a la concepción de la feminidad decimonónica que responde a un modelo que está articulado sobre la bondad, la ternura y el cuidado amoroso brindado por la madre, como muy bien señala Molina (1999: 273), la escritora también da cuenta de otro tipo de mujeres: independientes, valientes y políticamente comprometidas.

Recuerdos del 2 de mayo

Este texto, más breve que el anterior, retoma los mismos sucesos antes narrados y, como indica el subtítulo “Incidentes y percances”, se centra en las vicisitudes que debe sortear el yo protagonista. Hay datos más personalizados, como aquel donde la mujer deja a un conocido la llave de su casa en la que guarda unos soles para que, si no regresa, sirvan de sostén a su hijo, Julio⁵. El dolor, por parte de la madre que piensa en el abandono del hijo, contrasta con la alegría de quienes viajan en tren con ella rumbo al Callao. Los datos externos sobre la participación de las mujeres y la reacción del pueblo ganan fuerza ilocutiva por medio del uso de intensificadores. Al saber que los rieles del tren habían sido desarmados, “los pasajeros

5 Además de sus hijas, Edelmira y Mercedes, Juana Manuela tuvo dos hijos extramatrimoniales, Clorinda y Julio, fruto de su relación con Julio Sandoval en Perú (Efrón, 1998: 129).

saltaron alegremente á tierra y siguieron la marcha á pie” (Gorriti, 1993: 300); aquí “alegremente” realza el contexto emocional que vivían quienes participaban del momento, sentimiento que es proyectado, mediante la escritura, hacia los receptores. Uno de los percances que debe enfrentar la enunciativa es la imposibilidad de alojarse con las hermanas de la caridad con las que ha colaborado en el acondicionamiento de un hospital en el cementerio de Baquijano. Misteriosamente, se le aparece una figura casi fantasmal, que resulta ser el capellán, quien la conduce a otro lugar en el que se encuentran alojadas dos hermanas. Esto da pie a un microrrelato, a una bifurcación en la narración principal; se trata de una historia que, como las de Sherezade, ayuda a pasar la noche. Llegado el día, las mujeres entran en acción al asistir física y espiritual a los heridos; luego de la tarea realizada, el contraste afectivo se produce cuando la protagonista se dirige a la ciudad entre una “multitud inmensa que ebria de gozo llevaba á sus hogares el relato del triunfo” (303). Vive y comparte con el pueblo la felicidad del momento, pero al regresar a su casa, descubre que su amigo ha dado el dinero, supuestamente, a otra persona apurada “por el pago de su alquiler” (303), lo que le produce gran desazón y enojo, impresiones con las que cierra su artículo. Los eventos narrados dan cuenta de la circulación de los afectos y cómo estos han afectado su subjetividad. De la angustia, el temor y la alegría vividos el dos de mayo pasa, luego, a la decepción por la amistad traicionada.

Como se aprecia, este relato no tiene el mismo peso en cuanto a la descripción de los acontecimientos históricos ni una carga emotiva tan marcada, más bien se centra en los “Incidentes y percances” que debe sortear la protagonista. No obstante, al observar desde qué lugar afectivo se produce la narrativización de los sucesos, podemos apreciar las connotaciones que cobran los espacios, cómo se cargan de sentido a partir de quien los enuncia y cómo su discurso legitima un hecho histórico-político-social que conmovió a la sociedad peruana en 1866.

“Las dos madres”

Este relato toma como hipotextos los dos artículos antes comentados, lo que indica la persistencia en la memoria de los incidentes vividos y la coherencia en la escritura que, si bien sufre transformaciones textuales, da cuenta de la resistencia de todo un pueblo y legitima el accionar de las madres que dan título al texto. Estructurado en seis partes⁶, narra dos historias paralelas en el marco del enfrentamiento bélico con la flota española. En la primera, situada en Lima, ante la inminencia de la guerra, tres mujeres jóvenes participan activamente en la preparación de aprestos hospitalarios, que serán usados durante y después de la batalla. Fantasean con la idea de poder ir ellas también al frente. Con valentía traman una posible solución: “—Nos iremos furtivamente” —Por cierto! —Oh!... sí!... eso es!... qué felicidad” (Gorriti, 1993: 320). En la segunda parte se narra que, en ese mismo momento, dos amigos, ambos de nombre Abel y cuyos apellidos se desconocen, se comprometen a encontrarse en la batería Maipú. Se trata de identidades individuales, particularizadas por el nombre propio, que simbólicamente dan carnadura y representan a personas reales que sí participaron en la lucha, al mismo tiempo que simbolizan a todos los ciudadanos y militares que actuaron en el enfrentamiento; asumen así la identidad colectiva del pueblo peruano. El mayor, de 18 años, ya es artillero, el menor, de 16 años aún en el Colegio Militar y no puede ausentarse de la institución para ir a combatir. Las niñas peruanas y uno de los Abeles desobedecen los mandatos instituidos para ser parte de la gesta. La tercera parte, ambientada en una Lima engalanada como en día festivo, de la que partían los hombres hacia el Callao, retoma la historia de las jóvenes y su visita a las hermanas de caridad, quienes les permiten sumarse a la tarea humanitaria que realizarán en el hospital. Como corresponde al movimiento pendular entre ambas historias, la cuarta parte relata la llegada del más joven de

6 La separación de las partes es diferente en el diario y en la edición de las *Obras completas*, 1993.

los Abeles al lugar estipulado para el encuentro. La quinta y la sexta parte son sumamente breves. La anteúltima refiere los sucesos del combate, la bravura del pueblo peruano, el dolor y la alegría, la búsqueda esperanzada de los deudos para encontrar a sus seres queridos. La parte final transmite a los lectores las vivencias individuales de dos madres que buscan a sus hijos. Como es de prever, son las madres de los dos Abeles; la tragedia y el dolor se extienden, así, de lo individual a todo el cuerpo social. El joven artillero ha sobrevivido y custodia en sus brazos a su amigo muerto. Las reacciones de las madres son opuestas, la que conserva a su hijo, se desmaya al encontrarlo, la del que ha entregado su vida con valentía “cayendo de rodillas, y estrechando contra el pecho el cuerpo helado de su hijo, con el corazón traspasado de dolor; pero en la frente la serenidad beatífica de los mártires, oró” (324). Gorriti cierra el relato con un reconocimiento no solo a la bravura de los jóvenes sino también al valor y al amor de sus madres, pero no se trata solo de amor maternal, es un amor que se relaciona con el heroísmo. La inclusión de esta última parte le otorga verosimilitud al relato y lo entronca con estados afectivos relacionados con lo trágico; además se comprueba, como señala Moraña (2012), que la expresión de los afectos posibilita la relación de lo estético con lo político.

En el texto analizado, el motor de la creación literaria gira en torno a sentimientos que pueden encuadrarse en dos campos semánticos en consonancia con lo estipulado genéricamente para el siglo XIX: el de las mujeres, las jóvenes, las religiosas y las madres, que demuestran sus temores, a la vez que valor, compasión, bondad y esperanza; y el de los jóvenes soldados y otros ciudadanos que son fieles a sus ideales –aún a pesar de desafiar los mandatos institucionales–, en quienes sobresalen el entusiasmo, orgullo, confianza, templanza y fortaleza. La palabra literaria vehiculiza estas corrientes afectivas que se afectan recíprocamente y que, a su vez, afectan la subjetividad de la escritora y de sus receptores. En Gorriti, los hechos históricos sucedidos y los peligros que ella misma ha transitado se constituyen en materia narrativa que alimenta la creación de experiencias imaginadas que dan cuenta de las situaciones afectivas de los actores del conflicto.

Como demostramos en los textos de Gorriti aquí abordados, siguiendo la teoría de los afectos en cuanto a que los individuos proyectan a la vez que reciben del entorno una energía afectiva, Lima, el Callao y la capellanía ubicada en el cementerio de Baquijano se instauran como espacios materiales y simbólicos que poseen valor emotivo. A través de su narrativa, Gorriti transfiere a los lectores diferentes sentimientos relacionados, por un lado, con una percepción negativa ante el temor por el inminente peligro a causa de una invasión extranjera y la amenaza que esta conlleva por la pérdida no solo de las tierras de la nación sino de las libertades individuales y sociales. No obstante, por otro lado, hay una serie de aspectos positivos que pueden leerse entre líneas: la seguridad anclada en la valentía de soldados y civiles en la defensa de los principios que los instituyen como nación, y el orgullo y la emoción del amor compartido por la patria. De esta manera, genera afectos en los receptores –sin importar su nacionalidad ni a qué siglo pertenezcan– al relacionar a sujetos individuales –héroes y heroínas de la jornada– con el conjunto de la sociedad, en la que hombres y mujeres quedan equiparados por pertenecer al mismo cuerpo social.

Un trazado que conecta la penitenciaría con el Teatro Colón de Buenos Aires

El espacio urbano define a quienes viven en él, pero también es definido por las personas que lo habitan. En esa interacción entre espacio e individuos se va conformando la sociedad. Para observar las implicancias de esta relación recíproca nos referiremos, brevemente, a cuatro artículos periodísticos de Eduarda Mansilla que “anclan” su mirada en dos ámbitos muy disímiles de su ciudad natal, Buenos Aires, a la que regresa tras dieciocho años de ausencia en 1879. Uno está relacionado con el mundo carcelario y los otros, con lugares en los que el ocio y la cultura se dan cita: el “Teatro Colón” y “El Club del Progreso”. Desde una mirada propia, la escritora transforma sus impresiones sobre esos recintos en textos que

adquieren valor documental para la mirada actual, en los que lo informativo se une a lo literario para retratar una época y una sociedad, la ciudad de Buenos Aires hacia 1880.

En “Una visita á la Penitenciaría” (*El Nacional*, 17-18 de junio de 1879)⁷, publicado en dos entregas consecutivas, describe “lo que había observado mediante la construcción de un ‘yo personaje’ que realiza tanto un proceso de objetivación como una internalización de sus vivencias” (Guidotti, 2015: 107). En primera persona y desde diferentes perspectivas facilita el acceso a un lugar que, en general, estaba vedado a la visita de las mujeres. Realiza consideraciones relativas a lo legal, lo sanitario, lo educativo y ocupacional, sin que por ello lo afectivo deje de tener presencia. Con esta intención, Mansilla propone a los lectores de *El Nacional* realizar un recorrido urbano centrado en un espacio físico y simbólico inusual –la Penitenciaría Nacional, inaugurada en 1877–, para ponerlos frente a una realidad que no era abordada con frecuencia en los diarios porteños. Su artículo difiere de otros de los categorizados como “prensa amarillista o policial”, ya que los hechos de violencia por los que los reclusos estaban alojados allí no son mencionados. Otra es la finalidad perseguida, sus palabras están orientadas a mostrar el respeto por la persona humana de los allí confinados. Seguramente, el público desconocía las características arquitectónicas del lugar, proyecto diseñado por el ingeniero Ernesto Bunge que, a la vez que permitía la vigilancia de los internos –siguiendo la estructura del panóptico–, se ajustaba a los nuevos modelos edilicios que tenían en cuenta la luminosidad, la amplitud de las celdas, pabellones y lugares de trabajo, y contaba con espacios dedicados al aseo personal, así como también talleres en los que se les enseñaban oficios a los reclusos: panadería, encuadernación, zapatería, confección de prendas, entre otros. Mansilla da cuenta así de esta Buenos Aires moderna que trabajaba por la inclusión, en la que la Penitenciaría “me ha dado

7 Citaremos los artículos por la edición de 2015 de los *Escritos periodísticos completos (1860-1892)* de Eduarda Mansilla de García.

la medida de nuestros adelantos intelectuales, morales y sociales” (2015: 303). En este texto, varios lexemas están relacionados con un sentimiento en particular, el “dolor”. Al ingresar a una de las celdas y ver la disposición de los objetos que allí se encontraban –cama, libros e ilustraciones–, inmediatamente, recuerda un lugar similar: las habitaciones de sus hijos cuando eran aspirantes de marina en la Escuela Naval de Francia. El dolor por los hijos ausentes parece materializarse en ese momento, el espacio concreto afecta sus emociones, a la vez que sus impresiones afectarán las de sus lectores. Pero también hay otro dolor que la sensibilidad de Mansilla puede captar, se trata de un preso en particular que cumple condena por falsificación; no lo juzga y al conocer su delito piensa en la madre que, en otra patria, sufrirá esperando que pase el tiempo para terminar con su condena: “Pobre número 223, allá en su patria tiene quizá una madre, que cuenta los meses, los años” (2015: 302). Como sostiene Arfuch (2010), espacio y tiempo están impregnados de una fuerte carga emocional y afectiva; el espacio evocado cobra otro sentido al ser puesto en relación con el espacio carcelario; asimismo, esta relación espacio-tiempo será polisémica en la lectura que cada uno de los receptores realice. Aquí, como en “Las dos madres” de Gorriti, también Mansilla se solidariza con los sentimientos de otra mujer, creando un clima emocional en el cual, sin importar la nacionalidad ni la posición social, las dos sufren –por distintos motivos– el dolor y la angustia por la separación de sus hijos. En ambas autoras se corrobora lo expuesto por Camps al afirmar que “lo que distingue a una persona de otra es, precisamente, su sensibilidad, su parte emotiva, no la racional” (2011: 20); esa es la imagen que las escritoras transmiten sobre las madres.

El interpretar los campos afectivos expresados en este artículo periodístico nos ha permitido ahondar en los diferentes niveles de significación que presenta el texto ya que, además de lo documental, hay una intencionalidad ética y didáctica al mostrar al gran público la realidad que se vivía en las penitenciarías. A ello se suma la denuncia que realiza al finalizar su colaboración periodística al

comprobar que quienes todavía no habían sido juzgados, debían convivir con aquellos que tenían condena firme. Estamos, en síntesis, ante un texto autobiográfico en el que la realidad socio-histórica se analiza desde el prisma de la afectividad, pero que da cuenta de un proceso de objetivación del espacio descripto y de sus ocupantes, a la vez que propone una mirada crítica desde sus propias experiencias de mujer cosmopolita.

Otros espacios que están investidos afectivamente en la prosa de Eduarda Mansilla son el del teatro Colón, referido en varios artículos publicados en la prensa y en la revista especializada *La Gaceta Musical*, y el del Club del Progreso, en el que enmarca situaciones por ella vividas en las que se conjugan la satisfacción, el orgullo y la aprobación, sentimientos que han sido racionalizados por la escritora y dan cuenta de impresiones intensas y duraderas en su vida.

El teatro Colón, símbolo de la cultura aristocrática de Buenos Aires, se constituye en espacio biográfico para la escritora, lugar de encuentro con el otro, de identificación, lugar de pertenencia. Al regresar a ese ámbito conocido, no solo da testimonio del desarrollo cultural alcanzado en la ciudad, sino que hace partícipes a sus lectores de sus sentimientos y de cómo circulan las emociones entre las personas. Así lo deja trascender en las cartas que dirige a Isabel de Lagatinerie⁸ publicadas en *La Gaceta Musical*: la primera, del 29 de junio de 1879, “Confidencias musicales” (Mansilla, 2015: 307-315) y la posterior, del 13 de julio de ese año, “Confidencias musicales” (Mansilla, 2015: 334-343). En la segunda, relata las celebraciones por la fiesta patria del 9 de julio de ese año; describe a la multitud que se agolpaba en la plaza de la Victoria, su camino hacia la Plaza del 25 de Mayo, la Casa Rosada y la Catedral, espacios que relaciona con los de París. Reconstruye así, a partir de su posicionamiento

8 Se trata de la hermana de su yerno, Charles Marrier, Barón de Lagatinerie, esposo de su única hija, Eda, Eduarda Nicolasa Agustina García Mansilla.

como sujeto de sentimiento, un mundo cultural y político del que la destinataria francesa está muy alejada. El decidir que lo íntimo se convierta en público, al acceder a que estas cartas se publiquen, también es una toma de posición: lo hace para contrarrestar el olvido, para avivar el amor por la patria y para subrayar los valores que definen a los argentinos. Cabe destacar que estas son las primeras publicaciones de Mansilla en *La Gaceta Musical*, de la que será asidua colaboradora, al punto de reinstalarla como figura pública y del mundo cultural en el ámbito porteño.

Con las mismas connotaciones antes señaladas, escribe para *El Nacional*, de fecha 10 de julio de 1879, “El gran baile del Progreso. Date Lila” (Mansilla, 2015: 294-303). La vívida descripción de los hombres y mujeres que allí asisten para celebrar la fecha patria, asociados a la música que allí se escucha, transportan a la narradora a los días de su juventud: el entusiasmo, la alegría, el gozo por compartir un momento de belleza estética y el orgullo de ser argentina, conforman el campo afectivo que las palabras literarias trasladan al texto periodístico.

En los artículos aquí analizados de Mansilla, centrados en espacios urbanos de Buenos Aires, podemos corroborar que, tal como plantea Ahmed (2015), los sentimientos tienen movilidad. La emocionalidad de la narradora se mueve desde el “adentro” hacia el “afuera”, hacia los otros, hacia los objetos y los espacios; pero también se da el movimiento contrario, del “afuera” –la Penitenciaría, el Teatro Colón, el Club del Progreso– hacia su propio “adentro”, que moviliza experiencias personales y recuerdos por ella vividos en Argentina, en Estados Unidos y en distintos países de Europa.

Un recorrido articulado sobre tres ejes: “ciudad”, “afecto” y “autobiografía”

El acceso a materiales que antes solo resguardaban los archivos nos permite estudiar la manera en que se relacionan lo individual y lo social, las vivencias personales y privadas con lo público. Las producciones aquí analizadas, que fueron pensadas para medios de comunicación escrita, periódicos y revistas, ponen en evidencia la circulación de los afectos entre las personas y entre estas y el entorno.

Los espacios urbanos actuaron como disparadores a través de los cuales J. M. Gorriti y E. Mansilla intentaron asir los volátiles recuerdos de momentos trascendentes de sus vidas, en textos en los que expresaron sus sentimientos ante situaciones que afectaron sus subjetividades y que, al transmitirlos, produjeron cambios e influyeron en el público que las leía y en el que sigue leyéndolas. Hemos comprobado cómo en estos artículos periodístico-literarios, la memoria individual sirvió de sustento a la memoria social; lo privado se unió a lo público para construir no solo parte de la propia biografía sino también para reforzar ideales y valores relacionados con la defensa de la nación, la libertad, el amor por la patria y el orgullo por el sentido de pertenencia nacional. Múltiples variables –el espacio urbano, lo geopolítico, el lugar que ocupaba la mujer, la circulación de las emociones– nos permitieron tomar contacto con percepciones epocales sobre hechos pasados, mediatizados por los sentimientos, experiencias y valoraciones de las escritoras estudiadas. Gracias a sus escritos, también pudimos acceder a las impresiones que se suscitaron en los sujetos que protagonizaron las luchas armadas en Perú o a la cotidianeidad de la vida penitenciaria, en la que los cuerpos también resultan afectados. Asimismo, percibimos las corrientes afectivas entre aquellos que, con honda emoción, celebraban a la patria, en Buenos Aires, el 9 de julio de 1879. Para los receptores de ayer y de hoy, lo cognitivo se une a lo emocional para formar nuevos campos afectivos que, afortunadamente, seguimos percibiendo en el siglo XXI.

Bibliografía

- Ahmed, S. ([2004] 2015). *La política cultural de las emociones*. Traducción de Cecilia Olivares Mansuy. México, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Autónoma de México.
- Arfuch, L. (2010). “Espacio, tiempo y afecto en la configuración narrativa de la identidad”. *De Signis*, 15, 32-40.
- . (2013). “La ciudad como autobiografía”. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales urbano*, 12, 1-14.
- . (2015). “El ‘giro afectivo’. Emociones, subjetividad y política”. *De Signis*, 24, 245-254.
- Camps, V. (2011). *El gobierno de las emociones*. Barcelona, Herder.
- Efrón, A. (1998). *Juana Gorriti. Una biografía íntima*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Gorriti, J. M. (1993). *Obras completas. Panoramas de la vida. 2da. parte y Misceláneas*. A. Martorell, investigación y cuidado de la edición. Salta, Fundación del Banco del Noroeste.
- Mansilla de García, E. (2015). *Escritos periodísticos completos (1860–1892)*. M. Guidotti edición, introducción y notas. Buenos Aires, Corregidor.
- Molina, H. (1999). *La narrativa dialógica de Juana Manuela Gorriti*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

- Molloy, S. (1996). *Acto de presencia: la escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, El Colegio de México.
- Moraña, M., Sánchez-Prado, I. (2012). *Lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América latina*. Madrid, Iberoamericana.
- Peluffo, A. (2016). *En clave emocional. Cultura y afecto en América Latina*. Buenos Aires, Prometeo.
- Rancière, J. (2002). *La división de lo sensible. Estética y Política*. Salamanca, Consorcio Salamanca.
- Touraine, A. (1995). *Producción de la sociedad*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

La mirada política de Eduarda Mansilla en su obra periodística

Milagros Rojo Guiñazú

Universidad Nacional del Nordeste

Preliminares

Eduarda Mansilla, escritora y pensadora del siglo XIX, ha desplegado a través de todos sus escritos –tanto novelas como textos breves aparecidos en la prensa– opiniones y posiciones consistentes sobre la política, la religión y la educación. Por ejemplo, su novela *Pablo o la vida en las pampas* (1869) y el relato de viaje *Recuerdos de viaje* (1882)¹ dan cuenta, entre otros aspectos, de su mirada política y de su capacidad para indagar en la intimidad de las fisonomías humanas; mientras que en *El médico de San Luis* (1860) se ve tanto su postura frente a la religión como su enfoque acerca de la educación de la mujer. También en sus artículos periodísticos publicados en *El Nacional* y en *La Nación*, entre 1878 y 1885, se advierten con claridad sus posicionamientos. Por todo ello es posible afirmar que Mansilla ha

1 *Recuerdos de viaje* (1882) puede considerarse una de las primeras obras en donde se debaten ciertas cuestiones de política norteamericana desde la perspectiva de una mujer de la élite porteña del 80. En este relato de viajes también se abordan cuestiones de política argentina, consideraciones en torno a costumbres y modas de las mujeres estadounidenses, a quienes Mansilla reconoce en un lugar plenamente diferente de las americanas del sur. Se trata de un libro que posee usos políticos claramente definidos (Lojo, 2011), una narración en donde la comprensión de los acontecimientos y la autocomprensión de la historia (testimonial y biográfica) devienen componentes esenciales que viabilizan su narración.

demostrado ser una escritora comprometida, con una escritura ligada a la construcción de Nación que, desde una mirada femenina, vuelve sobre lo estatuido desde los posicionamientos masculinos. En el pasaje de lo privado a lo público, este “ángel del hogar” Batticuore, 2005) expone públicamente una discusión sobre temáticas inherentes a las inquietudes de todos los ciudadanos. En ese gesto, y recuperando a Kate Millett (1995), “lo personal es político”.

Este trabajo analiza una selección de artículos periodísticos de esta escritora representativa de la elite letrada finisecular. A partir de la lectura de dichos artículos –rescatados y editados en *Escritos periodísticos completos (1860-1892)* por Marina I. Guidotti²– se intentará reconstruir su mirada sobre los siguientes tópicos: la política nacional e internacional, la religión, la construcción del Estado Nacional y la educación de las mujeres; buscando con ellos una visión enriquecedora de estos aspectos nodales. En ese sentido, proponemos que estos textos nos revelan cómo ciertas nociones en torno de la política, el Estado, la religión y la educación resultan indisociables en el pensamiento de Eduarda.

2 Por ello, al citar el corpus indicaremos la paginación tal como figura en la edición preparada por Guidotti. Las siguientes notas se considerarán con las fechas de publicación originales: “Una visita a la Penitenciaría; Á mi madre”. Buenos Aires: *El Nacional*, 17 y 18 de junio, 1879; “Política europea. A propósito de los ‘Recuerdos de viaje’”. Buenos Aires: *El Nacional*, 29 de noviembre. 1880; “América Literaria. Educación de la mujer”. Buenos Aires: *La Nación*, 28 de julio, 1883; “Discurso de la Sra. Eduarda Mansilla de García. Educación de las niñas”. Buenos Aires: *El Nacional*, 2 de octubre, 1883; “Opinión de una dama en la cuestión religiosa. Ser o no ser”. Buenos Aires: *El Nacional*, 5 de mayo, 1884; “Sarmiento at home”. Buenos Aires: *El Nacional*, 12 de junio, 1885; “Notre Dame de Boulanger – Bellezas de la religión – Un gran espectáculo y sus enseñanzas – La fe salvadora (*Impresiones de una dama argentina*)”. Buenos Aires: *La Nación*, 7 de mayo, fechado en Boulogne Sur Mer, agosto 28 de 1873 [Publicado en *El Americano*, 1873], 1886.

Lo político y lo íntimo

Las notas de prensa seleccionadas se redactan entre 1879 y 1885. Se trata de una Eduarda madura, con varios recorridos que van desde las fiestas y reuniones en casa de su tío don Juan Manuel de Rosas, los viajes y estancias en distintas partes del mundo acompañando a su esposo, el ministro plenipotenciario Daniel García, hasta su regreso a Buenos Aires en la última fase de su vida. Desde una perspectiva adulta, Mansilla despliega en estos artículos cierta postura crítica a lo que ha representado la consolidación de un Estado nacional. Aún en el umbral de un siglo que está llegando a su fin –en el que el rol de la mujer fue mutando, no solo en su país natal sino en el mundo occidental completo– conserva sobre algunos temas posturas ideológicas rígidas, aunque ofrece muescas de incipiente disrupción. Proveniente de una familia católica, su abordaje de la religión es tanto personal como cultural: para ella, el catolicismo es la base de la formación ética y moral de las familias en general, y de las mujeres en particular³. Si bien en este campo su posicionamiento ideológico no es disruptivo, sí pueden detectarse reflexiones en torno a la educación de la mujer, un aspecto central en el devenir de la construcción femenina del siglo XIX que claramente podemos asociar con el deseo de profesionalización de la escritura de las mujeres.

En “Política europea. A propósito de los ‘Recuerdos de viaje’” (1880) sostiene que las revoluciones, en cuanto causas complejas, se rigen por leyes inflexibles y además, ciegas. Desde su mirada política, manifiesta una visión crítica acerca del pueblo norteamericano en relación con la perspectiva que posee de los sudamericanos:

3 En *El médico de San Luis* (1860), por ejemplo, reparamos en la estructura moral cristiana (familia con matriz cristiana) como sustento de la familia Wilson, así como de una lógica de continuidad de base para la construcción y consolidación del Estado Nacional (Crespo, 2020).

[...] para el Yankee ni siquiera somos una mala copia de sus instituciones, y á ese respecto *nuestros hermanos* del Norte, dotados de un orgullo satánico, tienen mas de un curioso punto de semejanza, salvo la cuerda grotesca, con nuestros vecinos del Brasil. El yankee por Americano no conoce sino á él y como libre á él y solo á él. (Mansilla, 1880: 401)

Empero, otros pueblos sí poseen cierta consideración de los americanos del sur, como es el europeo liberal. Es justamente la nación inglesa, la que pareciera vernos mejor que las demás; sin embargo, Mansilla asevera que seguimos esperando todo de los hermanos del Norte, porque “creemos que la nación mas egoísta de la tierra, piensa en nosotros, nos admira y estaría hasta pronta á ayudarnos llegado el caso” (1880: 401). En ese sentido, alude a una simpatía platónica que perpetuamos como una ilusión constante, es decir, arguye que esa necesidad de centrar la atención y la pleitesía hacia Estados Unidos es un gran error. Es más, sostiene que debemos considerar a otras naciones que podrían, políticamente hablando, ser mucho más enriquecedoras para nuestra nación, como es el caso de Inglaterra y Francia. Se trata de una mirada aguerrida, audaz y locuaz, que da cuenta de un conocimiento que la posicionan como una de las intelectuales más admirables del siglo XIX (Molina, 2011).

También dedica unas líneas a la política europea cuando expone su pensar acerca del Príncipe Bismarck, a quien refiere como liberal, y cuestiona la razón por la que ese representante del militarismo tiene tantos partidarios.

“Sólo Dios es Grande” dice Mahoma; y ese Bismarck cuyo éxito insolente ha deslumbrado á tantos, y sobre todo ha hecho pecar á tantos liberales deslumbrados, que dejará en Alemania el día en que cediendo á su desgraciada pasión por las fresas y castigado por la gula, deje al fin vivir en paz, sobre su dorado trono Imperial á la santa y no muy dichosa compañera del Emperador su Amor ¿Persistirá ese Imperio?

Y sobre todo, que habrá ganado con sus conquistas el espíritu de libertad, qué, las grandes aspiraciones humanas con el engrandecimiento brutal de esa Alemania, que ni siquiera se enriquece con los despojos ópimos del vencido? Seguirá, como dice López: “El gigante alimentándose con su propia sangre?” Ese sí que es ejemplo vivo, mas vivo que todos los libros que pueda escribir el ingenio humano. (Mansilla, 1880: 402-403)

A la par, esta mirada política de Mansilla se matiza con su visión de la condición humana, tal como podemos leer en el artículo “Una visita a la Penitenciaría; Á mi madre” (1879), pues “para conocer á los pueblos, como para conocer a los hombres es menester tratarlos con intimidad” (Mansilla, 1879: 294). El hombre se revela en la intimidad privada, al igual que lo hace una nación:

Para juzgar a un pueblo, para pensar el grado de moralidad, de cultura real, de felicidad á que ha llegado, fuerza es estudiarlo en la rutina de su vida ordinaria, en la intimidad de sus hospitales, de sus escuelas, de sus cárceles, buscando así, una fisonomía íntima que se revela infraganti en el deshabillé social. (Mansilla, 1879: 295)

En este artículo –como en buena parte de su labor como escritora–, se propone estudiar “esa fisonomía privada, íntima, real, de mi patria y para ello no me limito á buscarla en ese primer golpe de vista, tan atractivo que ofrecen sus galas mas aparentes” (Mansilla, 1879: 295). Si bien el sentido principal de este escrito es describir la penitenciaría, sus integrantes y funcionamiento, Mansilla aprovecha para hacer una crítica al funcionamiento de la justicia:

Siento no poder dejar de criticar algo en un establecimiento tan admirablemente administrado y cuya construcción puede rivalizar con las Penitenciarías de Inglaterra y de Estados Unidos; pero faltaría á mi deber sino hiciera notar el grande error que á mi entender se comete en nuestra Penitenciaría, permitiendo que presos, ya juzgados, que van á cumplir allí una condena, que están

sujetos á un reglamento severo, pero de fácil observancia se hallen en contacto con los enjuiciados sometidos á las tramitaciones judiciales, que forzosamente se hallan en condiciones diferentes. No me parece ni justa ni prudente esa asociación de criminales ya juzgados, castigados, con individuos sobre los cuales la justicia no ha pronunciado aun su fallo. La disciplina tiene forzosamente que resistirse de esa confusión y no sé, que ninguna Penitenciaría del mundo se halle en tales condiciones; si bien yo no hé estudiado seriamente esas instituciones como lo ha hecho persona mas competente, que muy de cerca me toca creo á ese respecto no equivocarme en mi apreciación. (Mansilla, 1879: 302-303)

En otro orden de cosas, el artículo “Sarmiento at home” (1885) podría pensarse como un diálogo imaginario entre la escritora y el sanjuanino, donde Mansilla deja ver su mirada sobre Sarmiento⁴. Hay en esta publicación, que busca recobrar la figura del patriarca sanjuanino –a quien se refiere como a “mi amigo” (Mansilla, 1885: 660)– un tono nostálgico, de reencuentro con su hogar (*home*). Resalta también la tarea enciclopedista y la formación intelectual de autor, así como su labor de educador: “Sarmiento ha sabido educar a sus sobrinas: ellas son el esponente vivo de su ciencia de educacionista” (Mansilla, 1885: 661). Es notoria su admiración hacia él, a quien considera “nuestro faro” (1885: 664).

Educación y religión: prácticas compatibles

Como se dijo, Mansilla considera a la institución de la familia como base central del Estado y a la religión como eje sustancial para la configuración del ser humano. En varios artículos puede verse un

4 Recordemos el posicionamiento que Sarmiento tiene en relación con el gobierno de Juan Manuel de Rosas cuando escribe y publica *Facundo*; así como la decisión de Eduarda Mansilla de dialogar y discutir con esta obra en *Pablo o la vida en las pampas*.

vínculo entre religión y educación. Aunque vehemente defensora y propulsora del catolicismo, se muestra respetuosa hacia otras religiones y vela por el libre culto. En “Opinión de una dama en la cuestión religiosa. Ser o no ser” (1884), Eduarda esboza su posición: la educación de la mujer debe ser compatible con su formación religiosa, dado que el pensamiento científico (la educación) puede convivir con el pensamiento religioso (la fe):

Eduquemos, eduquemos nuestras mujeres, es el grito que como soplo de vida recorre la naciente República, desde el pié de los Andes hasta la orilla del Plata.

Sí! Eduquemos, pero no destrocemos, que lo uno no ha de menester de lo otro. Para enseñar á una muger cuanto es necesario que sepa, no es justo, se le aleje por fuerza de la fuente viva, dónde se nutre su fé, esa fé que alienta y consuela. Creedme: la madre que al dar á luz un hijo, siente destrozarse sus entrañas, no se consuela con la ley del progreso que inspira al pensador; “Dios mío” “Madre de Angustias!” esclama sollozante, en su dolor, y sus ojos buscan el cielo: la luz. [...]. La ciencia es cosa grande! La fé lo es aún mas! (Mansilla, 1884: 643-644)

Para Mansilla, la ciencia y la religión comparten una misma búsqueda espiritual. Se trata de algo intrínseco a la naturaleza humana, propio de la intimidad del pensamiento:

Los libres pensadores la buscan en la ciencia pura, como los cristianos á su vez, la hallaron, desprendiéndose de las ligaduras del paganismo sensual. El protestante la persigue y cree hallarla en el espíritu intransigente de Calvino y todos, hasta el mahometano fatalista, concurren á esa aspiración que es como el rodaje de la máquina progreso, para hablar el lenguaje de la época. (Mansilla, 1884: 643)

Sabemos que Mansilla no fue una abanderada de los derechos femeninos, como puede pensarse de otras escritoras y pensadoras del sur (Manso, Guerra). Aunque la búsqueda de la ciencia y de la

religión puedan ser a veces equiparables, insiste en que las mujeres deben ser educadas bajo el catolicismo:

No puedo creer, no es posible, que los espíritus más adelantados en este país, pretendan hacer de sus esposas, de sus hijas ó de sus hermanas, libres pensadoras ó protestantes. Católicas somos como lo fueron nuestras madres; edúquense entonces como á católicas, para hacer la tarea de la educación, práctica y simpática. (Mansilla, 1884: 645)

Desde esta perspectiva, cree que “se puede ser católica é instruida á la vez” (1884: 646). Se debe instruir a las mujeres sobre idiomas, álgebra, geometría, geografía, historia, literaturas, arte pero sin perder la base esencial: la educación religiosa.

¿Por qué hacer sinónimo al catolicismo de oscurantismo? En América esto es absurdo!

Lo repito; la ciencia que luche con los teólogos, pero que no venga á desesperar mugeres y á destruir hogares.

¿Se quieren maestras instruidas, sabias, muy sabias, que sepan casi la última palabra del saber humano y no choquen empero con las creencias consoladoras de nuestras hijas, que practican lo que la madre le enseñó, desde que supieron hablar? Pero, Dios mío! Si eso es bien fácil. Encárguense esas maestras á Suiza, á Francia, á Inglaterra ó á Estados Unidos y recomiéndese que sean... católicas. (Mansilla, 1884: 645)

Esta idea de la religión y la educación como instancias indisociables también aparece en “Discurso de la Sra. Eduarda Mansilla de García. Educación de las niñas” (1883):

“La instrucción no es la educación”, ha dicho un publicista argentino. Yo me permito agregar: Mas fácil es instruir, que educar á la mujer! Para instruirla bastan maestras, profesores, libros y mapas; pero la educación, esa cultura del alma, que penetra en el

espíritu femenino, al través de su sensibilidad y de su imaginación, quién se la da? Todo y todos, que cuanto la niña vé o escucha, concurre á modelar, no solo la parte íntima de su ser, sinó sus maneras, sus hábitos, hasta sus gustos. (Mansilla, 1883: 632)

El rol de las madres es para Mansilla una tarea trascendental. Ellas, los ángeles del hogar (Batticuore, 2005), constituyen el pilar que mantiene esta particular manera de imaginar la emancipación de las mujeres:

A las madres incumbe, pues, la tarea mas difícil en la educación, pero la mas grata: la de proporcionar á sus hijas, aquello que no pueden darle ni los libros, ni los maestros: una bella personalidad moral: el perfume de la rosa [...]. (Mansilla, 1883: 632)

En el artículo “Notre Dame de Boulanger –Bellezas de la religión– Un gran espectáculo y sus enseñanzas – La fe salvadora (*Impresiones de una dama argentina*)” (1873-1886) despliega sus ideas acerca del espíritu religioso, bajo la noción de que la tradición religiosa es una bandera política.

Los republicanos rojos, la *gauche*, han desacreditado de tal manera la república, que en este momento no es posible, so pena de hacerse sospechoso, darse por republicano en la alta sociedad francesa. Y esto me recuerda el dicho de mi espiritual amigo el coronel Hoffman, secretario de la legación de los Estados Unidos en París. “Querida amiga, ni usted ni yo podemos llamarnos republicanos aquí, eso está bueno para *at home*” (es decir, nuestro país) Y, razón tenía el yankee, pues aquí por republicano, entienden ateo, materialista, rojo, en fin, comunista, incendiario, etc. (Mansilla, 1873–1886: 261-262)

Esta moda que tendemos, como nación, a reproducir y que señala como un signo de alarma, refiere a la caída en un carácter frívolo y descreído, propio de los tiempos modernos. E invoca a nuestros

pensadores y políticos argentinos que, atentos siempre al modelo norteamericano, dejan de lado un componente social y político decisivo: el espíritu religioso. Así, Mansilla arriba a un fundamento clave en su argumentación de la compatibilidad de religión y educación para las mujeres: la religión debe ser una política de Estado.

No estoy de acuerdo con aquellos que quieren que la República no tenga religión del Estado, si bien en esto difiero con personas que me es muy querida y cuya opinión respeto. Yo creo que nosotros, con nuestro indiferentismo de raza, no podemos permitirnos lo que pueden permitirse los Estados Unidos, donde el sentimiento religioso está encarnado en cada uno tan profundamente, cuanto sus creencias políticas. Donde la religión, las *religiones* son una necesidad imperiosa, el *pan espiritual* de cada día.

(Mansilla, 1873-1886: 267-268)

Y, regresando a la dicotomía progreso-catolicismo, sostiene:

[...] Es menester desengañarse, esa manía de llamar al catolicismo el enemigo del progreso y de la libertad, si bien envuelve alguna verdad, y aquí no es oportuno tratar esta cuestión con la atención que ella merece, no por eso deja de ser un arma de partido, un elemento político sin significación alguna, sin peligro alguno para nosotros que no somos ni Güelfos ni Gibelinos.

(Mansilla, 1873-1886: 268)

Mansilla cree que el catolicismo es la base de la moral, sin la cual es improbable formar naciones grandes y libres. De esta manera, refuerza la trascendencia de la práctica religiosa, aquí un poco más suavizada, ampliando su posición a una suerte de libertad de cultos:

Pero qué importa el nombre de una religión, con tal que se tenga una y se practique, y este es mi tema [...]

Si tienes un hijo, Carlos mío, te exhorto á que le eduques dándole una religión aunque sea la de Confucio y sobre todo le indiques la necesidad de practicarla, pues como decía Solón: “No hay sociedad posible sin religión”. (Mansilla, 1873-1886: 269-270)

Como parte de sus reflexiones en torno a las mujeres y a su educación, Mansilla se expresa en torno de la maternidad, las labores manuales, la moda y el lujo. Tomaremos aquí tan solo dos artículos, “América Literaria. Educación de la mujer” (1883) y “Discurso de la Sra. Eduarda Mansilla de García. Educación de las niñas” (1883), en los cuales se refiere a dichos temas.

En “América Literaria. Educación de la mujer” (1883) escribe que las mujeres sudamericanas, a diferencia de las norteamericanas, tienen el instinto de la maternidad más desarrollado⁵. Por su parte, en lo referente a labores manuales, no las circunscribe al ámbito de lo femenino, aunque expone: “pienso, como Jorge Sand, que cuando la mujer cose, es cuando su pensamiento se reconcentra mejor y, luego, el trabajo manual es uno de los grandes elementos de felicidad y de utilidad que tiene la mujer” (Mansilla, 1883: 621). La costura no es entonces un pasatiempo inútil sino una tarea que posee cierta utilidad tanto en varones como en mujeres.

Es tan recomendada la utilidad de ocupar las manos, que en el ejército inglés, los oficiales, para distraer sus ocios, bordan ellos mismos sus chinelas y hacen otras muchas labores; y de seguro que no podrá tachárselos de afeminados á los robustos *horse guards*. Coincidencia curiosa: en el ejército de San Martín, muchos oficiales bordaban con primor. Mi padre, el General Mansilla, cortó mi primer traje de muñeca, y enjugó de esa suerte mis lágrimas, que corrían sin motivo aparente: quizá fuera el despecho de no poder hacerlo yo misma.

Soy gran partidaria de la costura, no lo niego, y creo que la aguja y la tijera no tienen por que cederle el paso ni al cincel ni al buril. El trabajo de una muger de nuestros días es algo tan artístico, o tan complicado como lo es la composición de un bello cuadro, y ofrece un campo vastísimo donde la fantasía puede explayarse casi sin límites. (Mansilla, 1883: 622)

5 También en *Recuerdos de viaje* expresa su noción de maternidad como instinto.

Esta des-feminización de la costura puede considerarse una idea disruptiva para su tiempo.

En lo relativo a la moda y el lujo, se trata para Mansilla de rasgos propios de la civilización. La moda queda asociada a la vida moderna y civilizada: “La moda rige y despotiza, no solo en lo relativo á los trajes, sino por lo que respecta al conjunto de necesidades artístico-elegantes que constituyen el agrado y el *comfort* de nuestro modo de vivir actual” (Mansilla, 1883: 623).

También en “América Literaria. Educación de la mujer” hallamos la inquietante opinión sobre la condición de la mujer: “no soy partidaria de la emancipación de la mujer, en el sentido de creer que ésta podrá luchar con el hombre en el terreno de las ciencias y en su aplicación profesional” (1883: 623). A esta declaración le sigue un desarrollo novedoso:

Pienso que la naturaleza ha dispuesto las cosas de otra suerte, y que la que está destinada á llevar en su seno al que mas tarde ha de ser un hombre, hállase por ese hecho mismo, no digo á la altura de este último, sino mas arriba. Pero como en la naturaleza todo es armónico, vemos mas tarde al que se adhirió mimoso al seno materno, amparar con su fuerza viril la femenil debilidad de la madre. (Mansilla, 1883: 623)

En “Discurso de la Sra. Eduarda Mansilla de García. Educación de las niñas” (1883), Mansilla plantea que –en cierto modo– “salir de la escuela equivale a adquirir el derecho a penetrar en todas partes” (1883: 632). En este desarrollo, eleva una propuesta a los periodistas, sin olvidar que concibe al periodismo como “un monstruo de los modernos tiempos; que amenaza sobreponerse á todo, devorarlo todo en prueba de ello” (1883: 634):

La creación de un diario especial para las señoras (sin política) como los hay en Estados Unidos, en Inglaterra y en Alemania,

donde mezclados en armonioso conjunto, hállanse trozos de poesía, noticias interesantes, narradas con gracia y buen gusto y sobre todo, novelitas cortas de mérito intrínseco y alta moralidad [...]

No frunzan adustos el ceño los periodistas y... acepten mi idea del diario elegante, culto, instructivo y sano, aunque noticioso para las damas: las reinas del hogar, ese hogar que debe ser tan atrayente. (Mansilla, 1883: 633-634)

Conclusión

Es cierto que el hecho de relatar una historia... crea consentimiento y reconciliación con las cosas tal como son y que incluso podemos confiar en que contienen la última palabra que esperamos del

“día del juicio”.

(Arendt, 1990: 91).

Hemos pasado revista muy brevemente por algunas notas de prensa en donde Eduarda Mansilla expresa algunas de sus concepciones en torno a la política, la intimidad, la religión y la educación de las mujeres. De matriz aristocrática, muchas de sus ideas resultan controversiales para fines del siglo XIX. Entre ellas, su persistente defensa a ultranza del catolicismo –como el sustento desde y sobre el cual la mujer, el hombre, la familia y la nación deben pensarse y consolidarse–, su cuestionamiento de la emancipación de las mujeres, su mirada aristocrática en torno a varios hechos políticos.

Bibliografía

- Arendt, H. (1990). *Hombres en tiempo de oscuridad*. Barcelona, Gedisa.
- . (2002). “Comprensión y política (las dificultades de la comprensión)”. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, N°26, 17-30. Disponible en línea: <https://revistas.um.es/daimon/article/view/1204>
- Batticuore, G. (2005). *La mujer romántica: lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830–1870*. Buenos Aires, Edhasa.
- Crespo, N. (2020). “Saber ser siervo. La negación del Estado de Derecho en *El médico de San Luis* (1860)”. *RECIAL*, XI, 17.
- Guidotti, M. (2015). Mansilla de García, E. *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*. Edición de Marina I. Guidotti. Buenos Aires, Corregidor.
- Lojo, M. R. (2011). “Eduarda Mansilla: entre la ‘barbarie’ yankee, y la utopía de la mujer profesional”. En Mansilla de García, E. *Recuerdos de viaje*. Buenos Aires, Buena Vista Editores.
- Millett, K. (1995). *Política sexual*. Feminismos. Madrid, Ediciones Cátedra.
- Molina, H. (2011). “Introducción”. En Mansilla de García, E. *Cuentos 1880*. Buenos Aires, Corregidor.

María Eugenia Echenique: *una monja emancipista*. Escritoras de provincia en la prensa porteña de fines del siglo XIX

María Gabriela Boldini
Universidad Nacional de Córdoba

Apertura

“[...] te imaginas que al leer tu artículo mi opinión cambiará absolutamente, y que abriré mis ojos a la divina verdad, gracias a la luz que tú me ofreces –mis ojos, según tú, oscurecidos por el error– pero te engañas inteligente monjita [...]”.
Josefina Pelliza de Sagasta (1876: 333).

Entre junio y octubre de 1876 se desarrolla en *La Ondina del Plata*¹ una polémica en torno a la emancipación de la mujer, que tiene como protagonistas a dos escritoras novatas en el campo de las letras: la cordobesa María Eugenia Echenique y la entrerriana Josefina Pelliza de Sagasta. Quien *primero arroja el guante* –como expresa María Eugenia– es Josefina Pelliza, escondida bajo el seudónimo de Judith, con la publicación de un artículo dedicado a la Srta. Echenique,

1 En lo sucesivo, utilizaremos la abreviatura *LOP*, para referirnos a *La Ondina del Plata*.

que lleva como título “La mujer”². Allí sienta una posición relativamente conservadora en torno al tema y señala los conflictos sociales que podrían derivarse de dicha situación. Judith refrenda los roles socialmente legitimados para la mujer –madre y esposa, ángel del hogar, educadora– y los atributos esencialistas que la sociedad ha adjudicado tradicionalmente a “lo femenino”: sensibilidad, modestia, delicadeza, abnegación, debilidad. Como escritora, defiende la instrucción de la mujer y el desarrollo de sus capacidades intelectuales, siempre y cuando dichos saberes no interfieran con los mandatos sociales instituidos, o bien abran un camino para equilibrar desigualdades de género y emancipar a la mujer. En ese sentido, Pelliza quiere a la mujer instruida, pero no emancipada. En su argumentación, se construye como una escritora tradicional y adhiere al discurso hegemónico de la domesticidad, pero sus prácticas como escritora pública tensionan, en parte, dichas representaciones. Por su lado, María Eugenia Echenique responde con dos artículos. Uno, firmado con nombre propio³, y otro con el llamativo seudónimo Sor Teresa de Jesús⁴. En ambos escritos se diferencia de la posición planteada por Pelliza y se configura como una escritora progresista. Concibe la emancipación como una condición *sine qua non* para garantizar el fortalecimiento moral de la mujer y su autonomía material. En este *agon* discursivo, cada una se posiciona de una manera diferente en la tribuna de lucha, con sus matices y contradicciones, pero ambas salen a disputar un espacio público masculino –el del periodismo–, con herramientas, colocaciones y estrategias discursivas diferentes para poder insertarse en el campo.

2 Cfr. Josefina Pelliza de Sagasta (seud. Judith). *LOP*, Año II, 1876, N° 23.

3 Cfr. María Eugenia Echenique. “La emancipación de la mujer”. *LOP*, Año II, 1876, N° 27.

4 Cfr. María Eugenia Echenique. (seud. Sor Teresa de Jesús). “Emancipación de la mujer”. *LOP*, Año II, 1876, N° 26.

Este artículo indaga en las poses autorales (Molloy, 2012) que adopta María Eugenia Echenique para construir un lugar singular de enunciación e interlocución en la prensa porteña de la época. Lo hace desde un lugar doblemente periférico: el de escritora pública y del interior del país. En este sentido, nos interesa reponer la expresión burlesca y sarcástica que emplea Josefina para increpar a su contrincante: “*monjita inteligente*”, “*monja emancipista*” en el artículo ya mencionado⁵, como respuesta a la arrogancia manifestada por Sor Teresa, en su intención de “instruirla” y “sacarla del error”⁶. Ahora bien, ¿qué alcance tiene esta provocación? Por un lado, quiebra un pacto de sororidad y atenta contra una virtud femenina y cristiana: la modestia. Por otro, puede ser leída como una expresión de descrédito hacia esta escritora de provincia “beata” oculta bajo un velo monjil. La sociedad patriarcal estigmatiza a la mujer “sabi-honda” que disputa un espacio de poder con el hombre. ¿Qué decir, entonces, de la *monjita inteligente*, que no solo transgrede los límites que le impone la sociedad civil, sino también, la autoridad religiosa? Por otra parte, aunque sin explicitarlo en el citado artículo, Josefina manifiesta su aversión hacia la figura de la monja reclusa, mujer –a su criterio–, inútil, débil de voluntad y corazón, zángana y sin misión digna en la tierra⁷. Podemos suponer que este discurso anticlerical estereotipa, del mismo modo, representaciones sociales en torno a las *escritoras beatas* del interior. Sor Teresa desconcierta a Josefina por el tenor y la solidez argumentativa de sus ideas. ¿Acaso una *monjita* puede ser librepensadora? ¿Acaso una *monjita* puede profesar ideas progresistas? La incomprensión da lugar a la descalificación,

5 Cfr. Josefina Pelliza de Sagasta (seud. Judith), *LOP*, Año II, 1876, N° 23.

6 “Sin embargo de no tener el honor de conocerte vengo a sacarte de un error, que, por la manifestación de tus ideas, veo brillar en tu artículo ‘La Mujer’ publicado en este coqueto y simpático semanario”. Cfr. María Eugenia Echenique (seud. Sor Teresa de Jesús), “Emancipación de la mujer”. *LOP*, Año II, 1876, p. 308.

7 La escritora plantea estas ideas en su artículo “Reclusa o hermana de la caridad. Ni uno ni lo otro” (*El Hogar*, 1878, N° 14).

pero habilita una clave de lectura para acercarnos a la obra de María Eugenia Echenique, enmarcándola en un proceso modernizador provinciano que tiene una dinámica propia, por fuera de la órbita metropolitana. Como escritora del interior y oriunda de una provincia con sólidas tradiciones religiosas, el discurso progresista de Echenique armoniza con argumentos religiosos y problematiza la excluyente oposición entre catolicismo conservador y liberalismo laico. Así se resuelve el aparente oxímoron que podría leerse en la expresión “monja emancipista”. Las tensiones y contradicciones recorren esta trama discursiva.

En los periódicos, las escritoras ensayan diferentes *poses autorales* para ser reconocidas por sus lectores/as de una determinada manera, conforme a las características de la publicación, el *locus* de enunciación y las circunstancias de producción discursiva. Siguiendo a Sylvia Molloy (2012), advertimos que toda pose representa un gesto político y cultural y responde a una dinámica teatral en la que convergen simulación y espectáculo. Exhibir no solo es mostrar, es mostrar de tal manera que aquello que se muestra se vuelva más visible, se reconozca, y genere una reacción en los receptores. Reconocemos entonces dos poses autorales en la obra de María Eugenia Echenique: la de escritora cívica y cristiana, cuyas configuraciones analizaremos en el transcurso de este escrito.

Mujeres en la prensa finisecular

En concordancia con un proceso de modernización de la prensa periódica, en el último tercio del siglo XIX se desarrollan una serie de proyectos periodísticos que tienen a las mujeres como sus principales destinatarias. Vicens (2020), por su parte, plantea que los periódicos femeninos ofrecen un espacio de publicación para las mujeres con ambiciones literarias que aspiran a profesionalizarse como escritoras. Allí se despliegan importantes discusiones en torno a la autoría femenina y a la posición social de la mujer,

con posturas más normativas o más disruptivas, según sea el perfil de cada publicación. Además, se establecen importantes intercambios letrados y se constituye una especie de “confraternidad literaria” entre las mujeres que se inician en la carrera de las letras. La prensa constituye, entonces, un nutrido universo discursivo que permite leer las tensiones y dilemas en torno a la escritura de mujeres: qué escribir, para quién, cómo hacerlo, cómo construir un perfil autoral y obtener un cierto reconocimiento en un campo literario “masculino” –cada vez más fragmentado y diverso– que limita la participación de la mujer en el espacio público y subestima, además, sus competencias intelectuales. En este sentido, las publicaciones periódicas poseen una textura polifónica que habilita los intercambios, las filiaciones, los contrapuntos y polémicas literarias (sin socavar, claro está, el código de hermandad femenina). Debemos agregar, además, que más allá de los postulados normativos y moralizadores tradicionales que algunas publicaciones periódicas refrendan en torno al “deber ser” de la mujer y su rol social (*ángel del hogar, madre republicana*), estos proyectos periodísticos ponen en evidencia que la práctica de escritura, en sí misma, no representa un atributo de *excepcionalidad* para una mujer. En la mayoría de los casos, estos espacios constituyen puntos de partida para iniciar una trayectoria literaria, hacerse “un nombre” en el campo de las letras y obtener una retribución económica por el trabajo intelectual.

Los anhelos de profesionalización de María Eugenia responden, en gran medida, a motivaciones familiares. La escritora había nacido en Anisacate⁸ en 1851, y murió muy joven, en 1878, con tan solo veintisiete años de edad. Tras la muerte repentina de su padre, en 1871, contribuirá con el sostén económico del hogar⁹. Acrecienta su trabajo

8 Anisacate es una pequeña localidad serrana, ubicada en el valle de Paravachasca.

9 Su hermana mayor, la escritora y pintora Rosario Echenique, nos acerca a la intimidad de la familia en algunos textos que conforman *Mosaico* (1901, Córdoba, Establecimiento La Italia).

intelectual enviando colaboraciones a distintos periódicos locales¹⁰ y también se convierte en una asidua colaboradora de *LOP*¹¹. Por su parte, junto con su hermana mayor, fue una de las principales redactoras de *La Religión*, un proyecto periodístico gestionado por mujeres –posiblemente el primero en la ciudad de Córdoba– que había sido impulsado por la joven escritora cordobesa Leocadia Ferreyra¹².

Una modernidad provinciana

La producción literaria y periodística de María Eugenia Echenique se enmarca en una coyuntura histórica atravesada por numerosas transformaciones políticas y socioculturales que ponen en tensión representaciones tradicionales en torno al espacio provinciano. En *Facundo* (1845), Sarmiento había descrito a Córdoba como una ciudad monacal y colonial, civilizada a la “manera española” y renuente a las reformas liberales que impulsaba la Revolución de Mayo. Elige un lugar de la ciudad: el Paseo Sobremonte, y el claustro, como símbolo para representarla, en el que convergen sentidos asociados a la inmovilidad, el atraso, el encierro, que caracterizarían a dicha sociedad¹³.

10 Entre ellos: *El Eco de Córdoba*, *El Progreso*, *El porvenir de la Juventud*, *El Pueblo católico*, *La Situación*, *La Unión Nacional*, entre otros.

11 Entre 1875 y 1877, *LOP* publica más de cincuenta colaboraciones de María Eugenia Echenique.

12 El periódico se sostuvo solamente durante ocho meses (desde marzo a octubre de 1871) y no se conservan ejemplares de esta publicación en la actualidad. Solo contamos con las referencias que Rosario Echenique aporta en su libro, ya mencionado. No obstante, la iniciativa cobra relevancia en sí misma, como manifestación de una incipiente profesionalización y participación de la mujer en el espacio público, en el acotado campo intelectual provinciano.

13 Sostiene Sarmiento en *Facundo*: “[...] El habitante de Córdoba tiende los ojos en torno suyo y no ve el espacio; el horizonte está a cuatro

La década de 1870 (periodo en el que se concentra fundamentalmente la obra de esta escritora) marca un punto de inflexión en la sociedad cordobesa, y sienta las bases de un incipiente proceso de modernización y laicización del Estado que se consolida hacia 1880. Fue el mismo Sarmiento quien promovió en Córdoba una serie de iniciativas modernizadoras. En 1870, llega a Córdoba el Ferrocarril Central Argentino, abriendo nuevos horizontes geográficos y culturales. En octubre de 1871, sobre el mismo escenario “claustral” del Paseo Sobremonte descrito en *Facundo*, se asienta el “Gran Palacio” de la Primera Exposición Nacional, un evento de gran envergadura y relevancia para la integración y el desarrollo económico regional.

La década de 1870 también se caracterizó por el desarrollo de la ciencia moderna. En Córdoba, se asentó el primer Observatorio Astronómico del país y la Academia Nacional de Ciencias, que tenía como objetivo promover el estudio de las Ciencias Naturales. Por su parte, en el ámbito de la Universidad, el rector Manuel Lucero llevó adelante varios proyectos progresistas, entre ellos, la organización de ciclos de conferencias de los que podían participar tanto hombres como mujeres.

Estos procesos modernizadores incidieron notablemente en la escritura de María Eugenia Echenique, y particularmente en su lucha por promover la educación científica de la mujer. En noviembre de 1876, publica en *El progreso* un artículo que lleva como título “El Sr. Sarmiento y el Dr. Lucero”, en el que menciona la visita de Sarmiento a Córdoba con motivo de la inauguración del ramal

cuadras de la plaza. [...] Da vueltas en torno de un lago artificial de agua sin movimiento, sin vida, en cuyo centro está un cenador de formas majestuosas, pero inmóvil, estacionario. La ciudad es un *claustro* encerrado entre barrancas; el paseo es un *claustro* con verjas de hierro; cada manzana tiene un claustro de monjas o frailes; la Universidad es un *claustro* en el que todos llevan sotana, manteo...” [El destacado es nuestro] (Sarmiento, 1955: 76-77).

Ferrocarril Central Norte (tramo Córdoba-Tucumán). Pero focaliza en otro suceso: “un grande hecho que ha tenido lugar en Córdoba”, aunque haya pasado inadvertido por la prensa y el poder político. Se refiere al anuncio que el autor de *Facundo* realiza en el Salón de Grados de la Universidad ante una masiva concurrencia de mujeres que asistían a una disertación científica. A pesar de algunas risotadas entre el público presente, Sarmiento expresa que:

No estaba lejos el día en que [las mujeres] asistiesen con sus libritos debajo del brazo a los cursos universitarios, pues ya estaban en posesión de la Universidad por las lecturas a que asistían, y era el movimiento del mundo hoy abrir de par en par a las mujeres las puertas de los seminarios del saber. [El destacado es nuestro] (Sarmiento, 1947: 51)¹⁴.

Este suceso, aparentemente trivial, toma relieve en su faceta micro-política: se constituye en relato en el escrito de Echenique y adquiere así una dimensión mayúscula donde el acceso de las mujeres a la universidad se percibe como un horizonte posible.

Poses autorales

Planteábamos anteriormente que Echenique se reconoce como una escritora cívica y cristiana. Su misión como escritora pública es la de ser una intérprete de las necesidades y aspiraciones de la mujer; esto es, allanarle el camino de la civilización y elevarla con las luces. Construye su argumentación sobre la base de premisas liberales, pero expone las limitaciones de un proyecto civilizador, que aún no reconoce la ciudadanía plena para la mujer en el “gran siglo XIX”:

¹⁴ Sarmiento se refiere a este hecho en una carta que le envía a su amigo José Posse, el 22 de noviembre de 1876. Cfr. Sarmiento, Domingo Faustino (1947). *Epistolario entre Sarmiento y Posse*. Tomo II (1845-1888).

Raro es el escritor del siglo presente que no haya escrito algo sobre la muger [sic], tratando todos ellos con más o menos generalidad, acerca de los deberes que tiene esta para con la sociedad, su misión en la tierra y la sujeción que debe a sus mayores, etc. Pero, ¿cuál es aquel de entre ellos que [...], se ha tomado el trabajo y tenido la generosidad de discutir con respecto a su posición social y las necesidades que pesan sobre esta clase más desgraciada de la humanidad? Ninguno, o si los hay, son muy raros y poco conocidos entre nosotros. (Echenique, 1900: 64)¹⁵

El despotismo y la injusticia patriarcales desequilibran las sociedades y atentan contra su bienestar y progreso. La enunciadora no encuentra un argumento válido (sostenido sobre una ley natural o religiosa) que justifique dichas arbitrariedades. ¿Por qué el hombre, en su egoísmo, impide que la mujer se convierta en su compañera, y le niega instrucción? ¿Por qué no la configura como un sujeto de derecho? ¿Por qué no le permite obtener los medios necesarios para vivir honradamente, con el trabajo de sus manos o de su inteligencia? La mujer es víctima de la opresión patriarcal, que la constituye como un sujeto sin voz, alienado en el desarrollo de sus facultades y moralmente corruptible. Los mandatos sociales coartan sus libertades. La ignorancia y los prejuicios pueden conducirla al abismo o esclavizarla a un hombre; la ociosidad, por su parte, puede exponerla fácilmente al lujo y las vanidades. Por eso, las causas *emancipistas*, lejos de provocar cataclismos sociales, trazan un camino de perfectibilidad social y progreso moral.

En esta misma línea, el 9 de julio de 1875, María Eugenia lee en el Club Social de Córdoba una disertación sobre “La libertad”. Allí destaca los valores republicanos que han forjado las nuevas sociedades

15 Cfr. María Eugenia Echenique. “La posición social de la mujer”. Este artículo fue publicado en el periódico cordobés *La Unión Nacional*. No contamos con la referencia bibliográfica completa. El texto ha sido recuperado de: María Eugenia Echenique, *Colección literaria* (1900).

americanas, pero advierte que para la mujer sudamericana, la libertad es “un problema que está aún por resolverse” (Echenique, 1875: III). Así, señala que se ha descuidado su instrucción, aquella que puede constituir la en una mujer libre y ciudadana inteligente. Sus derechos no han sido reconocidos, y por ello, se conduce tímida-mente en la sociedad. Lo que resulta legítimo para el hombre, puede ser juzgado como “pretensioso” o “inapropiado” para la mujer. La razón de estas desigualdades se explica básicamente por el tipo de formación que recibe la mujer. La educación sentimental resulta limitada e insuficiente porque no resuelve las necesidades materiales de la vida, ni configura a la mujer como un sujeto pensante y libre.

¿Cómo morigerar este discurso disruptivo y resguardarse de las críticas, ante un público mayoritariamente masculino? La enunciadora pide “indulgencia”, acaso por ser la primera mujer que viene a disertar en dicha institución (una especie de *rara avis*), y por la *ignorancia* de su juventud. Pero se reconoce, además, como una *escritora cristiana* que impugna el atropello y la ridiculización que el Estado laico viene realizando sobre instituciones, actores y prácticas religiosas católicas. Inscribe su discurso dentro de los límites de *lo narrable* o *enunciable* en una provincia católica, y analiza el concepto de libertad religiosa desde una perspectiva conservadora. De esta manera, reafirma su identidad religiosa¹⁶ y se distancia del liberalismo laico y positivista porteño, tal vez, porque en las provincias se puede ser progresista y católico al mismo tiempo; dicho en otras palabras, se puede hermanar la ciencia con los dogmas religiosos.

Esta disertación fue publicada de manera segmentada en *LOP*, en agosto de 1875, y marcó el debut autoral de Echenique –con su autoría exhibida– en este periódico porteño¹⁷. En números anteriores,

16 María Eugenia Echenique formaba parte de la Sociedad Vicentina de la Inmaculada Concepción.

17 El escrito se publica de manera completa en los números 27, 28 y 29 de esta publicación periódica.

la escritora había firmado sus artículos con el seudónimo Sor Teresa de Jesús; ficción autoral que no abandona luego de la inscripción de su nombre propio. Ese mismo año, Echenique se hace cargo de una columna de *LOP*, centrada específicamente en las necesidades de la mujer argentina. Allí, la joven escritora publica tres artículos programáticos¹⁸ con el anhelo de que sean leídos y considerados por funcionarios del gobierno nacional¹⁹. Lo que resulta novedoso de estos escritos es que María Eugenia releva ante las lectoras porteñas, las necesidades específicas de la mujer del interior del país. Plantea como imperativo acuciante en las provincias, el establecimiento de bibliotecas populares que contribuyan a la ilustración de la mujer, pero que además recreen su espíritu y la distraigan (siquiera por unas horas) de las tareas hogareñas para que logren emanciparse del poder de la *rutina*. Otra petición tiene que ver con la necesidad de establecer de manera regular y sistemática, un sistema de instrucción pública que garantice la continuidad de los estudios para la mujer, de modo que esta no quede a merced de profesores particulares o librada a una desordenada formación autodidacta. El trabajo, por su parte, también se impone como una exigencia. Con un criterio pragmático, Echenique recomienda instruir a la mujer en una serie de saberes, como la teneduría de libros, que puedan garantizarle su autonomía material. La mujer representa una fuente de riqueza, generalmente subestimada y desperdiciada por los Estados, que puede cumplir dignamente con los deberes que la sociedad le impone, pero también ampliar su radio de acción en la esfera pública.

18 Cfr. “Necesidades de la mujer argentina” (Año I, 1875, N° 43, 46, Año II, 1876, N° 3).

19 En una carta del 1º de enero de 1876, Luis Telmo Pintos le comenta a la Srta. Echenique que, “en cumplimiento de sus deseos”, ha hecho llegar a manos del Presidente de la República, los dos números de *LOP*, en que se registran dichos artículos. Cfr. María Eugenia Echenique. *Colección literaria Op. Cit.*, p. 15.

La mujer instruida, además, se *emancipa* de su naturaleza procreadora que, en definitiva, la animaliza y la acerca a la barbarie²⁰. Esto último es un nudo controversial en la polémica entre Echenique y Pelliza, al igual que sus divergencias en torno a la formación científica de la mujer. Josefina representa a las mujeres con ambiciones científicas como sujetos anómalos y masculinizados: “[...] seres extraños, sin perfecta definición de sexo” (Pelliza, 1876: 351)²¹.

Desde esta perspectiva, la ciencia petrifica el corazón de la mujer; la expone al ridículo frente a los hombres, tornándola engreída, insensible. Los textos también discuten los paradigmas científicos de la época. Por su parte, Echenique cuestiona el materialismo positivista sobre la base de un espiritualismo cristiano. El estudio de la naturaleza se presenta como un *libro sublime* que permite conocer a Dios por las obras, y acercar a hombres y mujeres a su creador. De esta manera, respalda un reclamo de género con argumentos religiosos y, como escritora cristiana, alienta el cultivo de las ciencias por parte de la mujer, para luchar contra el escepticismo religioso²². Echenique no admite que Pelliza la acuse de *escéptica* o materialista en sus escritos, porque la formación científica, lejos de hacer vacilar la fe o las creencias, puede robustecerlas.

20 En su artículo “La emancipación de la mujer”, publicado en *LOP*, la escritora señala: “[...] La mujer ignorante [...] que solo aspira a casarse y reproducirse, y comprende la maternidad como la única misión de la mujer sobre la tierra, puede ser la esposa de un *salvaje*. [...] Yo renunciaría y renegaría de mi sexo si la misión de la mujer se redujese solo a la procreación [...]” (Echenique, 1876: 387).

21 Cfr. Josefina Pelliza de Sagasta (seud. Judith). “Emancipación de la mujer”. *LOP*, Año II, 1876, N° 30.

22 Cfr. María Eugenia Echenique. “La emancipación de la mujer”. *LOP*. Año II, 1876, N° 35: “Se hace necesario en la mujer el auxilio de las ciencias [...] para oponerse y hacer frente a la *corriente devastadora de la incredulidad refinada*. [...] Sirven las ciencias en la mujer para que esta [...] enseñe al joven desde temprana edad, a buscar en ellas un asilo contra el escepticismo religioso [...]” [El destacado es nuestro] (pp. 409-410).

Sor Teresa de Jesús: los sentidos detrás de un nombre

La oscilación entre dos modalidades de autoría: la exhibida y la escondida (Batticuore, 2005), abre un interesante juego especular de subjetividades, poses y regulaciones del decir en la obra de María Eugenia Echenique. Sor Teresa de Jesús se construye como un heterónimo, esto es, un personaje autónomo que refiere su historia de vida y se distancia del sujeto empírico que enuncia. Este desdoblamiento enunciativo funciona como una poderosa estrategia de ocultamiento para construir diferentes perfiles autorales. En los escritos que María Eugenia Echenique firma con su nombre propio predomina un registro discursivo expositivo, argumentativo, bajo la modalidad ensayística. Por el contrario, los textos firmados por Sor Teresa de Jesús se caracterizan por su tono intimista, romántico y testimonial, salvo algunas excepciones.

Sor Teresa se presenta como un personaje sufriente, huérfano y melancólico, que ha decidido retirarse del mundo y optar por la reclusión religiosa, escapando de la maldad y la violencia de los hombres. Configura su subjetividad romántica a partir de la diferencia, la victimización y estigmatización. Se autorrepresenta como una mujer *fea* y *solterona*; una *beata* que ha encontrado en la oración un oasis para consolar sus penas. También es la “monjita inteligente” que increpa a Josefina y construye su lugar de autoridad sobre la base de un saber experiencial. Echenique proyecta en este personaje sufriente (¿acaso su alter ego?) los padecimientos de las mujeres en una sociedad dominada por los hombres, y que alienan su identidad. Con su testimonio, establece una “hermandad en penas” con sus lectoras de *LOP*. En sus escritos incursiona en temáticas ya desarrolladas, como el reclamo por la educación científica de la mujer y el egoísmo de los hombres. Se detiene especialmente en la figura de la coqueta, a la que configura como una víctima del materialismo patriarcal, la ignorancia e hipocresía social. El hombre quiere de la mujer un imposible. Por un lado, descalifica a “las feas” que

no responden a ciertos estereotipos de belleza; por otro, condena la coquetería y las fruslerías. “La mujer fea, *no es mujer*, es una protesta contra las gracias y los encantos de su sexo” (Echenique, 1875: 187)²³. Sor Teresa introduce, además, la figura del “coqueto”, cuyas prácticas son avaladas, e incluso aplaudidas, en la sociedad masculina²⁴. El orden divino garantiza un estado de justicia que ha sido desvirtuado por los hombres. Dios hizo el mundo, y las leyes, los hombres; Dios no ordenó que la mujer fuera esclava, sino compañera del hombre, y por eso la dotó con igual inteligencia. El ascetismo y misticismo religiosos (representados en la figura de Santa Teresa de Jesús) abren un camino de autoconocimiento y libertad interior. Las vocaciones religiosas también desligan a la mujer de los mandatos que la sociedad le impone: el matrimonio, la maternidad.

Ahora bien, en estos escritos, el nombre propio de Teresa de Jesús adquiere un valor simbólico e introduce una marca de localía. Lotman (1996) explica que el símbolo en el sistema de la cultura representa uno de los elementos más estables del *continuum* cultural. Conecta temporalidades, zonas de memoria cultural y se resignifica en distintos entornos semióticos. La figura de Santa Teresa está ligada a la historia colonial de la ciudad de Córdoba y el recuerdo de algunas familias patricias locales, como la del poeta Luis de Tejada²⁵. Además de su valor identitario, el seudónimo remite a un

23 Cfr. María Eugenia Echenique (seud. Sor Teresa de Jesús). “La mujer”. *LOP*, Año I, 1875, N° 16.

24 Cfr. María Eugenia Echenique (seud. Sor Teresa de Jesús). “Coquetismo”. *LOP*, Año I, 1875, N° 33. “[...] ¿Acaso la coquetería artificial es solamente de las pobres mujeres? No, ¡una y mil veces, no! Para una pobre coqueta, hay veinte *coquetos hipocritones* [...]” [El destacado es nuestro] (386).

25 En 1628, Juan de Tejada (padre del poeta), funda el monasterio femenino de Carmelitas Descalzas –el primero en la región–, como retribución por el milagro operado por Santa Teresa en favor de la salud de su hija María Magdalena, quien estaba en trance de muerte. Con la muerte del padre, Luis de Tejada dona la casa paterna para el establecimiento

personaje histórico: el de Santa Teresa de Jesús (1515-1582), religiosa, escritora española y fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzas. Con esta elección, Echenique abreva en una tradición católica reformista y se inscribe en una genealogía de mujeres cristianas, letradas, que promueven –a su modo– un empoderamiento femenino. En *Las moradas o castillo interior* (1588), Santa Teresa impulsa a sus hermanas e hijas –las monjas Carmelitas Descalzas– a iniciar un camino de autoconocimiento y liberación a través del misticismo. Esto es, llegar al castillo interior en donde el alma puede consumir su desposorio espiritual con Dios, por fuera de la órbita institucional, clerical. Es preciso “cavar hasta hallar este tesoro escondido, pues es verdad que lo hay en nosotras mismas”²⁶. El arrobamiento místico y la revelación de la luz divina confieren a la Santa un saber que la fortalece, y que es superior a cualquier otra clase de conocimiento. El símbolo del claustro (alma, morada interior) se torna ambivalente en la escritura de María Eugenia Echenique. Lo “claustral”, en primer lugar, remite a la marginalidad social de la mujer y su encierro doméstico; la violencia patriarcal que la expulsa del mundo; el espacio provinciano que se cierra a nuevos horizontes. Pero puede reconvertirse en un oasis que redime, una elección de vida que resiste y se refugia de la violencia machista y propone otros caminos alternativos para la mujer.

Cierre

Los escritos de María Eugenia Echenique proponen un recorrido disruptivo y heterodoxo para el análisis de las problemáticas de género. Tensionan las lógicas coloniales/patriarcales del Estado liberal, y la pretendida homogeneidad de una nación e identidad,

del convento, y se convierte en su administrador. El poeta refiere esta intervención milagrosa de la Santa en su obra literaria.

26 Referencia sin numeración de página. Cfr. Santa Teresa de Jesús. 1588. *Las moradas o castillo interior*. Moradas quintas, Cap. 1, párr. 2.

históricamente constituida sobre la base de un referente portuario. Los textos desmontan binarismos e instalan en el espacio metropolitano las voces de un interior colonial y “altoperuano”, cuyos códigos culturales y religiosos se infiltran y resuenan en los pliegues de una modernidad occidental. El agravio de Pelliza deja leer entonces un conflicto de representaciones sociales y configuraciones geoculturales, más allá de las divergencias específicas que ambas escritoras manifiestan en torno a la emancipación de la mujer. Por eso, no pueden ser concebidas como meras “tretas” o argucias discursivas las poses autorales que Echenique elige para insertarse en el campo literario porteño, especialmente, la de “escritora cristiana”. Un seudónimo, como el de Sor Teresa de Jesús, despliega un universo de sentidos que anclan en un espesor histórico y cultural local. La Córdoba del Tucumán, la de las campanas y la de la Reforma Universitaria; la dogmática y librepensadora, está surcada por contradicciones y ambivalencias. El claustro encierra, pero también redime; la ciencia puede hermanarse con la religión. Las desigualdades de género no están refrendadas en un orden divino. La escritura de Echenique evidencia, entonces, la compleja trama heterogénea (diversa y federal) que conforman las literaturas de la Argentina, y nos desafía a leer desde los bordes y la pluralidad.

Bibliografía

- Batticuore, G. (2005). *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires, Edhasa.
- Echenique, M. E. (1900). *Colección Literaria*. Córdoba, Biffignandi.
- Echenique, R. (1901). *Mosaico*. Córdoba, Establecimiento La Italia.
- La Ondina del Plata* (Años I, II y III – 1875–1877). Biblioteca de la Academia Argentina de Letras. Disponible en línea: http://aalbiblioteca.online/biblioteca/opac_css/
- Lotman, I. (1996). “El símbolo en el sistema de la cultura”. En *La semiosfera*. Madrid, Cátedra, 143-156.
- Molloy, S. (2012). *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*. Buenos Aires, Eterna Cadencia editora.
- Santa Teresa de Jesús (1577). *Las moradas o castillo interior*. Disponible en línea: <https://www.portalcarmelitano.org/articulos/santos-carmelitas/teresa-de-jesus/65-teresa-de-jesus-obras-completas.html>
- Sarmiento, D. F. (1947). *Epistolario entre Sarmiento y Posse (1845-1888)*. Tomo II. Archivo del Museo Histórico Sarmiento. Disponible en línea: <https://www.educ.ar/recursos/152279/epistolario-entre-sarmiento-y-posse-tomo-ii-de-domingo-f-sarmiento>
- . (1955). *Facundo o Civilización y Barbarie*. 6ta ed. Buenos Aires, Biblioteca Mundial Sopena.
- Vicens, M. (2020). *Escritoras de entresiglos: un mapa trasatlántico. Autoría y redes literarias en la prensa argentina (1870–1910)*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

“La aliada”: prensa y literatura en Ada Elflein

Natalia Crespo

Universidad de Buenos Aires | CONICET

Entre 1905 y 1918, la periodista y escritora porteña Ada María Elflein (1880-1919) publicó un texto semanal en el diario *La Prensa*. El 30 de abril de 1905 aparece “La cadenita de oro”, su primer cuento, en el folletín “Leyendas argentinas para niños”¹. A partir de allí, y durante catorce años, uno de los dos folletines dominicales de este diario estaría reservado a sus escritos, que irán cambiando de géneros y temas. A pesar de haber gozado de cierto renombre en su época –así lo dejan ver algunas notas de *Caras y Caretas* y de *El Monitor de la Educación*– y de haber alcanzado un público masivo –a principios del siglo XX la tirada del matutino de la familia Paz superaba los cien mil ejemplares diarios, cifra que aumentaba siempre los domingos (Ulanovsky, 1997: 18)– hoy apenas se conocen los textos que la propia Elflein reunió, con mínimas variantes respecto de sus versiones periodísticas, en los volúmenes de cuentos *Leyendas argentinas* (1906) y *Del pasado* (1910) y en el libro de relatos de viaje *Paisajes cordilleranos* (1917)². Asimismo, dentro de este conjunto selecto

1 Ese será el título del folletín –ubicado arriba del título particular de cada cuento– durante todo el año 1905. Durante 1906 y 1907 se llamará “Leyendas argentinas”, durante 1908 y 1909 “Realidades y ficciones”, y a partir de 1910 no habrá ningún título para el folletín. Comento el sentido de estos paratextos en mi artículo “Batallar en los bordes. Heroínas de guerra en cuentos de Ada Elflein”.

2 También han tenido cierta circulación los relatos recopilados por Gisberta Smith de Kurth en el libro *Por campos históricos* (1926), publicado

de textos que lograron trascender el espacio de la prensa, los más leídos y difundidos son aquellos rotulables como “cuentos infantiles”, piezas de prosa aleccionadora que colocan a su autora en el lugar acaso tranquilizador de la “maestra escritora” (Maristany, 2000). Los cuentos que han devenido casi un ícono de la obra de Elflein, varias veces re-editados, son “El mensajero de San Martín”, “La cadenita de oro”, “La visita del presidente”, “El hijo de la esclava”, narraciones en donde héroes niños dan ejemplo de probidad moral y patriótica a través de su abnegación y de su renuncia al deseo personal en pos del interés nacional. Pero esta ficción didáctica, que establece un pacto de lectura en donde lo literario deviene fuente de educación cívica y sentimental, constituye solo una zona (aproximadamente un diez por ciento) de su prolífica obra³. Elflein escribió también crónicas históricas sobre héroes y heroínas “menores” de la época colonial o del siglo XIX (algunas de ellas, con un arduo trabajo de archivo y de cotejo de fuentes)⁴, relatos de viajes⁵

en el marco de una sociedad creada tras la muerte de la escritora, la *Fundación Ada María Elflein*, que no llegó a concretar su propósito de editar sus obras completas. Asimismo, han tenido muchas reediciones y circulación los ocho cuentos que la *Biblioteca Infantil Argentina* “levantó” de la prensa y publicó como fascículos independientes. Tanto *Por campos históricos* (1926) como *Leyendas argentinas* (1906) y los ocho fascículos se hallan digitalizados en el portal de la *Biblioteca Nacional de Maestras y Maestros*.

- 3 En mi artículo “Ada Elflein: archivo y patrimonialización”, desarrollo un panorama general de la obra de esta autora.
- 4 Algunos ejemplos de notas con cotejo de fuentes, entre las más de treinta aparecidas en *La Prensa*: “Doña Isabel de Guevara”, “El primer historiador del Río de la Plata”, “La leyenda de la Ciudad de los Césares”, “Ollantay”, “Piratas en el Río de la Plata”, “El correo en Indias”.
- 5 Elflein realizó siete viajes y escribió seis relatos de viaje (el último viaje, a San Juan en 1919, fue interrumpido por su enfermedad y, hasta donde sabemos, su escritura, si la hubo, no llegó a publicarse). Los viajes fueron financiados por el diario y sus relatos respectivos publicados primero en *La Prensa* y luego en libros. A saber: 1. En enero de 1913, viaja a

y, sobre todo, cuentos realistas sobre temáticas de lo más variadas y no precisamente dirigidas a un público infantil: relatos sobre familias disfuncionales⁶, historias de violencia de género⁷, cuentos en torno a la pobreza y al maltrato laboral⁸, dramas alrededor de la experiencia de la inmigración⁹. Esta zona de su obra, si bien tiene aún algo de didáctica y moralizante, despliega otros modos, temas y escenarios, más cercanos a la denuncia de malestar social que al

Mendoza y al Cerro Pelado (el relato es recopilado en *Por campos históricos*, en 1926); 2. En mayo de ese mismo año aparecen en *La Prensa* sus relatos de su *Viaje a Tucumán, Salta, Jujuy* (también recopilado más tarde por Gisberta Smith de Kurth); 3. En enero de 1915, *Viaje a Uruguay (Montevideo y Piriápolis)* (recopilado en el libro de 1926). 4. En enero de 1916 realiza un viaje a Patagonia (Neuquén, Río Negro, Chile), que reedita en su libro de 1917, *Paisajes cordilleranos*; 5. En enero de 1917 viaja a Mendoza y Chile, cuyos relatos publica en *La Prensa* en abril y mayo de ese año y que luego recoge S. de Kurth; 6. Por último, en enero de 1918 hace un viaje a Córdoba y a San Luis, relatos que aparecen publicados en abril-mayo en el diario y luego recopilados en *Mujeres en viaje* (Szurmuk, 2000). A diferencia de los cuentos, leyendas y notas históricas, los relatos de viaje de Elflein no se publicaban en la sección folletín sino a doble página y con varias fotografías. Conforman, hasta ahora, la parte de la obra elfleiniana más estudiada por la crítica especializada.

- 6 Entre ellos: “Por cariño”, “El chico del capitán”, “Un triunfo”, “Un alma de Dios”, “El barquito”, “El capiango”, “La ingrata”, “La generala”, “El último árbol”, “Una heroína”.
- 7 “La vizcachera”, “La inútil”, “Los cuellos”, “La pulpería”, “La trenza de Fortunata”, “El señor”, “Coquito”, “La hija del ladrón”, “La pensión”, entre otros.
- 8 “A la calle”, “Treinta pesos”, “La madre”, “El culpable”, “La función de la Merced”, “Responsabilidad”, “Tachero”, “Un sacrificio”, “La institutriz”, “Moiselle”, “Caridad”, “La beca”, “La medalla”, “No hay más remedio”, entre otros.
- 9 Algunos de ellos: “El americano”, “La *nemiga*” (sic), “El árbol que cruzó el mar”, “Él y ella”, “Elsa”, “Cuarenta años”, “La prima de América”, “Cuestión de matrimonio”, “Luz del día”, “Los inmigrantes”, “La venganza de Don Cosme”, “El jardín de Doña Cuadritos”.

elogio de la patria, más a tono con los reclamos y los valores de socialistas y anarquistas que con los laudos a los discursos oficiales del momento. A diferencia de ciertos postulados esencializantes de algunos intelectuales canónicos del Centenario, Ada Elflein, quizás por ser mujer e hija de inmigrantes, desarrolló una obra en donde la idea de nación se propone, no como algo dado de nacimiento, sino como un constructo emocional que alberga una diversidad de razas, géneros y clases. Muy distinta era la postura del joven Ricardo Rojas, quien por esos años publicaba en *La Nación* sus artículos luego recopilados en su libro *Cosmópolis*, donde planteaba la superioridad racial del criollo frente al indio y al inmigrante europeo. Por su parte, Lucio Mansilla publicaba desde París su último libro, *Un país sin ciudadanos* (1907), en donde argumentaba en torno de la inferioridad moral del inmigrante, argumentación sustentada ideológicamente por la Ley de Residencia¹⁰. Lejos del sentido de privilegio amenazado que se ve en ciertas obras de Manuel Gálvez y de Leopoldo Lugones, más en línea con las propuestas de Joaquín V. González y de José Ingenieros, por momentos cerca de la textualidad del socialista Edmundo D'Amicis en su célebre libro de lectura infantil *Cuore*, en la obra de Elflein puede verse una representación positiva de inmigrantes, negros, indios, pobres y mujeres, un rescate de los valores de camaradería, solidaridad, esfuerzo colectivo y una denuncia de las injusticias sociales.

Aunque para principios de siglo ya era considerable el número de trabajadoras mujeres (sobre todo en los puestos fabriles ocupados por los sectores populares)¹¹, resultaba menos frecuente que una

10 Análisis esta argumentación en mi edición crítica de *Un país sin ciudadanos*.

11 Según Rocchi: "Entre 1900 y 1910 la población aumentó de 4.642.000 a 6.871.000 habitantes, con un incremento del Producto Bruto Interno (PBI) per cápita del 63 por ciento. El mercado interno, que había aumentado casi dos veces y media, llevó a duplicar la producción industrial. Surgieron fábricas cada vez más grandes y se ampliaron varias de

joven de clase media obtuviera un puesto estable en un trabajo intelectualmente calificado. Ada Elflein fue la primera periodista mujer contratada formalmente por un diario y sería luego la primera periodista en ingresar a la Academia Nacional de Periodismo (Bellucci, 1985: 68). Desde las condiciones materiales de producción periodística, desde la prensa sobre la autora y desde la auto-configuración como escritora, Elflein fue representada a través de ciertos rasgos que hicieron menos amenazante su ingreso a un ámbito hasta entonces solo masculino: la infantilización (de la escritora, de sus textos y de su público), el mandato de educar ciudadanos (a tono con el afán homogeneizador del Estado por esos años, dada la masa heterogénea de inmigrantes) y su idealización del periodismo (y, por extensión, las loas constantes a su empleador, *La Prensa*). Estos mecanismos dan cuenta de lo transicional del periodo: más profesionalizada que su antecesora Eduarda Mansilla (cuyo desarrollo literario es indisociable de su linaje), pero menos radical e irónica que las inmediatamente posteriores –Alfonsina Storni, Salvadora Medina Onrubia–, Ada Elflein forma parte de esa camada de escritoras (junto a Carlota Garrido de la Peña, Raquel Camaña, Herminia Brumana, Ema de la Barra) que, de la mano del normalismo¹² y/o del periodismo, fueron un eslabón entre las formas decimonónicas de legitimación cultural y la autonomía o profesionalización literaria (siempre más lenta para ellas que para los autores varones).

las existentes, liderando este proceso aquellas que empleaban mano de obra femenina. [...] Mientras tanto, irrumpían las grandes tiendas como *Gath y Chaves*, *A la Ciudad de Londres* y *A la Ciudad de México*, que empleaban cientos (y hasta miles) de trabajadoras en sus talleres de confección. No resulta sorprendente entonces que el Censo de 1909 indicara más de 50.000 mujeres empleadas en la industria” (Rocchi, 2001: 230-231).

- 12 Como propone Lucía Lionetti (2005: 268) estas escritoras gestaron sus carreras literarias, su salida a la esfera pública, gracias al ámbito de la docencia. Si bien Lionetti no menciona a Elflein, lo que propone para Camaña y Garrido de la Peña puede aplicarse a la autora de *Leyendas argentinas*. Por su parte, Néstor Auza analiza como fenómenos conectados el aumento de matrícula femenina en los ámbitos de educación superior (tanto en escuelas normales como en la universidad) y el auge de periodistas mujeres a principios del siglo XX (Auza, 1998: 127).

Este artículo propone que, en el marco del férreo sistema sexo-genérico patriarcal de la época, la vasta obra de Elflein fue en su momento posible gracias a –y, a la vez, es hoy olvidada por culpa de– las condiciones derivadas de la prensa y de las necesidades de educación masiva. La prensa, la ampliación de la educación pública y la misión nacionalizadora-educativa del Estado fueron tanto las condiciones de posibilidad y las plataformas de legitimación de su obra como los mecanismos más eficaces para que su escritura ratificara los estereotipos sexo-genéricos que distribuían roles y poderes.

El Diario *La Prensa* a principios del siglo XX

Mucho se ha dicho ya sobre el vínculo entre prensa y literatura, especialmente estrecho durante la época que los historiadores del periodismo han dado en llamar la “edad de oro”: desde 1870 hasta el final de la Primera Guerra Mundial, en 1918¹³. Ricardo Rojas dedica varias páginas de su célebre *Historia de la literatura argentina* –gran parte del capítulo “Las empresas editoriales”– a la importancia que ha tenido el periodismo para el desarrollo de las letras argentinas. “Nuestro periodismo fue no solo una arena política donde polemizaron estadistas y caudillos, sino escuela literaria, donde se formaron

13 Así la definen Galván Moreno (1943: 218), Rojas Paz (1946: 263), Fernández (1946: 113) y Ulanovsky (1997: 26). En cuanto al vínculo prensa-literatura, algunos de los textos insoslayables de la crítica literaria argentina en torno a este lazo son: “De los gentleman-escritores a la profesionalización de la escritura”, en *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, de Julio Ramos; *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo; *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, de Eduardo Romano; *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (Buenos Aires, 1863-1893)* de Claudia Román, *La novela gauchesca de Eduardo Gutiérrez*, de Carlos Hernán Sosa y *Literatura y periodismo, 1830-1861*, de Andrea Bocco, *Sarmiento, redactor y publicista. Con textos recobrados de El Progreso (1842-1845) y La Crónica (1849-1850)* de Hernán Pas, entre otros.

vocaciones al lado de ilustres maestros” (578), por la prensa “pasaron casi todos nuestros gobernantes, nuestros maestros, nuestros hombres de letras” (580), “el periodismo ha sido entre nosotros necesario instrumento de la política, de la educación y de las letras” (581). Tras enumerar gran cantidad de publicaciones –desde principios del siglo XIX hasta el fin de su marco de estudio, principios del siglo XX–, Rojas diferencia entre aquellas de existencia efímera y los dos diarios que “siguen prosperando bajo la segura dirección de sus fundadores” (576): *La Prensa* y *La Nación*. La supervivencia de estos dos diarios –ambos han celebrado ya su cincuenta aniversario para el momento en que Rojas escribe este capítulo– se debe, según su particular mirada, al carácter apolítico de sus propuestas:

Mitre había dicho en su prospecto de 1870: ‘*La Nación* será una tribuna de doctrina’; Paz había dicho en el suyo de 1869: ‘*La Prensa* se propone estudiar y consultar concienzudamente la opinión pública, seguirla y apoyarla en vez de conducirla violentamente’.

Concluye el autor de la *Historia de la literatura argentina*: “es notorio que ambas instituciones se han mantenido fieles al espíritu de sus palabras augurales” (Rojas, 1957: 576). Esta mirada laudatoria y acrítica –en el sentido de que asocia como causa-efecto la supuesta imparcialidad ideológica de estas empresas y sus éxitos comerciales– persistirá en la bibliografía que sobre *La Prensa* se escriba hasta bien entrado el siglo XX¹⁴: es también, según veremos, la mirada –al menos la pública– de Ada Elflein.

14 Raquel Bressan da algunos ejemplos de esta bibliografía homenajeante sobre el diario de Paz: “Civilización argentina: la obra de *La Prensa* en 50 años” (1919), de Juan Rómulo Fernández; *¿Dónde está el pueblo?* (1929) de José Manuel Eizaguirre; *Un argentino ilustre: José C. Paz* (1942) de Francisco Ruiz de Luque; “El fundador de *La Prensa*” (1943), de Rafael Arrieta; *La Prensa que he vivido* (2004), de Enrique Maceira. Para Bressan, estos autores instalaron la idea de *La Prensa* como un diario “moderno e independiente”, orientado por sus “valores nobles”. Muy distinta es la concepción actual sobre este diario, ya libre de la ingenuidad

La Prensa, compuesto de una sola hoja e inicialmente vespertino, surge el 18 de octubre de 1869 bajo la dirección de su fundador José C. Paz y con Cosme Mariño a cargo de la redacción. “Al igual que *La Capital* y luego *La Nación* y otros medios, fue la segunda generación familiar la que encaró esa tarea” (De Marco, 2006: 310). A diferencia de lo habitual en los diarios de la época, subvencionados por determinado partido político, el diario de Paz se proponía no recibir ayuda económica sectorial sino mantenerse a través de avisos publicitarios, optimista ante la cantidad creciente de población alfabetizada (la Ley 1420 y la inmigración masiva habían generado un aumento notable en cuanto a potenciales clientes-lectores). Esta apuesta moderna por el mercado, en desmedro de la lucha facciosa, fue promocionada desde *La Prensa* como una forma de neutralidad política¹⁵. En la editorial de su primer número, leemos: “La independencia, el respeto al hombre privado, el ataque razonado al hombre público y no a la personalidad individual formarán nuestro credo. Pensando de este modo creemos llenar el fin santo que se propone el periodismo” (*La Prensa*, 18 de octubre de 1869). Si en esta primera edición el diario tenía apenas cinco avisos, treinta años

respecto de la nobleza de sus valores y de su objetividad política. En esta segunda línea, cabe mencionar: el libro *La Prensa y el peronismo. Crítica, conflicto y expropiación* (1999), compilado por Claudio Panella; *La cuenta regresiva: la construcción periodística del golpe de Estado del 76* (2002) de César Díaz; los artículos “La guerra del papel: *La Prensa* y la guerrilla en la dictadura militar 1976-1977” (2001) y “Periodismo y violencia política en la Argentina. Los grupos armados en los editoriales de *La Prensa*, 1974-1977” (2002) de César Díaz y María Passaro (Bressan, 2010: 11).

- 15 Escribe Bressan al respecto: “En líneas generales, la creación de un diario era llevada a cabo por un partido político o un sector específico, el cual los financiaba, suministraba el personal de redacción y determinaba el estilo y el contenido de las editoriales. A su vez, el Estado se convirtió en el principal proveedor económico de numerosas ediciones por medio de las suscripciones realizadas a través de los gobernadores leales al presidente, por la concesión de imprentas o por la asignación de sueldos a los editores de los mismos” (2010: 19).

más tarde, para 1899, “cuando inauguraban sus nuevas rotativas, los reclames sumaban 1581 en una edición” (Ulanovksy, 1997: 18). Surgida *La prensa* pocos meses antes que *La Nación*, ambos matutinos compartirán el afán informativo, la perspectiva empresarial, el éxito comercial y la orientación conservadora.

Para el momento en que Elflein publica su primer texto –abril de 1905– *La Prensa* es uno de los diarios más importantes del país. Su flamante edificio de Avenida de Mayo al 500 es una construcción hecha a imagen y semejanza del edificio del diario neoyorquino *The Times*: de varios pisos, estilo francés, techos pizarra y con una escultura en la cúpula¹⁶. El por entonces conocido como el “Palacio *La Prensa*” –su fotografía aparece en casi todas las *Historias* del periodismo argentino– contenía en su interior, según explica Rojas Paz (1946: 223), salones, comedores, oficinas, consultorio médico, gafete legal, etc. En sus ventanas, se iban exponiendo a la vista de los transeúntes las noticias que, por telégrafo, llegaban constantemente de todas partes del mundo. En sus subsuelos (tres pisos hacia abajo), albergaba las impresionantes máquinas rotativas que tenían la capacidad de imprimir miles de ejemplares en pocos minutos.

16 La cúpula del “palacio *La Prensa*” –hoy *Casa de la Cultura* del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires– se conoce como “la Farola”, fue traída de Europa a fines del siglo XIX, “pesa 3.000 kilos y representa a una mujer con los brazos en alto: en uno lleva una antorcha y, en el otro, un ejemplar del diario” (Ulanovsky, 1997: 26). Silvia Saitta considera este edificio como una pieza clave en el proceso de modernización arquitectónica de la ciudad a fines del siglo XIX: “La Avenida de Mayo representó mejor que otra calle el carácter cosmopolita y europeo de la ciudad de Buenos Aires: allí se construyó el Palacio de Gobierno en 1891 diseñado por el arquitecto Juan Buschiazzo, de estilo academicista francés con elementos italianizantes; el imponente edificio de acentuado barroquismo del diario *La Prensa*, de “estilo Garnier”, realizado por los arquitectos Alberto Gainza y Carlos Agote en 1894; mansiones y edificios *art nouveau* con portones, ornamentación y cúpulas suntuosas que los asemejaban a los edificios parisinos, como el café Tortoni, el Teatro de Mayo, el Hotel Chile, la Confeitería del Molino, entre tantos otros” (2011: 264).

Velocidad, productividad, conexión con el resto del mundo, tecnología de punta y plantel masivo de empleados: todas las insignias de la modernidad convergían en la empresa que, a principios del siglo XX, contrataría a su primera periodista mujer de planta, la joven germano-argentina Ada María Elflein.

El diario –no ya el edificio sino el objeto de papel– también era, para 1905, una prueba irrefutable del progreso y de la modernidad: compuesto por un promedio de 12 páginas tamaño “sábana” (la edición dominical solía ser un poco más extensa), contaba con fotografías, caricaturas a color, diversidad de notas, editoriales, crónicas de autores extranjeros, numerosos avisos publicitarios y, sobre todo, noticias frescas venidas de Europa y de otros puntos del país a través de un ejército de corresponsales viajeros que posibilitarían, junto con el sistema de telégrafo, que noticias como el fin de la Primera Guerra Mundial llegaran primero a lectores porteños que a los mismos europeos (Rojas Paz, 1947: 221).

Hasta donde sabemos, *La Prensa* fue el espacio en el cual Elflein publicó la (casi) totalidad de su obra¹⁷. La ubicación dentro de la estructura del diario (el folletín dominical), la frecuencia de aparición (solo salían en los meses escolares: entre abril y noviembre), algunos rasgos textuales –la aclaración del subtítulo “Leyendas argentinas *para niños*” (la cursiva es mía), los protagonistas infantiles, los recurrentes mensajes nacionalistas, las dedicatorias a determinadas escuelas o grados–¹⁸ como así también el espacio físico en el

17 “Casi” porque existe un volumen, titulado *Cuentos históricos nacionales*, publicado sin fecha por la editorial Maucci Hnos., que contiene textos que no figuran en *La Prensa* ni tampoco corresponden a las versiones españolas de los publicados en su volumen en alemán, *Cuentos de la Argentina* (1911). (Para una historia del libro alemán, ver Garnica, 2020).

18 “Dos cuentos infantiles”, título bajo el que se publica el folletín elfleiniano del 26 de abril de 1914, lleva como aclaración: “Varias maestras de grados infantiles nos han pedido algunos cuentos sencillos para

que trabajaba Elflein (le había sido asignada una salita separada de sus colegas varones) avalan la idea de que su labor era legitimada, no ya desde una noción de calidad literaria, sino por su función educativa. Elflein parece haber entendido desde el inicio de su carrera este pacto: en sus prólogos –y también en sus textos de ficción– dará cuenta reiteradas veces de su compromiso con la misión didáctica y patriótica asignada a su escritura.

Una “chiquilla” infinitamente femenina

Las escasas fuentes bibliográficas de época sobre Ada Elflein pueden dividirse en dos grupos: lo que construyó la prensa sobre ella y lo que escribió Elflein de sí misma, es decir, su escritura en primera persona. Dentro del primer grupo, contamos con: el texto de José Manuel Eizaguirre publicado en *El Monitor de la Educación* (1919),

ilustrar las lecciones morales y referirlos a sus pequeños alumnos. Nos es grato cumplir hoy la promesa dada a raíz de la petición”. A partir de allí, varios cuentos llevarán como epígrafe la frase “Contribución de LA PRENSA a los cursos de lectura libre en los grados infantiles”. Entre ellos: “De gusto” (12 de julio de 1914), “Enanos y gigantes”, (27 de septiembre de 1914), “La composición” (23 de agosto de 1914), “Un amigo a tiempo” (15 de noviembre de 1914), “Bicho feo” (2 de mayo de 1915), “Las condiscípulas” (15 de agosto de 1915), “Moiselle” (20 de junio de 1915), “Treinta pesos” (14 de noviembre de 1915), “En el almacén de la luna llena” (1° de octubre de 1916, esta dedicatoria es textualmente igual excepto que, en vez de a “en los grados infantiles” está dirigida a “los cursos de la escuela graduada”). También a los cursos de la escuela graduada se dirigen los cuentos “La soirée de Amelia” (27 de agosto de 1916), “Chorlito” (26 de agosto de 1917), “Cacho” (7 de octubre de 1917), “El compañero de viaje” (11 de noviembre de 1917), “Cinco centavos” (14 de julio de 1918) y “De paso” (11 de agosto de 1918). El cuento “La bruja”, del 26 de noviembre de 1916, lleva una dedicatoria más específica: “A la maestra de IV grado de la Escuela Gral. Viamonte, señorita Corina E. Azocar, y a sus alumnos”. El 9 de julio de 1916, fecha patria, el cuento publicado lleva como epígrafe “A los niños en el Centenario de la Independencia Argentina”.

el artículo necrológico de García Velloso de *La Prensa* en julio de 1919, el prólogo de Gisberta Smith de Kurth al libro publicado post mortem, *Por campos históricos* (1926) y las notas que la revista *Caras y Caretas* sacó en varias ocasiones promocionando su obra¹⁹.

Lo que insiste en estos textos contemporáneos a la autora²⁰ es el afán por remarcar su bondad de espíritu, su probidad moral y su dulzura. Estos atributos históricamente asociados a la femineidad se resaltan y reiteran, señalando que van junto con las dotes intelectuales y no en su reemplazo. En sus cuentos, escribe Eizaguirre, “se siente palpitar un pensamiento vigoroso y constructivo y un alma de mujer sin afeites, frivolidades, pasiones, entregada por entero al ideal de argentinidad y belleza” (97). Unas líneas más adelante, agrega: “un purísimo sentimiento de humanidad saturaba su inmenso amor a la patria” (98), “esta mujer que, con vigoroso talento narrativo, vasta erudición y el tesoro inagotable de sus sentimientos nobilísimos cooperó a la más bella educación moral del niño argentino” (99). Casi al final, concluye: “Ada María heredó la agilidad mental, la dulzura y el amor al estudio de la madre” (103). A tono con la fuerte crítica al materialismo como un derivado negativo de la modernidad que profesaban algunos intelectuales de la época²¹, la austeridad –la ausencia de afeites y frivolidades– es un valor, junto con la descripción de una rutina de vida muy cercana a las mujeres del siglo XIX: casta, doméstica y sensible.

19 Estas son: “Retratos de actualidad” (Nº 414, 8 de septiembre de 1906); “Bibliografía. Leyendas argentinas” (Nº 564, 24 de julio de 1909); “Mujeres intelectuales” (Nº 988, 8 de septiembre de 1917); “Ada. M. Elflein” (Nº 1087, 2 de agosto de 1919); “Homenaje” (Nº 1106, 13 de diciembre de 1919); “Las fiestas de mi escuelita”, por Germán Berdiales (Nº 1568, 20 de octubre de 1928).

20 Existe también un número considerable de críticas actuales sobre la obra de Ada Elflein. Entre ellas: Marina Becerra, María Gabriela Boldini, Luisa Borovsky, Lea Fletcher, Julieta Gómez Paz, Claudia Garnica, Mónica Szurmuk, Claudia Torre y María Vicens.

21 Desde el arielismo de José Enrique Rodó, hasta el antimaterialismo de Rojas en sus primeros artículos, por nombrar solo dos.

Las horas de su día las repartía metódicamente: a las plantas de su modesta casita, a los jazmines, a las hortensias y las rosas que eran sus predilectas; a sus lecturas diarias, a sus apuntes, acotaciones marginales y meditaciones, a un paseo diario de observación por las calles, parques y demás puntos urbanos: a su labor en *La Prensa*, donde ocupaba una sala especial con sus libros propios y donde permanecía generalmente dos horas (de 5 a 7 pm). (Eizaguirre, 1919: 99)

El párrafo pareciera reafirmar los estereotipos de género de la época para, entre flores y paseos, dejar testimonio de una labor intelectual²². El trabajo “se camufla” entre las actividades tradicionalmente asignadas a las mujeres y se narra como algo más dentro del “relato de la intimidad sentimental” (Becerra, 2012: 873).

En línea con la exaltación de la pureza, la dulzura y la misión educativa de Elflein, García Velloso apela a otro rasgo infaltable en la época para pensar a las mujeres: la infantilización. Evoca haber conocido en casa del general Mitre a “una chiquilla de prestancia serena” que hacía traducciones al alemán para el “inmortal patriarca”. Su necrológica deja ver, al mismo tiempo, la infantilización de la autora y el uso pedagógico de su obra:

[...] una mañana, al dirigirme a dictar mi cátedra, iba viendo más que leyendo los diarios en el tren. Saltando del telegrama a

22 Cabe aquí la reflexión de Marina Becerra sobre la distribución de roles de género para principios del siglo XX: “En los tiempos del Centenario, bajo los signos de la modernización liberal, la producción de las relaciones entre lo masculino y lo femenino se ha vinculado con la construcción de las esferas de lo público y lo privado asociadas al ejercicio de determinados derechos en función del sexo. Los discursos maternalistas jurídicos y políticos hegemónicos –que estructuraban la vida cotidiana– ubicaban a las mujeres como inferiores a los hombres, y éstas eran definidas por la carencia, frente al modelo masculino naturalizado. Así, quedaban reducidas exclusivamente al espacio doméstico” (Becerra, 2012: 872).

la noticia y del editorial a la crónica, se detiene mi atención un instante para reconcentrarse en seguida con un penetrante interés en un delicioso cuento que publicaba LA PRENSA con el título de “La cadenita de oro”. Esa misma mañana lo hice leer y comentar en la clase y desde entonces los trabajos históricos, morales y didácticos de Ada María Elflein constituyeron para mis alumnos un insustituible regalo espiritual. (García Velloso, 1919: 8)

En la misma nota de *La Prensa* –del 5 de diciembre de 1919–, tras el discurso de García Velloso, se transcriben algunos párrafos pronunciados por Carmen S. de Pandolfini, organizadora del homenaje y directora de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres:

[...] mujer de fino sentir, que no sembró ni una sola semilla que no tuviera todo el poder de los mejores sentimientos... Por eso tiene en las almas infantiles una página, tal vez la más linda de su vida, [...] fue una patriota, una verdadera alma argentina [...] y con las exquisiteces de su alma de mujer se detuvo ante las glorias del pasado y la magnificencia de la naturaleza [...] Sus trabajos literarios llevan el sello inconfundible de su personalidad [...] su corazón vivirá perenne al lado de todo lo que revele feminidad y sentimiento, puesto que Ada Elflein fue en esa institución pródiga de los mejores dones y encontró la senda para llegar a ser grande si dejar de ser ni un solo instante infinitamente femenina. (*La Prensa*, 5 de diciembre de 1919)

Así como Elflein entendió –y lo dejó claro en sus prólogos– que su legitimidad en *La Prensa* dependía de su capacidad para educar en valores patrios y homogeneizar/disciplinar a los lectores (probablemente, muchos de ellos inmigrantes o hijos de inmigrantes), los contemporáneos de Elflein entendieron que debían configurar su imagen a partir de los parámetros de normalidad de la época: su lugar es indisociable de la intención docente, la probidad moral, la dulzura y, por sobre todo, la femineidad infinita. Estos rasgos apuntaban a marcar la gran utilidad de esta obra para los objetivos

del Estado por esos años y su convivencia pacífica con lo que se entendía que debía ser una mujer. Se insiste en que la escritora no se masculiniza por trabajar en un diario²³. Por su parte, Elflein se ocupa siempre de agradecer su empleo y de trazar una imagen a-crítica y enaltecida de la prensa.

“La aliada”: la prensa en los textos de Elflein

Hay cinco artículos en los cuales Elflein elogia la institución de la prensa: “La peluca de Don Juan Crisóstomo” (16 de abril de 1911), “Avisos de antaño” (12 de noviembre de 1911), “Una tormenta de Santa Rosa” (3 de septiembre de 1916), “El ahijado” (9 de septiembre de 1917) y “La aliada” (18 de julio de 1909). De los cinco es “El ahijado”, el que aborda el tema del periodismo de modo más tangencial o secundario. El cuento narra la historia de la rivalidad eterna entre dos primos, en donde uno de ellos, por ser director de un diario, puede utilizar como arma de ataque hacia su rival la portada de su periódico. Se trata de un cuento que, aunque no versa sobre el periodismo, deja dicho el poder de la prensa en tanto herramienta de difamación y escarnio social. Por su parte, “La peluca de Don Juan Crisóstomo” puede describirse como un cuento juvenil, satírico, ambientado a principios del siglo XIX, que narra la historia de cómo un joven intrépido logra, a través de su picardía, que su padrino lea los periódicos de Fray Francisco de Paula Castañeda. Así, el padrino descubre con fascinación y “lleno de admiración” que se trata de un gran periodista y escritor: “¡Qué sinceridad respiraban esas páginas! ¡Cuánta pureza se advertía en medio del párrafo grotesco, erizado de frases picantes y palabras inventadas por el autor y dotadas de un sentido especial y siempre característico!”. “Avisos de antaño” es una nota histórica en la cual, a partir de un

23 Sobre las concepciones masculinas en torno a la escritura y las estrategias de las escritoras de principios del siglo XX para sortearlas, son valiosos los aportes de Fletcher, Frederick y Maristany.

rastreo exhaustivo de avisos publicitarios aparecidos entre 1822 y 1828 en *Argos de Buenos Aires* y *Diario Comercial y Telégrafo literario y político*, Elflein ilustran algunas particularidades de la sociedad colonial. “Para conocer el espíritu de una época pasada”, propone la autora, “para penetrar en la vida íntima de una sociedad (que al fin y al cabo es la base de su vida pública), para tomarle el pulso, por decirlo así, señalamos entre los medios más eficaces el de los avisos publicados en los diarios del tiempo”. En lo que resulta un esmerado trabajo de archivos, Elflein pasa revista por avisos de venta de esclavos, de “conchabo” de criadas y criados, de renta de casas, de promoción de clases particulares, etc. “Una tormenta de Santa Rosa” también se construye a partir de un arduo trabajo con archivos hemerográficos. Se trata de una nota histórica en la que Elflein recorre las noticias de la *Gaceta de Buenos Aires* en torno a un temporal ocurrido el 16 de septiembre de 1816. La autora intercala citas periodísticas con sus reflexiones y, asimismo, con fragmentos de una carta de Pueyrredón a San Martín. Más que exaltar la labor de la prensa (cuyo valor está implícito en este artículo), el texto tiene un interés nacionalista: destacar la solidaridad y la caridad del pueblo argentino a la hora de subsanar los estragos de aquel temporal.

“La aliada” es, de estos cinco textos, aquel en el cual el elogio de la prensa resulta más elocuente. Elflein ofrece aquí una noción idealizada y laudatoria del periodismo gráfico. Con la excusa de explicar a qué se refiere con “la aliada”, el texto se abre echando mano de una infrecuente primera persona singular y trazando una breve genealogía de mujeres luchadoras:

No voy a hablar de heroínas, ni quiero glorificar a mujer determinada del gran número de las que en nuestras largas guerras exteriores y civiles acompañaron a los soldados hermanos, hijos, esposos, prometidos o amigos, hasta en el campo donde se libraba la batalla, como la inmortal doña Juana Azurduy o la parda María, la ‘Madre de la Patria’ en Ayoúma, ni a las que ofrecieron a la patria naciente sus fortunas, sus joyas y algo más querido que el corazón femenino mezquina siempre: sus hijos. (Elflein, *La Prensa*, 18 de julio de 1919)

La idealización hacia la prensa se despliega a la par del gesto feminista. Lo que sigue es una breve reseña de la prensa argentina, desde la *Gaceta de Buenos Aires*, en la época de la Revolución de Mayo, pasando por Mariano Moreno, Juan José Castelli, Juan Lafinur, el canónigo Julián Agüero, Juan de la Cruz y Florencio Varela, el padre Castañeda (a quien dedica gran parte del artículo y considera “un apóstol del periodismo argentino”) y Domingo Faustino Sarmiento, el segundo protagonista del texto, “otro héroe de la pluma, uno de los más intrépidos guerreros de la idea, que influyó en los destinos de nuestra República tanto o más que muchos generales”. “La aliada” se cierra con un gesto de ¿falsa? modestia –“Terminemos esta reseña superficial”– para introducir un rotundo elogio, el que parece ser en verdad el gesto central del artículo: la prensa es “la gran aliada de la democracia”, la prensa es “tribuna, escuela, arma, altar y campo de batalla por la patria y para la patria”. ¿Estaba Elflein genuinamente fascinada con la prensa o buscaba congraciarse con su empleador, el diario *La Prensa*, plataforma de publicación de prácticamente toda su obra? Acaso fascinación y complacencia no fueran gestos excluyentes: en definitiva, en su caso (mucho más que para sus contemporáneos varones) la prensa fue el espacio que le permitió profesionalizar su escritura y vivir de ella. Esta concepción de la prensa como “aliada” ya había aparecido en 1906, en el prólogo a *Leyendas argentinas*, su primer libro. Allí leemos:

Mis primeros pasos merecieron un honor inesperado, que si fue un poderoso estímulo entonces, es hoy una fuerza que me lleva por el camino difícil. La dirección de un gran diario argentino, ‘La Prensa’, acogió mis trabajos literarios, distinguiéndome con la colaboración permanente en los folletines dominicales destinado a la lectura en los hogares. Tengo de ese acto un recuerdo imborrable. (Elflein, 1906: 7-8)

Siguiendo esta línea, el prólogo de *Paisajes cordilleranos* (1917), está dedicado “A la Dirección de LA PRENSA, bajo cuyos auspicios se realizó este viaje”. También en el cuaderno que García Velloso nombra como el “diario íntimo” de la escritora, Elflein vuelve sobre

esta idea de la prensa como una gran aliada, ya que le permitió el ingreso a un mundo profesional que le fascinaba:

Me dura aún la impresión de haber llegado por fin al lugar que inconscientemente buscaba. Allí piensan como yo, aman lo que yo amo, sienten lo que yo siento. Caminamos hacia el mismo fin, giramos en el mismo círculo. Al cruzar la avenida, el foco parecía saludarme. En verdad creo que me alumbrará el camino; porque tengo mi camino trazado y quiero llegar hasta la cumbre. El mecanismo atronador con sus mil ruidos y fascinador en su complejidad de gran establecimiento moderno, se ha apoderado de mí, me ha aprisionado entre sus redes y volantes, y ya no me soltaré más, porque he hallado allí lo que buscaba instintivamente: actividad, labor fecunda, la vida misma febril y agitada. ¡Veremos lo que hace de mí! (Elflein citada por García Velloso, 1919: 8)

Conclusiones

Hemos visto cómo, en las condiciones mismas de producción de la obra (como primera mujer empleada formalmente en la redacción de un diario), en la construcción que los contemporáneos han hecho de la autora (educadora de la patria, trasmisora de valores morales) y en varios textos de la propia Elflein (siempre laudatorios hacia el periodismo) se constata la interdependencia entre prensa y literatura. Asimismo, la exigencia de que se trate de una prosa patriótica desarrollada por una personalidad dulce y femenina, la configuración de la autora como maestra-escritora con visos de rol materno y con una rutina muy doméstica, fueron las marcas de lo transicional de aquel periodo: las concesiones socio-culturales bajo las cuales fue posible –tolerable– el ingreso de una mujer periodista al cuerpo de redacción del diario *La Prensa*. El gesto admirativo y de constante agradecimiento hacia el diario y hacia el Estado es recurrente, tanto en la ficción como en los paratextos de Elflein, quien

parece haber entendido el espacio de la prensa como la condición de posibilidad y de legitimidad para su escritura. Pero fueron justamente el vínculo estrecho con el periodismo, el anclaje en temas patrióticos y la asignación de una misión didáctica a sus textos los rasgos que han hecho que cierta parte de su obra perdiera, con el correr del tiempo, condiciones de legibilidad. Este exceso modélico que se lee en sus textos más difundidos –una suerte de resabio de la pose del “ángel del hogar” tan en boga en las escritoras del siglo XIX– puede quizás leerse como una estrategia defensiva ante todos aquellos aspectos de la vida de la escritora a contrapelo de las normas sociales: además de mujer erudita y profesional, Ada Elflein, la abanderada de los valores patrios y de la moral familiar, era hija de extranjeros, soltera y sin hijos y convivía con una compañera, datos que, para una época altamente pacata y de autonomización literaria apenas incipiente, resultaban si no escandalosos, de seguro desprestigiantes. Pero aquello que la consagró en su momento (esa zona de escritura tan a tono con las pautas socioculturales y con las necesidades de *La Prensa*) es hoy lo más ilegible para el público del siglo XXI. Por el contrario, las zonas de su obra hoy desconocidas –albergadas en los archivos y en actual proceso de rescate– que muestran una prosa menos consecuente con los mandatos sexo-genéricos de principios de siglo XX, menos agradecidas con los padres de la patria y con los dueños del diario, una prosa más valiente a nivel sociocultural, resultan las que mejor dejan ver no solo un clima de época atravesado por dramas humanos que no han perdido vigencia (la inmigración, la familia, el género, la raza, la clase social) sino, ante todo, la especificidad de su voz.

ADA M. BELLEIR

REALIDADES Y FICCIONES

LA ALIADA

No voy á hablar de heroínas, ni quiero glorificar á mujer determinada del gran número de las que en nuestras largas guerras exteriores y civiles acompañaron á los soldados hermanos, hijos, esposos, prometidos ó amigos, hasta en el campo donde se libraba la batalla, como la inmortal doña Juana Azurduy, ó la parda María, la "Madre de la Patria" en Ayacucho, ni á las que ofrecieron á la patria naciente sus fortunas, sus joyas y algo más querido que el corazón femenino mezquina siempre: sus hijos.

De otra aliada he de hablar, que coadyuvó á la obra de la epopeya argentina: de la prensa. Daré apenas una sensación, una idea en bosquejo de esa poderosa auxiliadora de la democracia, cooperadora infatigable de la grandeza que nuestra Nación va alcanzando día á día.

Figura 1: Portada de "La aliada", *La Prensa*, 18 de julio de 1909.

Bibliografía

- Auza, N. T. (1998). *Periodismo y feminismo en la Argentina, 1830–1930*. Buenos Aires, Emecé.
- Becerra, M. (2012). “¿Qué quieren las mujeres?’ Ciudadanía femenina y escrituras de la intimidad en la Argentina de inicios del siglo XX”. *Estudios Feministas*, 20, 3: 869-880.
- Bellucci, M. (1985). “Ada María Elflein”. *Todo es historia*, 219, 68-69.
- Bocco, A. (2004). *Periodismo y literatura, 1830–1861. Tensiones e interpenetraciones en la conformación de la literatura argentina*. Córdoba, Universitas-FFyH.
- Boldini, M. G. (2020). “Puntos de fuga: representaciones femeninas de tierra adentro en obras de Victoria Gucovsky y Ada María Elflein”. *Confabulaciones*, 2, 4. Disponible en línea: <http://ojs.filo.unt.edu.ar/index.php/confabulaciones/article/view/416>.
- Borovsky, L. (2019). *Mujeres viajeras: política, derechos y aventuras desde miradas pioneras: 1864–1920*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Bressan, R. (2010). *La Prensa, 1869-1879. Un acercamiento al mundo periodístico porteño a partir de la primera década del diario*. Tesis de Maestría en Investigación Histórica, Universidad de San Andrés. Disponible en línea: <https://repositorio.udesa.edu.ar/jspui/handle/10908/95>.
- Crespo, N. (2022). “Ada Elflein: archivo y patrimonialización”. *Revista Confabulaciones*, 4, 7, 54-71. Disponible en línea: <http://ojs.filo.unt.edu.ar/index.php/confabulaciones/index>.

- . “Los silencios de Un país sin ciudadanos”. En Mansilla, L.V. *Un país sin ciudadanos*. Buenos Aires: El archivo latinoamericano, FFyL, UBA. Disponible en línea: http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/ILH3_Un%20pais%20sin%20ciudadanos_interactivo.pdf
- . (2023). “Batallar en los bordes. Heroínas de guerra en cuentos de Ada Elflein”. *Revista Páginas*, 14(36). <https://doi.org/10.35305/rp.v14i36.674>
- De Marco, M. Á. (2006). *Historia del periodismo argentino*. Buenos Aires, EDUCA.
- Eizaguirre, J. M. (1919). “Ada M. Elflein. Algunos datos sobre la vida y la obra de esta escritora argentina”. *El Monitor de la Educación Común*, 37, 560, 93-102.
- Elflein, A. M. (1906). *Leyendas argentinas*. Buenos Aires, Cabaut.
- . (1910). *Del pasado. Cuentos, episodios, narraciones de la vida argentina*. Buenos Aires, Martín García.
- . (1905–1918). *Selección de cuentos de La Prensa*.
- . (1926). *Por campos históricos*. Prólogo de Gisberta Smith de Kurth. Buenos Aires, Rosso.
- Fernández, J. R. (1943). *Historia del periodismo argentino*. Buenos Aires, Perlado Ed.
- Fletcher, L. (2004). “La profesionalización de la escritora y de sus protagonistas. Argentina, 1900–1919”. *Revista Iberoamericana*, LXX, 206. Disponible en línea: <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/5593/5741>

- Galván Moreno, C. (1943). *El periodismo argentino. Amplia y documentada historia desde sus orígenes hasta el presente*. Buenos Aires, Claridad.
- García Velloso, E. (1919). “Homenaje póstumo a la señorita Ada M. Elflein”. *La Prensa*, 5 de diciembre, 8.
- Garnica, C. (2020). “Dos voces germanas en la construcción discursiva de la Nación argentina: Ada Elflein y Rudolf von Colditz”. *Boletín De Literatura Comparada*, 1, 45, 59–72.
- Gómez Paz, J. (1961). “Estudio preliminar y Bibliografía”. En Elflein, A. M. *De tierra adentro*. Buenos Aires, Hachette.
- Lionetti, L. (2005). “Las no ciudadanas en la plaza pública: voces y acciones de educadoras, escritoras y militantes”. En *Educación, género y ciudadanía: Las mujeres argentinas: 1700–1943*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 227-274.
- Maceira, E. J. (2006). “*La Prensa*” que he vivido. Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo.
- Maristany, J. (2000). “Maestras escritoras: el desafío de devenir ‘autor’ (Argentina, 1900–1930)”. En *Mujeres en escena. Actas de las Quinta Jornadas de Historia de Mujeres y Estudios de Género*. La Pampa, Instituto Interdisciplinario de Estudios de La Mujer, Universidad Nacional de La Pampa, 49-59.
- Pas, H. (2013). *Sarmiento, redactor y publicista. Con textos recobrados de El Progreso (1842–1845) y La Crónica (1849–1850)*. Santa Fe, Ediciones UNL.

- Rocchi, F. (2001). “Concentración de capital, concentración de mujeres. Industria y trabajo femenino en Buenos Aires (1890–1930)”. En *Historia de las mujeres en la Argentina*. T. II. Dir. Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y María Gabriela Ini. Buenos Aires, Taurus, 223-243.
- Rojas, R. (1957). “Las empresas editoriales”. *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata. Los modernos*. Vol. VIII. Buenos Aires, Guillermo Kraft, 573-630.
- Rojas Paz, P. (1946). “Periodismo argentino”. En *Historia del periodismo de Clemente Cimorra*. Buenos Aires, Atlántida, 219-269.
- Román, C. (2017). *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (Buenos Aires, 1863–1893)*. Buenos Aires, Ampersand.
- Saitta, S. (2011). “La cultura”. En *Argentina. La apertura al mundo, 1880-1930*. Eduardo Míguez (coord.). Tomo 3 de América Latina en la historia contemporánea. Dir. Jorge Gelman, Madrid, Fundación MAPFRE–Taurus, 263-310.
- Sosa, C. H. (2020). *La novela gauchesca de Eduardo Gutiérrez. Prensa, discurso judicial y folletín en la génesis de una literatura popular*. Buenos Aires, Katatay.
- Sosa de Newton, L. (1986). “Elflein, Ada María”. En *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*. Buenos Aires, Plus Ultra, 207-208.
- Szurmuk, M. (2000). “Ada María Elflein: una cronista de La Prensa en las sierras argentinas”. En *Mujeres en viaje*. Buenos Aires, Alfaguara, 217-275.

- . (2007). “Ada María Elflein viaja al interior”. En *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina (1850–1930)*. México, Instituto Mora, 132-141.
- Torre, C. (2013). “Mujeres de viaje: Lina Beck Bernard, Jennie Howard y Ada Elflein”. En *Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 212-227.
- Ulanovsky, C. (1997). *Paren las rotativas. Una historia de grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Buenos Aires, Espasa.
- Vicens, M. (2020). *Escritoras de entre-siglos. Un mapa transatlántico. Autoría y redes literarias en la prensa argentina, 1870–1910*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

**Por un diarismo no
(solamente) porteño**

El periodismo y la literatura en Mendoza durante el siglo XIX. Visión de conjunto

Fabiana Inés Varela

Universidad Nacional de Cuyo | CONICET

Hablar de los inicios de una literatura emergente como la de Mendoza que comienza, al menos en su parte escrita, a partir de la segunda década del siglo XIX es hablar de modo indisociable de los periódicos y del periodismo decimonónico en general. Más allá de los inicios orales de esta literatura, cuyos atisbos pueden observarse en la magnífica obra de Juan Draghi Lucero, *El cancionero popular cuyano* (1938), nuestros primeros documentos escritos aparecen conjuntamente con la imprenta y asociados al fenómeno del diarismo que permitió tanto su publicación como su circulación. Debemos considerar, no obstante, que la empresa de editar un periódico durante el siglo XIX no fue tarea fácil ni sencilla, pues a las dificultades tecnológicas como la falta de insumos –papel y tinta– o la pérdida y rotura de los móviles de la imprenta, se suman los problemas económicos derivados de una sociedad en formación, atravesada por múltiples conflictos armados y la ausencia de un público lector consolidado que permitiera el sostenimiento autónomo de las publicaciones, situaciones que se irán subsanando a medida que transcurra el siglo, especialmente después de la década de 1870. Por ello será práctica frecuente el apoyo monetario de los gobiernos que condicionará de distintas maneras la línea editorial de los periódicos (Cf. Greco, 2018: 72 y Varela, 2006: 76-81).

Una de las mayores dificultades que tenemos para la reconstrucción del estado del periodismo y la literatura del siglo XIX en Mendoza es

la pérdida o deterioro del material documental (Roig, 1996, Varela, 2004 y 2006, Oviedo, 2010 y Greco, 2018). En los últimos años, la labor de los investigadores ha permitido ir recuperando algunos de estos documentos, en especial periódicos que se encuentran en bibliotecas extranjeras, de Chile y Brasil principalmente. Sin embargo, el deterioro de las colecciones dificulta en gran medida su acceso y consulta¹.

A fin de comprender las relaciones entre literatura y periodismo durante el siglo XIX en Mendoza, pero también en toda Hispanoamérica, es preciso detenerse en dos aspectos. Por un lado, un concepto de literatura acorde con lo que Claudio Guillén define como “literatura naciente” o “emergente”, más amplio y abarcador que el actual (1998). Por otro, tener en cuenta que el periodismo durante el siglo XIX es diferente al actual: en los periódicos no hay noticias, ni lo informativo es el centro de la publicación debido a las dificultades existentes en la comunicación, por lo tanto, van a predominar la opinión y la función argumentativa:

No existía el concepto de noticia, ni la función informativa como centro de la actividad periodística. Su finalidad era argumentativa, era enteramente lo que hoy diríamos un periodismo de opinión.

1 Es loable la labor de los investigadores como Arturo Roig, pionero en el estudio de nuestros primeros periódicos quien nos ha brindado datos precisos sobre la existencia de colecciones de periódicos mendocinos en el país y en el extranjero (1963). A ello se suman, más recientemente, la obra de Jorge Enrique Oviedo, *El periodismo en Mendoza*, que si bien con algunas inexactitudes, realiza una síntesis integral del periodismo local desde una perspectiva más periodística que historiográfica (2010) y la erudita tesis doctoral de Andrea Greco, sustentada en una muy prolija consulta de fuentes originales y que ha dado lugar a dos libros: *Disparos de tinta* (2018) y *Dos cosmovisiones en pugna* (2020). A ello se suma nuestro propio trabajo con el periódico *El Constitucional* (2004, 2006). Destacamos especialmente la labor de las instituciones, como la Junta de Estudios Históricos, el Archivo Histórico de la provincia, las bibliotecas de la UNCuyo y de la Facultad de Filosofía y Letras y la Biblioteca Pública San Martín, en el cuidado y recuperación de periódicos antiguos.

Por ello, todas las cuestiones clave pasaron por las páginas de los periódicos: las discusiones, las opiniones, los argumentos se estamparon aquí. Al mismo tiempo, la literatura, las expresiones poéticas encontraron su espacio en estos medios rudimentarios, pobres y sencillos que, con la misma técnica de Guttemberg [sic], producían escritos en estas tierras. (Greco, 2018: 13)

El periódico decimonónico en cierta manera está más atado a lo literario, ya por la formación de sus redactores, ya por el concepto de literatura imperante, ya por el predominio de ciertas formas que hoy consideramos más cercanas a la literatura que al periodismo. Además, en las páginas de los periódicos surgen tempranamente algunos géneros como el costumbrismo; también hallamos una rica relación entre noticia y cuento breve, sobre la que no se ha profundizado aún (Varela y Molina, 2013).

Podemos afirmar que la literatura, en tanto letra impresa, surge en Mendoza en el siglo XIX a través de los periódicos que se editaron en la ciudad y se va diferenciando progresivamente del periódico a lo largo del siglo, aunque en nuestro medio esta independencia recién se dará en el siglo XX. Tal dependencia no constituye una originalidad de la cultura local, sino que responde y refleja una realidad detectable en toda Hispanoamérica durante el surgimiento de las nacionalidades (Cfr. Boyd Carter y Pedro Henríquez Ureña).

También, podemos considerar al periódico como un espacio textual heterogéneo en el que, a través de la escritura, se elaboraron y propusieron a la sociedad lectora una serie de discursos sobre los principales temas que se debatían en su seno. Al mismo tiempo, era un espacio que permitía trabajar, a modo de taller, con las posibilidades y limitaciones de la palabra y de los mundos ficcionales que ella instauro. En ese serio juego textual no había dudas acerca de las posibilidades de la escritura para modificar e incluso crear una nueva realidad. En este sentido de “letra impresa”, el periódico decimonónico puede ser considerado “literatura” en cuanto al alcance etimológico del término (Varela y Molina, 2013).

A fin de no caer en un catálogo de títulos, nos centraremos en algunas publicaciones importantes para comprender el nacimiento de nuestra literatura y que nos permiten establecer un recorrido panorámico por nuestro periodismo y su relación con ella.

Surgimiento del periódico en Mendoza

La llegada de la imprenta a Mendoza se produce de manera temprana de la mano del Ejército Libertador que San Martín preparaba en la ciudad. En 1817, llega una pequeña imprenta que será utilizada para publicar el primer impreso conocido de la provincia: una *Proclama* del entonces gobernador Toribio de Luzuriaga anunciando la victoria del ejército en Chacabuco (Roig, 1994). Luego, esta imprenta pasará al gobierno de la provincia quien la dejará en manos de Juan Escalante, el primer editor del que tenemos noticias. La misma posibilitó, además de la aparición de conceptos como opinión pública y publicidad de los actos de gobierno (Greco, 2018), el surgimiento y la difusión de una literatura que se alejaba de la oralidad para entrar de lleno en la escritura.

Por su parte, Andrea Greco establece que el primer periódico mendocino es *El Termómetro del Día* publicado semanalmente entre mayo y julio de 1820, por la imprenta de la provincia a cargo de Juan Escalante². Su cierre estuvo asociado a las serias dificultades económicas que derivaban de su sostenimiento, situación frecuente a lo largo de todo el siglo que explica la vida efímera de muchas de estas páginas (2018: 70-73). Greco, quien ha tenido a la vista los ejemplares de la colección, señala las relaciones explícitas con la literatura, pues se documenta la publicación de poemas a pedido de uno de nuestros primeros poetas, Juan Gualberto Godoy:

2 “[...] cuando la primera imprenta del Ejército de los Andes pasó a poder de la provincia se creó una comisión protectora de la imprenta [...] Esa comisión designó a Juan Escalante como director y encargado del fomento de la imprenta” (Greco, 2018: 70).

En la última página del n. 2 se lee bajo el título “Artículo comunicado”:
“Mui sor. Mio: Dirijo a V las Poesias adjuntas para que si las considera dignas de darlas al público, las inserte en su Periodico. Soy de V con todas veras. Q – S – M – B [que sus manos besa] Juan G. G. [Gualberto Godoy]”. El editor insertó estos poemas en los números 2, 5, 6 y el extraordinario. (2018: 73)

También hallamos una incipiente literatura de costumbres que sigue el camino del costumbrismo satírico centrado en la mirada crítica al estado de la ciudad:

El artículo “Alegoría” (p. 3) habla sobre un supuesto pleito en el Juzgado de Policía entre “Doña Limpieza” y “Doña Inmundicia”. Esta última tiene por abogado a “Don Marrano” y la primera a “Don Olfato” y ha recusado al escribano “Don Gallego”. Podríamos decir de este breve artículo que sería el primer antecedente de costumbrismo literario de tipo satírico del periodismo cuyano. (Greco, 2018: 74)

Este artículo tuvo una respuesta del Jefe de policía quien, con similar tono alegórico, realiza un descargo de la situación, entablándose así una especie de contrapunto entre el periódico y sus lectores:

En ella el Sr. Juez de Policía, que firma como Cecini relata una visión en que se le apareció Don Ojo del Pueblo con su prima Doña Limpieza para decirle que el periodista no podía estar hablando de él en aquel artículo ya que a todos consta del empeño de la policía por la limpieza y que si no ha podido hacer más es por obra de Doña Traba y Doña Indolencia; que Doña Inmundicia y Don Marrano, amigos del periodista han sido los autores de la calumnia. (Greco, 2018: 75)

Esta relación dialógica entre los redactores del periódico y los vecinos lectores será un rasgo distintivo de este primer periodismo que se extenderá a lo largo del siglo, en tanto la ciudad continúe siendo un pequeño pueblo provinciano donde los principales pobladores se conocen entre sí. Cada vecino puede entonces publicar su descargo, defenderse a través del periódico, pero también dar a

conocer su visión de la realidad y su propia opinión que permite ir armando un mosaico de voces diferentes. De todos modos, cabe aclarar que los periódicos no suelen publicar textos demasiado opuestos a su línea editorial. Los artículos en sus páginas generalmente responden a la misma o similar ideología que sustentan los redactores y las opiniones establecen matices sobre asuntos menores, pero dentro del mismo marco. Para el desarrollo de ideas contrarias surgen otros periódicos opositores que establecen una verdadera disputa dialógica.

Etapas del periodismo en Mendoza y su relación con la literatura

Para la primera mitad del siglo XIX, Greco establece tres momentos en el desarrollo del periodismo local: la prensa ilustrada, desde el inicio del periodismo hasta 1826; la prensa combativa entre 1827 y 1841 y la prensa federal desde 1842 hasta la caída de Rosas en 1852. A partir de aquí, vemos una lenta pero progresiva modernización de la prensa, en la que la llegada del telégrafo y las mejoras en las comunicaciones permitirán el pasaje de la opinión a la información y, hacia la última década del siglo, la aparición del periodismo de empresa. A continuación, presentaremos una breve síntesis de estas etapas.

La prensa ilustrada (1820-1827)

El auge del diarismo está relacionado con la presencia local de un pensamiento ilustrado que creía firmemente no solo en el progreso sino también en la capacidad didáctica de la letra impresa para cambiar a una sociedad en pos de lo que se estimaba su mejoramiento.

El pensamiento ilustrado se desarrolló en Mendoza a partir de 1820; sin embargo, es posible encontrar antecedentes lejanos a fines del siglo XVIII y otros más directos, durante el accionar de San Martín en Cuyo. Este –junto a sus principales oficiales, muchos de

ellos formados en España en el ideario de la Ilustración– constituyeron la expresión local del “despotismo ilustrado” (Roig, 1996: 16). No obstante, será la presencia de Juan Crisóstomo Lafinur en Mendoza, a principios de la década de 1820, la que dará el impulso más fuerte a esta corriente (Varela y Molina, 2013: 304). Lafinur participará activamente en la creación y redacción de *El Verdadero Amigo del País*, publicado entre el 23 de mayo de 1822 y el 18 de enero de 1824, que salía por la imprenta Lancasteriana. Además de Lafinur, eran redactores Agustín Delgado, Nicolás Villanueva y José María Salinas³. A juzgar por su título, la publicación se relaciona estrechamente con el pensamiento ilustrado y las sociedades de amigos del país, formadas según el ideario del despotismo ilustrado de Carlos III, y su contenido abarcaba “la ciencia económica, la geografía, la población, las leyes, industria, comercio, agricultura, educación, policía, historia y poesía” (Greco, 2018: 90-91). Hudson, desde una perspectiva liberal, comenta que la publicación:

[...] cooperaba a la difusión de las luces, al adelanto del país, en todos sentidos a la mejora de la industria, de la educación y de las costumbres por medio de artículos escritos con sensatez, erudición y ardoroso celo por el progreso de la Provincia. (Greco, 2018: 90)

La residencia de Lafinur en la provincia, más allá de las polémicas ideológicas, es importante para la literatura porque señala la presencia de la ilustración y del neoclasicismo en nuestras tierras. Sin embargo, su estancia será breve pues por motivos políticos sigue el camino del destierro en Chile, donde muere al poco tiempo a consecuencia de un accidente (Varela y Molina, 2013: 304-305).

3 La colección está completa en Brasil, pero infectada de hongos lo que impide su consulta. Las referencias a este periódico provienen, en su mayoría, de descripciones del siglo XIX, realizadas por distintos autores como Zinny y Hudson.

Otro importante periódico de la época, en función de nuestra mirada, es *El Eco de los Andes*, que salía por la imprenta de la Sociedad Lancasteriana, fundado por Juan Gualberto Godoy y redactado por Francisco Borja Correas, Lisandro Calle y José María Salinas entre el 23 de setiembre de 1824 y el 25 de diciembre de 1825⁴. Se trata de un periódico liberal y progresista, aunque excesivamente doctrinal y teórico –a juicio de Draghi Lucero–, muy alejado de las problemáticas concretas que se debatían en la región. Desde lo literario, destacamos la presencia de algunos textos de Juan Gualberto Godoy como un "Soneto a la memoria del Doctor Lafinur" firmado por "El amigo de los libres", pero atribuido según Roig a Godoy; y "Remitido", firmado J.G.G., artículo sobre las virtudes cívicas y el dinero (Greco, 2018: 112).

Varias son las publicaciones de la época asociadas tanto al pensamiento ilustrado de carácter liberal y unitario como al federalismo⁵. Sin embargo, los nombres se van repitiendo de una publicación a otra, incluso aquellas de sesgo ideológico distinto: Agustín Delgado, Agustín Bardel, Juan Escalante (posiblemente imprentero y ocasional redactor), José María Torres, sacerdote chileno que defiende ideas católicas asociadas a un pensamiento más tradicional y federal, Francisco Borja Correas, Lisandro Calle, Agustín Salinas, Lorenzo Güiraldes, Gavino García y el muy activo Juan Gualberto Godoy, son nombres que encontramos reiteradamente. En la mayoría, predomina el desarrollo de las ideas más que la creación literaria, aunque podemos observar elementos incipientes que van dando lugar al ensayo periodístico de opinión⁶.

4 Existe una edición facsimilar de este periódico realizada por la Facultad de Filosofía y Letras (UNCuyo) con un prólogo de Juan Draghi Lucero.

5 *La Gaceta de Mendoza* (1820), *El Orden* y *El Registro Ministerial* (publicación oficial que funcionaba como Boletín oficial, dando a conocer bandos, leyes, decretos, resoluciones y el estado de la caja provincial, lo que explica su larga permanencia en el medio), *El Aura Mendocina* (1826), *El Iris Argentino* (1826-1827), *El Telégrafo* (1827).

6 Greco analiza estos casos y ve más la presencia de una retórica clásica asociada a la argumentación (2020), sin embargo, estimamos esto como un ejercicio que puede ser considerado antecedente del ensayo de opinión de los periódicos posteriores.

El periodismo de combate (1827-1841)

Las vicisitudes políticas e ideológicas desatadas en nuestro país a partir de la caída del gobierno de Rivadavia, precipitan luchas intestinas entre dos facciones: unitarios y federales. Estas tensiones se evidencian en la publicación efímera de pasquines cuyo objetivo principal era participar de la lucha política para desacreditar al oponente con palabras violentas y a menudo, injuriosas. Esta suerte de combate se da entre periódicos de distinto signo pero similares artimañas. En Mendoza, por ejemplo, los vituperios entre *El Huracán*, de tendencia unitaria, y *La Columna Federal* lleva a las autoridades a cerrar por decreto ambos periódicos (Weinberg, 1970: 115-116).

Entre las producciones de la época, destacamos dos por su relación con la literatura, ambas fruto de la pluma beligerante de Juan Gualberto Godoy: *El Huracán* (1827) y *El Corazero* (1831). Cabe aclarar que en ambos casos, al igual que en el resto de las publicaciones de la época, la presencia de la literatura es ancilar, es un medio de combate. Los versos que se publican responden a un contenido político y no dudan en utilizar dardos punzantes, a menudo rastreros, para denostar a los enemigos políticos a los que muchas veces se refiere, si bien no con nombres propios, sí con señas muy claras que permiten a los lectores de la época su fácil identificación.

En ambas publicaciones la presencia de versos de corte satírico es destacada, en especial *El Corazero* cuyas “dos terceras partes del contenido de sus planas está en verso” (Weinberg, 1970: 119). Sin embargo hay que señalar que tales publicaciones no fueron pensadas en su época como contenido literario sino político. Hoy, no obstante, podemos ver en ellos documentos insoslayables de una literatura emergente que, más allá de las críticas mordaces, nos deja registro de costumbres y realidades de la época. Siguiendo a Weinberg, destacamos en estos periódicos, especialmente en *El Corazero*, la presencia de tres líneas: la literatura popular, predominante; otra que se acerca a lo gauchesco, con mayor justeza a lo gauchipolítico;

y una tercera que señala la presencia de modelos satíricos del teatro español, aunque también de autores clásicos y neoclásicos como el inefable Quevedo (Weinberg, 1970: 65-83)⁷.

La prensa federal (1842-1852)

La prensa de tinte federal tiene su desarrollo en Mendoza durante el segundo gobierno de Juan Manuel de Rosas, específicamente tras la Batalla de Rodeo del Medio que marca la victoria federal en estas tierras (Greco, 2018: 187). En líneas generales, este período estuvo marcado por la relativa calma política que permitió el desarrollo del pensamiento y de la literatura, pero también por una severa censura que motivó el exilio de numerosos opositores. Precisamente la publicación en Mendoza de un periódico con el nivel de *La Ilustración Argentina. Repertorio enciclopédico de ciencias, industrias, política y literatura*, se entiende en relación con la posibilidad de contrarrestar la prédica de los exiliados liberales en Chile, cuyos periódicos, especialmente *El Mercurio*, mantenían una soterada circulación en Mendoza.

Redactado por Juan Llerena, puntano radicado en Mendoza, y Bernardo de Irigoyen, que volvía de su misión en la Legación argentina en Chile, *La Ilustración Argentina* se publicó entre el 1° de mayo y el 1° de noviembre de 1849⁸ y fue impulsado, como decíamos, por Rosas para combatir a la prensa unitaria que desde Chile propagaba ideas contrarias a su gobierno. El periódico abordaba diversos temas como historia, política nacional y local, necrológicas,

7 Junto a estos periódicos de Godoy, de línea ideológica similar, Greco rescata *El Nuevo Eco de los Andes* (1830). De tendencia federal señala los siguientes: *El Yunque Republicano*, *El Cuyano*, *El Centinela Mendocino*. Los autores conocidos son los mismos del periódico anterior: Godoy, José Luis Calle, Lisando Calle, pero el resto son anónimos dado el carácter beligerante de las publicaciones (2018).

8 La colección consta de 6 números, cada uno con un suplemento literario, y un suplemento salido a finales de noviembre. Salía por la imprenta de Van Sice y su periodicidad era mensual.

revista europea y americana, y dedicaba un interesante espacio a la literatura pues es el primero que, en estas tierras, introduce el folletín⁹. Además, encontramos en sus páginas una serie de artículos que comentan costumbres, como la crítica de los gustos extranjerizantes propios de los unitarios (Greco, 2018: 165) y algunos pocos poemas. En términos generales, predomina la temática histórica, la política que señala los triunfos federales en el país y algo de astronomía. Entre los textos publicados, destacamos un escrito de Juan Llerena que Roig considera un verdadero manifiesto de ideas estéticas románticas, influenciadas por Humboldt, titulado “Mendoza pintoresco”, un llamado a descubrir para las letras zonas inexploradas del suelo mendocino, a fin de enriquecer nuestra literatura “con el idioma y las imágenes que le ofrece su propia naturaleza” (1996: 101).

La *Ilustración Argentina* sienta las bases del periodismo posterior, pues *El Constitucional*, que aparece luego de Caseros, también abrirá sus páginas a textos relacionados con la historia, la ciencia y la literatura. Incluso Juan Llerena publicará en él una bella página descriptiva que puede leerse como la puesta en práctica de lo desarrollado de modo teórico en su artículo “Mendoza pintoresco” (Varela y Molina, 2013: 307-308).

El periodismo después de Caseros y durante la organización nacional

Luego de la batalla de Caseros (3 de febrero de 1852) y la caída de Rosas, florece la prensa apoyada por un sistema de relativa libertad. En Mendoza se observa, como ya vimos, cierta continuidad entre las publicaciones anteriores y un nuevo periódico que verá la luz a partir del 1º de mayo de dicho año: *El Constitucional de los Andes*, fundado por Juan Ramón Muñoz y José Rudecindo Ponce. Esta publicación domina la escena periodística durante la segunda mitad

9 Greco señala la publicación de *San Juan, el marinero*, novela de Mauricio Saint-Aguet, traducida por los mismos redactores (2018: 170).

del siglo XIX, pues se edita –con algunas interrupciones debido a situaciones políticas o naturales, como el terremoto de 1861– hasta el año 1884. Su perdurabilidad en el tiempo es producto de su relación con la élite gobernante, pues oficia de Boletín Oficial a cambio de su sostenimiento económico, que en varias ocasiones se traduce en una defensa de los ideales del partido gobernante (Varela, 2006).

La relación de este periódico con la literatura es compleja e interesante. Desde su fundación tiene una “Sección Literaria” y un “Folle-tín”, aunque lo publicado responde a un concepto muy amplio de lo literario, donde lo utilitario y lo pedagógico no están excluidos. Más adelante encontramos secciones como “Literatura”, “Sección Literaria”, “Sección Poética”, “Álbum Poético”, con espesor literario más específico, aunque también “Variedades”, “Gacetilla”, “Crónica curiosa” y “Miscelánea” que dan cabida a una amplísima y diversa variedad de textos que incluyen crónicas sociales, poemas, pensamientos, artículos costumbristas, escritos de divulgación científica, además de una amplia gama de literatura periodística que combinaba el entretener con el informar como anécdotas, casos curiosos, chistes y narraciones diversas (Varela, 2006: 105-106). Sin embargo, la presencia de la literatura está casi siempre supeditada a la situación contextual, pues el contenido político y de opinión sigue siendo central en el periódico. Lo literario florece, generalmente, en épocas de paz y tranquilidad, lo que permite el despertar de una pluma más amena, libre y jovial tanto en los redactores como en los vecinos de la ciudad (Varela, 2004: 26-32)¹⁰.

Durante estos años, el periódico será difusor de literatura europea, principalmente francesa, española y en menor medida de habla inglesa, si bien en sus páginas encontrará lugar la literatura hispanoamericana, además de la argentina (Varela y Molina, 2013: 319-337). Junto a los consagrados, las páginas del periódico muestran el

10 Dos núcleos de intensa actividad literaria se destacan: uno en 1852 y otro, más extenso, durante la década de 1870.

despertar literario de la sociedad local. Aquí la complejidad del panorama se acentúa, dado que es muy difícil identificar seudónimos e inicialónimos y muchos de los nombres son hoy etiquetas vacías sin una identidad precisa. El periódico revela la gestación de una literatura con marcas identitarias fuertes como la presencia del humor y la sátira que se evidencia no solo en páginas serias que no dudaríamos en ubicar dentro de la categoría de lo literario, sino en textos híbridos, desenfadados, donde los límites entre la verdad y la ficción, entre la literatura y el periodismo se diluyen y difuminan pero también permiten entrever los derroteros expresivos que va asumiendo la literatura local: páginas costumbristas, tanto en prosa como en verso, noticias que simulan en el uso de los recursos del lenguaje pequeños cuentos, o noticias que son directamente relatos ficticios que motivan el descargo de los redactores. Es en estos textos híbridos, más que en los poemas y relatos que siguen muy de cerca a autores consagrados de la época, donde la literatura local va encontrando una voz propia que luego se hará más precisa durante la centuria siguiente.

Otro elemento a tener en cuenta en la relación dinámica entre prensa y literatura es la presencia de publicaciones juveniles, generalmente de vida muy efímera¹¹ que surgirán con fuerza después de 1865 asociadas a los estudiantes del Colegio Nacional, aunque encontramos algunos antecedentes en la década de 1850. En sus páginas harán sus primeros ensayos escritores destacados de nuestras letras como Manuel Olascoaga, Lucio Funes y Carlos Ponce, entre otros.

El periodismo de empresa

Hacia el final del siglo comienza otro período de nuestra prensa que se relaciona con el periodismo de empresa, fenómeno que impregnará buena parte de los periódicos del siglo XX. En Mendoza, el 1º de marzo de 1890 comienza a publicarse *El Debate*. Aunque en

11 Lamentablemente, hasta el momento, no hemos podido detectar ningún ejemplar de estas publicaciones. Los datos que tenemos los proporciona el mismo *El Constitucional* que publica sus prospectos o comenta su contenido.

un principio aparece unido al partido liberal, a partir de 1906 será propiedad de una “sociedad comercial por acciones”, inaugurando así una nueva época (Oviedo, 2010: 128)¹². La literatura tiene un espacio específico en la sección “Los lunes de *El Debate*”, que comenzó a publicarse el 3 de abril de 1899 y se extenderá hasta principios del mes de mayo ya que el 15 de dicho mes, lo que otrora fuera la página de la sección literaria es invadida por la publicidad. Posteriormente se identifican dos intentos vanos por retomar la publicación de esta sección, uno en enero de 1907 y otro en noviembre de 1911 (Sanzone, Berná y Díaz, 2001-2002: 171, 178). Según Roig, la aparición de “El lunes de *El Debate*” está relacionada con el primer Ateneo de Mendoza fundado el 2 de junio de 1899 (1996: 223), razón por la cual en ella encontraremos una sostenida –aunque breve– presencia de escritores locales relacionados con dos generaciones, la de 1896¹³ y otra de 1910, cuyos nombres aparecen a partir de 1900¹⁴. “Los lunes de *El Debate*” testimonian la presencia de un romanticismo tardío que se diluye poco a poco para dar paso al naturalismo y al modernismo (Roig, 1996: 215-231).

12 Sus fundadores y directores son Ezequiel Teisaire y José de Roas, y Antonio R. Andújar aparece como primer editor y administrador. Otros directores serán Federico Palacio, Julio L. Aguirre, J. Alberto Castro, Emilio Jofré, entre otros (Oviedo, 2010: 128).

13 Agustín Álvarez, Julio L. Aguirre, Pedro P. Calderón, Conrado Céspedes, Juan Marcial Contreras, Ventura Gallegos, Antonio Gigli, Justo S. López de Gomara, Alejandro Pavlovsky, Rosario Puebla de Godoy, Eduardo B. Ruiz, José Vicente Santos, Carlos Ponce, Javier de Verda, Carlos N. Vergara.

14 Enrique Acevedo, Manuel Aznar, Jorge Amadeo de Baldrich, Julio Barrera Oro, Félix Brihuega, J. Alberto Castro, Bernabé Durán y Arenas, Ricardo M. Encina, Guillermo Evaristo González Méndez, Julio P. Guevara, Alfredo Herrera, W. Jaime Molins, Ricardo Ciro Higginson, Juan C. Lucero, Andrés Terzaga, Juan Videla Cuello, Simón Semorille (Cfr. Roig, 1996: 223-224).

Conclusiones

El sucinto recorrido propuesto permite concluir que la literatura de Mendoza se va gestando en los periódicos a lo largo del siglo XIX, primero como vehículo de ideas y de opinión, hasta adquirir la autonomía libre y gozosa de la creación que será el corolario de tiempos más amables y menos tormentosos. La publicación de periódicos en esos tiempos fue una tarea esforzada y costosa, nutrida en una fe profunda en la palabra escrita profesada por los hombres de la época. Fijarla en el papel, aun uno efímero como el del diario, era también una apuesta a la posteridad que leería allí los sueños y ambiciones que estas generaciones trataron de plasmar en las empresas que realizaban.

La palabra inicial de nuestra literatura local está unida a la política porque esta era, en ese momento, la convicción más fuerte y profunda de los hombres que buscaban crear una patria y consolidar una nación. Por ello, la periodización propuesta está unida a etapas de nuestra historia que marcan el derrotero de las ideas: el periodismo de opinión unido a los conceptos vertidos por la Ilustración; un periodismo de combate que lleva al extremo de la lucha política este ideario; la prensa federal que introduce en nuestras letras provincianas la mirada sobre el paisaje; el periodismo posterior a Caseros en el que va introduciéndose poco a poco una literatura más amplia, separada de lo político y abierta a lo americano y lo europeo. El final del siglo marcará la paulatina presencia de la modernidad y del periodismo de empresa. En todos estos periodos podemos leer impresos en sus páginas los nombres de figuras importantes de nuestras letras: Juan Gualberto Godoy, primer poeta mendocino, es el ejemplo más señero, junto a él, los puntanos Juan Crisóstomo Lafinur y Juan Llerena, José Rudecindo Ponce y una serie de nombres que se pierden en la niebla de los tiempos porque las dificultades con los archivos son serias en la provincia. Todos ellos, de una manera u otra, a lo largo del siglo van cimentando en las páginas de los periódicos una literatura local, una poesía combativa

pero nuestra; textos costumbristas que nos revelan la vida cotidiana de una época y las ansias civilizatorias de estos hombres y, junto a ellos, entrelazada y por momentos oculta, una incipiente literatura ficcional que se cuela sigilosa entre las noticias. Lentamente se consolida así un quehacer literario que eclosionará y se consolidará a principios del siglo XX pero que tiene sus antecedentes reales –aunque modestos– en esta literatura periodística.

El periodismo decimonónico, alejado de la inmediatez de la noticia, será también un espacio de ejercicio retórico y literario que permitirá la madurez del estilo y un lugar donde se reflejarán lecturas muy diversas que irán nutriendo sus páginas, mostrando a la vez los intereses literarios de distintas generaciones. Como una especie de *aleph*, los periódicos decimonónicos nos revelan un universo de discursos, vacilantes, diversos, contrastantes que permiten a las letras mendocinas ir encontrando su curso creativo y original.

Bibliografía

- Carter, B. G. (1987). “Revistas literarias hispanoamericanas del siglo XIX”. En de Madrigal, L. I. (Coord.). *Historia de la literatura hispanoamericana; II. Del Neoclasicismo al Modernismo*. Madrid, Cátedra, 75-86.
- Draghi Lucero, J. (1992). *Cancionero popular cuyano*. Ed. facsimilar de 2da.ed., 1938. Mendoza, Ed. Culturales de Mendoza, EDIFYL (2 tomos).
- Greco, A. (2018). *Disparos de tinta. Periodismo en Cuyo y guerra civil en la Argentina*. Mendoza, EDIFYL.
- . (2020). *Dos cosmovisiones en pugna. Periodismo 1820-1852. Filosofía, Literatura, Política, Economía, Soberanía Territorial*. Mendoza, EDIFYL.
- Guillén, C. (1998). *Múltiples moradas: Ensayos de Literatura Comparada*. Barcelona, Tusquets.
- Henríquez Ureña, P. (1944). “La literatura en los periódicos argentinos. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 3era. época, II, 4, oct- dic., 245-258.
- Oviedo, J. E. (2010). *El periodismo en Mendoza*. Vol. V de *Historia del periodismo argentino*. Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo.
- Roig, A. (1963). “Los antecedentes bibliográficos de la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza o ensayo sobre el despertar literario de una provincia argentina (1607-1900)”. *Catálogo de Publicaciones 1939-1960*, Cuadernos de la Biblioteca 3. Mendoza, UNCuyo, Biblioteca Central, 7-62.

- . (1994). "Apuntaciones sobre el despertar literario de Mendoza; Acompañadas de la historia de tres textos". *Piedra y Canto, Cuadernos del Celim*, 2, 41-60.
- . (1996). *Mendoza en sus letras y sus ideas*. Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza.
- Sanzone, C.; Berná, A. M. y Díaz, C. (2001-2002). "Los 'Lunes de El Debate'". *Piedra y Canto, Cuadernos del Celim*, 7-8, 171-180.
- Varela, F. I. y Molina, H. B. (2013). "El siglo XIX". En Castellino, M. E. *Panorama de las letras y la cultura en Mendoza*. T. I: *Período hispánico y siglo XIX*. Mendoza, EDIFFy, 295-432.
- Varela, F. I. (2006). *El Constitucional de los Andes: El periodismo en Mendoza entre 1852 y 1884*. Mendoza, EDIFyL.
- . (2004a). "El periódico y la reconstrucción de las literaturas regionales". En Videla de Rivero, G. y M. E. Castellino (Eds). *Literatura de las regiones argentinas*. Mendoza, UNCuyo, FFyL, CELIM, 195-210.
- . (2004b). *Sencillo y de poco aparato. Literatura y costumbres mendocinas (1852-1884)*. Mendoza, EDIFyL, CELIM.
- Weinberg, F. (1970). *Juan Gualberto Godoy: Literatura y política. Poesía popular y poesía gauchesca*. Buenos Aires, Solar/Hachette.

Alcides Greca/Guillermo Saraví: procesos de legitimación literaria y medios periodísticos. Construyendo un archivo

María Florencia Antequera

*Universidad Nacional de Rosario
Universidad Católica Argentina | CONICET*

Matías Armándola

Universidad Autónoma de Entre Ríos

María Inés Laboranti

*Universidad Autónoma de Entre Ríos
Universidad Nacional de Rosario*

Este trabajo¹ recoge algunos planteos iniciales que relacionan los complejos itinerarios intelectuales del entrerriano Guillermo Saraví (Paraná, 1899-1965) y del santafesino Alcides Greca (San Javier, 1889 Rosario, 1956), ambos intelectuales prestigiosos en sus campos de acción, aunque casi sin repercusiones en las investigaciones críticas y en las proyecciones de la crítica universitaria nacional. En efecto, escasos son los trabajos que se han hecho eco de sus obras periodísticas y literarias, con ello nos referimos a la poesía tardomodernista de Saraví y a la prosa narrativa de Greca, quien por cierto se destaca como pionero en la cinematografía argentina

1 Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación en curso “Patrimonios de la memoria letrada en Entre Ríos y Santa Fe: archivos, literatura y periodismo (1920-1940)” dirigido por María Inés Laboranti.

por su película *El último malón* (1917). De igual modo, es dable adelantar que tanto Saraví como Greca coinciden también en que decidieron permanecer en Paraná y Rosario respectivamente y no migrar hacia la capital federal, constituyendo esta una decisión deliberada y sostenida, y no una imposición o exclusión vivida como frustración intelectual. Desde este plafón construyen entonces un itinerario intelectual y ponen en juego su capital cultural. Estas vías de legitimación –tanto interna como externa– favorecieron la conformación del nombre propio de autor, aunque mediatizadas por la transitoriedad y sin excluir un cierto grado de nomadismo. En el caso de Greca, por ejemplo, nació en San Javier, realizó estudios de Derecho en la Universidad Nacional de La Plata, trabajó en Santa Fe como parlamentario y docente universitario, pero se afincó en Rosario, ciudad desde donde pivotó sus intervenciones y desplegó la labor docente, periodística y literaria.

Ahora bien, recordemos que, a partir de la década del 20 del siglo pasado, las relaciones entre periodismo y literatura en la Argentina posterior al Centenario consolidaron aspectos interesantes en tanto fenómeno complejo de una modernidad deseada (Sarlo, 1988; Saítta, 1998; Rivera, 1998; Risco, 2011). La maquinaria periodística de gran tirada –cuyo símbolo es la poderosa rotativa en constante funcionamiento– tuvo una larga proyección como imagen convocante del dinamismo de las noticias y la eficacia de su reproductibilidad, así como imagen icónica de una sociedad “nueva” y “moderna” que se reconoce en ella. Al decir de Raúl Antelo, en esta década, la “*máquina foi presenca disseminada*” (Antelo, 2011: 271) con transformaciones que impactaron en el campo de las prácticas culturales –la creación de *habitus*– y, sobre todo, en las prácticas de lectura. De este modo, podemos vislumbrar, por ejemplo, que el periodismo no es ajeno al reconocimiento de la gauchesca como núcleo central de su legitimación (nos recuerda Ludmer en *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*) y la construcción de su simbología mítica alrededor del gaucho héroe nacional. Sin embargo, las relaciones entre el periodismo y la literatura pueden remontarse como un espacio

tensionado, al menos hasta el período posterior a Rosas (1852). Entre estas tensiones, destacamos la ampliación sostenida de lectores y lectoras para un incipiente campo literario que se va autonomizando a lo largo de la segunda mitad del siglo. En forma simultánea, los discursos literarios publicados en la prensa –el espacio folletinesco–, tanto como el trabajo de los escritores como periodistas, modifican la autopercepción de esos mismos “hombres de letras”, escritores, intelectuales (Auza, 1999: 87).

En efecto, la trama entre periodismo y literatura, lejos de suponer una homogeneidad discursiva, abre otras tensiones reconocibles a nivel de la ampliación de prácticas de lectura: en el caso argentino, por ejemplo, se puede destacar la convivencia con la oralidad de poblaciones rurales analfabetas para las que “leer es siempre escuchar” (Martín Barbero, 1999), y que han sido estudiadas desde mediados del siglo XIX como decisivas para la construcción de un nuevo orden político democrático. La crítica ha trabajado y destacado, desde el último tercio del siglo XIX, los relevantes aportes que caracterizaron al periodismo en el Río de la Plata. Podemos presentar estas contribuciones en forma sucinta como: versatilidad de sus prácticas y ámbitos de lectura (Díaz, 2012: 323); simultaneidad de la lectura moderna en voz baja –interior– de la letra escrita (Chartier, 1993), aceptada como el circuito que acreditaba a los suscriptores reales del diario o sea sus destinatarios, los lectores reconocibles. A esta práctica se le agrega en forma simultánea, la lectura en voz alta ante un círculo familiar o reducido de oyentes (servicio doméstico, la tertulia, la pulpería, etc.) que multiplicaron los alcances de la cultura letrada; las interacciones entre el mundo rural y los propios de la ciudad, entre otros aportes dignos de destacar.

El concepto de archivo desde su deriva foucaultiana (Foucault, 1985; Farge, 1991; Chartier, 1993; Derrida, 1997) ha adquirido una importancia capital en el ámbito de la crítica cultural y en el campo de la historiografía, en la medida que permite un encuadre acerca de las producciones del pasado que pueden visibilizarse no solo en

su sistematicidad, sino en su disrupción y fragmentariedad. Entendamos junto con Antelo (2021) que la noción de archivo no remite exclusivamente a un espacio físico determinado y valorizado en su aceptación histórica posterior, sino a la sintaxis que permite leerlo y articular mediante el montaje significaciones teórico-críticas. En palabras de Didi-Huberman (2021: 17): “Forzosamente, la empresa arqueológica debe correr el riesgo de ordenar fragmentos de cosas supervivientes, que siempre se mantienen anacrónicas, puesto que provienen de diversos tiempos y espacios, separados por agujeros. Este riesgo lleva el nombre de imaginación o montaje”. En cuanto a los llamados archivos literarios los textos *póstumos* de escritores, o los que recogen su obra menor dispersa en publicaciones ocasionales (almanaques, reseñas, editoriales, catálogos, por ejemplo) o acervos epistolares privados— son, en cambio, un objeto mucho más reciente en el ámbito de la lectura crítica. En particular asistimos a un creciente interés por la obra publicada en periódicos o diarios, permitiendo una lectura más amplia de los intereses simultáneos a sus escritos narrativos o poéticos, tal el caso de Greca y Saraví que nos ocupa.

El periodismo argentino en sus versiones esporádicas, folletos, revistas efímeras, etc., esto es, en cualquiera de sus formas impresas ha dado continuidad a la formación de lectores capaces de experimentar el placer literario tanto desde el romanticismo como hasta —y sobre todo— en las derivas de la cultura literaria modernista, articulando un largo proceso en el que también han contribuido otros factores mejor estudiados, como la acción de la escuela, la lectura escolarizada o las políticas editoriales (de Diego, 2006). Estas alternativas presentes desde finales del mundo virreinal no hacen más que intensificarse en las primeras décadas del siglo XX, aunque instauran un nuevo uso que promueve la formulación de la opinión pública y el debate político entre las recientes clases medias. En 1920, la masificación ofrece a la lectura del periódico un nuevo uso: resignificarse como una herramienta de cohesión cultural para los inmigrantes sin habilidades en el dominio de “la castilla”, pero que sus hijos escolarizados podían ahora leer en voz alta para sus mayores.

En este marco, y en relación con los intelectuales que nos convocan, Saraví y Greca se analizan como *operadores literarios* (Bocco, 2004: 285). Esta noción hace alusión a que el *escritor intelectual* no puede pensarse fuera de su rol de periodista, porque ambas esferas están en un proceso de autonomización en conglomerados urbanos relevantes como Paraná y Rosario que ya cuentan con diarios de gran tirada. Entre ambas ciudades, desde la Confederación, se establece un fluido intercambio de publicistas e intelectuales y se registran en un *tempus* prolongado y con matices, los contactos y la versatilidad con la que se desempeñaron figuras como por ejemplo el propio José Hernández.

Desde esta perspectiva, podemos definir este espacio como un posible *campo intelectual regional*, a partir de la circulación de periódicos locales en los que se abre la discusión entre intelectuales con un amplio circuito de interrelaciones: en la conformación del propio *hinterland*, en el intercambio con los grandes diarios de Buenos Aires en los que se participa con relativa frecuencia; todo, sin descartar por supuesto, la correspondencia fluida con intelectuales europeos y de otras latitudes americanas.

En cuanto a la calidad de las participaciones periodísticas, podemos reconocer dos funciones articuladoras: tanto Greca como Saraví intervinieron con un grado de independencia diferenciado, por un lado, como *colaboradores-invitados*; y por el otro, como *fundadores-colaboradores* o mentores del medio, noción cuyo carácter sistemático se acerca con mayor precisión a la categoría de *intelectual orgánico* de procedencia gramsciana, seguramente más adecuada para describir los grupos ligados a los diarios *La Nación* o *La Prensa* de Buenos Aires que a Greca y Saraví. Sin embargo, en el caso de colaboradores-invitados, las intervenciones podían aparecer en diversos periódicos en forma simultánea; en el segundo, en cambio, se mantenían exclusivamente en el órgano periodístico local de referencia.

Este trabajo busca atender entonces a ciertos vínculos que entre la literatura y el periodismo forjaron Greca y Saraví para, de este modo, contribuir a delinear con mayor nitidez dos episodios de la vida cultural santafesina y entrerriana: en el caso de Greca, auscultar su voluntad fundadora de medios de comunicación mediante su primera incursión con el periódico *El Mocoví* (1908-1909). En el caso de Saraví, en cambio, asistimos al derrotero de un intelectual que participa en diversos y hasta opuestos medios, sin que ello implique una sujeción restrictiva.

El joven Greca, mentor e innovador

Las ambiciones del escritor, cineasta y parlamentario Alcides Greca en lo relativo al mundo de la cultura y las letras incluyen tanto un sostenido despliegue en la Universidad Nacional del Litoral (UNL), como intervenciones concretas en el periodismo y configuran aquello que hemos denominado su construcción identitaria de sujeto escritural (Antequera, 2020: 49). En efecto, esta se forma a partir de fisuras y superposiciones de funciones en el espacio social, de acuerdo a dos principios de diferenciación que organizan el campo del poder como señala el sociólogo Pierre Bourdieu (2008: 69): el capital cultural, entendido como la variable educativa y el capital económico. Como hijo de inmigrantes y como intelectual *del interior*, en este sentido, la función pública –senador, diputado, convencional constituyente y docente universitario– viene a reforzar ese rol de legitimación que además está dado por su labor de periodista, actividad que realizó desde sus 18 años, y que se insertaba en el marco de la expansión significativa del espacio periodístico en la Argentina en el pasaje del siglo XIX al siglo XX. Sin embargo, cabe destacar que Greca no solo trabajó como periodista, sino que además fundó y dirigió diversos medios de comunicación (Antequera, 2020: 60) a lo largo de su vida.

En esta ocasión, queremos detenernos en el carácter inaugural del periódico sanjavierino *El Mocoví* –editado entre el 1 de agosto de 1908 y el 15 de enero de 1909– y que junto a *La pura verdad*² –cuyo primer número se publicó el 18 de noviembre de 1911 y el último (Nº 17) el 23 de abril de 1912– conforman dos de sus pioneras incursiones. De esta manera, podemos destacar que aunque Greca desarrolló toda su labor intelectual desde Rosario, *no se hizo periodista* ni en esa ciudad ni en Santa Fe, sino en su San Javier natal.

En este sentido, las palabras con las que Greca discurre en 1938 sobre Domingo F. Sarmiento en el texto “Sarmiento, periodista y maestro de argentinidad”, podrían aplicárselas a él y a su trayectoria:

[...] su sabio diletantismo, sus libros, sus polémicas, el mismo desorden e improvisación que se advierte en todas sus obras, están señalando al periodista. Sarmiento escritor, tiene un estilo periodístico; se lo nota en la llaneza, en la claridad, en la oportunidad de sus publicaciones, así como en el vivo interés que despertaba en sus contemporáneos. (1938: 141)

Así como Sarmiento dio sus primeros pasos en la vida pública en San Juan y en Chile en el campo del periodismo, Greca los da en San Javier con *El Mocoví*.

De igual forma, en 1914 Greca instituyó el periódico *El paladín del Norte*. En 1915, fundó en la ciudad de Santa Fe *La Palabra* –un diario radical que campeaba entre lo literario y lo político– que es un antecedente directo del actual *El Litoral*. Allí trabajó junto a los militantes

2 El perfil de este último periódico decenal ilustrado estaba contenido en la publicidad que anunciaba su aparición en el mercado: “traerá una abundante información política, caricaturas de actualidad, comentarios sabrosos, notas sociales, impresiones de arte y pocos, muy pocos chismes. Defenderá las buenas causas, fustigará a los engreídos nepotes, denunciará los robos y no callará los crímenes y los fraudes. Intimidaciones de la vida privada no aparecerán en sus columnas”.

radicales y reformistas Alejandro Grüning Rosas, Salvador Caputto, Luis Bonaparte, Horacio Varela y Pablo Vrillaud, entre otros intelectuales relacionados con la creación de la Universidad Nacional del Litoral. Además, Greca fue un asiduo colaborador en diversos medios gráficos de los cuales destacamos el diario *La Capital* de Rosario, fundado a instancias de Ovidio Lagos y Eudoro Carrasco en 1867.

La vigorosa actividad periodística de Greca no ha sido todavía suficientemente aquilatada: en efecto, resulta necesario un estudio detallado de sus contribuciones en la prensa escrita, sus diatribas en torno a las características éticas y morales que debía tener el periodista, así como también auscultar su voluntad fundadora de diversos medios gráficos, los usos específicos que le atribuía a esta labor y los estrechos vínculos entre literatura y periodismo que forjó en su escritura.

El Mocoví, su primera incursión periodística, tuvo una duración de 13 números y una frecuencia quincenal –se publicaba los días 1 y 15 de cada mes– que se sostenía mediante una suscripción mensual por el módico precio de 50 centavos. El área de distribución de *El Mocoví* comprendía los poblados del norte de la provincia de Santa Fe, fundamentalmente San Javier y sus alrededores. El periódico veía la luz en la imprenta El parque de la ciudad de Santa Fe. Greca, además de ser su fundador, aglutinaba en su persona las labores de director, las actividades de administración de la empresa, la contabilidad y la publicidad, la relación con los subscriptores, la impresión de las páginas, la redacción o las propias de cobertura de noticias. Como sucedía muy frecuentemente, las mismas personas se encargaban de diferentes funciones (Gómez, 2008).

Según explica en el primer número un Greca de poco menos de veinte años, la publicación debe su nombre a la legendaria tribu con la que convivió desde su infancia y a la que le dedicaría un sostenido interés a lo largo de su vida, prueba de esto es su novela

Viento norte (1927) (Antequera y Castellino, 2021). Seguramente, en 1904 Greca fue testigo ocular de los fusilamientos perpetrados sobre este pueblo en la última rebelión mocoví, acontecimiento que recreará en 1917 en su ya citado film *El último malón*.

Entre los objetivos de *El Mocoví* se encontraba denunciar las condiciones de vida de los pueblos del norte de la provincia, con epicentro en la localidad sanjavierina: “El ferrocarril, la canalización del río, la sucursal del Banco, los puentes y otras obras que se estudiaron y se encarpetaron ¿las verá algún día San Javier?”, enuncia con fuerza el número 1. Asimismo, desde sus páginas se proponían diversas mejoras urbanísticas: en efecto, se propulsaba el cambio de árboles en la plaza San Martín y en el Paseo Colón de San Javier (N° 1), las obras para evitar las recurrentes inundaciones (N° 2), o bien la construcción de caminos carreteros (N° 3 y 6). Se bregaba también por el mejoramiento del servicio de correos (N° 6), se denunciaba la falta de higiene en la vía pública a causa del deambular de vacas lecheras (N° 6) y se exhortaba al retiro de los cerdos que ensuciaban la plaza (N° 6). Como vemos, *El Mocoví* se constituía en una tribuna que aglutinaba reivindicaciones y desde donde se denunciaba la falta de progreso de las localidades del norte de la provincia. Ya desde su primer número, Greca expresaba abiertamente que no se inmiscuiría en temas políticos y a partir del número 7 lo definió como un “periódico independiente”.

Este periódico funcionaba asimismo como un muestrario de la vida social: además de caracterizar a sus habitantes como poco emprendedores y a San Javier como carente de intelectualidad (N° 4), se pasaba revista a los nacimientos, las defunciones, los casamientos, los conciertos, los visitantes ilustres, los eventos sociales y deportivos y demás avatares –incluidos los robos (N° 3) y los remates de mercadería (N° 7)– que acontecían en San Javier y en algunas localidades cercanas (el pequeño poblado de Helvecia, entre otros). *El Mocoví* daba cuenta de las fuerzas vivas de las sociedades locales e informaba sobre los nuevos profesionales (por ejemplo, la venida de un nuevo farmacéutico a San Javier, N° 2).

A partir del número 2, también tiene lugar la voz de un profesional médico quien aconsejaba sobre diversas temáticas –ligadas al cuidado del niño, por ejemplo– y contribuía económicamente también haciendo publicidad en sus páginas. Por cierto, no faltaban tampoco el humor, las chanzas y los enigmáticos chismes solo para entendidos locales. Algunas de estas bromas, por ejemplo, están dedicadas a las parejas de jóvenes³ y a las mujeres con las que flirteaban los amigos y conocidos del mismo Greca, las cuales eran identificadas con la misteriosa letra del nombre: “Que la señorita C. es muy simpática” (N° 2, 2). Los varones se animaban a través de estas páginas a declararles su interés a las mujeres y el director del periódico se valía de estas confesiones para, jocosidad mediante, reírse de los muchachos. Mención especial merecen las cartas de lectores que establecen un franco diálogo entre la dirección y los destinatarios directos de la publicación, casi todos conocidos entre sí. La publicidad, por su parte, también conseguida como decíamos a instancias del trabajo constante de Greca, consistía en el 50 % del espacio de los trece números de *El Mocoví*.

Aunque en su mayoría las notas están escritas por el director, algunas están firmadas por un genérico “Corresponsal” y otras por Ramón J. Espinosa, secretario de redacción y amigo de Greca. A partir del número 7, sin embargo, se avisa que se tendrán corresponsalías en Helvecia, Saladero San Javier, Romang, Alejandra, Crespo, San Martín Norte, San Justo y Santa Fe.

El periódico se presentaba entonces paralelamente como un órgano de denuncia, una tribuna que canalizaba los reclamos de los pueblos del norte de la provincia de Santa Fe y como un espacio

3 “Sé que los dos se quieren con ardiente amor, que ella es baja y él es bajo, que ella es blanca y él es blanco, que ella lleva la misma inicial que él en el apellido, que los dos demuestran ante los demás que mucho se aman y sé (y esto pocos lo saben) que pronto unirán sus destinos para siempre” (N° 7).

que recogía la vida social local. Aunque conviene apuntar que las páginas de *El Mocoví* contienen las primeras incursiones literarias de Greca, fundamentalmente, relatos breves firmados, que giran en torno a diversos tópicos: el miedo, la franqueza (Nº 2), o bien, el amor. Son las inaugurales pinceladas de un joven que buscaba socializar su producción escrituraria y que bregaba por constituir un nombre propio de autor.

Sin embargo, es quizás en el número 5 donde se ven condensados más cabalmente sus objetivos con *El Mocoví*:

En un periódico debe reflejarse toda la vida de un pueblo como parte de su literatura, la más popular de todas, en él debe ir desde la más vulgar noticia, desde el más simple se dice, hasta la más profunda concepción filosófica, hasta la más genial teoría científica. Un periódico debe ser un paladín en la lucha por los intereses del pueblo, debe ser un centinela avanzado de sus progresos, un vivo reflejo de la agrupación o partido que defiende.

El mocoví es un defensor de un pueblo manso donde la franca oposición como la franca adhesión al gobierno es nula, de un pueblo indiferente. El mocoví no puede pues iniciarse en una lucha en la que se vería completamente aislado sin el apoyo de alguien o con el apoyo de unos pocos. Verdaderamente sería un gesto bello, un gesto grandioso, ver la testa erguida de tres o cuatro jóvenes rebeldes que, por medio de la prensa, lanzan sus gritos de protesta, pero confesémoslo también sería un gesto estéril. Y confesémoslo, en San Javier hay muy pocos pechos suficientemente fuertes para recibir una saeta, una saeta templada en las aguas fuertes del periodismo.

A más si reina aquí no ya el amor, por lo menos la estimación y el respeto ¿para qué procurar destruirlo? En el cerebro que dirige esta pluma, bullen las ideas más revolucionarias del siglo, pero cree que la fuerza de los grandes principios está en la oportunidad. Y cree que la oportunidad de lanzarlas, como llama regeneradora entre esta multitud no ha llegado aún y espera pues con la paciencia de los hombres de carácter, porque la hora tiene que llegar y más pronto de lo que muchos piensen.

El tono beligerante con el que comenzaba cada número se emparenta con otra iniciativa periodística que tuvo lugar en su vida de estudiante universitario de Derecho en La Plata, apenas algunos años más tarde. En esa misma ciudad publicó *Lepra (Panfleto de combate)* (1912), cuya tapa contiene la frase del incansable polemista y periodista francoespañol Luis Bonafoux: “Yo soy yo. No lo que los otros quieren que sea”. En una suerte de querer guardarse un lugar en el linaje de los polemistas y contestatarios, sostuvo desde estas páginas una posición de enfrentamiento en relación al clericalismo y una fuerte aversión a la corrupción del periodismo: en una profusión de apasionados pensamientos combativos ejerció sus denuncias contra estos dos males. Cabe destacar que en este período de juventud y temprana vida universitaria se encontraba más ligado ideológicamente al socialismo. De igual forma, son objeto de las líneas de *Lepra*, la vida en Santa Fe, que define como ciudad conventual en donde se percibe a sí mismo como factor eficiente de progreso. También discurre sobre su incipiente participación política partidaria y hace referencia a su rol como intelectual:

Pensar con libertad, sin que dogmas de ninguna clase perturben mi cabeza, defender las buenas causas, ser como Quijote, partidario de los débiles, los pobres, los desamparados, desear para el pueblo una instrucción vasta y libre, exigir franqueza y honradez en los amigos y energía y rectitud en los gobiernos. He ahí mis crímenes. (1912: 9)

Este panfleto contiene asimismo cartas ya publicadas en algunos medios gráficos y está compuesto por diversas exhortaciones al lector. Resulta interesante que, en la contratapa, Greca incluyó un listado de obras en preparación, denominadas *panfletos*, conteniendo los siguientes títulos: *El sacristán y su escudero*, *Apoteosis del sacristán*, *Las cloacas máximas del periodismo*. Finalmente, estas no se escribieron o se perdieron. El escritor no hace mención a las mismas años más tarde. Algo similar aconteció con *Rivadavia socialista. Estudio crítico de las leyes agrarias de los años 1822 y 1826* y *Breviario de belleza, amor y verdad*, aunque este último fue publicado fragmentariamente en *Sinfonía del cielo y Lágrimas negras*, ambos de 1910 (Antequera, 2020).

Un archivo no es un hecho dado o un lugar físico, sino fundamentalmente una construcción sintáctica, simbólica e ideológica. Los documentos, las intervenciones, las entrevistas, los relatos que conforman el archivo literario y periodístico de *El Mocoví*, además de registrar la subjetividad moderna del propio Greca, son una herramienta en un repertorio más amplio y exhaustivo de un conjunto cultural y social aún no cabalmente explorado.

El poeta Saraví entre *vecindades*

El corpus de colaboraciones periodísticas de Guillermo Saraví constituye la fuente a partir de la cual es posible reconstruir no solo el circuito de reconocimiento en torno a su figura y proyecto creador, sino también, y principalmente, las coordenadas de su itinerario.

Guillermo César Saraví, hijo del médico-químico Alberto Saraví y Dominga López Souza, nació el 11 de agosto de 1899 en Paraná, capital de la provincia de Entre Ríos. Fue poeta, periodista, ocasional docente, archivero e historiador autodidacta. Cercano a la Unión Cívica Radical entrerriana –filiación que comparte parcialmente con Greca– también ocupó cargos en la administración pública y fue director del Archivo General de la provincia (como sucesor de Joaquín Castellanos) durante veintisiete años. Falleció en su ciudad natal, el 31 de diciembre de 1965.

Si bien podemos afirmar que la diversidad de oficios que se entrama en la vida de Saraví se encuentra amalgamada por el deseo fundamental de ser un *hombre de letras* (Goloboff, 2014), resulta necesario señalar la voluntad de ser, ante todo, un gran poeta. Entre el hombre de letras y el poeta, el propio Saraví se define entre *vecindades* (Saraví, 1938). En este sentido, su capital simbólico se forja en un proceso donde su origen provinciano, y más específicamente entrerriano y federal, se jerarquiza como un valor intelectual y literario.

Partimos de lo que a las claras significó una legitimación cultural y, consecuentemente, la atribución del mote de *poeta laureado*: en mayo de 1921, obtuvo el máximo galardón en los Juegos Florales de Paraná, organizados por la Asociación hispano-argentina Pro Educación y Arte. Este evento consagrador le dio relevancia al poeta dentro de cierta élite social y política de la época (Ferreyra Cuesta, 2012) y supuso no solo el reconocimiento por parte de la comunidad y las autoridades académicas que ocuparon el rol de jurado –entre los que se encontraba Maximio S. Victoria, director de la Escuela Normal de Profesores de Paraná–, sino también el acceso a varios medios periodísticos del país.

Ya desde mediados de la década del 10, el poeta colaboraba en varios medios locales, como *La voz de Crespo*, *El Entre Ríos*, *El Día*, *El Tábano*, la revista *Vida* y principalmente en *El Diario* de Paraná, así como también en algunos medios gráficos nacionales como *La Vanguardia* de Buenos Aires y las revistas *Caras y Caretas*, *Atlántida* y *Mundo Argentino* (a las que accedió por intermedio de Juan José de Soiza Reilly y por el impulso de Pedro E. Martínez, rector de la UNL, y quien fuera docente de Saraví durante su incursión en el profesorado de Filosofía y Letras de Paraná, convirtiéndose a partir de entonces en amigo y mecenas). Sin embargo, el impacto que tuvo el suceso consagrador del 21, repercutiendo de manera inmediata en el diario *Santa Fe* de la provincia vecina, resulta clave para pensar su itinerario, puesto que a partir de entonces empezó una suerte de *gira poética*, como consta en las notas de la “Vida social” que ofrece *El Diario*, con la que fue adquiriendo mayor notoriedad. El periódico y el teatro se convierten, de este modo, en los dos espacios privilegiados donde comienza su carrera literaria.

Entre 1923 y 1924, después de pasar una temporada en Rosario y ya radicado en la ciudad de Córdoba capital, integró la redacción de *La Voz del Interior*. En ese mismo período formó parte del grupo de colaboradores de *Prometeo* –revista paranaense de ciencias, letras y crítica universitaria que nucleaba a intelectuales como Conrado Nalé Roxlo, Ricardo Rojas, Alfonsina Storni, Antonio Leonhardt,

entre otros– y comenzó a recibir comentarios elogiosos sobre su producción poética, sin tener todavía un volumen de versos editado⁴. En este sentido, las valoraciones de otros intelectuales le conceden legitimidad al poeta y contribuyen a una mayor inserción en los ámbitos periodísticos.

Reinstalado en Paraná hacia 1925, luego de ejercer fugazmente la docencia en la Escuela Normal de Posadas, se incorporó a la redacción de *El Diario*, medio de la Unión Cívica Radical, pero también a la redacción de *La Acción*, que respondía al clero, y escribió para *La Mañana*, el periódico de los conservadores. “En la tierra no hay nada tan propenso a las efusiones cordiales como el alma de las redacciones” (Saraví, 1942), escribió el poeta, y entre ellas, justamente, la de *El Diario* con su bohemia, resultó fundamental. Allí no solo aprendió el oficio del periodismo, sino que también pudo establecer fuertes vinculaciones con las personalidades del núcleo político de la época: Eduardo Laurencena, Luis L. Etchevehere, Herminio J. Quirós y Eduardo Tibiletti, solo por nombrar a los que desempeñaron relevantes roles políticos, incluso como gobernadores.

Como intelectual liberal, trabó fuertes vínculos con militantes del radicalismo y luego del peronismo, aunque nunca se definió partidariamente de manera irreductible. En 1925 publicó su libro de poesía *Hierro, seda y cristal* y, en 1928, hace lo propio con *Numen Montaraz*. Es entonces cuando Enrique Méndez Calzada lo convoca para colaborar en el suplemento cultural de *La Nación*. Este nuevo alcance, en términos de visibilidad y circulación, articulado con comentarios de distintos medios porteños sobre sus libros de versos, acrecentó el interés sobre su figura.

4 En el mismo año de 1923, Soiza Reilly definía al joven entrerriano como un “soñador que llegará a tener discursos oficiales, lluvias de laurel y lágrimas de cocodrilo” (Soiza Reilly, 1923) y desde *Prometeo* se comentaba que “entre los líricos jóvenes de Entre Ríos, Saraví es uno de los mejores dotados y sin duda el de más abundante vena” (Vázquez Cey, 1923).

Después de entregar a la prensa el volumen de poesías titulado *El Supremo entrerriano* en 1929, el 24 junio de ese mismo año Saraví participó, junto a Pedro Miguel Obligado, en un recital poético organizado por el Círculo de Damas Entrerrianas que se llevó a cabo en el Teatro Odeón de Buenos Aires. La recepción favorable del evento, reflejada en una crónica del 26 de junio de *La Nación*, auspició una invitación formal para que el poeta no solo integrara la redacción del diario, sino que también considerara residir en Buenos Aires. Sin embargo, como apunta quien fuera su esposa, María Palacios, debido a “razones particulares que hirieron su susceptibilidad” (Palacios, s/f) rechazó rotundamente los ofrecimientos.

De regreso a Paraná fue nombrado secretario de redacción en *El Diario*, cargo que ocupó hasta principios de 1930, cuando renunció el director Ernesto Sanmartino. Posteriormente se instaló en Paysandú, Uruguay, incorporándose como jefe de redacción en el diario *El Nacional* de dicha ciudad. En relación con su rechazo a permanecer en Buenos Aires, esta decisión acentúa una consideración que hace tanto a la construcción del sujeto escritural como a su tipificación autoral, y que registramos en una carta dirigida al poeta uruguayo Fernán Silva Valdés, fechada el 18 de agosto de 1928. Allí Saraví se refiere a *La Nación* como un medio “hostil para mi provincia y sus cosas” y afirma que “la capital espiritual de los entrerrianos está más bien en ese Montevideo fuerte y valioso [...] que en la calle Florida”.

Esta posición de sesgo federal es una marca visible en las distintas colaboraciones que el poeta realiza, tanto en el verso como en la prosa, entre las que podemos citar, por ejemplo, los textos poéticos publicados en *Mundo Argentino* entre 1928 y 1929, y el artículo “Daniel Elías, el poeta de mi cuchilla y de mi selva” (Nº II, revista *Orientación*, 1929, dirigida por Bernardo González Arrilli).

Un nuevo regreso a Paraná, la publicación de su quinto volumen poético titulado *Selva sonora* (1932) y la designación como director

del Archivo Histórico-Administrativo de la provincia, por decisión del entonces gobernador Luis L. Etchevehere, son también puntos centrales en su itinerario intelectual. En ese contexto, sus colaboraciones periodísticas fueron circunscribiéndose cada vez más a la prensa local, sobre todo a *El Diario*, donde publicó una serie de artículos misceláneos y textos vinculados a su tarea en el Archivo.

Balance provisorio

En el orden de la cultura escrita de comienzos del siglo XX –un campo más amplio que exclusivamente el del registro literario–, recuperar e investigar en periódicos y revistas de la época amplían el acceso a las trayectorias intelectuales de Greca y Saraví. Sus intervenciones ofrecen nuevos diálogos entre materiales heteróclitos y contribuyen a ampliar los márgenes de esa misma cultura letrada y de los roles intelectuales de quienes la integraron.

Los archivos contruidos a partir de la compulsión en periódicos provinciales, regionales o locales de comienzos del siglo XX permiten una relectura de la producción de juventud de escritores que los utilizaron: primero, como laboratorio de exploraciones formales y temáticas; segundo, como espacio denunciante ejerciendo un rol más definido en lo político y, en una tercera instancia, como circuito legitimante de la práctica literaria –de hecho, parte significativa de sus obras fue primero publicada en estos espacios–.

Tanto Greca como Saraví proyectan una línea común: ambos escritores practican el periodismo como forma de legitimación. Un gesto en el que se destaca una cierta resistencia: optan por residir en ciudades del interior y no desde la centralidad hegemónica de Buenos Aires. Aunque las dos ciudades elegidas a lo largo de sus vidas –Rosario y Paraná, respectivamente– acreditan un desarrollo de empresas periodísticas de jerarquía y continuidad en el tiempo, con un alcance que supera el mero localismo o una tirada reducida.

No se trata del periodismo como activismo panfletario político, sino que se comprende como una empresa moderna de la transmisión de ideas y de la lucha política. Hay un sentido abarcador comercial y publicista además de las notas de información y los espacios propios que se persiguen para publicar poesía o relatos. En relación con las funcionalidades, Greca funda y colabora en distintas empresas; Saraví es, en cambio, un colaborador-invitado en diversos medios, incluso en medios de programas e idearios antagónicos.

Greca y Saraví comparten las simpatías por la Unión Cívica Radical, aunque con matices diferenciados: mientras el primero sufre encarcelaciones por su militancia (1930), el segundo ingresa al funcionariado provincial gracias a sus contactos partidarios (1932).

En las estribaciones del modernismo finisecular argentino, intelectuales como ellos propician trayectos inaugurales en los cuales la literatura se aloja y se legitima en el formato periodístico, al mismo tiempo que lo acrecienta y prestigia como una zona de la letra escrita.

Bibliografía

Fuentes

El Mocoví (1908–1909). Santa Fe, Imprenta El parque.

Greca, A. (1912). *Lepra. (Panfleto de combate)*. Santa Fe, Éxito.

---. (1927). *Viento norte. Novela del norte santafesino*. Rosario, Inca.

---. (1938). “Sarmiento, periodista y maestro de argentinidad”. En AAVV. *Sarmiento: homenaje al quincuagésimo año de su muerte. 1811–1888*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 139-148.

Saraví, G. (1928). “Carta a Fernán Silva Valdés”. En AAVV. (1998). *Querido amigo y poeta*. Montevideo, Ediciones de La Plaza.

---. (1938). “Carpeta de Archivero: a modo de introducción”. *El Diario de Paraná*, 3 de abril.

Crítica

Andreeto, M. A. (1997). “Presencia del poeta Guillermo Saraví”. *El Diario de Paraná*, 28 de diciembre.

Antelo, R. (2011). “Dispositivos e interpelaciones”. En R. Antelo y L. Reales (Comp.). *Argentina, tempo, texto, movimiento*. Santa Catarina, Letras contemporáneas, 271-292.

- . (2021). “El archivo aturdicto”. En Goldchluk, G. y Ennis, J. (Coords.) (2021). *Las lenguas del archivo: Filologías para el siglo XXI*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 39-73. Disponible en línea: <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/174>
- Antequera, M. F. (2020). *Alcides Greca. El viaje de la escritura y la escritura del viaje*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.
- Antequera, M. F. y Castellino, M. E. (2021). “Representaciones del indígena en las primeras décadas del siglo XX: Alcides Greca y Fausto Burgos”. En H. B. Molina; M. E. Castellino; F. Varela (Comps.): *Literatura y Regionalidades*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 35-27.
- Auza, N. (1999). *La literatura periodística porteña del siglo XIX. De caseros a la organización nacional*. Buenos Aires, Confluencia.
- Bocco, A. (2004) *Literatura y periodismo. Tensiones e interpenetraciones en la conformación de la literatura argentina*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Bourdieu, P. (1997). *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama.
- Chartier, R. (1993). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza.
- Cheín, D. J. (2010). “Montaje y desmontaje del sujeto en la escritura nativista. Articulación del capital simbólico de Rafael Obligado en el campo literario argentino”. En *Crítica*. Disponible en línea: https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/19573/CONICET_Digital_Nro.20075.pdf?sequence=2&isAllowed=y

- Diego, J. L. de et al. (2006). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880–2000)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Derrida, J. (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid, Trotta.
- Díaz, C. (2012). *Comunicación y Revolución (1759-1810)*. La Plata, Universidad Nacional de la Plata.
- Didi-Huberman, G. (2021). “El archivo arde”. En Goldchluk, G. y Ennis, J. (Coords.) (2021). *Las lenguas del archivo: Filologías para el siglo XXI (15-38)*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en línea: <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/174>
- Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Valencia, Alfons el Magnànim.
- Ferreya Cuesta, C. (2012). “Los juegos florales como forma de integración social en España y Argentina (1859-1910)”. *Ayer*, N° 86, 143-167.
- Foucault, M. (1979). *La arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Goloboff, M. (2014). *Leer a Cortázar*. Buenos Aires, Continente.
- Gómez, H. E. (2008). “Los diarios como espacios públicos: La Prensa en la vida social de Buenos Aires a comienzos del siglo XX”. *Intersecciones en Antropología*, N° 9, 261-274.
- Martín Barbero, J. y Rey, G. (1999). *Los ejercicios del ver: hegemonía audiovisual y ficción televisiva*. Barcelona, Gedisa.

- Palacios, M. (S/f) *Guillermo Saraví: datos biográficos*. Inédito.
- Risco, A. M. (2011). “Entre el folletín y el canto a la Patria. El valor de lo histórico y de lo literario en los diarios tucumanos *El Orden* y *La Gaceta* a principios del siglo XX”. *Perífrasis*, N° 2, 7-21.
- Rivera, J. (1990) *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires, CEAL.
- Rosa, C. (2013). “Estrategias de posicionamiento de Carlos Mastronardi en el sistema literario argentino”. *Ciencia, docencia y tecnología*, N° 43.
- Saítta, S. (1998). *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Sarlo, B. (1988). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Soiza Reilly, J. J. (1923). “De la bohemia artística”. *Atlántida*, N° 256.
- Vázquez Cey, A. (1923). “El poeta Guillermo Saraví”. *Prometeo*, N° 29.

Literatura y periodismo en Alberto Gerchunoff: “compromiso” y verborragia

Alfonsina Kohan

Universidad Autónoma de Entre Ríos

En *El País* me hice efectivamente periodista [...].
Era yo entonces crítico literario de *La Nación* [...].
Así he llegado a ser periodista, después de haber
errado de lugar en lugar, de oficio en oficio...

Alberto Gerchunoff, *Autobiografía*.

De niño inmigrante a escritor prolífico

De los muchos oficios que se conocen de Alberto Gerchunoff (Proskurof, 1884 [1883]¹ – Buenos Aires, 1950) sin dudas sobresalen los de escritor y periodista. Este inmigrante, nacionalizado argentino por elección a los catorce años, es recordado por su ópera prima *Los gauchos judíos* (1910); sin embargo, esta es solo una parte de su vasta producción literaria y periodística. Desde 1901 y hasta su muerte, colabora y publica en diarios y revistas destacados de la cultura nacional y hasta ejerce la dirección de uno de ellos, tal es el caso del diario *El Mundo* de Tucumán del que además es cofundador. Los más de mil quinientos textos periodísticos que publica dan cuenta

¹ Su pasaporte señalaba como fecha de nacimiento el 1° de enero de 1883 pero su madre aseguraba que había nacido un año más tarde.

de su posicionamiento ideológico comprometido² en favor de la justicia, la igualdad y la emancipación; se trata de artículos que en reiteradas ocasiones mixturán aspectos sociales desde una mirada crítica con segmentos literarios.

Su obra ficcional, menos extensa, tiene la misma potencia y revela a un intelectual autodidacta, hispanista, ávido lector y, al mismo tiempo, a un escritor convencido de que Argentina es la nación donde todos los hombres y mujeres de diversos credos y razas pueden convivir armónicamente. En este país escribe sobre numerosas temáticas y lo hace desde el humor, la ironía, pero también desde la tristeza y la emoción. Con elocuencia polemiza o denuncia los acontecimientos más destacados de su tiempo.

Alberto Gerchunoff fue un hombre de carácter mordaz y crítico, de humor ácido –rasgo muy judío, por cierto–; según Manuel Gálvez declamaba en forma verborrágica y escatológica. Ostentaba una postura tan esperanzada que, muchas veces, lo hacía parecerse a un niño. Ávido en todo, vehemente como si quisiera comerse el mundo, lograr cada propósito, superarlo todo. Quizá el pasado de sufrimiento y frustración lo llevara a proponerse ser un hombre culto, no dudó jamás en cultivar relaciones de amistad y camaradería en los círculos intelectuales. Su vida puede definirse en términos de voracidad, escribía mucho, leía mucho, comía y fumaba mucho, trasnochaba mucho y hablaba mucho, a tal punto que nunca más se mantuvo en silencio. (Kohan, 2019: 12)

2 Se utiliza la idea de compromiso –a pesar de su anacronismo y de tratarse de un término muy marcado en relación con el pensamiento sartreano más próximo a mediados del siglo XX–, ya que es posible emplearlo con sus cauciones para hablar del posicionamiento permanente de Gerchunoff en torno a preocupaciones políticas, ideológicas y sociales tanto nacionales como internacionales. El término “verborragia” no se utiliza en este trabajo en tanto concepto, sino como un modo de referir a la vastedad de la producción y temáticas que Alberto Gerchunoff abordó a lo largo de su obra tanto literaria como periodística.

En tal sentido, desde un particular discurso en el que pone en diálogo la ironía, un profundo conocimiento de su época histórica, de los sucesos del mundo, de las problemáticas sociales, de los debates políticos y de la cultura en general, escribe sin cesar. Con locuacidad y sin pausa, habla de cada tema punzante que se vive en Argentina y en el globo. Desde que adquiere la lengua castellana, no se detiene, en una suerte de intento por decirlo todo. Solo ante la represión del gobierno irigoyenista y los marcados sucesos antisemitas en la Semana Trágica³ guarda silencio, como si el espanto lo hubiese dejado mudo.

Escribe sin descanso hasta su muerte en 1950, por ello resulta notable su trayectoria intelectual que manifiesta un diálogo permanente entre su producción literaria y su obra periodística, las que dan cuenta de su posicionamiento social e ideológico, sus inquietudes estéticas y literarias, y de su postura irónica y mordaz que se hace palpable en las polémicas que sostiene con otros intelectuales, escritores y políticos.

El oficio de tejer y el deseo de escribir

Su nombre era Abraham ben Gershon Gerchunoff y había nacido en una pequeña aldea llamada Proskurof, en las cercanías de Kamenetz Podolsk, capital de la región de Podolia, en la Ucrania zarista. A los siete años llega con su familia a Argentina en uno de los tantos barcos que traen esperanzados inmigrantes al país. En el nuevo suelo es rebautizado Alberto y con el nombre llegan también

3 A partir de la huelga obrera en diciembre de 1918, se desató una violenta represión ordenada por el presidente Hipólito Irigoyen y comandada por el general Dellepiane. Se produjo en enero de 1919 y más de setenta judíos fueron perseguidos, golpeados, torturados en las comisarías y en las calles a manos de la policía, el ejército y civiles armados agrupados en la llamada “Liga Patriótica”.

una nueva lengua –el castellano que irá progresivamente ganando terreno a su idish⁴ natal– y una cultura diferente en una sociedad que adoptará como propia.

La familia experimenta traslados por diversos lugares, primero Moisés Ville en Santa Fe, luego Colonia Rajil en Entre Ríos y, finalmente, se asienta en Buenos Aires.

Solo dos años puede asistir a instituciones educativas formales, ya que debe abandonar el colegio por la necesidad de trabajar; aun así, en estas condiciones, nunca deja de estudiar e intentar aprender de manera autodidacta, comprometida, casi irreverente.

Su primera escuela fue en la colonia judía de Entre Ríos, junto a un maestro francés:

En las zonas donde se asentó la comunidad judía, tales como Rajil, no había escuelas. El barón de Hirsch se ocupó de conseguir docentes que hablaran castellano dado que consideraba esencial el aprendizaje de la lengua en la formación de los niños para que pudiesen ser ciudadanos argentinos con todas las letras. La Jewish Colonization Association J. C. A envió maestros formados en París para esta tarea, tal es el caso de Joseph Sabah quien organizó escuelas en Entre Ríos, recorrió las colonias y censó a todos los niños en edad escolar. La escuela de Colonia Clara estaba a diez kilómetros de Rajil y los pequeños iban caminando. Allí comenzó la educación formal de Alberto Gerchunoff y su fascinación por aprender hebreo, castellano, judeoespañol o ladino que hablaba el profesor Sabah, relatos bíblicos mixturados con leyendas de gauchos, gramática, aritmética e historia judía. (Kohan, 2019: 11)

4 Lengua perteneciente a las comunidades judías asquenazíes de Europa que mixtura la sintaxis del hebreo y el alemán.

La segunda es el Colegio Nacional de Buenos Aires. Para el ingreso pasa muchas horas estudiando tras una larga jornada laboral, hasta que su madre apaga la vela y lo obliga a dormir. Comienza a cursar pero no puede dejar de trabajar, lo que resulta agotador, ya que su jornada laboral se extiende entre las seis y las diez de la mañana, de allí al colegio hasta las dieciséis, para regresar al taller hasta las veinte, cuando por fin vuelve a su casa para estudiar. Trabaja toda su vida, primero en las colonias agrícolas de Entre Ríos, luego en la capital donde es, como lo llama Mónica Szurmuk, un niño proletario (2018: 63).

Comienza en una panadería amasando pan ácimo para *Pesaj*⁵ por treinta centavos al día, casi inmediatamente ingresa a un taller mecánico para cepillar bronce en una pileta de cal que luego lava en lejía, lo que provoca intensas quemaduras en sus manos. Posteriormente, entra a una cigarrería por quince pesos al mes más el almuerzo en jornadas de doce horas. Hasta que llega un trabajo que lo apasiona, el de pasamanero, allí hila, tiñe y teje diestramente las telas. Diseña sobre ellas historias que hila aún antes de convertirse en periodista y escritor.

Su infancia, como la de muchos hijos de la clase obrera, está atravesada por situaciones de vida muy difíciles, él y su familia viven en piezas de conventillos entre el hacinamiento y la escasa higiene; y muchos niños, como Alberto Gerchunoff, son explotados bajo el nombre de “aprendices” en jornadas interminables de trabajo y en condiciones permanentes de inseguridad. En su “Autobiografía”, escrita en París en 1914 y publicada póstumamente en noviembre de 1950, afirma:

Conseguí ser, en suma, un discreto obrero [...]. De noche, estudiaba. Un amigo me enseñaba gramática, historia, ciencias. Un compañero del taller, asturiano magro y decididor, me inició en la lectura de Don Quijote, que desde entonces amo con amor exclusivo y profundo.

5 Festividad judía que conmemora la liberación del pueblo de la esclavitud en Egipto. *Pesaj* puede traducirse como pasaje.

Mis aspiraciones ya no eran de simple obrero. Soñaba con Metodizar⁶ mis estudios, dar examen en el Colegio Nacional, acariciaba la gloria del doctorado posible. Terminaba la jornada en la fábrica y empezaba con los libros, mezclando a los áridos textos las lecturas codiciadas, mi *Quijote*, *Las mil y una noches*, las novelas de Hugo. (2015: 16)

Ávido lector, entusiasta aprendiz, inquieto por conocer el mundo y la cultura, Gerchunoff frecuenta bibliotecas y devora libros con inagotable pasión y ansias de saber. Asiduo concurrente a la Biblioteca Nacional y a la del Centro Socialista, a conferencias públicas, empieza a vincularse con escritores y periodistas y a entablar relaciones con la bohemia porteña.

A los trece años, en el Centro Socialista, conoce a Roberto J. Payró, quien lo sorprende con su energía y su conversación. Al salir, el escritor lleva consigo a la redacción del diario *La Nación* y, desde entonces, son inseparables. Payró se convierte en una especie de padre literario, guía y puerta de acceso a diversos contactos del mundo de la cultura y la intelectualidad de la época.

Trabajo periodístico y devenir literario

Es adolescente cuando publica sus primeros artículos periodísticos, donde representa la vida en el campo entrerriano, en el marco de la reflexión sobre la esencia de lo argentino, a partir del auge del nacionalismo que implicaban los cien años de la Revolución de Mayo. Con esa visión esencialista del sistema literario nacional en el período de constitución del Estado-Nación, surge su producción periodística, primero, y luego la obra literaria, casi como una consecuencia.

6 Con mayúscula en el original.

Se trata de una narrativa donde el inmigrante está representado no como aquel que busca riquezas o provecho –similar a Genaro de *En la sangre* de Eugenio Cambaceres–, sino como el que anhela ser libre, trabajar la tierra, ser aceptado como igual. Esos relatos, recogidos años más tarde en *Los gauchos judíos* (1910), ponen en contacto los orígenes y el destino, son la representación de una necesidad de desarrollarse como pueblo, como paisanos en una nueva “tierra prometida”, en una patria sin persecuciones. Perla Sneh considera que *Los gauchos...* oficia de vía de acceso de la comunidad judía a una sociedad no siempre hospitalaria” (2007: 11). Así se puede observar en el relato “El médico milagroso”, donde se muestra una armoniosa integración de razas. Inspirado en un referente real, el Doctor Yarcho es representado en el texto de Gerchunoff como un viejo médico judío que disfruta de un jerez –obsequio de un cura de Concordia– con el que convida a un paciente siguiendo todos los ritos judíos para bendecir la bebida. En esa ceremonia y en toda la escena se hace evidente y palpable la fluida relación entre el paisaje, los criollos e inmigrantes:

—Déjese de bromas, doctor. Es una lástima que no se vaya a Buenos Aires. Por lo menos, váyase a Paraná. Al año lo hacen diputado.
— ¿De veras? [...] Pensaba ir la semana próxima a la ciudad, pero con esa noticia no me animo. [...] En Buenos Aires y en Paraná los hombres sufren, se fatigan, se desesperan, padecen dolores que se inventan [...]. Aquí, en las mañanas, con mi libro en las rodillas, bajo el paraíso en que se posa la calandria (yo me tuteo con las calandrias), paso horas, si los enfermos lo permiten, que no conocen los profesores de la capital. ¿No le entretienen las abejas? (Gerchunoff, 2009: 111)

Esa mixtura y armonía entre razas es antinómica a algunas reflexiones previas de Gerchunoff en la prensa nacional, tal como puede leerse en su artículo “Los judíos”, publicado en el diario *La Nación* el 2 de mayo de 1906. Allí manifiesta una clara preocupación ante la

persecución y la discriminación del pueblo judío, en la que puede advertirse una profunda ambición de asimilación cultural y racial:

¿Por qué? Se odia al judío [...] ¿Existirá alguna condición de superioridad en esta raza, alguna fuerza oculta y eximia que atrae el odio de los siglos y de las demás razas, sobre ese pobre montón de carne sufriente hundida en la noche del *ghetto*, cantando la historia de Job, su símbolo? A ciertas preguntas el cielo permanece sordo, dice un refrán aldeano. En estos tiempos, llamados luminosos por la oratoria liberal, se canta á la fraternidad, á la concordia de los hombres, al amor que siembra en su ruta el progreso... (Gerchunoff, *La Nación*, 2 de mayo de 1906)⁷

La cita precedente permite desmenuzar una serie de posicionamientos de Alberto Gerchunoff ante la discriminación y la xenofobia. El texto versa sobre una Europa hostil e implacable para el pueblo hebreo, en contraposición a una Argentina que invita a la libertad, a la paz y la concordia entre diferentes razas, credos y lenguas. Problemática que retomará una y otra vez en su escritura periodística.

En este sentido, Leonardo Senkman revisa la inserción de Gerchunoff en la intelectualidad argentina del 900, a partir de lo que identifica como una producción que pone en diálogo lo americano y lo europeo, dando lugar a lo que denomina una interculturalidad⁸.

Si bien es reconocido por *Los gauchos judíos*, esta obra es solo una porción pequeña de su vasta producción literaria⁹ y periodística. Colabora, crea, publica y dirige importantes diarios y revistas.

7 Se ha respetado la grafía del original.

8 Senkman considera que la primera etapa de la escritura de Gerchunoff es criollista con una notable influencia del hispanismo a partir, fundamentalmente, de la lectura de la obra de Cervantes.

9 El periodo que transcurre entre 1920 y 1927 es el de su más prolífica acción como escritor, publica *La jofaina maravillosa: agenda cervantina*

Desde 1901, escribe para *El Herald*, *El siglo* y redacta notas culturales para el periódico *Sarmiento*. En 1903 comienza a dirigir *El Censor* de Rosario, labor que desempeña por un breve periodo pues, como asegura en un testimonio que recoge Ricardo Feierstein:

No conocía el manejo de un diario y el trabajo me costó familiarizarme con la técnica elemental. El Censor era un diario de oposición y mis artículos, violentos como los de todo debutante, promovieron en aquella ciudad tal cual pequeño escándalo, lo suficiente para matricularme entre los hombres de prensa. El periódico se clausuró y volví a Buenos Aires, armado ya de cierta preparación profesional. (2013: 102)

En 1905 escribe para *El Argentino* de Chascomús, diario en el que publica a propósito de la muerte de Miguel Cané, –acérrimo promotor de la “Ley de Residencia”–, un artículo titulado “Al fin solos”, allí critica al defensor de la expulsión de los inmigrantes del territorio nacional.

Por la misma época colabora con *El País*, *La Razón*, y en 1908, Roberto J. Payró lo lleva a *La Nación*, diario en el que trabaja hasta el final de sus días, con dos muy breves períodos de interrupción: los siete meses en que vive en Tucumán y dirige *El Mundo*, sumado a algunas cortas estancias como corresponsal en el extranjero.

(1922) –reeditada un año más tarde y en 1938–, *La asamblea de la buhardilla* (1925), *Historias de proezas y de amor*, *El hombre que habló en la Sorbona y Pequeñas prosas* (1926), *Enrique Heine: el poeta de nuestra intimidad* (1927). Posteriormente aparecerán *Los amores de Baruj Spinoza* (1932), *El hombre importante* (1934), se reedita por primera vez, una versión ampliada de *Los gauchos judíos* (1936), *La clínica del doctor Mefistófeles: moderna milagrería en diez jornadas* (1937), *Retorno a Don Quijote* (1950). Otros títulos importantes de mencionar son *Nuestro Señor Don Quijote* (1913), *Cuentos de ayer* (1919), *Entre Ríos, mi país* (1950), *El Pino y La Palmera* (1952) y la ya citada *Autobiografía* (1914).

En noviembre de 1928 deja Tucumán y regresa a *La Nación*:

[...] diario que fue central para su desarrollo intelectual de periodista y escritor, pero también para su transcurrir cultural y político. Además, claro está, de los viajes y relaciones notables que logró con su tarea de corresponsal por el mundo. En ese lugar encontraría un nuevo gran amigo, Manuel Mujica Láinez, “Manucho”, quien entró a trabajar al diario en 1932 y que lo recordara con voz de campana, casi rabínica, prácticamente un cocinero de las palabras¹⁰. Se hicieron inseparables tanto que los llamaron “el matrimonio de *La Nación*”. (Kohan, 2019: 18)

También participa en la publicación socialista *La vanguardia* y cofunda la revista *Ideas* en 1903. Publica en *El orden*, es redactor de *Monitor de la Educación Común*, colabora con *La Mañana*, *Nosotros*, *La Nota*, *Repertorio Americano*, *Vida nuestra* (revista que surge en medio de la shoah y frente a la indiferencia del gobierno nacional).

En 1914 aparece en *Juventud* “La visita”, un relato que había sido incluido en 1910 en *Los gauchos judíos*:

La estancia de don Estanislao Benítez quedaba cerca de Rajil. Más allá del potrero, hacia la estación Las Moscas, su campo se extendía surcado de arroyos y manchado de cardales. En el punto más alto, la rala arboleda sombreaba un espacio en cuyo centro elevábase el caserón solariego del viejo criollo, de los más viejos del pago, amigo de Urquiza y compadre ‘ño Crispín (t). [en el original se lee en nota al pie: (t) El célebre caudillo de Villaguay, don Crispín Velázquez.] Era don Estanislao una de las figuras más típicas de la colonia. Leyendas heroicas celebraban su arrojo, y si su lanza fué de las más bravas en los entreveros sangrientos de antaño, en su ancianidad gloriosa continuaba siendo el más temerario en los rodeos y en

¹⁰ Información que puede leerse en: Mujica Láinez, Manuel (febrero de 1955): “Saludo a Alberto Gerchunoff”, *Atlántida*, año 379, N° 1056: 45.

las domas. Como don Remigio Calamaco, el boyero ilustre de Rajil, don Estanislao era noble, valiente y analfabeto. Dos grandes recuerdos enorgullecían su fuerte vejez de encina. En las tertulias de fogón, bajo el alero donde departía en familia con los hijos, refería siempre su vida de soldado de Urquiza... (1914–1915: 30)

En la reedición de ese relato, así como en su extensa labor periodística, se evidencia una evocación a los gauchos heroicos de las colonias y al pasado de lucha junto a caudillos entrerrianos.

Asimismo, una y otra vez, muestra su irrevocable postura ideológica frente a la injusticia y la discriminación, promulgando la defensa de los derechos y la emancipación¹¹. Así puede leerse en “El cosmopolitismo argentino”, en *Atlántida*:

Alguien ha dicho que la municipalidad deberá hacerse cargo del proyectado monumento al gaucho, en virtud de esta razón fundamental: el gaucho representa a la raza Argentina. Los que hacen esta propaganda e insisten en la creencia de que somos una raza, no son, desde luego, muy entendidos en etnografía. Dicen eso porque les parece patriótico recurrir al empleo de una palabra que sólo tendría algún sentido real en ciertos rincones del África, donde las líneas raciales se han mantenido con pureza, desde el cuadrumano ancestral hasta el reyezuelo que reproduce todavía, en su frente aplastada, los rasgos del abuelo selvático. Los propagandistas de lo que se llaman “la raza argentina” no reparan en esta clase de objeciones, cuyo carácter se les ocurriría blasfematorio o algo peor, si se quiere; se les ocurriría argumento de “gringos”. Pero es el caso que los gringos no son tan extraños a la historia del país y los encontramos en todos los actos de los cuales emanan la formación de la república o sea la definición nacional de familia argentina. El gaucho que se desea honrar y fijar su imagen en piedra

11 Se ha abordado esta temática en nuestro libro *Alberto Gerchunoff: periodista, crítico y pensador* (2019).

y bronce, para enseñanza y veneración de las gentes venideras, fue, en efecto, el factor popular de nuestra independencia y carne de las luchas ulteriores para establecer y organizar la nacionalidad. Los hombres de Güemes serán evocados en la metrópoli por la figura del primitivo argentino, y evocará también a los soldados de Urquiza, a los guerrilleros de la montonera y a los caciques de las revoluciones electorales. Pero se habla de la raza argentina, del tronco inicial de la sociedad del país. (1920: s/d)

Con ironía y vehemencia, Gerchunoff cuestiona la falta de conocimiento de quienes pretenden honrar la pureza racial ignorando la estirpe integrada por el crisol que dio origen y cimiento a la conformación nacional. Del mismo modo, considera significativa la indiferencia ante “el gringo” que se relega como extraño a la historia del país y quien, sin embargo, forma parte de la estructura social en los primeros años de constitución del Estado-Nación. El artículo concluye con una mirada situada en la antinomia salvajismo/civilización, contraponiendo a los gauchos matreros y peleadores con los trabajadores extranjeros. Ante esto, se pregunta si hay que optar entre ese personaje originario y los pueblos fusionados en razas diversas y plurales. Una serie de individuos de la historia nacional pueblan los últimos párrafos del artículo cuando posiciona dicotómicamente a Mitre, Sarmiento, Roca frente a los bandidos del Montiel, López Jordán y las montoneras gauchas:

[...] el gaucho, destituido de los gobiernos, expulsado de sus dominios perturbadores, se lanza a los caminos del país para impedir su progreso. Resucita con Juan Moreira, que pelea con la partida, mata al italiano que trabaja en su predio, se revuelve contra las reglas de la sociedad organizada. Poco a poco lo va desalojando el alambrado y el trabajador extranjero, y a la Argentina originaria, despoblada, confusa y pobre, sucede la Argentina de las razas mezcladas, de los pueblos fusionados, la Argentina del cosmopolitismo, ese cosmopolitismo que ha hecho de los Estados Unidos la nación más poderosa y más adelantada del mundo.

¿Por cuál debemos optar? ¿Debemos expulsar “la extranjería salvaje” y retornar a los tiempos de López Jordán, a las chozas del Bandido del Montiel y al comunismo bárbaro del gaucho holgazán y ladrón de vacas? ¿Debemos perseverar en la Argentina cosmopolita de Mitre, de Sarmiento, de Roca; debemos europeizar el país llamándolo de trabajadores útiles, de población numerosa, y convertirlo en un instrumento de civilización en beneficio del mundo? He aquí una cuestión planteada que los evocadores y consagradores del gaucho deberían esclarecer, a fin de que los hombres civilizados sepan si son o no argentinos con algún derecho. (1920: s/d)

Inserción en el sistema literario

Gerchunoff mantiene relaciones con un gran número de escritores e intelectuales –además del ya mencionado Roberto J. Payró–; es amigo de Leopoldo Lugones, con quien comparte el gusto por la estética literaria del modernismo, aunque más tarde se distancian por posturas ideológicas de las que nunca habla.

En este sentido, Mónica Bernabé ubica a Gerchunoff entre un notable grupo de escritores que, bajo el influjo de Rubén Darío y del Modernismo, hacen sus primeros recorridos en la bohemia porteña (2006: 155). En el marco de esa bohemia surge su primer libro, *Los gauchos judíos*. Al publicarlo, tenía veintisiete años y solo la mitad de su vida había hablado castellano:

Pensemos que escribía en una lengua elegida por él, no en la materna ni en otras adquiridas, y que su castellano de aquí o de su tiempo, venía de su reconocida tradición cervantina (quizás con algo de influencia del ladino de los sefaradís). (Kohan, 2019: 20)

Cuando el primer centenario de la Revolución de Mayo trae consigo una euforia celebratoria que contagia a la intelectualidad de la época, Leopoldo Lugones le propone publicar un libro en homenaje a ese elogioso acontecimiento patrio. Así devienen en *Los gauchos judíos* las estampas publicadas en diferentes momentos en el diario *La Nación*. Es una época en que se promueve una Argentina que recibe a todos los hombres y mujeres del mundo que quisieran habitarla y labrar sus tierras, a partir del proyecto de constitución de un Estado-Nación que ve con beneplácito al “crisol de razas”. David Viñas asegura que al revisar lo que se escribió a propósito de la conmemoración del primer centenario de la Revolución:

[...] se tiene la sensación de asistir a una melancólica puja para ver quién ensalza mayores realizaciones en el presente, quién pronostica mejores esplendores futuros, o bien quién es capaz de escudriñar el pasado descubriendo más importantes aciertos. (2005: 76)

En este marco de esperanza y unificación, se publica el libro de Gerchunoff, con un título que, en sí mismo, es un oxímoron: gauchos y judíos, términos que constituyen una antinomia pero que, al mismo tiempo, aparecen como un modo de equiparar la tradición criolla con la inmigración. *Los gauchos judíos* es un conjunto de relatos que manifiestan –al decir de Martiniano Leguizamón– “... un alto sentimiento de gratitud y amor hacia la tierra generosa que entrega al colono sus frutos de oro [...] crisol de amor que está modelando el tipo nuevo, varonil y hermoso del gaucho judío...” (1975: 12-13). Desde la perspectiva de ese anhelo de integración y de ese modelo de país libre, es posible reflexionar sobre el lugar que entonces ocupa este inmigrante judeo-argentino en el sistema literario nacional. Resulta imprescindible señalar que, en el mismo año, Lugones escribe la “Oda a los ganados y las mieses” y Rubén Darío el “Canto a la Argentina”; el puente que se traza entre ambos poemas es ineludible, en tanto hablan de Argentina como la tierra prometida, de la misma manera que lo hace el narrador de *Los gauchos judíos*.

El mítico poeta del Centenario¹² escribe: “... Alcemos cantos en loor del trigo / que la pampeana inmensidad desborda [...] Suave corre la vida en las cordiales / Tierras del pan, como una lenta sombra” (Lugones, 1910: 39-42). A partir de una escritura cargada de adjetivación, exalta los beneficios que otorgan a los hombres y mujeres, los animales y los frutos de la siembra y concluye el extenso poema con un canto laudatorio a la tierra y a la patria: “¡Feliz quien como yo ha bebido patria / En la miel de su selva y de su roca!” (1910: 105-110).

La misma gratitud beatificadora a la patria generosa es la que se advierte en la narrativa de Gerchunoff, cuando afirma: “Es generoso el pabellón que ampara los antiguos dolores de la raza y cura las heridas como venda dispuesta por manos maternas” (1910: 4). Los inmigrantes judíos, perseguidos y discriminados, vuelven a cultivar la tierra y pastorear el ganado y logran una suerte de retorno a los orígenes ante la posibilidad de vivir del trabajo de sus manos, se trata de hombres y mujeres que consiguen coexistir en paz y libertad en una tierra nueva.

Entretanto, el poeta nicaragüense Rubén Darío también honra a la Argentina con sus versos: “Oíd el grito que va por la floresta [...] / ¡Argentina, región de la aurora! / ¡Oh, tierra abierta al sediento...” (Darío, 1910: 1). De manera similar, Alberto Gerchunoff comienza *Los gauchos judíos* celebrando a la patria y su bandera, al suelo generoso que bendice a la raza perseguida e invita a entonar casi como un rezo, el “Himno Nacional Argentino”:

¿Recordáis cuando tendíais, allá en Rusia, las mesas rituales para glorificar la Pascua? Pascua magna es ésta.

Abandonad vuestros arados y tended vuestras mesas. Cubridlas de blancos manteles, sacrificad los corderos más albos y poned el vino y la sal en augurio propicio. Es generoso el pabellón que ampara los

12 Se puede ampliar este calificativo a partir del texto de Noé Jitrik, *Leopoldo Lugones. Mito Nacional* (1960).

antiguos dolores de la raza y cura las heridas como venda dispuesta por manos maternas.

Judíos errantes, desgarrados por viejas torturas, cautivos redimidos, arrodillémonos, y bajo sus pliegues enormes, junto con los coros enjorjados de luz, digamos el cántico de los cánticos, que comienza así: Oíd, mortales...

Buenos Aires, año del primer centenario argentino. (1910: 4)

En los textos de Darío y Gerchunoff resuena el “oíd” como una celebración, sin dudas el “Himno Nacional Argentino” es, para ambos escritores, un canto de esperanza. El inmigrante judío –nacionalizado argentino– lo compara con los himnos bíblicos: “el cántico de los cánticos” (1919: 4). Por su parte, el padre del Modernismo recupera el mismo grito para loar la tierra, el agua, el aire, la flora y la fauna, al tiempo que destaca la convivencia de lenguas y de razas:

[...] de obra y de pensamiento
que arde en las políglotas muchedumbres;
sobre el construir, sobre el bregar, sobre el soñar,
sobre la blanca sierra,
sobre la extensa tierra,
sobre la vasta mar.
¡Argentina, región de la aurora!
¡Oh, tierra abierta al sediento
de libertad y de vida...!
(Darío, 1910: 1).

En claro diálogo con sus contemporáneos, Gerchunoff presenta una historia que narra la vida de inmigrantes rusos capaces de adoptar las costumbres criollas, arquetipo telúrico recuperado por una literatura asociada a un proyecto nacional. Dicho proyecto se hace evidente en muchos escritores de la época, como los mencionados Leopoldo Lugones, Martiniano Leguizamón y Rubén Darío, pero también en Fray Mocho, Ricardo Rojas y Manuel Gálvez,

entre muchos otros autores que, a partir de una marcada ideología nacionalizadora, responden en sus producciones a los propósitos que desde la clase dirigente se extienden al resto del cuerpo social¹³.

Inmerso en ese clima de época, Alberto Gerchunoff se va convirtiendo del niño inmigrante que no conoce el castellano, al escritor que no cesa en su obra periodística y literaria hasta el final de su vida. Es un autor de profundas convicciones ideológicas que, con excepción de la *Semana Trágica*, nunca más se queda callado ante las injusticias tanto desde el llamado a la reflexión como a través de la polémica y la ironía.

Verborrágico en su obra periodística, apasionado en la producción literaria, escribe una y otra vez sobre su vida y su historia familiar que lo hermana con la de muchos inmigrantes, pero también se compromete con problemas sociales y acontecimientos políticos, debate y polemiza con sus adversarios en el plano ideológico y con los escritores contemporáneos, ironiza con algunas decisiones de los gobiernos y se levanta decidido frente a las injusticias, las persecuciones o la discriminación.

13 En este punto, resulta necesario recuperar la noción de “nativismo” en tanto movimiento fomentado por los sectores dirigentes de la época. Se trata de una tradición cultural que Eduardo Romano define como “Una poética que en sus rasgos más generales, parte del grupo romántico rioplatense, pero ya en nuestro siglo [refiere al XX] se pliega progresivamente a los diseños políticos-culturales del nacionalismo conservador” [la aclaración es de quien suscribe] (1991: 11). Movimiento cuyos rasgos, Alfredo Rubione define de la siguiente manera “nativismo” es, por un lado, una línea de la literatura argentina caracterizada por el ocultamiento estetizante de un conflicto social que está en la base de la literatura gauchesca y, por otro, un conjunto de obras cuyo rasgo general pareciera ser la estilización de los procedimientos de un género, adecuándolos para tal propósito, en muchas ocasiones, a los imperativos estéticos de autores de la línea culta como la de Rafael Obligado” (2014: 93).

Con avidez y vehemencia entreteteje su escritura literaria y periodística en cada una de las elecciones que toma a lo largo de su labor intelectual, con el agradecimiento permanente a la Argentina hospitalaria que le permite ser un hombre culto, un escritor reconocido y un corresponsal en el extranjero que regresa a su tierra natal, no ya como el niño hambriento y perseguido sino como un adulto capaz de ver con otros ojos y otro espíritu el origen y el destino.

Bibliografía

- Bjerg, M. M. y Da Orden, M. L. (2014). “Discursos de dos mundos. Manifestaciones literarias de los inmigrantes en la Argentina del siglo XIX y principios del XX”. En *Historia crítica de la literatura argentina*. Tomo 5. *La crisis de las formas*. Dir. Vol.: Alfredo Rubione. Buenos Aires, Emecé.
- Borges, J. L. (1966). “Guayaquil”. En *Obras completas*. Buenos Aires, Emecé.
- Cambaceres, E. (1887). *En la sangre*. Buenos Aires, Sud-América.
- Feierstein, R. (2013). *Alberto Gerchunoff: el argentino más judío, el judío más argentino*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Gerchunoff, A. (1906). “Los judíos”. *La Nación*, 2 de mayo.
- . (1910, 2009). *Los gauchos judíos*. Buenos Aires, Agebe.
- . (1913). *Nuestro Señor Don Quijote*. Buenos Aires, Coni Hermanos.
- . (1914). “La evolución del socialismo alemán”. *La Nación*, 7 de junio.
- . (1914–1915). “La visita”, *Juventud. Revista mensual del Órgano de la asociación “Juventud Israelita Argentina”*, IV, 40.
- . (1918). “La nueva inquietud”. *Vida Nuestra. Publicación Mensual Israelita*, II, N6, diciembre.
- . (1919). “La promesa del mayor bien”. *Vida Nuestra. Publicación Mensual Israelita*, II, 10, abril.

- . (1920). “El cosmopolitismo argentino”. *Atlántida. Ilustración semanal argentina*, III, 123, 5 de agosto de 1920.
- . (1922, 1945). *La jofaina maravillosa: Agenda cervantina*. Buenos Aires, Losada.
- . (1925). *La asamblea de la buhardilla*. Buenos Aires, Gleizer.
- . (1926). *El hombre que habló en la Sorbona*. Buenos Aires, Gleizer.
- . (1926). *Historias de proezas y de amor*. Buenos Aires, Gleizer.
- . (1926). *Pequeñas prosas: Breves diálogos y cortas disertaciones*. Buenos Aires, Gleizer.
- . (1933). “Patriotismo activo”. *La Nación*, 25 de mayo.
- . (2015). “Autobiografía”. En *Entre Ríos, mi país*. Paraná, UNER.
- . (2015). *Entre Ríos, mi país*. Paraná, UNER.
- . (1926). *Pequeñas prosas: Breves diálogos y cortas disertaciones*. Buenos Aires, Gleizer.
- Jitrik, N. (1960). *Leopoldo Lugones. Mito Nacional*. Buenos Aires, Palestra.
- Kohan, A. (2019). *Alberto Gerchunoff: Periodista, crítico y pensador*. Nogoyá, Del Clé.
- Leguizamón, M. (1910). “Prólogo”. En Gerchunoff, A. *Los Gauchos judíos*. Buenos Aires, Aguilar.

- Mastronardi, C. (1961). *Formas de la identidad nacional*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.
- Mujica Láinez, M. (1955). “Saludo a Alberto Gerchunoff”. *Atlántida*, 379, 1056.
- Romano, E. (1991). “Hacia una caracterización de la poética nativista”. En *Actas del VI Congreso Nacional de Literatura Argentina*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Rubione, A. (2014). “Retorno a las tradiciones”. En *La crisis de las formas, Historia crítica de la literatura argentina*, tomo 5. Dir. vol., Alfredo Rubione. Buenos Aires, Emecé.
- Senkman, L. (2015). “Introducción”. En *Entre Ríos, mi país*. Paraná, Eduner.
- Sneh, P. (2007). “Alberto Gerchunoff, entre el nombre y el pronombre”. En *Los gauchos judíos. El Hombre que habló en la Sorbona*. Buenos Aires, Colihue-Biblioteca Nacional.
- Szurmuk, M. (2018). *La vocación desmesurada. Una biografía de Alberto Gerchunoff*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Viñas, D. (2005). “Gerchunoff: gauchos judíos y xenofobia”, “Centenario, euforia / literatura”, “Integración y espiritualismo”, “Nacionalismo y señorío: chovinismo / pogrom”. En *Literatura argentina y política II. De Lugones a Walsh*. Buenos Aires, Santiago Arcos.
- . (1982). “Desplazamiento y reivindicación: entre Gálvez y Victoria Ocampo”. En *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires, CEAL.

Profesionalización y nuevos consumos finiseculares

La Carcajada: hojas irreverentes en la Córdoba finisecular

Andrea Bocco

Universidad Nacional de Córdoba

A lo largo del tiempo, las reubicaciones de Córdoba en los diseños territoriales la fueron posicionando como lugar de interconexión comercial y cultural, como espacio liminar en la pertenencia al Tucumán colonial, como frontera sur, como centro en el mapa actual. De este modo, podemos advertir una complejidad en su conformación geocultural que la postula –contradictoriamente– como región de tránsito, de frontera, de aislamiento, de distribución, de recepción. En este punto, emerge siempre tensionada entre tradiciones y adscripciones culturales diversas y contrapuestas.

Desde la década de 1870, esta Córdoba compleja inició un proceso de modernización lento y, en algunos aspectos, desfasado del vivido por las otras dos ciudades prominentes del país: Buenos Aires y Rosario. La reconfiguración en el trazado de la ciudad es una cuestión observable en esta marcha. Desde su fundación y hasta 1880, aquella se había adecuando a la topografía del pozo en el que Córdoba está sumida; este diseño comenzó a romperse recién a partir de la llegada del ferrocarril (hecho que se produce, justamente, en la década del 70).

La presidencia de Sarmiento la tuvo en el foco de los espacios a dotar de progreso. Así, en 1869 se fundó la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba y durante 1871 se inauguró la Exposición de artes y productos argentinos y el Observatorio Astronómico. La llegada de científicos extranjeros, con presencia en ambas instituciones,

se superpuso al ya definido estatus intelectual de la ciudad vinculado a la tradición universitaria de varios siglos y le imprimió un componente progresista, ausente en los claustros.

En este contexto, hace su aparición un semanario dominical de carácter político y humorístico que tendrá una larga duración en esta ciudad: *La Carcajada*. Su primer número sale el domingo 19 de marzo de 1871, se publica regularmente hasta 1899 y de manera más intermitente hasta 1905, año en el que cesa. Cabe aclarar que no recibía aportes gubernativos y que su sostén económico provenía de la suscripción y de las ganancias que reportaban los trabajos de la imprenta, de la que era dueño su editor responsable. Nos referimos a Armengol Tecera, un experimentado hombre de la prensa local. Según el dato aportado por Efraín Bischoff (1993), siendo un adolescente Tecera ingresó al mundo de la prensa en *El Eco Libre de la Juventud*, que lo terminó colocando (una treta de los propietarios) como editor responsable para evitar el castigo judicial sobre el propio órgano de prensa. Esta anécdota de alguna manera define gran parte de su trayectoria, atravesada por diversos episodios de censura, denuncias, amenazas, ataques sobre su imprenta y hasta sobre su propio cuerpo. Sus adscripciones políticas, en general, estuvieron en el lugar de la oposición.

Son pocos los datos biográficos que se disponen sobre este personaje histórico que estuvo a cargo del periódico decimonónico más longevo de la ciudad de Córdoba. Lo que podemos afirmar es que detentaba una clara postura laica y anticlerical y que estaba vinculado a la masonería. Fue secretario de la Sociedad “Unión y Progreso” y miembro de la Logia “Piedad y Unión”. Fue además uno de los promotores de la Sociedad Tipográfica de Córdoba en 1871, y llegó a ser su vicepresidente desde 1878. En 1885, fundó el club político “San Martín”, que adherirá a la candidatura presidencial de Dardo Rocha. Durante la década del 80, aparece como director del diario *La Conciencia Pública* (1884-1901), de carácter político-noticioso. A raíz de un conflicto suscitado por un artículo aparecido en él,

los ofendidos ingresan la noche del 28 de enero de 1885 a la imprenta donde se publicaban ambos periódicos de Tecera y la dañan de forma tal que se deben suspender todos los trabajos de edición. También en 1898 apareció su *El Oráculo. Crítico-satírico, político y literario*. Finalmente, señalamos que este hombre de la escena periodística cordobesa publicó, en 1903, *Daguerrotipos políticos-sociales: hábitos, vicios y costumbres. Reminiscencias*; se trata de una reunión breve de textos que recuperan la matriz característica de escritura de *La Carcajada*: costumbrista y satírica¹.

En estas páginas, nos detendremos a reflexionar sobre la ubicación del semanario de Tecera en la cultura local, sus características particulares en momentos de modernización de la prensa y la posición que consideramos ostenta al ser pensado en un contexto nacional. Para ello, nos centraremos, fundamentalmente, en las décadas de 1870 y 1880.

Las condiciones de la prensa cordobesa a finales del siglo XIX

El panorama de la prensa cordobesa durante las últimas tres décadas del siglo XIX marca, por una parte, una gran profusión de publicaciones –en su mayoría de corta vida– no solo en la capital sino también en el interior². Por otra parte, la instalación del diarismo y su aporte hacia la profesionalización no será tal sino hasta la aparición

1 Hemos reconstruido la trayectoria de Armengol Tecera a partir de los datos aportados por Bischoff (1980 y 1993), Cucchi (2012 y 2014), Grenón (1968) y San Clemente (2005).

2 El Padre Grenón (1968) aporta que en este lapso de tiempo se publicaron periódicos en Villa Rosario (sic) (dos), Río Cuarto (catorce), Villa María (cinco), San Francisco (dos), y registra la existencia de por lo menos uno en Cruz del Eje, Villa Dolores, Río Segundo, Soto, Villa Nueva, Bell Ville, Marcos Juárez y Villa Concepción.

de los diarios *Los principios* en 1894 y *La Voz del Interior* en 1904. Los que existen con anterioridad se aferraban aún a la matriz de prensa política. De hecho, y tal como señala Paulina Brunetti, el nuevo periodismo informativo que surge a finales del siglo XIX no deja de convivir en Córdoba con el antiguo, de corte político-partidario (2006: 59). Recién en los inicios de la década de 1920 el proceso de transformación de la prensa se va a consolidar y veremos a los dos diarios nombrados, por ejemplo, obtener ganancias (Brunetti, 2020). Es decir que *La Carcajada* se mueve en una escena local en que el periodismo tiene pocos atisbos de modernización.

Dentro de esa multitud, en muchos casos efímera, de hojas periódicas aparece un nutrido grupo de tono humorístico que desde sus páginas acicatea a figuras políticas y lanza admoniciones a la sociedad sobre algunas de las que considera malas costumbres. Irreverentes y atrevidos, salen a la luz *La Matraca*³ (1856-1869), *Cascabel* (1871), *La Geringa* (1876), *El Tábano* (1876), *El Jaspe* (1874; 1877-1878), *La Lechuza* (1878), *El Huáscar* (1878-1879), *Moro Tarfe* (1879), *El Salamanquito* (1881), *La Avispa* (1885), *Don Juan sin miedo* (1886), *El Negro Sinforoso* (1889), *La Picota* (1890-1901), *La Chispa* (1890), *El Látigo* (1891). Dentro de este grupo se destaca *La Carcajada* con su trayectoria de treinta y cuatro años.

En este punto, una diferenciación que podemos hacer en relación con las condiciones de producción de la ciudad de Buenos Aires (más allá de la ausencia en Córdoba de diarios informativos como *La Prensa* o *La Nación*) es que, si bien vemos aparecer en la capital provincial periódicos ilustrados, de caricaturas, estos no alcanzan a sostenerse más allá del segundo año; tal es el caso de los ya mencionados *El Jaspe. Periódico de caricaturas*, *El Huáscar. Periódico satírico, burlesco y de caricaturas*, *Moro Tarfer*, *Don Juan sin miedo* y *El Látigo*.

3 Se trata de un suplemento satírico que se distribuye en forma gratuita junto al diario *El Imparcial* (1855-1869) en el que, según registra Bischoff (1993), habría iniciado su proyecto escriturario Armengol Tecera.

La excepción la constituirá *La Picota* que logrará sobrevivir una década. Presuponemos que este largo aliento fue posible gracias al hecho de ser un órgano de prensa de la Unión Cívica Radical, lo que le garantizó apoyo financiero. En el caso de *La Carcajada*, incluirá por primera vez caricaturas en su N° 118 del 15 de junio de 1873. Es llamativo que en la tercera página del mismo número se publique, simultáneamente, un aviso que ofrece los servicios de un “dibujador” a “arquitectos, albañiles, carpinteros, marmoleros, etc.” ¿Habría sido esta caricatura la paga del dibujante desconocido por el aviso de sus servicios? Las páginas ilustradas se repondrán en 1874 y no serán sostenidas en los años posteriores.

La caricatura en Córdoba: ese oscuro objeto de deseo

La aparición de *El Mosquito* (1863-1893) en Buenos Aires significó un aporte en el proceso de modernización de la prensa en Argentina, si tenemos en cuenta las estrategias “comerciales” que desplegó para sostener una empresa costosa y solventarse por fuera de los subsidios gubernativos. Además, tal como señala Claudia Román (2017), se ubica como el primer periódico de caricaturas de extensa trayectoria con cobertura nacional y regional que fija, de alguna manera, imágenes e identidades de personajes relevantes y secundarios de la escena pública. Es un núcleo focal de la prensa satírica decimonónica, cuyo rasgo sobresaliente es la articulación entre lo verbal y la imagen impresa desde la burla, para operar sobre la realidad en forma eficaz e inmediata (Román, 2010).

Si partimos de esta conceptualización, *La Carcajada* no encuadra en esta categoría o bien puede ser pensada, de alguna forma, como un híbrido. Sostiene desde sus páginas muchos de los rasgos de la prensa satírica en relación tanto con la sátira como forma discursiva del humor, como con las características de los periódicos satíricos: construye un espacio de representación del periodismo “serio”, un

relato alternativo de la “noticia”, y crea (en este caso con palabras) la imagen de personajes públicos incluyendo la de los periódicos, operando además desde la intertextualidad con ellos. Sin embargo, la imagen impresa, la caricatura que apareció entre sus páginas no fue persistente; más bien se trató de una acotada experiencia.

En el ámbito cordobés, la corta vida de las publicaciones ilustradas se torna una consecuencia de condiciones económicas desfavorables para el sostén de las empresas periodísticas que volvían difícil solventar, entre otros, los costos de la impresión y de un ilustrador. Además, no se contaba con las condiciones técnicas necesarias ni con recursos humanos, en apariencia, lo suficientemente capacitados. Al respecto, en 1872 se va a asentar el primer taller litográfico cuyo propietario es el genovés Carlo Ippolito Armanino Odone, quien llega a la ciudad proveniente de Rosario. De allí saldrá la primera litografía que *La Carcajada* publica en 1873. Pero será recién a partir del número del 5 de abril de 1874 que el periódico incorporará una página de caricaturas en cada entrega, que se mantendrá solo a lo largo de ese año. En esta ilustración, desaparece la referencia al taller de Armanino y no se explicita quién es el caricaturista.

Es interesante lo que manifiesta en el artículo titulado “La Caricatura en Córdoba”. Por una parte, da por sentado que la tradición humorística nacional se funda en esta ciudad, en la que abundan los poetas; pero cuando se trata de llevar al dibujo satírico esas habilidades, aparece la falla:

[...] no manejan bien el lápiz ni el puzon [sic] y en llevándolos á la piedra del litógrafo son hombres al agua: dan fiascos; y en vez de caricaturas hacen mamarrachos.

Hé aquí por que la caricatura en grabado está tan atrasada en Córdoba [...] Las caricaturas que se han hecho aqui son peores que aquella del pintor portugués que después de haber pintado un Cristo y un chancho, para que el público no se *chasqueara*, tuvo que poner debajo de cada cuadro ‘este es Cristo’ – ‘este es chancho’.

Acá ni con ese requisito se reconocerían fácilmente los personajes, y sobre todo si se trata de adivinar los que saca el *Jaspe* algunas veces. La *Carcajada* no puede decir menos; y así en cuanto a los de la caricatura anterior debemos confesar a nuestros lectores que la dimos por no ser posible retirarla á causa de la hora avanzada.

Felizmente, la de hoy creemos no se halla en las mismas condiciones, y al lector le será fácil reconocer á los personajes que figuran en ella. El público y nuestros lectores deben hacerse cargo, que aquí no hay artistas capaces para la caricatura, como se requiere para esa clase de trabajos, que apenas se hacen ensayos y que para *suple faltas* no es tan feo el león como lo pintan.

El artista mismo tiene que irse perfeccionando en sus labores con la práctica. Y hasta que tengamos un Meyer, ó un Stein por lo menos, debemos conformarnos con lo que tenemos y que Dios nos dá [...]. (*La Carcajada*, N° 161, 12 de abril de 1874: 1)

Podemos derivar algunas cuestiones del artículo que aquí reproducimos casi en forma completa. Queda claro que el dibujante anónimo de *La Carcajada* es un aprendiz en el oficio y no un nombre propio de cierto reconocimiento como el del francés Miguel Potel Junot, quien realizaba las caricaturas en *El Jaspe* y también lo hará en *La Picota*.

La necesidad de reconocer al personaje caricaturizado es una condición central para lograr el efecto humorístico y de crítica política y social; de allí, la necesidad de experticia en el dibujante. También porque la caricatura icónica no deja de ser una parodia a la pintura (el retrato) en tanto arte serio. Recordemos que en la década de 1870 hubo una importante profusión de imágenes oficiales desarrolladas por artistas plásticos como Prilidiano Pueyrredón o el uruguayo Juan Manuel Blanes. De hecho, durante la Exposición Nacional, se notó una fuerte presencia de las artes plásticas con la muestra de obras nacionales y extranjeras que contribuyeron a la iconografía de una nueva generación de próceres nacionales, entre las que se destaca Sarmiento⁴ (Aizenberg, Nusenovich y Ramos, 2013).

4 “Era notable la cantidad de artistas que representaron a los gobernantes del momento. Sarmiento ocupaba el primer puesto, con un dibujo

Por otra parte, este breve artículo del N° 161 pone en evidencia lo que el enunciador considera una diferencia sustancial en relación con otros contextos de producción como Buenos Aires: no existe en la escena local nadie equiparable a los sucesivos directores de *El Mosquito* (Henri Meyer, Henri Stein). La inclusión de la imagen se hace visible como deseo, como necesidad, como dificultad y hasta como imposibilidad.

Se trama así una vinculación conflictiva entre palabra e imagen impresa en la consideración del responsable del propio periódico. Esta tensión emerge con posterioridad, por ejemplo, en la reproducción de un texto periodístico de Camilo A. Echeverri⁵ titulado “La imprenta”, al que *La Carcajada* le agrega como subtítulo: “(artículo dedicado a los empasteladores)”⁶. En él se produce una loa a esa tecnología. A lo largo del texto se coloca el valor de la palabra en lo más alto y distinguido: “El hombre que pensaba habló. El hombre que habló escribió. El hombre que escribió imprimió” (*La Carcajada*, N° 471, 23 de mayo de 1880: 2).

de Boneo, un óleo de Gonzaga Cony, otro de [Genaro] Pérez y dos bustos en yeso de Bramante y Carriello, respectivamente. Le seguía Mitre, representado por Bramante en escultura y por Gonzaga Cony, Christiano Junior y Romero en pintura al óleo. Vélez Sársfield fue retratado en dos dibujos, uno de Boneo y otro de Juan Blanco de Aguirre; mereció también un busto en yeso por Bramante, lo mismo que Nicolás Avellaneda, Eduardo Olivera y Francisco Thiriot, o sea la totalidad de la comitiva presidencial y además el encargado del catálogo del evento” (Aisenberg, Nusenovich y Ramos, 2013: 5).

- 5 En el periódico, el apellido aparece impreso con un error tipográfico: Cchverri. Camilo A. Echeverri (1827–1887) fue un abogado, ingeniero, escritor y periodista colombiano, oriundo de Antioquía, con actuación en el campo político e intelectual de su país. El artículo periodístico “La imprenta” es de 1878.
- 6 Se refiere a quienes destruyen o dañan las imprentas. *La Carcajada*, junto a otros periódicos locales, sufrió diversos ataques de “empastelamiento” que impidieron su publicación.

La imprenta perpetúa la palabra, multiplica el pensamiento. El escritor la compara con la fotografía y con la música mecánica, y sostiene que aquella dio un paso mayor porque apunta al pensamiento, el cual no es algo tangible sino superior, espiritual. Hacia el final, el texto sanciona: “Es que la imprenta es expresión de la ciencia, cuando la óptica y la acústica son meros trabajos del arte” (*La Carcajada*, N° 471, 23 de mayo de 1880: 3).

La Carcajada debe conseguir suscriptores en un sistema en el que los periódicos exitosos trabajan con caricaturistas avezados en el centro cultural más importante a nivel nacional. Y, en el terreno local, todo el tiempo están apareciéndole competencias que si bien no pueden sostener los costos de la litografía, la enfrentan constantemente a ese fracaso, a esa falta. Su manera de resolverlo es con un dejo de desdén por aquello que no logra alcanzar y una apuesta al recurso tradicional de lo verbal, en exclusividad.

Lo que hemos reseñado hasta aquí nos ofrece una muestra de una suerte de debate interno que se produce en el periódico, en su afán modernizador y de ser una empresa exitosa que crezca en suscriptores en un ámbito que tiene condiciones económicas y técnicas adversas. En este punto, se advierten las contradicciones entre un discurso progresista y uno conservador, entre un discurso provocador y uno defensivo.

Desde el inicio de esta publicación, de manera inmediata, los periódicos contemporáneos la van a emparentar con *El Mosquito*. Así en el N° 3, del 2 de abril de 1871, se queja de esta filiación que le hace *El Eco de Córdoba*⁷ ya que ella no se entromete en la vida privada como lo hace la publicación porteña. A medida que avanza y se sostiene el semanario, esta vinculación será valorada positivamente:

7 Se trata del diario *El eco de Córdoba* (1862–1886), dirigido por Ignacio Vélez que sostiene como uno de sus principales propósitos la difusión y defensa del ideario católico.

[...] Soy la señorita ‘Carcajada’ la persona más querida en este pueblo y a la vez la más aborrecida de los pícaros, de los rateros, de los hipócritas, de los charlatanes, de los ambiciosos, de los traidores, de los tramposos, de los explotadores y de los traficantes. Cuento con nueve años de vida, debiendo decirle con bastante satisfacción, que después de mi hermano el ‘Mosquito’ de Buenos Aires, soy yo la que en la República Argentina cuenta con más años de existencia entre todos los seres de mi raza [...]. (*La Carcajada*, N° 458, 4 de enero de 1880: 1)

En la misma línea insiste al celebrar su aniversario número diecisiete. Profundiza allí las condiciones desfavorables que debe sortear, en comparación con el periódico de Stein y sentencia: “¿Habría soportado todas estas cosas el hermano ‘Mosquito’? De ninguna manera - el es hombre que le gusta estar siempre del lado que el sol alumbra. Entiende la biblia moderna” (*La Carcajada*, N° 807, 20 de marzo de 1887: 1).

Resulta interesante advertir que en las operaciones de lectura de los contemporáneos cordobeses, *La Carcajada* y *El Mosquito* conforman una comunidad. El periódico de Tecera hace un uso en beneficio propio de esta relación para munirse de autoridad, mostrarse en igualdad de condiciones y compensar en aquello en lo que está en falta.

Conservar-modernizar

La Carcajada construye un discurso que pivotea varias veces entre opuestos. Y esto se transforma en una estrategia para demarcar una postura independiente. De alguna forma, esta configuración serpenteante es una marca de esa bifacialidad –tal como la llaman algunos historiadores locales, recuperando el término de Arturo Orgaz– cultural e ideológica que se le adjudica a Córdoba. Estas contradicciones también pueden ser leídas como la expresión de ese lento proceso modernizador que recién hacia finales de 1910 en Córdoba se comenzará a percibir con claridad como una secularización moderada (Vagliente, 2015).

En el caso del periódico que nos ocupa podemos señalar algunas otras tensiones, además de la ya expuesta alrededor de la imagen impresa entre “ser moderna” y “ser tradicional”, que están entramadas con esta, ya que son diversas manifestaciones de esa misma (bi)polaridad. Por ejemplo, los debates que se sostienen sobre el progreso. En el N° 33, desde el artículo “Inauguraciones” se desarrollan toda una serie de reflexiones y críticas acerca de él y sobre lo que significa la inversión del Estado en pos de su consecución:

El observatorio lo necesitamos [...] para divisar, no las estrellas del firmamento sino los cuadros de miseria [...] Una fiesta de la civilización! se dice. La mejor fiesta es pagar lo que se debe, no tener al soldado desnudo y hambriento, no tener las fronteras abandonadas, atender mejor a la instrucción pública, no consentir que dilapiden los dineros públicos estérilmente, cumplir los compromisos, hacer caminos, construir puentes, y en una palabra, salvar el crédito del país. (*La Carcajada*, N° 33, 29 de octubre de 1871: 1)

No se trata de rechazar la “civilización” sino de implementarla en los espacios sensibles y de mayor necesidad de la población. La oposición sostenida al gobierno de Sarmiento se verá domingo a domingo claramente durante todo su mandato. Esta figura prominente es uno de los blancos preferidos para la ridiculización y crítica no solo de *La Carcajada* (“San Sarmiento” N° 9; “loquito” N° 10; “zorro Sarmiento” y “hombre tan feo y tan pelao como él” N° 29; “moro valentón y mentiroso” N° 61, por ejemplo) sino de la prensa de todo el país y la región, que la seguirá eligiendo como objeto de burla hasta su muerte.

Por otra parte, la propia consideración sobre Córdoba se va a construir sobre una serie de imágenes traslapadas que se van esmerilando entre sí. En “Las Cámaras legislativas” se utiliza el diálogo satírico para criticar a los que componen la legislatura provincial, por no poseer saberes ni talentos. La conversación acentúa que esta situación de atraso se da cerca de los íconos del progreso del

momento como son la Exposición Nacional y el ferrocarril; y arre-mete contra Córdoba:

-[...] Sr., eso no puede ser á menos que aquí hayamos de ser sorprendidos por las aberraciones mas inconcebibles.

-Para mi son aberraciones que se explican.

-Pero como se entrega la suerte del país, los destinos de la Provincia en manos de esos hombres, algo menos que mómias y algo mas que nulidades?

-Cosas de Córdoba!

-Pero no es esta la tierra clásica de la sabiduría, donde los Doctores se cuentan como las batatas y las espigas de maíz q' recojen los afamosos labradores?

-Si. (*La Carcajada*, N° 9, 14 de mayo de 1871: 1)

Esa “beatísima y doctoral” provincia (como se la llama satíricamente en el N° 13 del 11 de junio 1871) no deja de producir situaciones irregulares y de aportar hombres públicos que no resultan un beneficio para la República. El combate contra estos defectos y perjuicios se sostiene incluso, en algunas oportunidades, en la confrontación con Buenos Aires. Por supuesto que esto no significa cejar en la disputa constante en la que siempre se señala el rol hegemónico dañino que ostenta la ciudad portuaria, su centralismo. Así, en esa oposición que expone muchas veces el desplazamiento que Córdoba viene sufriendo desde el período colonial en adelante, y que recibe los mote que –de algún modo– comparte *La Carcajada* de “ultramontana” (N° 61), “fanática ignorante y retrógrada” (N° 88), aparece también su costado heroico, libertario, civilizado y constructor de la patria: “Córdoba la ciudad frailuna y atrasada, se levantó como un solo hombre el memorable 27 de abril y dio en tierra con el poder terrible que la dominaba”⁸ (*La Carcajada*, N° 88, 17 de junio de 1872).

8 Se refiere al derrocamiento del gobernador federal Manuel López, ocurrido el 27 de abril de 1852. A lo largo de sus números, *La Carcajada* adscribe a la tradición unitaria, antirrosista, y le enrostra a la comunidad cordobesa no haber rendido al General Paz los debidos honores que, desde su perspectiva, merece.

En el terreno religioso, si bien se cuida de no herir las creencias, es implacable con la institución eclesiástica y con los hombres que la dirigen; incluso despliega agudas críticas a diferentes congregaciones de monjas.

La aparición de *Don Quijote*, en 1883, va a generar un revuelo interesante con las caricaturas sobre la Iglesia Católica:

E. Sojo fue el primero que convirtió al poder eclesiástico en un tema de humor satírico en Buenos Aires. Y dada su personalidad, desafiante y temeraria, no se privó de ‘retratar’ la marcha y coronación de la Virgen de Luján, ocurrida en 1887. (Laguna Platero, Gallego Martínez y Sujatovich, 2016: 449)

Esta acción corrosiva que satiriza también aquello que se adora, a lo que se le rinde culto, no aparecerá en *La Carcajada*; ese es el límite al que nos referimos anteriormente. Sin embargo, todo lo que hace a los manejos y funcionamientos institucionales será tema de crítica despiadada y mofa constante.

El artículo “Excomuni3n mayor” se burla del acto de excomuni3n en s3 y del modo en que se pronuncia la Iglesia sobre ello:

Ah3rcate Garibaldi! P3o IX el m3s infalible de todos los papas, pasados presentes y 3 venir ha excomulgado a V3ctor Manuel⁹
Lo que m3s me gusta en la dicha excomuni3n son los siguientes t3rminos:

Que sea maldito en todas las facultades de su cuerpo y maldito sean sus 3rganos fenetales´. Quisiera saber lo que es eso.

En suma, hay doscientas y tantas maldiciones por autoridad de Dios todopoderoso.

Am3n. (*La Carcajada*, N3 2, 23 de marzo de 1871: 2)

9 Se trata del Rey de Italia V3ctor Manuel II, quien fuera excomulgado en 1870 por haber tomado Roma y verse obligado el Papa P3o IX a abandonar el Vaticano.

Por otra parte, hace chanzas sobre los confesores que están esperando, más que una confesión, un regalo por parte de los fieles. Incluso, vierte un manto de sospecha sobre las relaciones, más terrenales y carnales que espirituales, con “las niñas de sociedad”¹⁰. También en forma permanente insinúa y/o denuncia malos manejos sobre el uso de los fondos que realizan congregaciones, parroquias, obispados, etc. Difícilmente cierre una entrega dominical sin que se aluda en forma satírica e implacable a la Iglesia Católica. *La Carcajada* “predica” por la libertad y esto incluye a la religión. Así defiende a la masonería de los ataques de la Iglesia Católica: “Disfrute en buena hora el bando RETRÓGRADO de las pitanzas que el fanatismo les proporciona; pero déjenos en paz: no nos rompa el tímpano con la cuestión religiosa, sobre la cual, cada uno tiene formado su juicio” (N° 14, 18 de junio de 1871: 1).

Esta relación siempre antagónica con la institucional eclesial tendrá un pico de conflictividad. La década del 80 se inició sumamente convulsionada en Córdoba: desde 1879, se llevaron adelante (sobre todo desde el gobierno provincial ejercido por Antonio del Viso) juicios a redactores y editores por los delitos de calumnias e injurias. Para regular con mayor presión a la prensa, se impulsó una nueva ley –que se sancionó en diciembre de 1879– en la que se extendieron las responsabilidades por esos delitos hasta los propietarios de los órganos de prensa, previendo multas y prisión. *La Carcajada* y *El Eco de Córdoba*, a pesar de sus diferencias ideológicas, reaccionaron duramente contra esta ley (Cucchi, 2014 y Guzzi, 2016). Este marco legal represor, sumado a los enfrentamientos desatados por las elecciones provinciales y las nacionales celebradas a lo largo de 1880, provocó mayores dificultades para la prensa opositora en la que estaba enrolada *La Carcajada* (San Clemente, 2005) y envalentonó a algunos miembros de la Iglesia. Así, el 15 de octubre de 1880, el vicario capitular Monseñor Uladislao Castellano dictaminó a

10 Cfr. “Episodios curiosos”, *La Carcajada*, N° 13, 11 de junio de 1871.

todos sus fieles la prohibición de leer los periódicos *El Progreso*¹¹, *El Interior*¹² y *La Carcajada*. El periódico de Tecera, desde sus páginas se defiende y ataca:

Se nos clasifica de enemigos de la religión porque combatimos la explotación que con ella se hace.

Se nos declara inmorales porque hacemos conocer las faltas que cometen los encargados de darnos ejemplos de amor, de humildad y de caridad.

Se nos anatematiza porque ponemos en transparencia las iniquidades que cometen con grave daño de la religión aquellos que se llaman ministros del señor. (*La Carcajada*, N° 486, 24 de octubre de 1880: 1)

En lo que resta de ese año, en casi todas las ediciones esta sanción tendrá centralidad. En el número siguiente, el 487, continúa la discusión sobre la prohibición, con artículos en tono serio; apelando a la estrategia de escritura en tándem, lo acompaña un “testamento” en tono jocoso: le ha propinado “mortal herida” “la pastoral *del quiero ser obispo y no puedo*”; está “esperando que la Magestad Suprema (que es la opinión pública)” se expida; pide un entierro suntuoso “pues tengo la idea de que mientras más gastos se hacen en estas cosas, el alma sufre menos en el purgatorio”. El anticlericalismo será entonces una batalla que dará *La Carcajada* y que la alineará en la defensa del laicismo. En este punto, no habrá dualidades.

11 *El Progreso* (1867–1887) tiene como editor responsable a Ramón Gil Navarro, a quien Justo José de Urquiza apoyara en esta empresa. Tendrá los favores del gobierno provincial durante la década del 80.

12 El diario *El Interior* nace en 1880 y dura una década. Tiene como director a Pablo Lascano (hijo) y cuenta en la fila de sus redactores a Ramón J. Cárcano. Asumirá el ideario de modernización y laicismo del roquismo y juarismo.

***La Carcajada*: humor, costumbrismo y público lector**

El programa que presenta el periódico en el primer número es una alianza entre risa y amonestación:

Sí, señores, vamos á reir y mucho. Es tan agradable, ¿no es verdad? Figúrense que para mi no hay cosa que [no] valga una carcajada, echada de todo corazón [...] mostrar con el dedo los abusos de la sociedad, castigar los vicios, reprimir el atraso (Nº 1, 19 de marzo de 1871: 1).

La denominación original de “*Periódico jocoserio, burlesco y literario*” –cuya ortografía variará rápidamente a “burlesco”– va a sufrir un cambio a partir de 1876: le agregará “*de costumbres*”. Esta incorporación, desde nuestra perspectiva, es relevante puesto que implica visibilizar la adscripción a un género que le significará a *La Carcajada* su moderado salto “modernizador”.

Eduardo Romano (2004) plantea que en las últimas décadas del siglo XIX, en el camino hacia la profesionalización, quienes se dirigen al nuevo público se lanzan a desentrañar el texto de la realidad y a sentir(la) directamente. Por supuesto, esto se lleva a cabo recuperando las viejas claves del primer costumbrismo republicano y reformista de los 30 y 40, para concebir en el 80 un costumbrismo impresionista y cosmopolita.

Para el caso del periódico que nos ocupa, entendemos que el cosmopolitismo no estaría operando decididamente. Pero sí la manera de abordar lo social integrará, en parte, lo sensitivo. El “costumbrismo impresionista”, entonces, asomará en *La Carcajada*: sin abandonar su intención de enmendar las fallas, la voz del semanario empezará a fluir cada vez más en las calles y los eventos de sociedad.

En la lógica de construcción que se sostiene en el lapso que estamos trabajando, los artículos serios operarán en espejo con los

humorísticos y de costumbres: “Estoy en la representación constante de eso que se llama *zainete social* y en el cual los personajes se cambian a cada paso”, afirma en la Sección Fiambres del N° 348 del 25 de noviembre de 1877. En las tres columnas en las que está impreso el semanario, a partir de la página dos se suceden, además de esta, otras secciones como Lancetazos, Sonrisas, Toqueteadas, Coscorrones, que irán apareciendo y desapareciendo a lo largo del tiempo. En todas ellas, distintas formas del humor (ironía, caricatura verbal, parodia, sátira, entre otras) se desatan para ridiculizar y criticar, sobre todo, a figuras públicas de la época. Es el caso de Agustín Garzón, por ejemplo, perteneciente a una familia encumbrada y de muy buena posición económica, católico confeso y militante, fundador de Pueblo San Vicente (actual barrio de la ciudad), donde instalará varias obras de beneficencia ligadas a la educación y albergue de niñas huérfanas, y llevará a cabo su loteo a partir de 1870. Se convertirá en un personaje que habitará las páginas de *La Carcajada* bajo el nombre de “Botón Bumbula”. De origen quichua, bumbulu significa “de forma redondeada” y se lo adjudica a Garzón haciendo alusión a su baja estatura y, aparentemente, a sus abultadas nalgas. La caricatura verbal va a profundizar los debates y ataques que se propinan mutuamente, en forma pública, el semanario y el filántropo cordobés. En espejo, y con efecto expansivo, lo que se discuta en el artículo serio será amplificado en las secciones y artículos jocosos:

[...] ¡Ai tatita Agustín! Ojala hablara ud con boquita de ángel. Si así fuese se la llenaría mi gratitud con biscochitos calientes; porque en verdad os digo, hermano, que una cana que me ha salido el otro día en el mostacho me ha puesto de mal humor [...] Por su vida tatita Agustín! No revuelva más la caca del parrafitis aquel de la ‘santa virgen’, porque si escapa ud de malicioso y bellaco no se escapará de tonto... tal es la construcción de tal parrafitis.

(*La Carcajada*, N° 8, 7 de mayo de 1871: 2-3)

Es justamente alrededor de las polémicas con este personaje donde los cuadros de costumbres cruzan lo político, lo social, y se desplazan

hacia los espacios de esparcimiento desde un carácter más impresionista: las burlas acerca de una fiesta en el pueblo de San Vicente (N° 19, 23 de julio de 1871) o la crónica jocosa de una obra de teatro (N° 35, 12 de noviembre de 1871). Este carácter también se infiltra en la recorrida por las costumbres alrededor de los casamientos que tiene, en muchos números de *La Carcajada*, su espacio.

En 1887 aparece un artículo titulado “Veinte años antes” en el que se interna en la vida de la ciudad para retratar los grandes cambios. Así, con cierto dejo nostálgico apunta:

[...] Ya no se oye el chirrido de las lechuzas en las torres de la Compañía, ni la gente tiene miedo de transitar como antes por las callejuelas de Santa Catalina y San Francisco, lo mismo que por la calle de la bóveda.

Ahora en esas calles la gente transita a todas horas y en vez de oír el chirrido de las lechuzas, lo que se oye es el toque de las cornetas de los tramway.

Ya no se ve esa cantidad de velas que la gente sencilla le encendía todas las noches al degolladito, lo mismo que a Ramón (el artesano), aquel que fusiló Sandes a espaldas de la cancha de bochas de Otero. (*La Carcajada*, N° 843, 4 de diciembre de 1887: 1)

Es a partir de la década del 90 que esta línea impresionista se subraya más, por ejemplo alrededor de las crónicas sobre el vacacionar de los cordobeses, las mujeres en la sociedad y sobre diferentes eventos sociales.

De este modo, advertimos que el recurso del humor y el uso del costumbrismo –aún a mitad de camino en el trayecto de adentrarse más hacia las distintas formas de sociabilidad vinculadas al ocio, al esparcimiento y a diferentes modos de consumo y producción cultural– es lo que le permite a *La Carcajada* atravesar el siglo XIX y sostener su masa de lectores (cuya cantidad de suscriptores reunía una cifra mínima de 300 y una máxima, según el propio semanario, de 800), entrando a tono con los nuevos tiempos en los que el discurso faccioso no puede ocupar el total de su oferta periodística.

Cierre

La Carcajada sobrevive y cruza el siglo XX con atisbos de modernización, como ocurre con toda la prensa contemporánea en Córdoba. Los modos con que interpretará las demandas de la época, tanto a nivel del lectorado como de los cambios en el discurso periodístico-literario, están atados a las condiciones de producción de una ciudad que, obviamente, en muchos aspectos tecnológicos, demográficos, políticos y culturales no puede equipararse a Buenos Aires. Como apunta Brunetti al reflexionar sobre las transformaciones en los modelos de la prensa:

Esta mutación tiene lugar en diferentes momentos del siglo XIX y no es posible unificar sus características para todos los espacios geográficos ya que el cambio no fue simple ni lineal [...] Todos estos pasos no fueron súbitos; al contrario, parecen haber implicado tiempos, a veces largos, e itinerarios diversos, al menos en la prensa comercial de la ciudad de Córdoba. (2020: 160)

El ritmo de aceleración en el crecimiento de la población se dará recién en las primeras décadas del siglo XX, cuando la Córdoba semi-moderna inicie un período de industrialización, y pase de tener (según el censo nacional) de 134.925 habitantes en 1914, a 200.000 en 1924.

Nos interesa rescatar de la cita anterior la necesidad de pensar los procesos que se dan en simultaneidad desde claves plurilocalizadas y multitemporales, porque de esta manera se construyen posiciones relacionales que colocan entre paréntesis valoraciones que devienen en jerarquizaciones. Implica deconstruir la lógica centro-periferia sin desconocer las relaciones de poder, sino para reconfigurar nodos focales que discurren en tiempos otros y trazan mapas que se van superponiendo y rediseñando.

Por eso, un periódico cordobés de treinta y cuatro años de existencia como *La Carcajada* necesita incorporarse al corpus de la prensa

satírica y humorística de larga trayectoria en el siglo XIX, para aportar a una construcción desmetropolitanizada y nacional del ecosistema de la prensa argentina decimonónica.

Bibliografía

- Aizenberg, A.; M. Nusenovich y V. Ramos (2013). “Las artes en la Exposición Nacional de Córdoba de 1871”. Disponible en línea: <https://rdu.unc.edu.ar/handle/11086/19028>.
- Bischoff, E. (1980). *¿Y el 80 en Córdoba?... el periodismo*. Córdoba, La Docta.
- . (1993). *Política y buen humor en el periodismo cordobés (Siglo XIX)*. Córdoba, Junta Provincial de Historia de Córdoba.
- Brunetti, P. (2006). *Relatos de prensa. La crónica policial en los diarios cordobeses de comienzos del siglo XX (1900–1914)*. Córdoba, Universitas.
- . (2020). “Publicidad, suscripciones y ventas: la contienda comercial entre los periódicos cordobeses de 1920”. En Alaniz, M, P. Brunetti , R. Mengo, H. Pizarro, P. Tenaglia. *Medios de Comunicación en la Historia Contemporánea Latinoamericana -Actores, Acontecimientos y Mediaciones*. Córdoba, Editorial Brujas, 159-186.
- Cucchi, L. (2012). “Desacuerdo y oposición en Córdoba a fines de la década de 1870”. *Estudios Sociales. Revista universitaria semestral*, 42, 57-90.
- . (2014). “Prensa política y libertad de expresión en la provincia de Córdoba en la segunda mitad del siglo XIX: la ley de imprenta de 1879”. *Revista de Indias*, LXXIV, 260, 211-240.
- Grenón, P. (1968). *Medio siglo de periodismo cordobés (Los de tercera imprenta)*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

- Guzzi, L. (2016). “La libertad de imprenta en debate (Córdoba, 1879). La prensa como marca de civilización, de república y de democracia”. *IMPRONTAS de la historia y la comunicación*, 2, 140-162. Disponible en línea: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/improntas>
- Laguna Platero, A., F. Gallego Martínez y L. Sujatovich (2016). “Eduardo Sojo: el artífice del periodismo satírico en España y Argentina”. *Historia y Comunicación Social*, Vol. 21, 2, 433-461.
- Román, C. (2010). “De la sátira impresa a la prensa satírica. Hojas sueltas y periódicas en la configuración de un imaginario político para el Río de la Plata (1779–1834)”. *Estudios. Revista de investigaciones literarias y culturales*, 36, 324-349.
- . (2017). *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (Buenos Aires, 1863–1893)*. CABA, Ampersand.
- Romano, E. (2004). *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires, Catálogos.
- San Clemente, G. (2005). “Subvencionados y empastelados. La prensa política y su participación en la lucha facciosa de 1879–1880”. En *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes*. Rosario, Universidad Nacional del Rosario y Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral. Disponible en línea: <https://www.aacademica.org/000-006/678>
- Vagliente, P. (2015). *Asociativa, movilizadora, violenta. La vida pública en Córdoba, 1850–1930*. Villa María, EDUVIM.

Folletín: la entrada de la literatura en la prensa

Hernán Pas

Universidad Nacional de La Plata | CONICET

Introducción

Tout ce que trouva l'imprimerie se résume, sous le nom de Presse, jusqu'ici, élémentairement dans le journal.
Stephan Mallarmé.

En 1895, el poeta simbolista Stéphane Mallarmé reflexionaba sobre los cambios que el periódico había introducido en el comercio de libros (o, con más precisión, en las prácticas de lectura). En un ensayo bastante visitado, *“Le Livre, instrument spirituel”*, Mallarmé, interesado en la nueva tecnología de la prensa, formulaba sobre el impreso cotidiano dos imágenes complementarias. Por un lado, a diferencia del libro, el periódico ofrecía una visión colectiva, anónima y casi fantástica; allí, el lector deambulaba por sus páginas como en un cuento de hadas popular (*“un charme, je dirai de féerie populaire”*, 1895: 34); un espacio idílico, cuyas dimensiones formales y tipográficas convidaban al lector a tomarlas como una extensión alternativa de su mundo real (tendencia fenoménica que anticipa algunas de las reflexiones que va a profundizar la crítica ulterior, desde Walter Benjamin hasta Peter Fritzsche)¹.

1 En esa línea, la cita que hace Fritzsche (2008: 37) de Dickens es elocuente: “Al pasar del editorial al sórdido informe de policía, doblamos la esquina y nos encontramos en un mundo diferente”.

Por otro lado, el periódico se unía al libro –y a la literatura– por su parte inferior, esto es, por la sección *feuilleton*. Desde luego, se trata de un ingreso deficitario, puesto que para Mallarmé –afiliado tangencialmente con la línea que iba de Sainte-Beuve y Nettement a Baudelaire y Flaubert–, si bien la parte inferior sostenía las columnas del periódico (es decir, si bien el folletín alentaba la lectura), se constituía al mismo tiempo en receptáculo de los deshechos, en el basural retórico (y tipográfico) del impreso². Si la literatura entraba en el periódico, lo hacía sin embargo a través del subsuelo.

En síntesis, para Mallarmé el periódico representaba una novedosa superficie de experimentación tipográfica (aspecto, como se sabe, caro a su poética), al mismo tiempo que una vulgarización de la literatura, toda vez que esta era arrojada –por la propia lógica del diario– al desagadero que representaba el espacio del folletín.

Esa doble mirada, ambivalente, del autor de *Un coup de dés...*, fue característica de una puja histórica y secular entre prensa y literatura muy abordada por la historiografía. Las metáforas arquitectónicas y espaciales (columna/friso, arriba/abajo) que jerarquizan los contenidos desde lo formal (resumidero, tienda, almacén) acompañaron desde temprano las transformaciones que el impreso periódico produjo en los circuitos letrados. De hecho, la metáfora del basurero o sumidero podría hacerse extensible al periódico en su conjunto³. Y esa es también una imagen de época que, más allá de

2 La contradicción –sostén, y al mismo tiempo basural– no es tal, si se piensa que Mallarmé tiene al libro como horizonte último de comparación. Como sostiene Steve Moyer (2016), Mallarmé supo ver en el periódico –como lo haría tiempo después Walter Benjamin– una estructura que evidenciaba la actitud creativa del lector.

3 En este sentido, una lectura atenta del ensayo que, bajo el título “Literature industrielle”, Sainte-Beuve publicó en 1839 en la *Revue des deux Mondes*, tomado en general como una crítica al folletín, demostraría que la diatriba del francés estaba dirigida principalmente a la prensa de 40 francos, es decir *La Presse* y *Le Siècle*, que empezaba por esos años

las conocidas diferencias estadísticas, trasciende fronteras. En el Río de la Plata ya la despuntaba Francisco Cabello y Mesa en el *Telégrafo Mercantil*, cuando definía al periódico, paradójicamente, como “la lectura de los que nada leen”:

[...] nadie duda que los papeles públicos son la educación de los que no la tienen y la lectura de los que nada leen, ¿qué educación tiene un Patrón de un Barco Inglés y con todo eso le veis entrar aquí siempre cargado de Gazetas y hablar de los asuntos políticos y comerciantes de modo que no haya uno entre vosotros que le conteste? Y ¿qué educación tiene un Peluquero Francés que os estará hablando horas y horas de revolución, o guerra, o de bellas y nobles Artes, teniéndos tan embobado y silencioso como en otro tiempo un tunante Andalúz que hubiera estado cautivo entre los Argelinos? Pues sabe que todo esto no lo han aprehendido (*sic*) en otros Libros más que en los Papeles públicos, ni en otras Academias que en los Cafés, o Tabernas; [...], y como estos periódicos son cortos, entretenidos y abundantes en Tiendas, Ante-Salas, y aun Basureros, brindan la curiosidad de las noticias sutiles y deleitables, y por diversión empiezan a leerse... (*Telégrafo Mercantil*, N° 10, 2 de mayo de 1902)

Esta literatura segunda, marginal y efímera, que resulta ser entonces el periódico, cuyos ámbitos de circulación son los cafés o tabernas y no los salones o librerías, se constituye en un virtual almacén de lecturas, una verdadera plataforma de tendencia popular (o, al menos, si nos atenemos a los datos de circulación y alfabetización, un potencial horizonte popular de lectura que hacia fines de la centuria se convertirá en lugar recurrente)⁴. A medida que la tecnología comienza a impactar en el discurso de la prensa –a medida,

no solo a consagrar el formato *roman-feuilleton* sino también a transformar la superficie de la prensa (Cfr. Sainte-Beuve, 1839: 675-691).

- 4 En el balance de la prensa realizado hacia fines de siglo por Jorge Navarro Viola, esa recurrencia cobra una figura precisa, la del libro del pueblo: “El diario abarca entonces, no solamente la política y la literatura, sino todos los ramos de los conocimientos humanos y viene a sustituir al libro: es el libro del pueblo” (Navarro Viola, 1897: 26).

digamos, que la noticia se convierte en mercancía–, el periódico diseña su propia biblioteca (portátil) y lo hace (lo hará) precisamente a través del ingreso del folletín en sus páginas.

El dispositivo folletín

Desde su instalación a mediados de la década de 1840 en Buenos Aires, con títulos célebres como *Los Misterios de París* y *El judío errante* de Eugène Sue –este último apareció en el zócalo del *Diario de la Tarde* en 1846–, *El conde Monte-Cristo* de Alexander Dumas o *Los misterios de Londres* de Paul Féval, el folletín se integró perentorio a la cultura local del impreso periódico⁵. Desde entonces, no hubo periódico –serio, satírico, ilustrado, comercial, diario, hebdomadario o mensual– que no incluyera su folletín en la parte inferior de sus primeras dos páginas. En esta primera instancia se trata, por cierto, de la reproducción de folletines extranjeros, entre cuyas firmas aparecen sobre todo las de Alexander Dumas, Eugène Sue, Frédéric Soulié, Paul Féval, Honoré de Balzac, Victor Hugo. Un lustro, o una década después –obviando incluso un clásico como *Amalia*– comenzarán a aparecer los primeros (y precarios) ensayos de literatura local.

La ubicua presencia del folletín hacia mediados de siglo hizo del periódico un objeto nuevo: menos político, más comercial y literario.

5 Sobre el ingreso del folletín en Buenos Aires nos hemos ocupado en otro trabajo, ver Pas (2018). En la historia del género se deben señalar dos momentos: 1800, cuando el *Journal des débats* inaugura el espacio del *feuilleton* con una línea horizontal que divide al impreso en dos partes; y 1836, con la creación de *La Presse* de Émile de Girardin (junto con *Le Siècle*, de A. Dutacq), momento que la crítica suele estipular como el del surgimiento del *roman-feuilleton*. La bibliografía sobre el tema es abundante. Ver, entre otros: Rivera (1968); Meyer (1996); Queffélec-Dumasy (1989 y 1999); Cachin, Cooper-Richet et al (2007).

El fenómeno, que tiene ya una bibliografía propia para el caso francés, ha sido descuidado en la historiografía de la prensa argentina⁶.

Desde luego, esto no significó la autonomía política de la prensa, sino su combinación con técnicas y géneros editoriales que respondían a demandas cada vez más diversificadas del público lector.

El folletín reconocía y negociaba un horizonte poco atendido o atendido con insuficiencia hasta entonces: la cultura del *entertainment*. Si bien el formato misceláneo, representado mayormente por la sección “Variedades” –con la cual el folletín tiene más de un elemento en común– acompañó esa incipiente demanda durante las primeras décadas (Cfr. Goldgel, 2013: 83-108), lo cierto es que, alrededor de los años 50, el folletín concentró, literaria y tipográficamente, los profusos márgenes de la noticia (cuando las noticias eran sobre todo escasas y extranjeras).

En abril de 1852, al fundar el periódico *Los Debates*, Bartolomé Mitre propuso nacionalizar esa sección. En su primer editorial –bastante recordado, titulado “Profesión de fe”–, Mitre subrayaba que la discusión pública se erigiría como la mejor contracara de una sombría época de uniformidad en la opinión. Tan importante como esa declaración, resultaba su atención al folletín:

Hasta hoy ningún periódico americano ha dado a esta parte del diario [el folletín] su carta de ciudadanía: ella no se adorna sino con

6 En su recordada participación en la American Antiquarian Society –que marcaría el tránsito metodológico de la historia del libro a la de la lectura–, Roger Chartier llamó la atención sobre un fenómeno que ya había sido examinado en varias zonas de su monumental *Histoire de l'Édition Française*: la hegemonía en el siglo XIX del periódico en la economía editorial. Luego de 1830, la edición “plagia del periódico la fórmula del libro publicado en fascículos y las entregas ampliamente ilustradas, vendidas a poco precio y lanzadas con gran despliegue de publicidad” (Chartier, 1994: 32).

pensamientos extraños naturalizados por los tipos de imprenta; y sin embargo esa es la parte del Diario que busca con más placer la mayoría de los lectores, ¿por qué no nacionalizarla? (*Los Debates*, N° 1, 1° de abril, 1852: 2)⁷

Al reconocerla como la sección más leída, Mitre daba al mismo tiempo una definición que la distinguía temáticamente del resto del periódico, colocando al folletín en la zona del ocio:

El folletín en los periódicos modernos es como esos bajos relieves que corren graciosamente al pie de las columnatas dóricas. Lo mismo que en las obras del artista, el pensamiento serio del escritor se refugia en la forma severa de la columna; los caprichos tienen su lugar en el friso esculpido cuidadosamente en los ratos de ocio. (*Ibidem*: 2)

La jerarquización entre lecturas serias y lecturas ociosas tenía como subtexto la breve historia del género en la prensa rioplatense, aunque apuntaba, como se dijo, a un conflicto secular de larga data. Previsiblemente, los lectores del folletín disipaban con su lectura el tiempo laxo de la distracción, mientras que las columnas editoriales del periódico demandaban –a esos u otros lectores– un compromiso distinto (sobrio, cívico, instructivo). Ahora bien, basta repasar la superficie textual de los periódicos en las décadas de 1850 y 1860 para ver que el arriba, “la forma severa de la columna” en términos de Mitre, es conquistado por la máquina de procesar lecturas del abajo. En efecto, entre 1850 y 1860 los periódicos más importantes de Buenos Aires solían ofrecer, junto al infaltable folletín, las sugestivas historias de un género de reconocida tradición folletinesca, el de las *causas célebres*⁸.

7 *Los Debates* era continuidad del *Agente Comercial del Plata* (que había comenzado a publicarse en 1851) y este, en su corta vida, venía publicando algunos folletines extranjeros (Alexandre Dumas, Pexier D’Arnoult).

8 Las causas célebres narraban por lo general historias sangrientas o macabras que corrían, desde la Edad Media, en los llamados *canards*, impresos volantes, generalmente ilustrados de alcance polémico o

Género universal, de exportación (como demostraron los *Crimes Célèbres* de Alexander Dumas), en Buenos Aires el *caso célebre* pudo oportunamente amoldarse a los fastos sangrientos de la tiranía rosista. En 1853, por ejemplo, *El Nacional* publicaba la causa criminal seguida a Ciriaco Cuitiño y Leandro Alen, dos de los vigilantes de la policía rosista e integrantes de la llamada “mashorca”, por los crímenes cometidos en los años 1840 y 1842; poco después, *La Tribuna* ofrecía en su zócalo el folletín “Un episodio del año 40 en Buenos Aires”, el cual, como tantas otras textualizaciones conocidas, narraba la historia de un amor (de unitarios) cercenada cruelmente por la banda parapolicial de Rosas (representada por un tal don Fernando, emblema de jefe policial *a la Cuitiño*)⁹.

difamatorio; y también se agrupaban en compilaciones, sumas criminológicas ejemplares. El antecedente más destacado se remonta a mediados del siglo XVIII. Entre 1734 y 1743 aparecieron recopiladas en veinte volúmenes las *Causes célèbres et intéressantes recuillés par Gayot de Pitaval*. De allí extrajo Dumas los perfiles biográficos y las historias para sus *Crimes Célèbres*, dieciocho textos publicados en París en ocho tomos, entre 1839 y 1840.

- 9 El folletín, endeble desde todo punto de vista, cuenta una historia de amor entre Julia, a quien se describe como “una hermosa rubia, muy blanca”, y el moreno Alfredo (contraste que es debidamente resaltado). Don Fernando, jefe de mazorqueros, enamorado de Julia, decide secuestrar y encerrar en un calabozo a Alfredo, pasándolo por muerto. Guillermo, amigo del preso, decide interponerse entre los deseos de Don Fernando y se casa con Julia. Esta acepta, a fin de no caer desposada en manos del supuesto asesino. Consumado el matrimonio, Don Fernando, luego de cuatro meses, decide liberar (en venganza) a Alfredo quien, al enterarse del estado de Julia, enloquece de cólera. Julia muere desesperada; Alfredo a manos de Fernando, apuñalado; y Guillermo queda preso. Al final, una especie de justicia divina narra la muerte, “víctima de su remordimiento”, del mazorquero Fernando. (Ver *La Tribuna*, nros. 633, 634 y 635, 13 a 16 de octubre de 1855). Como sostiene Molina, “El año 1840 se convierte en ‘el año del terror’ y, por tanto, clave para el ataque memorístico contra la tiranía” (2011: 85). La novelita se inserta en el contexto de una producción de propaganda anti-rosista que incluye, en la misma línea, títulos como “Dos víctimas

Estas coincidencias temáticas, tópicas, para usar los términos con que David B. Sachsman y David W. Bulla (2013) describieron los recursos sensacionalistas en la prensa estadounidense, se refuerzan, o más bien complementan, por vía genérica y tipográfica. Esto es, la criminalidad rosista es narrada con la misma apabullante carga melodramática del folletín. Entre la causa judicial y el relato folletinesco, entre el arriba y el abajo, entre las columnas y los frisos –según la metáfora de Mitre– se disipan, finalmente, las fronteras¹⁰.

El formato folletín –más, incluso, que el género– se convirtió rápidamente en un ubicuo dispositivo de lectura. Y el periódico, que a mediados de siglo exploraba los novedosos recursos de la comunicación pública impresa, llegó a pergeñar, bajo su impulso, la figura del “folletinista”.

Como el cronista, el folletinista era, al parecer, un *causer* con la pluma en la mano, según la definición de “chroniquer” que daría un importante periódico francés de la época¹¹. Una protofigura del cronista

de 1840”, de José Víctor Rocha (*La Tribuna*, 20-21 y 22 de abril de 1857); “Carlota o Una víctima de la mas-horca”, Francisco López Torres (una sola entrega en *La Tribuna*, el 12-13 de enero de 1857); o la saga de novelas que van de *Amalia* (1855, Imprenta Americana), de José Mármol, y *Los Misterios del Plata*, de Juana Manso (publicada en portugués en el *Journal do Senhoras*) a *Camila O’Gorman* (1856, Imprenta Americana) y *Los Misterios de Buenos Aires* de Felisberto Pelissot (aparecida en folletín de *La Tribuna*, a partir del 17 de julio de 1856) o la serie de relatos de Gorriti: *El guante negro*, *El lucero del Manantial*, *La hija del mashorquero* (1860-1863).

- 10 Nos referimos al tinte melodramático de la causa judicial contra Rosas en otro trabajo. Ver, para más detalles, “Crímenes célebres...” (Pas, 2020). Por su parte, Laera (2004) y Sosa (2020) han demostrado, en el caso de Gutiérrez, cómo lo político ingresa en la zona del folletín y cómo, a su vez, la potencia folletinesca invade el discurso cronístico y político del diario.
- 11 “Selon Jouvin, ‘chroniquer’, c’est causer la plume á la main (‘Messieurs les chroiniqueurs’, *Figaro*, 22 février 1866 (Díaz, 2011: 709).

urbano, o del *flâneur*-escritor, que combinaba apreciaciones de tinte costumbrista con algo de actualidad y chismografía comarcana.

Tan temprano como el año 1855 *La Tribuna* tuvo su folletinista, figura fugaz que ocupó sin embargo un espacio (tipográfico) importante en el periódico. En efecto, una primera entrega abarcaba las seis columnas de la primera página y se extendía a dos más de la segunda. El folletinista, anónimo, caracterizaba su sección como “olla podrida”, en tanto merodeaba diversos temas que iban desde anécdotas pueriles (un chasco entre vecinos en Nochebuena) hasta informaciones “tras bambalinas” (la inminente asunción de Alsina en la Cámara de Justicia, o de Mitre en el Ministerio de Guerra), pasando por su “revista” teatral o detalles sobre el Club del Progreso. Esta emergencia titubeante muestra, por un lado, el impacto que el formato y la sección del folletín había mostrado en términos de suscripción, y, por el otro, el estado de experimentación de la prensa del momento, que podía confundir la figura del folletinista con la del incipiente cronista¹². El impacto fue tal que incluso *La Tribuna* dedicó una edición especial a esa nueva figura. En entrega separada, con formato coleccionable, el folletinista declaraba:

A buen seguro que yo no llenaría mi misión de *Folletinista*, si a modo de *ave volátil* no me transportase de un punto a otro de esta hermosa ciudad y aun de sus campiñas, para poder narrar todo cuanto veo, oigo, y aun cuanto palpo. (*La Tribuna*, separata, p. 5, enero de 1855)

[Ver figs. 1-3].

12 Habría que señalar que la función de escritor-folletinista que se consolidará hacia final de la centuria resulta de una modalidad híbrida entre cronista (o *repórter*) y novelista (escritor de ficción), como puede observarse, por ejemplo, con el caso de Eduardo Gutiérrez. Sobre este punto, ver Sosa (2020: 368 y ss.).

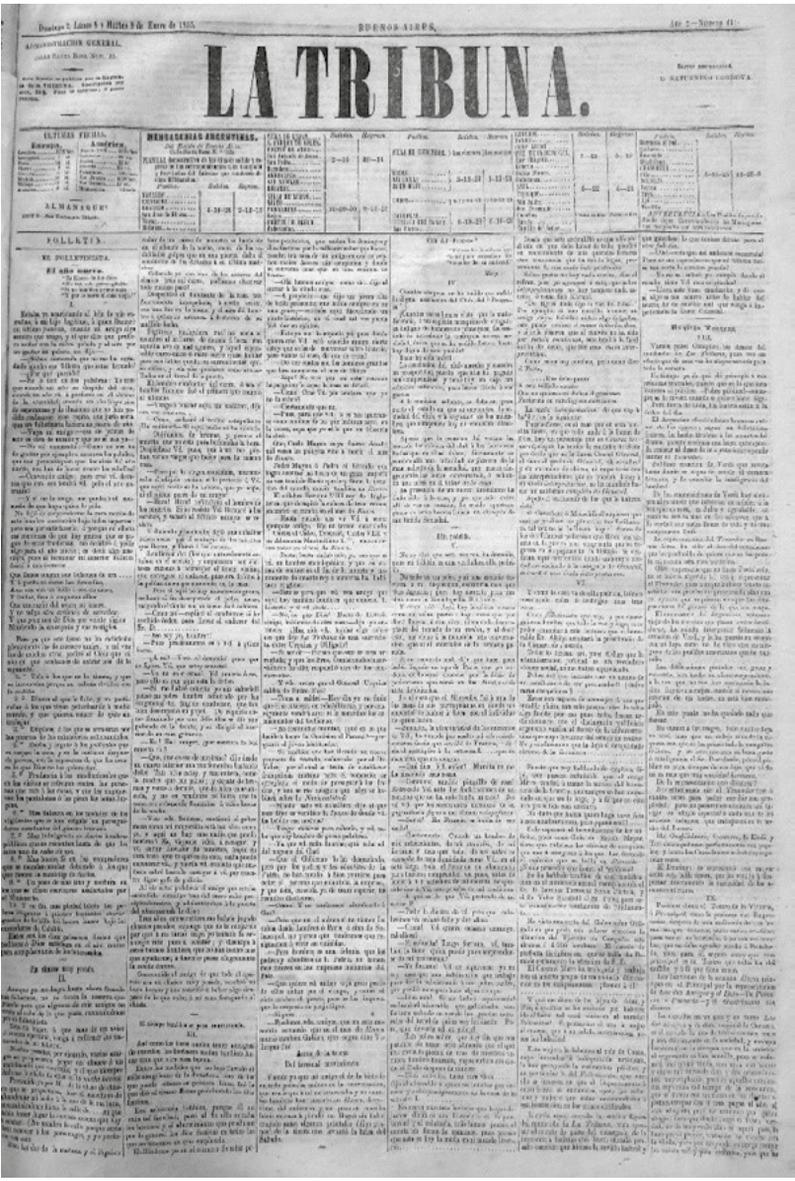


Fig. 1. La Tribuna, 7, 8 y 9 de enero de 1855. "Folletinista", ocupa toda la primera página.

| <p style="text-align: center;">ULTIMAS FECHAS.</p> <table style="width: 100%; border: none;"> <tr> <th style="text-align: left;">Europa.</th> <th style="text-align: left;">América.</th> </tr> <tr> <td>Londres.....17Nºbr.</td> <td>Nueva-York..... 22Nºbr.</td> </tr> <tr> <td>Liverpool..... 5 id.</td> <td>Baltimore..... 23 id.</td> </tr> <tr> <td>París.....16 id.</td> <td>Buenos Aires..... 23 id.</td> </tr> <tr> <td>Havre..... 9 id.</td> <td>Habana..... 26 id.</td> </tr> <tr> <td>Génova..... 8 id.</td> <td>Valparaíso..... 3Nºbr.</td> </tr> <tr> <td>Madrid.....18 id.</td> <td>Río Janeiro..... 29Nºbr.</td> </tr> <tr> <td>Malaga.....10 id.</td> <td>Río Grande.....19 id.</td> </tr> <tr> <td>Amberes..... 9 id.</td> <td>Monsieur..... 5 Enero.</td> </tr> </table> <p style="text-align: center;">AL MANAQUE! HOY 9.—San Fortunato Mártir.</p> | Europa. | América. | Londres.....17Nºbr. | Nueva-York..... 22Nºbr. | Liverpool..... 5 id. | Baltimore..... 23 id. | París.....16 id. | Buenos Aires..... 23 id. | Havre..... 9 id. | Habana..... 26 id. | Génova..... 8 id. | Valparaíso..... 3Nºbr. | Madrid.....18 id. | Río Janeiro..... 29Nºbr. | Malaga.....10 id. | Río Grande.....19 id. | Amberes..... 9 id. | Monsieur..... 5 Enero. | <p style="text-align: center;">MENSAGERIAS ARGENTINAS. <i>Del Estado de Buenos Aires.</i> Calle Santa Rosa N.º 125.</p> <p style="text-align: center;">PLANILLA demostrativa de los dias de salida y regreso de las correspondencias á la Campana y Provincias del Interior que conducen dichas Diligencias.</p> <table style="width: 100%; border: none;"> <thead> <tr> <th style="text-align: left;">Pueblos.</th> <th style="text-align: center;">Salidas.</th> <th style="text-align: center;">Regreso.</th> </tr> </thead> <tbody> <tr> <td>NAVARRO.....</td> <td rowspan="5" style="text-align: center; vertical-align: middle;">} 4-14-24</td> <td rowspan="5" style="text-align: center; vertical-align: middle;">} 2-12-16</td> </tr> <tr> <td>CHIVILCO.....</td> </tr> <tr> <td>BRAGADO.....</td> </tr> <tr> <td>San José de Flores.....</td> </tr> <tr> <td>Marón.....</td> </tr> <tr> <td>Natanza.....</td> <td></td> <td></td> </tr> </tbody> </table> | Pueblos. | Salidas. | Regreso. | NAVARRO..... | } 4-14-24 | } 2-12-16 | CHIVILCO..... | BRAGADO..... | San José de Flores..... | Marón..... | Natanza..... | | | <p>VILLA DE LUJAN... S. ANDRES DE GILES FORTIN DE ARECO... San Antonio de Areco... San Pedro..... Baradero..... ARRECIFES..... SAN VICELAS..... ROARIO.....</p> <p>VILLA DE LUJAN... SALTO..... PERGAMINO..... BOJAS..... FORTIN DE ARECO... Federación.....</p> |
|---|--------------------------|-----------|---------------------|-------------------------|----------------------|-----------------------|------------------|--------------------------|------------------|--------------------|-------------------|------------------------|-------------------|--------------------------|-------------------|-----------------------|--------------------|------------------------|--|----------|----------|----------|--------------|-----------|-----------|---------------|--------------|-------------------------|------------|--------------|--|--|--|
| Europa. | América. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Londres.....17Nºbr. | Nueva-York..... 22Nºbr. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Liverpool..... 5 id. | Baltimore..... 23 id. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| París.....16 id. | Buenos Aires..... 23 id. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Havre..... 9 id. | Habana..... 26 id. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Génova..... 8 id. | Valparaíso..... 3Nºbr. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Madrid.....18 id. | Río Janeiro..... 29Nºbr. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Malaga.....10 id. | Río Grande.....19 id. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Amberes..... 9 id. | Monsieur..... 5 Enero. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Pueblos. | Salidas. | Regreso. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| NAVARRO..... | } 4-14-24 | } 2-12-16 | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| CHIVILCO..... | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| BRAGADO..... | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| San José de Flores..... | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Marón..... | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| Natanza..... | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| FOLLETTIN. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| EL FOLLETTINISTA. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| El año nuevo. | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <p>“En Enero de los doce “No tan solo primo-geñito “Si no tambien primo-neto “Y por lo tanto el mas viejo.” I.</p> | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <p>Estaba yo acariciando al hijo de mis entrañas, á mi hijo legítimo, á quien llamaré mi último folletín, cuando un amigo algo estoico que tengo, y el que dice que prefiere andar con la calva pelada y al aire por no gastar en peluca, me dijo:—</p> <p>—Sabes camarada que no me ha agradao mucho ese folletín que estas leyendo?</p> <p>—Por qué querido?</p> <p>—Se lo diré en dos palabras: Yo creo que cuando un año se despide del otro; cuando un año vá á perderse en el abismo de la eternidad; cuando un año huye rico de esperanzas y de ilusiones que no han podido realizarse; creo repito, que justo seria que un folletinista hiciera un juicio de año.</p> <p>—Vaya mi amigo:—eso de juicios de año es cosa de antaño y que no se usa ya...—</p> <p>—No tal camarada:—Como no nos ha de gustar por ejemplo á nosotros los pelados, que nos pronostiquen que los aires del año nuevo, nos han de hacer crecer los cabellos?</p> <p>—Convenido amigo; pero créed vd. de veras que con eso tendrá vd. pelo el año entrante?</p> <p>—Y si no lo tengo, me quedará el consuelo de que haya quien lo pida.</p> <p>No dejó de sorprendeme la rara mania de este hombre excéntrico bajo todos aspectos: pero sea por satisfacerlo, ó porque en efecto me convenza de que hay gentes que se pagan de estas fruslerías, me desiré á pedir algo para el año nuevo; es decir algo mas claro, pues al terminar mi anterior folletín desecé á mis lectores</p> <p>Que llenos tengan sus bolsones de oro Y á portia se casen las doncellas, Aun sea con un indio ó con un moro, Y lindas, feas ó coquetas ellas: Que amengue del avaro su tesoro, Y no salga otro artículo de estrellas; Y que paz nos dé Dios por veinte siglos</p> | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <p>rodar de un carro de muertos se hacia oír en el silencio de la noche, amen de los redoblados golpes que en una puerta daba el conductor de los difuntos á su última mansion.</p> <p>Colocado yo con uno de los autores del chasco tras del carro, podiamos observar todo cuanto pasó! . . .</p> <p>Despertóse el habitante de la casa tan fuertemente interpelada, á medio vestir, con una luz en la mano, y el aire del hombre á quien se arranca á deshoras de su mullido lecho.</p> <p>Figúrese cualquiera cual no seria su asombro al hallarse de manos á boca con aquella ave de mal agüero, y aquel espantable carro-mato ó mato-carro: quiso hablar pero sus labios quedaron entrembiertos, quiso correr, y sus pies quedaron como atorillados en el dintel de la puerta.</p> <p>El hombre conductor del carro, ó sea el hombre finebre fué el primero que rompió el silencio.</p> <p>—Vengo á buscar aquí un cadáver, dijo con voz cóncava . . .</p> <p>—Como, exclamó el vecino estupefacto. ¡Un cadáver!—Si aquí nadie se ha muerto.</p> <p>—Dejémonos de bromas, y pronto el muerto, que no está para bufonadas la hora. Despéchese Vd. pues, que á mi me quedan varios viages que hacer para la misma casa.</p> <p>—Pero por la virgen santísima, murmuraba el adijido vecino, si le protesto á Vd. que aquí nadie se ha muerto, que yo sepa, ni el mismo perro de mi muger.</p> <p>—Hum! Hum! refunfuñó el hombre de los muertos. Si se resiste Vd. llamaré á los serenos, y sacaré al difunto aunque se resista.</p> <p>Y diciendo y haciendo; dejó sus caballos éticos acaso por el contagio de los muertos que llevan, y llamó á los serenos.</p> <p>Acudieron dos (los que naturalmente estaban en el secreto) y empezaron con cóncates razones á aconsejar al tenaz vecino, que entregase el cadáver, pues era dañina á la poblacion su permanencia en la casa.</p> <p>—Pero si aquí no hay muertos ningunos, exclamó al fin desesperado el pobre mozo, rasgando el viento con un termo de á ochenta.</p> <p>—Como no!—replicó el conductor; si he recibido órden para llevar el cadáver del</p> | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| <p>bros penitentes, q dias festivos por la resolvi iré casa de nen varios leones se convenga mas bastas.</p> <p>—Ola buenos a entrar á la ciudad.</p> <p>—A propósito—de bella presencia, tono grave,—están punto histórico, et Vd. dar su opinion</p> <p>—Esto ya me li quiera que Vd. est estoy que se ha de pero vamos al caso</p> <p>—De ver cuales que han muerto en</p> <p>—Zape! No cre haya quien lo sepa</p> <p>—Como! Cree? no lo sabré?</p> <p>—Ciertamente e</p> <p>—Pues, para que te como muchos de la tierra, sepa que le diré:</p> <p>Que, Carlo Mag mil veces los peligr de Enero.</p> <p>Pedro Magno, ó logró asentar las b en esa temible Rus cion del mundo, m</p> <p>El célebre Enric terra, que decaipió encontró su tumba</p> <p>—Hasta cuando ejemplos amigo, d</p> <p>Carlos el Calvo, i en Alemania Maxi ron todos en el mes</p> <p>—Basta, basta a vd. un hombre enci paz de contario; el cimiento de cuanto tado el globo.</p> <p>—Esto es para q aquí hay tambien h historia, y si vd. de</p> <p>—No, no por I amigo. hablemos de</p> | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |

Fig. 2. "Folletinista". Ampliación.

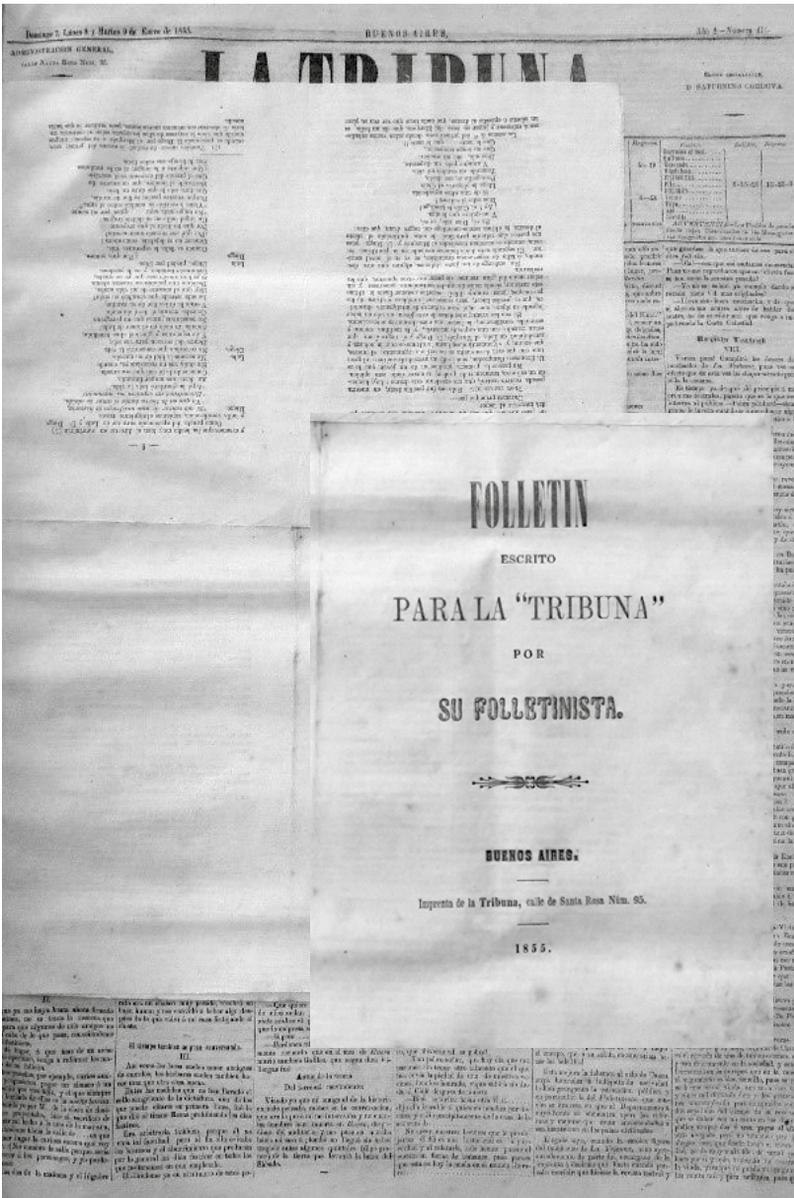


Fig. 3. *La Tribuna*, enero de 1855. Separata: "Folletín escrito para *La Tribuna*".

A modo de las fantasías ópticas del excursionista y explorador, que en épocas previas había nutrido la retórica vigilante de periódicos facciosos, el ave volátil –con ímpetu panóptico– es aquí un narrador urbano. Si bien, como muestran las mismas entregas del folletinista, el espacio urbano y social convocado por la escritura respondía al pequeño circuito de la élite (la ciudad como aldea, en la mentada imagen retomada por Vicente Fidel López), no deja de ser un síntoma de época la inscripción de textos despreocupados y lúdicos en las páginas de los diarios más importantes de entonces.

En definitiva, este tipo de propagación folletinesca marca el pasaje de una prensa doctrinaria, incluso facciosa, a un tipo de escritura cuyo fundamento reside en el gusto de un público que excede –o, mejor dicho, que ya comienza a exceder– a aquel que transita (o transitaba) por el periódico como si de un ágora impreso se tratara. El fenómeno puede comprobarse observando la superficie textual de los periódicos más importantes del período. En efecto, los diarios de la época convirtieron sus primeras páginas en virtuales bibliotecas coleccionables: como puede verificarse a simple vista, no solo presentaban en su parte inferior folletines sino que también ofrecían álbumes, novelas o relatos con cajas tipográficas distinguidas, destinadas evidentemente al recorte y la encuadernación, como se ve en las entregas de *La guerra de las mujeres* de Dumas, que acompaña al folletín *El castillo del diablo* de Sue, en el *Diario de Avisos* (1849), o como ocurre con las entregas separadas de *Pobres y ricos, o la bruja de Madrid*, de Ayguals de Izco y el folletín *Jorge*, de Dumas, que empiezan a publicarse conjuntamente en el *Agente Comercial del Plata* (1852) y se extienden a *Los Debates*, continuación a partir del 1º de abril del mismo periódico. [Ver figs. 4-6]. Desde que el dispositivo folletín se instaló en la prensa rioplatense, esta inició definitivamente su recorrido hacia la zona más bien comercial y literaria enunciada (y anunciada) en sus cabezales o *headlines*¹³.

13 En 1830, los periódicos comenzaron a enfatizar la voluntad de abarcar un espectro amplio de lectores, declarándolo con rótulos o inscripciones

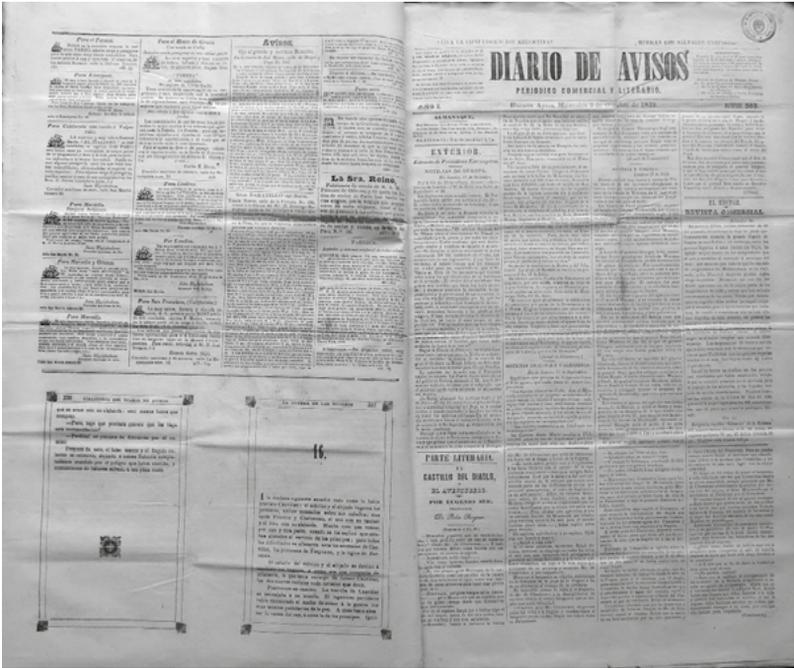


Fig. 4. *Diario de Avisos*, 2 y 3 de octubre de 1849.

Pág. 4: *La guerra de las mujeres* en caja tipográfica coleccionable. Pág. 1. Folletín. *El castillo del diablo*, de E. Sue.

aclaratorias, entre las cuales la de uso más común solía ser: *comercial, político y literario*. El caso emblemático es el de *La Gaceta Mercantil*, que añade en su número 805 del 14 de julio de 1826, esto es, a casi tres años de su aparición, el subtítulo “*Diario comercial, político y literario*”. A partir de entonces y de manera extendida la prensa rioplatense se caracterizará por expandir bajo el subtítulo esa tríada temática. Citamos aquí algunos ejemplos: *El Tiempo. Diario político, literario y mercantil* (Buenos Aires, 1828), *El Lucero. Diario político, literario y mercantil* (Buenos Aires, 1829), *Diario de la Tarde. Comercial, político y literario* (Buenos Aires, 1831), *El Amigo del País. Diario político, literario y mercantil* (Buenos Aires, 1833), *El Guardia Nacional. Diario político, literario y mercantil* (Montevideo, 1838), *Revista del Plata. Diario político, literario, noticioso y mercantil* (Montevideo, 1839).

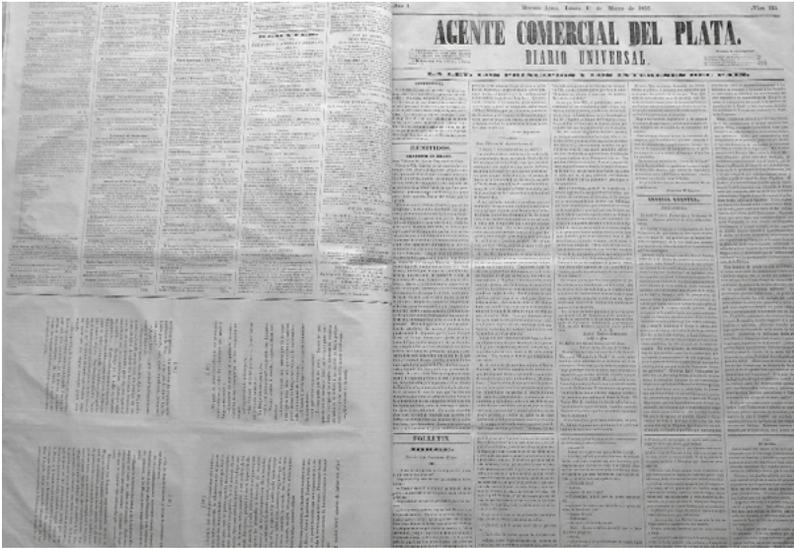


Fig. 5. *Agente Comercial del Plata*, 28 de febrero y 1 de marzo de 1852.

Pág. 4: *Pobres y ricos, o la bruja de Madrid*, de Ayguals de Izco. Pág. 1: Folletín *Jorge*, de A. Dumas.



Fig. 6. *Los Debates*, 29 de mayo de 1852.

Continuidad del *Agente Comercial* (sigue publicando las mismas entregas en folletín y separata).

Hacia el cinematógrafo

El grado de experimentación que Mallarmé supo distinguir en la *mise en page* de la prensa estaba estrechamente vinculado con el nivel tipográfico. En dicho nivel, las imágenes, los dibujos, los clichés resultan un elemento fundamental no solo del diseño tipográfico, sino también de las potencialidades imaginarias de la escritura.

En trabajos previos desarrollamos la hipótesis de la predisposición gráfica de la narrativa de folletín, esto es que la retórica folletinesca emerge consustanciada con lo visual, aspecto que puede explicarse si se tiene presente el origen compartido del folletín con el melodrama (Cfr. Martín Barbero, 1991 y Pas, 2021a y 2021b). El folletín (y el mundo editorial que lo rodea), sostuvimos entonces, surge para ser ilustrado, algo que efectivamente sucede cuando las técnicas de reproducción de imágenes y las nuevas tecnologías de la imprenta posibilitan acompañar las entregas de sus zócalos con estampas alusivas, como veremos que ocurre con las populares novelas de Eduardo Gutiérrez publicadas en *La Patria Argentina*.

El parentesco entre ilustración y folletín venía sostenido por los “periódicos-museo” o mensuarios ilustrados como *El Instructor*, *La Colmena* (ambos de Ackermann), el *Correo de Ultramar*, el *Museo de las familias* o *El Eco Hispanoamericano*, entre otros, que difundían mediante agentes locales las obras de los más afamados folletinistas europeos, acompañadas de estampas (grabados o litografías) que eran un *plus* editorial consecuentemente destacado¹⁴.

Un primer y elocuente antecedente de dicha imbricación a nivel local lo encontramos en *El Progreso*, redactado por Sarmiento, en Santiago de Chile. El sanjuanino, atento a las posibilidades gráficas

14 El *Correo de Ultramar* y *El Eco Hispanoamericano*, dos revistas ilustradas de aparición mensual y quincenal, respectivamente, se publicaban en París, pero estaban dedicados al público hispano. *El Museo de las Familias*, de características similares, se editaba en Madrid.

que servían de atracción a los lectores, buscó tempranamente combinar sus folletines (recordemos que el autor del *Facundo* se jactaba de haber introducido el género en Chile) con imágenes litografiadas diseñadas o dibujadas especialmente para su periódico. Fueron dos las imágenes estampadas en *El Progreso*: la primera correspondiente al folletín “Fisiología del paquete”; la segunda acompañaba al folletín titulado “Chanfaina”¹⁵. Por entonces, la incorporación de la técnica litográfica en la prensa resultaba una carga gravosa, motivo por el cual Sarmiento no volvería a reincidir en su utilización. No obstante, el ejemplo de Sarmiento resulta elocuente respecto de la capacidad de las imágenes de convocar a una franja importante de lectores¹⁶ [Ver figs. 7-8].

15 Sobre este punto, y las estrategias narrativas de Sarmiento en *El Progreso*, ver nuestro libro: *Sarmiento, redactor y publicista* (2013).

16 Hay que tener en cuenta que la técnica litográfica imponía la impresión en dos imprentas distintas, de modo que las imágenes solían ir en hojas separadas del texto. No obstante, tal como nos cuenta el propio Sarmiento en esa entrega, titulada, además, “Litografía”, fue con dicha técnica que se imprimieron ambas imágenes, “con la circunstancia, que en toda tierra de garbanzos se hacen las láminas para ilustrar el artículo, y nosotros hemos hecho el artículo para ilustrar la lámina; porque ha salido tan descolorida que es necesario mirarla con la lente del comentario” (*El Progreso, opus. cit.*, p. 1). Sobre las técnicas de reproducción de imágenes en el siglo XIX, ver Szir (2009: 109-139).

Casi cuatro décadas después, los folletines de Eduardo Gutiérrez vendrían a explicitar la tendencia *magazinesca* que poco a poco fue ganando terreno en la prensa periódica rioplatense. A la eficaz amalgama entre causa criminal (archivo judicial) y prosa periodística en la formación del folletín criollo, las ediciones folletinescas de *La Patria Argentina* añadirían un elemento de capital relevancia: las ilustraciones.

El proceso constitutivo de los folletines criollos (y de su autor, Eduardo Gutiérrez, en tanto novelista) ha sido ya analizado con suficiencia. Desde un enfoque renovador sobre la consolidación de la novela en los 80, Alejandra Laera (2004: 73-125) demostró cómo las novelas con gauchos de Gutiérrez se forjaron en el cruce entre el *fait-divers* y los informes judiciales de Tribunales. Asimismo, el pasaje de las Variedades a los Dramas policiales resulta tan decisivo como el pasaje del *Juan Moreira* de esta última sección al zócalo del diario, es decir, al espacio del folletín. En ese movimiento, y en los recursos narrativos puestos en juego, “Gutiérrez toma un género universal, y lo *nacionaliza*” (ídem: 119) (la “nacionalización” que reclamaba Mitre desde las páginas de *Los Debates*).

Por su parte, Hernán Sosa (2020), en un estudio minucioso recientemente publicado, ha dado cuenta del progresivo fenómeno de hibridación genérica (entre prensa, discurso judicial y folletín), reconstruyendo la serie folletinesca hasta los primeros esbozos de lo que Sosa denomina “proto-folletines” (basados en el género de los *casos célebres*), y ha apuntado, asimismo, el proceso de modernización que impulsa la escritura de Gutiérrez en *La Patria Argentina*¹⁷. De hecho, hasta tal punto la impronta escrituraria de Gutiérrez determina ese proceso que no solo su salida de la redacción preanuncia la decadencia del diario, sino que, al menos hasta mayo de 1879 –cuando se inicia la sección “Variedades policiales” y se publica

17 Laera señala asimismo ese fenómeno al constatar la transformación de *La Patria Argentina* en una “pequeña empresa editorial” (2004: 89).

en ella “Juan Carnaval”, el primero de los proto-folletines vindicados por Sosa (2020: 178)–, podría considerarse a *La Patria Argentina* como un típico periódico de la época, con su folletín extranjero, su “Crónica parlamentaria” y su sección “Última hora” destacada (pretensión de tecnologización informativa típica del momento).

Ahora bien, esa impronta se caracteriza además por su no menos decidida apelación a lo visual. En efecto, *Juan Moreira*, *Juan Cuello*, *El Jorobado*, *El Tigre de Quequén* no solo fueron los primeros folletines publicados, fueron también los primeros folletines ilustrados aparecidos en la prensa argentina¹⁸.

Los estudios críticos sobre la producción de Gutiérrez han considerado en general el universo de las imágenes que abultan la parafernalia editorial de *La Patria Argentina* (en tanto empresa editorial), es decir: o bien aquellas ediciones ilustradas (“folletos ilustrados”) que la propia imprenta (y el diario) de los hermanos Gutiérrez publicitan al finalizar las entregas en folletín, o bien las ediciones librescas (Tommasi y Maucci, principalmente), inmediatamente posteriores, que solían ir acompañadas –como ocurre con el género– por grabados o estampas alusivas¹⁹. Pero la singularidad de los folletines

18 *Un capitán de ladrones*, el primero de los textos policiales firmados por Gutiérrez, también lleva ilustraciones: el rostro y el cráneo del bandido Antonio Larrea. Pero a diferencia de lo que ocurre con los folletines, aquí las imágenes cobran una función testimonial, de alegato (el cráneo representado en las columnas de la sección sirve, por ejemplo, para el despliegue cientificista de la frenología).

19 En su trabajo, Hernán Sosa incorpora una reflexión más amplia del uso de imágenes en el periódico (por ejemplo, al revisar la familiaridad de las estampas de *El jorobado* y de *Serapio Borches* de la Quintana con sus antecesoras publicadas en *La Revista Criminal*), observando además el hecho de que no todas las imágenes que acompañaron las tiradas pasaron luego a las ediciones librescas. Los responsables de realizar los grabados fueron Carlos Clérice y J. Supot; el primero había trabajado en otras publicaciones ilustradas (*El Mosquito*, *El Correo de las Niñas*) y fue el responsable de las ilustraciones de *La vuelta del Martín Fierro* (1879), de José Hernández. (Cfr. Sosa, 2020: 111 y 205-237).

de Gutiérrez también se asienta en la novedosa incorporación de grabados en las entregas folletinescas del periódico. En primer lugar, porque no son pocos los folletines ilustrados: los cuatro títulos mencionados ocupan todo el año 1880, y el último de ellos, *El Tigre de Quequén*, es el que más ilustraciones ostenta, lo que evidencia un interés sostenido por parte de Gutiérrez (y de los dibujantes y grabadores, cabe señalar) en explorar los recursos técnicos para una mayor estilización de sus productos, vale decir, para ofrecer a sus lectores aquello que estaban habituados ya a recibir, solo que no en formato periódico sino como novelas ilustradas.

En segundo lugar, porque la relativamente cuidada o esmerada intervención de los dibujantes o ilustradores –todas las imágenes son episódicas, esto es, alusivas a algún pasaje de la novela en cuestión–, demuestra, a diferencia de lo que ocurre con las ediciones posteriores (folleteriles o librescas), una preocupación genuina por satisfacer las expectativas (o, siguiendo a Louis Marin, los deseos) de los lectores. Así, para tomar un solo ejemplo, la estampa final del *Juan Moreira* captura de modo sintético el episodio que se convertirá en símbolo de las narrativas posteriores del moreirismo: el “ajusticiamiento” de Moreira por la espalda, cuando este estaba a punto de sortear el muro que lo dejaría en libertad [Ver figs. 9-10]. Como se recordará, ese es el momento elegido por Leonardo Favio para cerrar su versión filmica del *Juan Moreira* de 1973. Momento inolvidable: el pasaje del folletinista al cineasta reafirma el sentido ilustrativo, emblemático y dramático de la escena. Que la imagen de esa escena final transite incólume del folletín a su versión filmica –es decir, que se inserte en dos versiones si no opuestas, sí notoriamente divergentes– es no solo indicio del potencial poder de la imagen, sino también de una concepción artístico-literaria en la que esta cobra un rol significativo²⁰. Como ocurría con los avisos y publicidades que desde hacía ya un par de lustros distinguían las

20 Resulta oportuno observar que esta imagen final del folletín, la del ajusticiamiento, no fue incorporada a las ediciones librescas posteriores.

páginas de los periódicos, las imágenes en prensa –y en particular, las destinadas a ilustrar un relato ficticio, en la tradición del *magazine*– refrendaban la ampliación de los límites de consumo, procurando un alcance popular (proto-masivo) de los impresos (y, desde luego, de sus subproductos, como el folletín).



Fig. 9. *La Patria Argentina*, 7 de enero de 1880. Anteúltima entrega de *Juan Moreira*, ilustrada.



Fig. 10. *Juan Moreira* ilustrado. Ampliación.

La historia del folletín es la historia de la entrada de la literatura en la prensa y también la de la mediatización del discurso literario, cuyos principios narrativos y estéticos se vieron conmovidos por los avances tecnológicos de la imprenta y de la industria cultural. En ese marco, las técnicas de reproducción de imágenes resultaron sin dudas un impulso decisivo en la ampliación de los componentes gráficos de la lectura, y en particular, avanzado el siglo, de la lectura periódica. A los dioramas, daguerrotipos, estereoscopios que dominaron la primera parte del periodo, siguieron la fotografía (sistema de negativo-positivo), el kinetoscopio, el cinematógrafo²¹. En este sentido, el título de este apartado no es sino una referencia implícita al pionero trabajo de Flora Süssekind, *Cinematógrafo de letras* (1987), que procuró leer el impacto de las nuevas técnicas en el marco de la modernización literaria brasileña. Si bien, por un lado, en 1880, en Buenos Aires estas tecnologías apenas si formaban parte de las noticias de la prensa (el proceso que va del calotipo a la fototipia ganará espacio recién en la década siguiente)²², por el otro,

21 La primera foto obtenida por daguerrotipo data de 1845, y corresponde al ex gobernador de Salta Miguel Otero (1790–1874), tomada por el retratista norteamericano John A. Bennet. Un siglo después, el coleccionista e investigador Julio Riobó halló la fotografía en un anticuario de Buenos Aires. (Cfr. *Daguerrotipos y retratos sobre vidrio en Buenos Aires, 1843-1873*). Hoy se resguarda en el Museo Histórico Nacional.

22 Las primeras publicaciones en utilizar el sistema de reproducción fotomecánica fueron *La Ilustración Sud-Americana* (en 1894), y luego

las estampas que acompañaron a los folletines criollos de Gutiérrez en *La Patria Argentina* indican que la “visualización imaginaria” –resultado del ingreso de la imagen en el texto– había alcanzado entonces un alto grado de aceptación y de demanda.

Con el auge del formato *magazine* –cuyo epítome en el Río de la Plata fue, como se sabe, *Caras y Caretas* (1898–1939)–, el dispositivo folletín se expandió más allá de los zócalos de los diarios, fusionándose con otros dispositivos –principalmente, icónicos– y ampliando, en consecuencia, no solo sus límites formales sino también sus alcances entre el público lector. Las “reconstrucciones fotográficas” de las grandes escenas novelescas locales que ofrecía el semanario de Eustaquio Pellicer y Fray Mocho, como las de *Juan Moreira* (1903) y *Amalia* (1904), por ejemplo, demuestran la continuidad –vía imagen e imaginario– entre relato melodramático y “atracción” visual²³. Por sobre dicha continuidad, hay no obstante un aspecto de distancia insoslayable: las imágenes se imponen (materialmente) a la tipografía. En el formato *magazine*, las ilustraciones se multiplican

Buenos Aires. Revista Semanal Ilustrada, La Revista Moderna, e Instantáneas Argentinas. La más longeva, y de rotundo éxito, fue *Caras y Caretas* (1898). Ver, respecto del desarrollo histórico de la fotografía en Argentina, Verónica Tell (2019); y respecto de las técnicas reproductoras de imágenes en el siglo XIX y de las ilustraciones ficcionales en *Caras y Caretas*, el trabajo de Sandra Szir (2009: 109-139), del cual tomamos prestada la idea de “visualización imaginaria”.

23 No casualmente *Caras y Caretas* reproduce la escena del ajusticiamiento, en el primer caso, y el inolvidable episodio en el que María Josefa Ezcurra apoya su mano en el muslo herido de Eduardo Belgrano, en el segundo. La primera se publicó en la sección “Episodios policiales” del número 235 (abril de 1903); las escenas de *Amalia* aparecieron, bajo el título de la novela, en el número 294 (mayo de 1904). (Ver, al respecto, los comentarios de Geraldine Rogers, 2008: 191 y ss.). Utilizamos la noción de “atracción” siguiendo los argumentos de Andrea Cuarterolo (2013), es decir atracción en sentido de efecto espectacular, *shock* (visual) causado en el espectador a partir de recursos ópticos como el relieve, la tridimensionalidad (estereoscopia) o el movimiento (kinetoscopia, cinematógrafo).

y conviven con la técnica del fotograbado. Al *numen* de la pintura –su captación en un instante inmóvil de la historia, según una clásica formulación de Roland Barthes (1989)–, la fotografía añade ahora su pretensión documentalista. Y allí, evidentemente, empieza otra historia.

Bibliografía

- Alain, V. (2011). “La mise en page du quotidien”. En *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIXe siècle*. Paris, Nouveau Monde éditions, 865-878.
- Barthes, R. (1989). *La cámara lúcida*. Notas sobre fotografía. Buenos Aires, Paidós.
- Brake, L. and M. Demoor (Ed.) (2009). *The Lure of Illustration in the Nineteenth Century. Picture and Press*. London and New York, Palgrave Macmillan.
- Cachin, M. F., D. Cooper-Richet, C. Parfait et J. Y. Mollier (Dir.) (2007). *Au bonheur du feuilleton. Naissance et mutations d'un genre (Etats-Unis, Grande-Bretagne, XVIIIe–XXe siècles)*. Paris, CREAPHIS éditions.
- Chartier, R. (1994). “De la historia del libro a la historia de la lectura”. En *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza, 26-45.
- Cuarterolo, A. (2013). *De la foto al fotograma: relaciones entre cine y fotografía en Argentina (1840-1933)*. Montevideo, CdF Ediciones.
- Díaz, J. L. (2011). “Avatars journalistiques de l'éloquence privée”. En Kalifa, Dominique, Philippe Régner, Marie-Ève Thérenty et Alain Vaillant. *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIXe siècle*. Paris, Nouveau Monde éditions, 695-715.

- Fritzsche, P. (2008). *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Goldgel, V. (2013). *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Laera, A. (2004). *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires, FCE.
- Mallarmé, S. (1895). "Le Livre, instrument spirituel". *La Revue blanche*, Tome IX, Deuxième Semestre, 33-36.
- Marin, L. (1993). *Des pouvoirs de l'image*. Paris, Ed. du Seuil.
- Martín Barbero, J. (1991). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona-México, Ediciones G. Gili.
- Meyer, M. (1996). *Folhetim. Uma história*. São Paulo, Companhia das Letras.
- Molina, H. B. (2011). *Como crecen los hongos. La novela argentina entre 1838 y 1872*. Buenos Aires, Teseo.
- Moyer, S. (2016). "Mallarmé y la organización formal del libro". *Infolio*, 7. Disponible en línea: <http://www.infolio.es/articulos/moyer/mallarme.pdf>
- Navarro Viola, J. (1897). *Anuario de la prensa argentina*. Buenos Aires, Coni.
- Pas, H. (2018). "Eugène Sue en Buenos Aires. Edición, circulación y comercialización del folletín durante el rosismo". *Varia Historia*, 34, n° 64, 193-225.

- . (2020). “Crímenes célebres. Folletín, lectura popular y magazine en la prensa argentina del siglo XIX”. En José Maristany... [et al.], *Literaturas de la Argentina y sus fronteras: tensiones, disensos y convergencias* (Actas del XX Congreso Nacional de Literaturas de la Argentina), tomo II. Buenos Aires, Teseo, 167-182.
- . (2021a). “Crímenes ilustrados. Folletín e imaginario visual en la prensa rioplatense, 1846–1880”. *Bibliographica*, Vol. 4, núm. 2, 15-44.
- . (2021b). “Os Mistérios de Paris em Buenos Aires. O espetáculo da leitura popular”. *Livro. Revista do Núcleo de Estudos do Livro e da Edição*, 9/10, 135-157.
- Queffélec-Dumasy, L. (1989). *Le Roman-feuilleton français au XIXe siècle*. Paris, PUF.
- . (1999). *La querelle du roman-feuilleton. Littérature, presse et politique, un débat précurseur (1836–1848)*. Grenoble, ELLUG.
- Rivera, J. B. (1968). “El folletín, Eduardo Gutiérrez”. EN AAVV. *Historia de la Literatura Argentina*. Buenos Aires, CEAL.
- Rivera, J. B. *El folletín y la novela popular*. Buenos Aires, CEAL, 1968.
- Rogers, G. (2008). *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*. La Plata, UNLP.
- Sachsman, D. B. and D. W. Bulla (Edits.) (2013). *Sensationalism: Murder, Mayhem, Mudslinging, Scandals, and Disasters in 19th-Century Reporting*. New Brunswick and London, Transaction Publishers, New Jersey.

- Sainte-Beuve, C. A. (1839). “De la littérature industrielle”.
Revue des deux Mondes, XIX: 675-691.
- Sosa, C. H. (2020). *La novela gauchesca de Eduardo Gutiérrez. Prensa, discurso judicial y folletín en la génesis de una literatura popular*. Buenos Aires, Katatay.
- Süssekind, F. (1987). *Cinematógrafo de letras. Literatura, técnica e modernização no Brasil*. São Paulo, Companhia das Letras.
- Szir, S. (2009). “Entre el arte y la cultura masiva. Las ilustraciones de la ficción literaria en Caras y Caretas (1898–1908)”. En: Malosetti Costa, Laura y Marcela Gené (Comps.). *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires, Edhasa, 109-139.
- Tell, V. (2019). *El lado visible. Fotografía y progreso en la Argentina a fines del siglo XIX*. San Martín, UNSAM Editora.

Ernesto Quesada crítico ¿literario o intelectual? entre 1881 y 1894

Eduardo Romano
Universidad de Buenos Aires

Su iniciación en la Nueva Revista de Buenos Aires

La crítica es un discurso distintivo, metatextual, del que se ocuparon originalmente los intelectuales y/o escritores, desde la Antigüedad clásica. En países como la Argentina, ese discurso tuvo su lugar en publicaciones periódicas antes que en libros y sus cultores no pocas veces se cruzaron y discutieron acerca de cómo debía ejercerse dicha práctica. Lo más novedoso, al respecto, en la década de 1880, es el *Anuario Bibliográfico de la República Argentina* (1880-1887) que dirigió Alberto Navarro Viola (1857-1885), retomando una iniciativa de diez años atrás y muy efímera, de la librería Casavalle, para informar y evaluar lo que se estaba publicando.

En general, los animadores de las revistas intelectuales, que solían tener tomos voluminosos (entre 150 y 300 páginas, aproximadamente) dedicados fundamentalmente a cuestiones históricas, jurídicas, memorialistas, de límites, diplomáticas, crónicas viajeras y ocasionalmente literatura, desprecian el diarismo y las breves reseñas periodísticas de libros. Ernesto Quesada (1858-1934) incursionó por todas esas tareas, amparado en una formación inusual desde la adolescencia, inclusive para jóvenes de su misma extracción social.

Había acompañado a su padre, Vicente G. Quesada (1830-1913), político, escritor y diplomático, en el pasaje por diversas legaciones

argentinas en Europa. Esta experiencia le permitió educarse con reconocidos maestros, en universidades de Berlín, Londres y París, y obtener luego el título de abogado en la de Dresde. De regreso, reemplazó a su padre en la Dirección de la Biblioteca Pública de la provincia de Buenos Aires¹, convalidó su título de abogado con una tesis sobre el libro IV del Código de Comercio e ingresó al Colegio Nacional para dictar Literaturas extranjeras y Estética.

En la *Revista de Artes, Ciencias y Letras* (T. I, N° 2, junio de 1879) escribió “Estudios americanistas en Europa (Congresos y asociaciones)”, en el matutino *La Nación*: “El Barrio Latino, recuerdos de estudiante” y en el segundo número de la *Revista Argentina* (1881) sus impresiones del Palacio de Justicia de París. Un estudio sobre los poetas que precedieron a Dante en Italia y otro, convertido en libro, acerca de Persio, Juvenal y la Roma del siglo I, dan la pauta de su variado horizonte intelectual.

En ese momento participa de la creación del Ateneo en la casa de Rafael Obligado (1851-1920), calle San Martín entre Piedad, hoy Esmeralda y Rivadavia y que se traslada luego a otras residencias. Su presidente inicial, Guido y Spano, cede pronto su lugar, por hallarse enfermo, a Calixto Oyuela, en tanto los vicepresidentes eran Joaquín V. González (1863-1823) y el propio Obligado. Detrás de ese frente clásico-criollista, Quesada, “uno de los donantes más liberales” (Giusti, 1954: 66), especialmente en material libresco², es elegido bibliotecario.

-
- 1 Su bibliografía se inicia con los informes de 1878–1879, compartidos con Nicolás Massa, sobre material existente y solicitado de publicaciones periódicas para esa Biblioteca, su registro pormenorizado por contenido, idioma, nacionalidad, modo de aparición, lugar de publicación, etc.
 - 2 Canter destaca en su estudio bio-bibliográfico (1936) la frecuencia con que buscaba novedades en las librerías porteñas de Casavalle, Leal y Prado, Leguina y el portugués Daponte.

Su primera experiencia periodística sistemática la cumple en la *Nueva Revista de Buenos Aires* (1881-1885), cuyas entregas mensuales oscilan entre 120 y 150 páginas. También ahí secundó inicialmente a su padre y lo sustituyó cuando este viajó para hacerse cargo de la embajada argentina en Brasil. De él había heredado una posición americanista, opuesta a la de los liberales europeizantes, advertida en el tomo III (1881) cuando publica su propuesta “El Congreso literario latino-americano y el *americanismo*” como comisionado para una Exposición internacional Sud-Americana, sobre la certeza de que “se hace necesario, de una vez por todas, legitimar la existencia del *americanismo* como ciencia” (Quesada, 1893: 21).

También retoma la participación y defensa que hiciera su padre del gobierno federal de la Confederación, al cual perteneciera, así como la reivindicación de nuestros orígenes hispánicos. Esto último lo había acercado a Obligado³ y a González, al proyecto nacionalista de un nativismo estético, preocupación que culminaría, en cierto modo, con el valioso ensayo “El criollismo en la literatura argentina” (1902), al cual le dediqué un apartado en la primera parte del libro *Escritores e intelectuales ante el avance de la industria cultural: 1898-1933* (Romano, 2012).

La intelectualidad argentina de la época coincidía sin excepciones, eso sí, en negarle legitimidad a las manifestaciones lingüístico-literarias que resultaban del difícil encuentro suburbano entre criollos e inmigrantes, porque no dependían generalmente de la lectura, sino de cancioneros o espectáculos, modos de comunicación orales y visuales más callejeros que letrados. No pudieron impedir, sin embargo, que esas voces desautorizadas invadieran progresivamente el espacio de la escritura, con el auge de las primeras publicaciones periódicas ilustradas.

3 Comparten el mismo sector social y geográfico: un tío de Quesada era dueño de la estancia Las Hermanas, vecina en la Vuelta de Obligado de la que pertenecía a esa otra familia.

Ellas proponen una nueva manera de leer que no desdeña la producción literaria (poesías, cuentos, crónicas, diálogos, etc.), sino que la aprovecha incluso para los avisos comerciales, pero a cargo de escritores que no revelan su nombre o usan seudónimo y cobran por su trabajo profesionalmente. Esa condición hace que no le teman a la hibridez de la palabra junto con el dibujo o la foto, a lo serio articulado con lo cómico, a la nota informativa con la meramente curiosa.

Rehúyen, en cambio, del discurso crítico, intelectual o literario, tal vez temerosos de que incurra en elogios o diatribas por razones personales, aunque no descarto que fuera por su escaso interés para un público amplio y heterogéneo, poco educado. *Caras y Caretas*, que impone esta nueva modalidad de lectura, crece pronto: las 12 páginas iniciales son 41 en 1898 y 84 en 1900 (Fraser, 1987: 14) y rebaja el precio de \$ 0,30 a 0,20. Incluye ese semanario “festivo, literario, artístico y de actualidades”, en su segundo número, un comentario sin firma al libro de Payró, *La Australia argentina*, que acababa de aparecer, seguramente por compromiso con el autor, quien no vaciló en ofrecerles su colaboración desde el comienzo. El informe –no cabe calificar de crítica a un par de formulaciones laudatorias– ocupa apenas media página (la otra es una “Escena” de Enrique García Velloso), cierto que con una foto de cuerpo entero del autor leyendo, lo cual le resta importancia a un discurso que no perdurará en la publicación.

Quesada, en cambio, al asumir en la *Nueva Revista de Buenos Aires (NRBA)* sostiene en “Declaraciones” que seguirá “el mismo programa”, prestándole especial atención al “derecho internacional y latino-americano”, pero además “la crítica literaria y las noticias bibliográficas serán atendidas con el mismo interés y asiduidad que hasta el presente” (*NRBA*, tomo VI, 1882: 529-530). Y así lo hará, dando cuenta, alternativamente, en *Revista Bibliográfica*, entre 1881 y 1883, de la producción europea (el lugar de Carlyle en la literatura inglesa, la influencia del amor y las mujeres en Goethe, etc.), aunque fundamentalmente francesa; de la local y, en una ocasión, de la mexicana. Queda claro, también ahí, que prefiere los textos jurídicos e historiográficos a los meramente literarios.

En el tomo IV (1882) traza un bosquejo precursor de “El panorama intelectual argentino – revistas y periódicos”, con una extensión latinoamericana. Esto último lo lleva a preocuparse por la desaparición reciente de la *Revista Brasileira* y de la *Revista de Chile*, a consecuencia de que faltan “suscriptores suficientes, pero ni hay libreros-editores que tomen con calor empresas semejantes, ni se encuentra otro eco en el público que el de una indiferencia realmente criminal” (tomo VI, 1882: 119).

Asienta con claridad que la crítica seria no tiene lugar en los periódicos, interesados solo por lo efímero, pero el “trabajo intelectual” es impago en las publicaciones especializadas: “nadie vive de la inteligencia y de su pluma, si exceptúa a los diaristas” [...] mientras no exista la profesión de ‘hombre de letras’, no habrá verdadera literatura nacional” (NRBA, tomo VI, 1882: 123).

Añade que solo publicaciones semanales, quincenales o mensuales pueden “hacer penetrar la crítica, establecer el estímulo, fomentar los buenos escritores, corregir los malos, encaminar, en una palabra, el gusto literario” (tomo VI, 1882: 126). Definido lo que espera de esa actividad, enumera las principales revistas intelectuales desde el Virreinato. Refiere, en cada caso, cuál era su sostén, institucional y económico, vuelve sobre la ausencia de crítica fundada y permanente, –salvo en el ya citado *Anuario Bibliográfico*–, y cierra con un reclamo abiertamente federalista:

Entre nosotros se vive en un aislamiento intelectual incomprensible; no hay vida intelectual nacional, los escritores conocidos son o de Buenos Aires o viven aquí. Muy pocos de los que en las otras provincias escriben, llegan a hacer conocer sus producciones. Obra de patriotismo es, pues, hacer cesar este estado de cosas.
(Tomo VI, 1882: 140)

Del interés por lo latinoamericano habla su comentario de la novela *Apariencias* (1882), del mexicano residente en la Argentina como

diplomático, Federico Gamboa (1864-1939). Su tema es el adulterio, “gastado y malgastado por ‘la literatura erótica francesa’ reciente (en realidad, también por varias novelas hispanoamericanas), a las cuales les suma el autor ‘una nota personal’” (NRBA, tomo VI, 1882: 328), sin dejar de pertenecer al rango “novela psicológica de tesis” (NRBA, tomo VI, 1882: 330).

El primer segmento se cierra con una afirmación que explica el interés de Quesada por esta tendencia: buena parte del libro contiene “fragmentos descriptivos de la vida de México que igualmente distraen más bien la atención del estudio del caso” (NRBA, tomo VI, 1882: 331). La novela no debe, pues, quedarse en entretenimiento costumbrista, sino convertirse en estudio científico y casuístico.

Valora los “cuadros admirablemente perfectos” que incluye, dignos de la escuela pictórica holandesa o del Zola de *La Débâcle*, pero “el fondo del asunto” es “un caso estudiado a la manera de Bourget, o sea dejándose llevar por la pasión del análisis” y “la tendencia crítica” que ya estaba en Balzac, lo cual establece más una continuidad que un corte entre realistas/naturalistas. Por si fuera poco, en la página siguiente compara la labor analítica de este tipo de novelista con la del médico que “escalpelo en mano, procede a una autopsia implacable” (NRBA, tomo VI, 1882: 337)⁴, pero se trata aquí de un adulterio incestuoso, “tan repugnante a la naturaleza”, cuyos efectos en la vida real pueden ser “pervertidores de lo más santo y lo más fundamental de la existencia humana” (NRBA, tomo VI, 1882: 140-141).

Lamenta, como moralista, y se supone que el crítico severo –literario o intelectual– debe serlo, que esos amantes disfruten su situación, tal vez porque el autor, se dice Quesada, es demasiado joven y poco experimentado o porque sigue sujeto a una escuela que hizo furor hace más de una década.

4 No descuidemos que la *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale* (1865) del médico francés Claude Bernard fue una guía fundamental para el cientificismo naturalista en las ciencias sociales.

Hoy los *simbolistas* y *decadentes* encabezan “la nebulosa evolución literaria actual”, pero “el realismo será eterno, como lo será el idealismo, pero las exageraciones de una u otra de ambas tendencias sólo tienen vida efímera” (NRBA, tomo VI, 1882: 348). Tiende, como crítico, a disminuir los cambios evolutivos, que la ciencia de su época le dicta, en un sustrato “eterno” que es siempre el trasfondo clásico, antiguo.

En “Declaraciones” (NRBA, tomo VI: 1882) indica que su padre se ausenta a Brasil y queda solo a cargo de la Dirección y en el siguiente, de 1883, incursiona en un problema estrictamente artístico con “Escuelas y teorías literarias. El clasicismo y el romanticismo”. Lo inicia con una interesante revista de la joven generación de poetas que siguen a los románticos franceses de 1830, lo que fue motivo de discusión durante las sesiones (1878) del Círculo Científico y Literario, aunque la mayoría admiraba a Alfred de Musset. Los de la Academia Argentina (el círculo mencionado que rodeaba a Obligado) les opusieron como bandera de una literatura propia a Esteban Echeverría y a los que hoy se dividen en varias fracciones, solo el clasicismo con “pocos admiradores cuenta” (NRBA, tomo VI, 1882: 97).

Retoma en lo siguiente esas dos tendencias, recordando cuánto combatió a los seguidores del sensualismo de Musset, porque la literatura debe estar al servicio de “las aspiraciones nobles y los sentimientos generosos” (tomo VI, 1882: 99). Curiosamente, aduce ahora que las huellas clásicas perviven en poetas argentinos como Ricardo Gutiérrez y Guido y Spano. Más aún, reivindica que el propio Echeverría, autor de una poesía “rara, tremenda, exótica [...] sin sujetarse a ninguna regla” (NRBA, tomo VI, 1882: 107), fue clásico.

Su fantasía no eludió nunca “mantener vivo el culto de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno” (NRBA, tomo VI, 1882: 107-108). Y por eso mismo considera al colombiano Andrés Bello como el más grande escritor americano. Pone por encima de la novedad, en definitiva, lo que entiende como tradicional propio y “los grandes modelos artísticos que los siglos nos han transmitido”. Recomienda, como le

era habitual, lo ecléctico: “un justo término medio [...] no desdeñar el romanticismo, pero sin repudiar tampoco el classicismo” (NRBA, tomo VI, 1882: 113).

Otras colaboraciones son más ocasionales, diversificadas, pero retoma la crítica literaria con “Adolfo Mitre poeta”, donde evoca en principio su figura, “esencialmente simpática y de una corrección singular” (NRBA, tomo IV, 1884: 239), a la vez que lamenta su temprana muerte. Sus *Poesías* (1882) están entre lo mejor que “el numen de nuestra fecunda raza ha producido” (NRBA, tomo IV, 1884: 239).

Insiste en “el inflexible pundonor de una conducta intachable” (NRBA, tomo IV, 1884: 244), en atributos morales, a la vez que lo califica “un hombre de espíritu y superior cultura” (NRBA, tomo IV, 1884: 247), a partir de algunas colaboraciones suyas para el diario *La Nación*. Es autor, además, de unos versos que no son para cualquiera: “sus más delicados sentimientos se hubieran / sublevado al saber que la fama callejera, ruidosa / y un tantico vulgar, había mancillado unos versos / que eran hijos predilectos de su espíritu” (NRBA, tomo IV, 1884: 248). El pasaje indica que la “fama callejera” ya existía, es una oblicua alusión a payadores suburbanos y autores de canciones populares, como las primeras letras que acompañaron tangos, pero Mitre es un poeta letrado y lejano de tal contaminación; puede aquilatar, en cambio, huellas de poetas franceses (Muset, Chateaubriand, Feuillet y Gautier) en sus versos. Ese refinamiento estilístico nunca llegó al “amaneramiento forzado de la forma” que sacrifica el fondo (idea) y la sencillez, “cualidad ingénita de toda belleza” (NRBA, tomo IV, 1884: 253), algo que se puede remontar a Goethe y Heine o, más atrás, a Dante, o hacerlo retroceder hasta Homero.

Si Mitre rindió culto al esteticismo de Teófilo Gautier, no se inmoló a la bohemia y sus excesos (inmoralidad) como Musset, Nerval o Mürger, aunque tampoco heredó el temple de “reformador social” de Echeverría y que interrumpieron luego veinte años de “anarquía” en la sociedad argentina. Todas sus opiniones se basan en la comparación de poetas nacionales con extranjeros y un objetivo ético más que estético.

Juvenilia de Carlos Monsalve (1859–1940) es el texto que aborda en el tomo IX (1883), una recopilación literaria de diversa clase y momento. Para Quesada el prosista supera al poeta, pese a su excesiva semejanza con la *nouvelle* francesa en “cuentos artificiales” de tema “rebuscado” (NRBA, tomo IX, 1883: 167), pero también sabe observar costumbres barriales bonaerenses (“Como viven”, “La tentación” y “Estela”). En el tomo siguiente, de 1884, se torna más punzante con *En viaje* de Miguel Cané (1859-1905), recientemente editado en París, y a quien, aclara, no conoce sino de vista.

Su libro ha dado lugar a un chispeante intercambio de cartas con Paul Groussac (1848-1929), para quien su autor ha leído demasiado a Taine. Quesada, en cambio, lo halla cercano al *beylismo*⁵ de Mérimée, Gautier, Saint-Victor o el italiano De Amicis, en tanto “estilista consumado” (NRBA, tomo IX, 1883: 183). Interrumpe Cané las “descripciones brillantes” o “cuadros elegantes” de lugares con mucho pasado, en Londres o París, para señalar modificaciones recientes, producto “del maldito cosmopolitismo contemporáneo con su furia igualadora” (NRBA, tomo IX: 186) que, por cierto, desprecia.

Narra el trayecto de Saint-Nazaire a la Guayra venezolana y allí un baile de negros (*bamboula*) que se refriegan en “la bacanal más bestial que es posible idear, porque falta aquel elemento que purifica hasta las más inmundas orgías de las fiestas griegas: ... la belleza” (NRBA, tomo IX, 1883: 192).

Más incisivo es señalar que Cané se manifiesta contra “el régimen federal de gobierno” democrático en Colombia, y peor aún acusarlo de desconocer “la historia de Colombia” y “el estado actual de la literatura en aquel país” (NRBA, tomo IX, 1883: 206), acerca de

5 Neologismo tomado del nombre del escritor francés Henri-Beyle –más conocido por el seudónimo Stendhal–, y que se refiere a la envolvente sensación de belleza que experimentó al ingresar a la basílica de Santa Croce, evocada en su libro *Roma, Nápoles y Florencia* (1817).

lo cual se ha publicado información en la *Nueva Revista*. Esa lectura americanista de un liberal europeizante como Cané está entre las virtudes de Quesada, quien se ocupa, en ese mismo tomo y año, también de los *Estudios literarios* de Manuel García Mérou (1862-1905). Reconoce en él a un poeta sensible, que cautiva al lector “sin jamás entrar en el terreno vedado de los excesos *naturalistas*” (NRBA, tomo IX, 1883: 218) y, en cuanto a sus artículos, no pasan de “una conversación divagadora, amena e instructiva”, similar a la de su maestro Cané, según él mismo lo reconoce en el *Prefacio*. Escritos con una levedad esteticista aprendida en Sainte-Beuve, Jules Janin o Paul de Saint-Victor. Hoy, acota Quesada, Hipólito Taine ha impuesto un “método analítico” distinto, científicista, que es el de Scherer en Francia, Hillebrand y Lotheisen en Alemania, Morley y Saintsbury en Inglaterra, De Sanctis en Italia.

Una obra literaria no solo es producto del autor y su país, sino “una imagen fiel del período que la produce” (NRBA, tomo IX, 1883: 226). Lo que Taine llamaba “momento” y que, sumado a la “raza” (disposiciones innatas y hereditarias de un pueblo), y al “medio” (desde el clima a lo político-social), configuraban las “causas” que permitían explicar textos. Concluye al respecto Viñas Piquer que “lo único que interesa a este tipo de crítica es hacerse histórica, descriptiva, explicativa, y no valorativa ni normativa” (2007: 331).

A continuación, menciona Quesada varias historias literarias universales publicadas en Europa que siguen ese criterio, mientras García Mérou, como crítico, apenas “parece ser un Benvenuto Cellini de la frase” (NRBA, tomo IX, 1883: 228). Un artista de la palabra sin preocupaciones morales, algo frecuente en países de raza latina, como la ciudad de Buenos Aires en ese momento (ver “La ópera italiana en Buenos Aires”), donde abundan los *dilettantes*.

El matrimonio con Eleanor Pacheco y su viaje a Río, que se extiende luego a Europa y hacia el este, hasta Polonia y Rusia, era producto de una personalidad inquieta, ávida de museos, espectáculos y

costumbres ignoradas que dejará registrados en los dos tomos de *Viaje a Rusia* (1882). De regreso, vuelve a la dirección de la *Revista* y redacta “Dos palabras” (*NRBA*, tomo X, 1884), donde reitera el deseo de que la publicación incluya colaboraciones “sin distinción de opiniones ni de partidos”, porque es “una obra de patriotismo y no de provecho pecuniario”, que depende del “favor público” en su “lucha contra la indiferencia general” (Canter, 1936: 587-588). Agrega “Nueva serie” bajo el título e instala su propia imprenta con tipos elzevirianos, lo que les permite disminuir el costo de cada ejemplar a un peso nacional. Esto no alcanzó, sin embargo, para prolongarle la vida.

Un verdadero animador de la *Revista Nacional*

Quesada había desarrollado hasta ahí una múltiple producción (algunos lo califican de “polígrafo”) en la cual la crítica literaria ocupaba un lugar relativo respecto de lo jurídico, histórico-político, comercial, financiero, administrativo, geográfico e incluso artístico. Su mirada crítica era la de un intelectual actualizado y desde esa posición leerá inclusive los textos literarios en la *Revista Nacional* (*RN*), fundada por Adolfo P. Carranza (1857-1914) el mismo año 1886 en que Julio A. Roca cerraba con éxito su primer gobierno.

Se incorpora en el tomo II, en enero de 1887, para abordar extensamente “La política americana y las tendencias Yankees” a partir de una “simpatía basada no sólo en la admiración de su asombroso progreso, sino en que, habiendo calcado en gran parte nuestra organización sobre la de Estados Unidos, los considerábamos nuestros maestros naturales” (*RN*, 1887: 129).

Hoy su “interés financiero” nos afecta, pero “es probable que haya en esto una sencilla cuestión de razas” (*RN*, 1887: 130). Somos idealistas cuando ellos son pragmáticos y hemos tratado de mantener nuestra identidad en los Congresos latinoamericanos de Panamá (1826 y 1881),

Lima (1848 y 1878), Caracas (1863). Califica la doctrina Monroe de “una sencilla declaración unilateral” (*RN*, 1887: 135), desde que ese presidente admitió la independencia de los países americanos.

La afirmación “Su situación geográfica los hace inatacables, mientras no tengan vecinos temibles” (*RN*, 1887: 136) parece un anticipo, sorprendente, de la política económica norteamericana contra Cuba desde la administración Kennedy en 1962. En cuanto a la Comisión que había enviado el presidente Arthur, en 1884, buscó tratados de protección y reciprocidad que liberaran la región de las pretensiones europeas, pero no disimulaba la aspiración de “norteamericanizar a México y los países del Centro y de Sud América” (*Revista Nacional*, 1887: 197), imitando el *Zolverein* alemán, lo que era Prusia en la vieja Confederación Germánica⁶.

Tenemos que estar atentos respecto de sus pretensiones de unidad aduanera, del patrón de moneda común y el sistema uniforme de pesas y medida, para no comprometer “el brillantísimo porvenir de estas regiones” (*RN*, 1887: 208). Esas precauciones formarán luego parte del rechazo a los alcances de la doctrina del presidente Monroe, durante el primer Congreso Panamericano de Washington (1889), verbalizadas por Roque Sáenz Peña, pero en cuya delegación pesaban la voz y los conocimientos de Quesada.

Con esa posición puede vincularse, asimismo, la defensa del español heredado que Quesada fundamentará en *El idioma nacional* (primero en la *RN*, T. XVIII a XXIII, 1893-1898, luego en libro) porque sus antepasados de ese origen forjaron la acumulación de capital necesaria para pertenecer a la dirigencia, incluso sin la necesidad, posterior, de hacer negocios.

6 Esta equiparación desactiva el juicio de Rubione acerca de Quesada como admirador del autoritarismo de Bismark y, por extensión, de Rosas (Rubione, 1983: 16).

Su tarea intelectual consiste justamente en determinar hacia dónde es lícito o no la “evolución” estética en el pasaje a la modernidad. Allí no todos coinciden, adoptan algunas de las posiciones literarias a que hice referencia e incluso, como sucede con Quesada, adoptan una postura cuando habla de poesía y otra al referirse a algunas novelas publicadas en esos mismos años.

Hubo en los comienzos de *La Revista Nacional* una sección *Bibliografía*, de la cual se hizo cargo para comentar, en las primeras entregas, unos pocos libros en una o tres páginas sin firma. Luego de estar ausente dos meses, vuelve desde noviembre de 1886 hasta abril de 1887, con las mismas características. Posteriormente, la sección solo reaparece en forma esporádica y firmada por La Dirección.

También desde el principio intercalan los *Estudios* en que Federico Tobal se ocupa tanto de la trayectoria política de Félix Frías, como de una novela de Eduardo Azevedo Díaz o de las poesías de Josefina Pelliza de Sagasta. El artículo *Vida literaria*, en el tomo VI, incluye una *Carta a Leopoldo Díaz*, en que Enrique de Vedia comenta sus *Sonetos*, y la respuesta del autor:

Su franca opinión sobre mi libro lo revela como un apasionado de la verdad, parco en el elogio, benévolo en la censura. No de otro modo concibo yo la crítica, en su elevada manifestación. Porque la crítica en las obras de arte, debe mantenerse en el justo medio, alejándose igualmente de la acritud de la diatriba y del aplauso inmerecido. (de Vedia, 1882: 354-363)

Recuerda en su favor, antes de terminar, que “sólo el intensísimo amor que sentimos por lo bello, puede habernos decidido a lanzar un libro de sonetos en estos tiempos de trabajo vertiginoso y de adoración al *divino metal*” (de Vedia, 1882: 359). En mitad de tal vértigo, una de las funciones delegadas al intelectual de la élite era su contribución al discurso civilizador, al que diagnosticaba lo normal y lo anormal, lo sano o enfermo de los textos.

Este apotegma foucaultiano nos revela cuál era el verdadero alcance de la asimilación del crítico con un juez: “[...] la actividad de juzgar se ha multiplicado en la medida misma en que se ha difundido el poder normalizador” (Foucault, 1976: 311). Por otra parte, el discurso crítico tampoco se asume todavía como tal, se pierde en delicuescencias oratorias como esta del mexicano Francisco Sosa, cuando se encarga de una serie de *Escritores y poetas sud-americanos* en la revista:

Quiero hablaros hoy de Rafael Obligado y vacilo, más que nunca, al iniciar mi labor; pues pienso, cuando estudio sus poesías, que para dar idea de sus bellezas es necesario mojar la pluma en jugo de rosas y escribir sobre blancas azucenas, porque los cantos del egregio argentino tienen, por su casta inspiración, la blancura de esos celajes que vagan en el firmamento azul semejando copos de nieve o argentada espuma. (Sosa, 1888: 166)

La crítica literaria escasea en el lapso que seleccioné, salvo algunos aportes del citado de Vedia (*El libro de una coqueta*, T. IX, 1889) o las novelas *Brenda* de Eduardo Acevedo Díaz (T. I, 1886) e *¡Hija mía!* de Lola Rosa e Ansaldo (T. VI, 1888) que comenta Federico Tobal. Algún estudio de Ángel J. Carranza sobre *Escritores de la época colonial* o el de L(uis) B(erisso) dedicado a “Poetas americanos” (T. VI, 1888) son algunos enfoques histórico-críticos que se extienden a panoramas literarios de Chile, Ecuador e incluso Haití con posterioridad.

Lo anterior le da mayor realce a algunos ensayos de Quesada publicados en *La Revista Nacional*, uno en el tomo XIV de 1891 (“Dos novelas sociológicas”) y otro en el XIX de 1894: “La literatura y la cuestión del dinero”. Aquel, muy extenso, fue folletín del diario *Tribuna*, en diciembre del mismo año, y edición en volumen de Peuser al año siguiente. La *Advertencia* del Editor (Quesada, 1892: s/p), fechada en enero de 1892, es una prueba de las confusiones de entonces entre lo que significaba criticar textos entre diferentes clases de lecturas. En efecto, se inicia con “Publicamos en volumen el

artículo de crítica literaria...” y poco más abajo agrega: “la cuestión que dilucida [...] el artículo que hoy reproducimos” es “¿Con qué criterio debe juzgarse la crisis argentina?”.

Hablan aceptablemente de crítica literaria, porque se trata de dos novelas, pero después aprueban un “criterio” para leerlas que es de carácter intelectual, no tiene como punto de partida la organización textual, sus procedimientos, y llegan por ahí a planteos intelectuales, como su posible orientación ideológica. Cuestionan “directamente” el “criterio” elegido para considerar un suceso histórico y no las formas ficcionales que sus autores eligieron.

Quesada, a su vez, ocupa varias páginas iniciales sin título para aclarar que ambas novelas tienen el propósito de “trazar una pintura verídica de nuestra sociedad, observada con más o menos exactitud científica en un momento dado” (Quesada, 1892: 5), al margen de “su valor literario intrínsecamente considerado o la importancia más o menos grande de su parte analítica y descriptiva como fiel pintura social” (Quesada, 1892: 6).

En otros términos, la medición de lo verídico, parcialmente alcanzable para el crítico con formación en ciencias sociales, está por encima de lo que el lector literario puede medir de exactitud representativa. Trata de ensamblar dos variables diversas, una procedente de Hipólito Taine y seguidores y otra que asigna a la literatura “realista”, desde siempre, la posibilidad de no tergiversar lo que describe, aunque el término “analítica” deje lugar a dudas sobre tal deslinde.

Se dedica fundamentalmente a comparar el momento culminante en la Bolsa de comercio durante la crisis financiera del 90 y la manera como esos autores dramatizan ese momento y sus efectos catastróficos para los protagonistas de ambas, sin puntualizar ni siquiera las diferencias que surgen entre ellos de ambos textos. En cambio, dedica el primero de los 7 segmentos a explicar que las crisis financieras recurren porque son crisis de crecimiento y así ha sucedido en Estados Unidos, al que califica otra vez de “nuestro modelo relativo” (Quesada, 1892: 61).

Aquí, “dada la analogía de circunstancias y de antecedentes, han de reproducirse igualmente análogos fenómenos” (Quesada, 1892: 28). Sin embargo, admite que nuestra inmigración no fue equivalente a la que ellos recibieron, ni estamos a su nivel en “corrección y honradez administrativa” (Quesada, 1892: 42).

Comienza el III con una justificación de por qué en “los países nuevos” se prefiere “el diarismo” a la “lectura reposada”, pues muy pocos disponen de la fortuna (¿casualidad?) que permite a algunos contar con “los recursos suficientes para abstraerse y hacer aquí una vida silenciosa” (Quesada, 1892: 53).

Sobre esa certidumbre pasa a comentar las novelas de Carlos Ocantos (*Quilito*), diplomático en España que la publicó en París (Garnier Hnos.), y Julián Martel (*La Bolsa*), que era en cambio un colaborador de *La Nación* llamado José María Miró (1867-1896), quien la publicó con seudónimo y por entregas en ese matutino. Sin desconocer tal diferencia, Quesada piensa que ambos escribieron documentos morales respetables.

Insiste que le interesa el trato que hicieron de la problemática central, “dejando de lado lo que es tan sólo accidental y peculiar a la trama literaria” (Quesada, 1892: 61), lo cual reafirma que su análisis intelectual sabe, por ejemplo, que “los negocios son una ciencia” (económica) que está por encima de lo meramente literario. Y que él no escribe ficción, pero sí ha sido “Miembro de directorios de varias sociedades anónimas, entre ellas una de tranvías y otra de un banco denominado Banco Inmobiliario y presidente de varias más” (Canter, 1936: 437).

Anticipa, por su cuenta, que la crisis se inició con el abandono “del trabajo honesto pero lento y principió el vértigo gigantesco de las fortunas labradas de la noche a la mañana”, y lo refrenda con Martel cuando opina que en la sala de la Bolsa se mezclaban “la flor y nata de la sociedad de Buenos Aires [...] con la escoria disimulada del advenedizo en moda” (Quesada, 1892: 80).

¿Presentan ambos “una pintura exacta”, se pregunta en el IV, que permita calificarlos de “documento”? Responde entonces el simpatizante del juarismo⁷ y miembro de una comisión encargada de introducir algunas reformas al funcionamiento de la Bolsa de comercio⁸ que siguió a la debacle: “la pasión misma que los ha inspirado [...] les hace recargar los tintes en algunos detalles” (Quesada, 1892: 57).

Sigue Quesada con una exposición de sus conocimientos económicos, los cuales le permiten justificar crisis similares en el capitalismo europeo: “la especulación de Bolsa considerada en sí mismo, presenta idénticos caracteres en todas partes del mundo”, aunque “peculiaridades dadas según el país y la época” (Quesada, 1892: 69). Entre nosotros, “princió el vértigo gigantesco de las fortunas labradas de la noche a la mañana” con el flujo inmigratorio (incluye también el prejuicio antisemita compartido con Martel).

Transcribe a continuación la escena culminante de la crisis en ambas novelas, sin detenerse –eso sería tarea de crítico literario, claro– en los abundantes símiles con catástrofes naturales, lo que ya desvirtúa y naturaliza los hechos socio-históricos mencionados. Tanto en *Ocantos*: “un rumor inmenso llenaba el vasto local, como huracán que ruge en la selva y la atmósfera parecía cargada de tanta electricidad que era inminente el incendio, si estallaba la chispa” (Quesada, 1892: 74), “como montón de hojas secas que el viento arremolina, arrastra y desparrama, los grupos se movían atropelladamente” (Quesada, 1892: 75).

7 Quesada se sumó tardíamente a quienes apoyaban la presidencia de Miguel Juárez Celman (1844-1909), político cordobés avalado por Roca, quien estuvo en el cargo entre 1886-1890, cuando fue derrocado por la Revolución del Parque o del 90, liderada por Leandro N. Alem.

8 El informe que elevaron al ministro de Hacienda Juan A. García figura como Apéndice en la edición de Peuser y defiende el funcionamiento necesario de la institución, aunque sea posible perfeccionarla.

Como en Martel: “la doble corriente de gente que atraviesa ese lado de la sala, disolvía los grupos, deshechos y rehechos sin cesar, como remolinos agitados” (Quesada, 1892: 82). “No quedaba sino el sordo murmullo del público, semejante al ruido continuado de un torrente nuevamente en su lecho, y que normaliza su curso” (Quesada, 1892: 83-84).

Quesada mismo refrenda esas imágenes con la metáfora “catástrofes bursátiles”, les encuentra similitudes literarias con pasajes de *L'Argent* (1990) de Zola y *Plutocracy* (1883) de Mr. Norwood. “Pero el país permanece sano, prósperas sus campañas; su producción de frutos agrícolas y pastoriles en aumento constante” (Quesada, 1892: 90), argumenta el intelectual que ha estudiado economía y el estanciero que confía en las virtudes de la dirigencia.

Los “tratadistas clásicos” justifican tales cimbronazos económicos en “países nuevos y de inmigración”, siempre que se respeten “los preceptos de un buen régimen bancario” (Quesada, 1892: 82-83). Como eso no ocurrió, el gobierno, que tuvo “una parte de culpa”, sucumbió. Ahora corresponde no hacer “reproches inútiles” y estudiar lo sucedido (tarea intelectual, no literaria).

El V confirma que la “exageración” es “el punto débil, el talón de Aquiles de ambos libros” (Quesada, 1892: 120-121), “el error de ambos novelistas”, quienes prefieren “nutrirse en viejos tratadistas” y no en “la ciencia moderna”: las Bolsas aseguran la circulación de una “forma perfeccionada del capital” (Quesada, 1892: 124). Y se formula entonces una pregunta retórica: “¿No es el agiotaje insensato originado, fomentado, precipitado por la masa de gente de afuera?” (Quesada, 1892: 128).

El Estado debe facilitar que concurran a la Bolsa los que “se ocupan de negocios legítimos y no de juegos ilícitos” (Quesada, 1892: 132), porque el comercio “constituye una ciencia, dura de adquirir” (Quesada, 1892: 126). A pesar de los agentes improvisados o inescrupulosos, confía darwinianamente, “el país seguirá su marcha

siempre ascendente, los vencidos en la batalla de la vida serán reemplazados por otros elementos menos fatigados o más afortunados” (Quesada, 1892: 142).

Termina el VI insistiendo sobre el “criterio equivocado” de ambos novelistas, para lo cual aclara que emplearon “el género que más directamente influye en las masas”, y esto se comprende mejor cuando recordamos que, al margen del formato libro, ya se leía entonces “el folletín de los diarios” (Quesada, 1892: 147). Además, la tendencia histórica o psicológica que antes prevaleciera está siendo reemplazada por los que tienden a “la pintura de la vida actual, a reflejar en sus páginas el aspecto de nuestra sociedad”. Otra presuposición bastante fundada si pensamos en la poesía *Sendero de humildad*, (1909) y en las primeras novelas de Manuel Gálvez (1882–1962,) como *El mal metafísico* (1913).

Ocantos y Martel se dejaron seducir por la tesis (naturalista) de mostrar la Bolsa “como garito habitado por tahúres” donde se juega “con dados cargados y con cartas marcadas” (Quesada, 1892: 150), tan cerca de los sucesos, que “sus libros han respondido a la aspiración profunda de todos sus lectores” (Quesada, 1892: 151). De ahí infiere “cuán interesante sería entrar a discutir esos libros de un punto de vista exclusivamente literario”, pero no lo hace.

Más bien, su condición de avezado lector nos remite (VII apartado) al Balzac de *Scènes de la vie parisienne*, a la representación de una nueva sociedad regida por el dinero que los norteamericanos Mark Twain y Clemens describieron en *The gilded age* (1873) y el inglés Henry George analizó en *Progress and Poverty* (1870). Ahí reside la “cuestión social” que no solucionará la “plutocracia”, “el mayor de los peligros, sobre todo cuando es advenediza” (Quesada, 1892: 161).

Contrariamente, Quesada opina que debe armonizarse el capital con el trabajo y diserta enseguida sobre opiniones de varios estudiosos, religiosos, estadistas y financistas, y hasta la iglesia,

“el único poder conservador que haya resistido al embate de los siglos” (Quesada, 1892: 166), según hoy está dispuesta con León XIII a encabezar una nueva democracia. Será el mejor freno contra las “sectas destructoras” (Quesada, 1892: 158) de anarquistas, socialistas y nihilistas. En cuanto a las novelas estudiadas, “no son un alegato contra la fortuna honestamente adquirida” (Quesada, 1892: 173), sino un enjuiciamiento moral y literario de la especulación “[...] con una naturalidad tal, que hace seductora la lectura, pues parecen transportarnos a aquella época feliz en Atenas, cuando los discípulos de Epicuro discutían los más profundos problemas filosóficos en el tono de la más perfecta amabilidad” (Quesada, 1892: 174).

Esa remisión me fuerza a acotar que son varios los pasajes en que Quesada aprovecha la novedad de analizar dos novelas-documento con sus alardes de conocer la literatura y la mitología grecolatinas, por razones que expuse al comienzo de este artículo, en una prosa sembrada de latinismos o fórmulas francesas, italianas, germánicas. Ese alarde de erudición no le cosechó buena fama entre algunos contemporáneos y se nota en la sutil ironía con que lo discute, en su momento, el francés Ebelot.

La literatura, el dinero y una polémica

Tal vez sea la celebración de “El primer Salón argentino” (1893) donde quede más clara la concepción estética de Quesada, aunque principie por afirmar que “la raza nacional está recién elaborando su tipo definitivo” o hable “de nuestra sociabilidad en formación” (Quesada, 1893: 374). En el primer párrafo aclara que solo cuando haya cesado “la incesante acumulación de la riqueza material”, cuando “la ley fatal se cumpla” porque se ha repartido el territorio, será posible que “se dibujen las clases sociales, se especialicen las tendencias y pueda pensarse en otro orden de necesidades” (Quesada, 1893: 375).

Quienes carecen de estabilidad económica no deben entregarse “a las nobles especulaciones del espíritu” o correr “tras la forma tangible, tan esquivada siempre, de la belleza eterna” (376). No bastan la fortuna recientemente adquirida ni “el ocio momentáneo”, hace falta la “tradicción” afincada en un par de generaciones, sobre todo “en sociedades que cambian incesantemente” (Quesada, 1893: 377). Queda claro que solo evolucionan los que cuentan con un respaldo material y educativo.

Los que se improvisan artistas “sin medios de fortuna”, tienen que profesionalizarse, dependen de la demanda que es infrecuente (no hay todavía mercado) y viven ¡el drama del “artesano que en mala hora se metió a artista!” (Quesada, 1893: 379).

Primero hay que acumular las riquezas, “formar la sociedad definitiva”, y luego entregarse naturalmente a las tareas intelectuales o artísticas. Lo contrario es “desconocer las leyes” y “todo lo artificial es enfermizo y momentáneo” (Quesada, 1893: 380).

Propuso compaginar esa fe clásica de los orígenes grecorromanos, con un respeto por las tradiciones rurales, criollas, que ya formularan teórica e históricamente sus amigos González y Obligado, sin desentenderse por ello de las tendencias extranjeras y locales emergentes en dirección a un realismo narrativo que no sometiera la observación y el análisis a las tesis naturalistas, al mismo tiempo que consideraba la poesía con otros criterios.

En los años posteriores (tomos XVIII a XXIII, 1893-1898), Quesada se dedicará a revisar la época de Juan Manuel de Rosas, a través de la biografía y el archivo del general Pacheco, al cual accede por haberse casado con su nieta, y finalmente a la cuestión del idioma nacional (tomos XXVIII a XXX, 1899-1900), un debate que está minuciosamente reproducido en el ya citado volumen de Rubione y en otro posterior de la Biblioteca Nacional.

Entre los tomos XV y XIX (1892-1894) pasa *La Revista Nacional* por su mejor momento, en cuanto a literatura se refiere, bajo la dirección de Vega Belgrano (1859-1930), con una extensión promedio de sesenta páginas. Es significativo el hecho de que, en aquel tomo, al homenajear a su fundador, con un artículo tomado del ya mencionado *Escritores y poetas sud-americanos* (1890) del mexicano Francisco Sosa, reproduzcan su efigie.

Hasta ahí, solo doce retratos de generales, coroneles o capitanes habían disfrutado de ese honor. Carranza aparece dentro de un óvalo grisado, común en las fotos retrato de entonces, y con su firma ológrafa debajo. Reproducir el rostro de un intelectual –en el tomo XVI confirman la tendencia con el de Juana Manuela Gorriti– no era habitual, salvo en ocasiones excepcionales como esta, cuando el director deja la publicación para seguir su carrera de funcionario, o la autora de *Sueños y fantasías* acaba de morir.

El ya mencionado escritor mexicano, Francisco Gamboa, les envía varios antipos de *Del natural* (Ts. XV y XVI, 1892) e incluyen un capítulo de la urticante novela *La Bolsa* (Ts. XVII y XVIII, 1893). Junto a esos textos narrativos de corte naturalista, celebran el tradicionalismo de Ricardo Palma (Altamira, 1893) y acogen dos dramas breves, posrománticos, de Martín Coronado (Ts. XVII y XVIII, 1893). Esas inserciones confirman un eclecticismo que no adoptó como propia ninguna bandera literaria.

El comentario al volumen *Reseñas y críticas* (1893) de Quesada, a cargo del francés radicado Alfredo Ebelot, quien le recrimina no entregarse a las letras sino ocasionalmente, por pereza intelectual, un vicio muy argentino, genera una respuesta y un cierto debate entre ambos, en la primera mitad de 1894.

Quesada, después de mostrarle a su interlocutor que él mismo escribe poco por dedicarle tiempo a su chacra de San Pedro, lo invita a poner el dedo en la llaga: “las letras en este país no dan de comer”,

cultivarlas es un privilegio de tener fortuna (ejemplifica con Obligado) o un sacrificio:

[...] cuando el que las ama puede acariciarlas a hurtadillas en los momentos perdidos que roba a la tarea achatadora del empleado, ¡a la excitación nerviosa del hombre de negocios, o a la labor prosaica del que cría animales o cultiva la tierra! No existe en este país la profesión de *hombre de letras*: nadie, salvo excepciones que se cuentan con los dedos y que se buscan en el periodismo, vive de su pluma; no hay editor que *edite*, vale decir, que pague el costo material de la edición de un libro, a no ser que sea de texto (salvo una que otra honrosa excepción, debida a tal o cual motivo que no invalida en modo alguno la regla general); no hay, en este país de 5.000.000 de almas, en esta ciudad de 600.000 habitantes, más de 100 a 150 personas que compren libros nacionales. (Quesada, 1893: 57-58)

El ingeniero Ebelot aduce burlonamente que lo ha metido a sociólogo, le replica que la literatura puede proveer “lo estrictamente indispensable”, pero que quienes la sirven estoicamente (ejemplifica con Mallarmé) consiguen otras gratificaciones. El escritor gana menos que el ingeniero, quien a su vez gana menos que el fabricante, el comerciante o el “palaciego sin vergüenza”, y las cosas “así están sabiamente ordenadas” (Ebelot, 1894: 237), o sea proveyendo de mayor satisfacción material a los que reciben menos espiritualmente. Lo que sí necesita imperativamente el artista es “una atmósfera de consideración y de aprecio”, “una posición adecuada a la superioridad intelectual de que se precia” (Ebelot, 1894: 238) y de la cual gozó durante el régimen monárquico y aristocrático. No en esta Argentina capitalista del 80, donde Buenos Aires absorbió “lo más decisivo de las energías vivas del país” (Ebelot, 1894: 241).

Traza una inteligente sinopsis de las razones –alfabetización, prensa masiva, libros baratos– que han modificado la condición del escritor en Francia, las contrasta con las de América Latina, donde los periodistas ganan “un sueldo mezquino” y los autores se pagan sus libros.

Donde un éxito no obedece a la calidad⁹ y puede triunfar "cualquier mediocridad, siempre que tenga amigos en la prensa"; donde las revistas tienen a lo sumo "un par de decenas de lectores" y los diarios se ocupan de literatura "sólo por excepción" (Ebelot, 1894: 247).

Reivindica una óptica sociológica para, respaldándose en Balzac y en Zola, admitir que el arte no debe estar reñido con la ganancia, salvo que se adopte –como Ebelot– una posición de "vestal pudorosa" en "los altares de la hipocresía burguesa" (Ebelot, 1894: 258-259). El ejemplo de lo ocurrido en Estados Unidos, en fin, le da la esperanza de que, cuando se cumplan también aquí las "leyes" del "progreso", la escritura será una profesión de la cual vivir con dignidad.

Desde el tomo XX, la Dirección de la Revista Nacional pasa a los nuevos dueños –Alejandro Rosa, José A. Pillado y José J. Biedma–, quienes, apelando *Al lector*, le recuerdan que entre nosotros "se ha considerado siempre temeraria empresa publicar periódicos enteramente ajenos a la política" y se comprometen a respetar "el precioso santuario de las letras". Pero ni ellos ni Rodolfo W. Carranza –quien asume como director en el T. XXIV, de 1899– incrementan especialmente la actividad crítica sobre literatura, desde las sesenta páginas y una modificación en el acápite (Ciencias Sociales por Jurisprudencia).

Solo caben mencionar *Miscelánea* (informativa de la actividad artística y cultural), de *Letras españolas* a cargo de Ricardo Monner Sans y de unos *Estudios de literatura argentina* firmados por Francisco F. Bayón, entre los tomos XXXVII y XLIII. Quiero agregar que, según Giusti:

9 Por supuesto que lo mismo podía suceder en cualquier mercado, incluso el europeo, tal como Quesada lo ejemplifica con dos libros de Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano*, muy vendida por influencia de "política" y "moda", e *Historia de San Martín*, "muy superior a la otra bajo varios conceptos", pero con escasas ventas.

Vega Belgrano, al reemplazar a Adolfo Carranza en la dirección de la *Revista Nacional*, había sido el primero en instituir el pago de los trabajos literarios. *La Nación* era todavía el único diario que pagaba las colaboraciones locales, aunque no fueran las de sus colaboradores permanentes. (Giusti, 1954: 55)

Pero Vega Belgrano deja pronto la Dirección para hacerse cargo del diario *El Tiempo* y se lleva consigo a Quesada, quien escribirá allí sobre cuestiones de actualidad, bajo el seudónimo de Róbin Hood (según Canter, 1936), sea económica (reorganización rentística federal), sea militar, en un momento de tensión por las fronteras con la república de Chile, y desde el N° 30. Deja pues la palestra intelectual para zambullirse, por primera vez, en el farrago periodístico de todos los días.

Quesada estableció, en el trayecto comentado, una posición nada fácil de etiquetar y con varias aristas. A distancia del grupo liberal que encabezaban Cané o Groussac, cree que nuestro modelo de país debe ser el capitalismo norteamericano, no el europeo, pero dejando entender que se trataba de un modelo industrialista, plebeyo y transitorio. Una concesión conservadora al evolucionismo, que no perdía de vista las preocupaciones sociales de ciertos sectores de la iglesia católica –su admiración por el padre Grote¹⁰– como un reaseguro de que el orden social imperante no correría así peligro ante los avances disolventes del socialismo o el anarquismo.

En cuanto a su crítica, entre literaria e intelectual, conservó los resabios del idealismo romántico acerca de la poesía, mientras que

10 Federico Grote (Munster, 1853-Buenos Aires, 1940) fue un sacerdote ordenado en 1877 que adhirió al catolicismo social. Llegó a la Argentina en 1884 y fundó en Salta el convento de San Alfonso y en Buenos Aires el redentorista, las Conferencias Vicentinas de Caballeros y los Círculos de Obreros Católicos, además de propiciar el mutualismo contra las huelgas proletarias que a su juicio pretendían alterar el orden social.

comenzó a leer la prosa narrativa, novelesca, con los lineamientos del positivismo que fijara Hipólito Taine (1829-1883) en su “Introducción” a *Histoire de la littérature anglaise* (1864-1869). Es decir, buscando las “causas” de un texto en la “raza” de su autor y lectores, el medio y el momento en que fue elaborado, en una suerte de sociología de los condicionamientos externos.

Bibliografía

- Altamira, R. (1893). "Literaturas americanas. Ricardo Palma". *Revista Nacional*, T. XVIII, abril, 52-56.
- Auzá, N. T. (1968). *Estudio e Índice general de la Revista Nacional 1886 1908*. Buenos Aires, Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador.
- Canter, J. (1936). *Bio-bibliografía de Ernesto Quesada*. Buenos Aires, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas.
- Ebelot, A. (1894). "Carta abierta al Dr. Ernesto Quesada". *Revista Nacional*, T. XIX, abril, 237.
- Fraser, Howard M. (1987). *Magazines & Masks. Caras y Caretas as a Reflection of Buenos Aires 1898-1908*. Arizona, Arizona State University Press.
- Giusti, R. (1948). "La cultura porteña a fines del siglo XIX: vida y empresas del Ateneo". En *Momentos y aspectos de la cultura argentina*. Buenos Aires, Raigal, 53-90.
- Quesada, E. (1892). *Dos novelas sociológicas*. Buenos Aires, Peuser.
- . (1893). *Reseñas y críticas*. Buenos Aires, Lajouane.
- . (1894). "¿Tiene razón Alfredo Ebelot? Las letras argentinas y la crítica". *Revista Nacional*, T. XIX, enero, 55-60.
- . (1894). "Las letras argentinas y la cuestión del dinero". *Revista Nacional*, T. XIX, mayo, 247-263.

- Romano, E. (2004). *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires, Catálogos-El Calafate.
- . (2012). *Escritores e intelectuales ante el avance de la industria cultural: 1898–1933*. Buenos Aires, La Crujía.
- Rubione, V. E. (1983). *En torno al criollismo. Textos y polémica*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Sosa, F. (1888). “Escritores y poetas sud-americanos. Rafael Obligado”. *Revista Nacional*, T. VII, diciembre.
- Terán, O. (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880–1910). Derivas de la ‘cultura científica’*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Vedia, E. de (1888). “Vida literaria”. *Revista Nacional*, T. VI.
- Viñas Piquer, D. (2007). *Historia de la crítica literaria*. 2º ed. Barcelona, Ariel.

Algunas proyecciones decimonónicas

Una piedra en el zapato. El discurso pro civilizatorio en algunas narrativas expedicionarias al Pilcomayo (Domingo Astrada, Otto Asp, Federico Gauffin)

Carlos Hernán Sosa

Universidad Nacional de Salta | CONICET

Si no tuvieras hambre, te diría:
no vayas al Ingenio.

[...]

Pero te compran, indio,
como a un niño ingenuo,
con un rifle oxidado,
con la luz de un espejo,
con un saco amarillo
con un sombrero viejo....

Manuel J. Castilla, “No vayas al ingenio”.

La ocupación territorial de enormes extensiones que, en Argentina, hasta las primeras décadas de siglo XX no habían sido lo suficientemente recorridas y expoliadas de su población originaria para ser colonizadas y puestas a producir según los estándares del modelo agroexportador, se nutrió de una usina de discursos y prácticas *ad hoc*. En los materiales escriturarios conservados, se proyectan modos de inscripción de debates y modelos de conformación territorial que fueron arbitrados por las elites dirigentes y puestos en funcionamiento –con eficiencia y rapidez– por “el brazo armado del progreso” (el ejército, los expedicionarios, los científicos, los misioneros religiosos, etc.). Estas avanzadas de procesos de territorialización

inscriptos en verdad desde mediados de siglo XIX, en su cruzada ante “la topografía de la barbarie” –en palabras de Fernández Bravo (1999)–, aparecían fuertemente cohesionadas a partir de imaginarios sociales racistas y genocidas y se encauzaron, institucionalmente, desde una perspectiva pro civilizatoria –excluyente y sectaria–, bajo el amparo de otro desarrollo concomitante: la construcción del Estado moderno en nuestro país.

Mientras ensayaban con la impostación de una épica casera la marcha del “progreso” hacia los recodos del “atraso” nacional, se urdieron genealogías discursivas que, en sintonía con los procesos sociohistóricos, presentaron disonancias cronológicas y desigualdades procesuales en las distintas regiones de nuestro país. El caso de la ocupación de la zona norte del Pilcomayo, a comienzos del siglo XX, es un ejemplo elocuente de estas particularidades disonantes, no homogeneizables, si se lo contrasta por ejemplo con los procesos de usurpación territorial con fines productivos del espacio patagónico –durante las últimas décadas del siglo XIX– (Bandieri, 2000). Esta extensa región que, por entonces, todavía dirimía los límites jurisdiccionales entre la provincia de Salta y el Territorio Nacional de Formosa (creado recientemente en 1884) y además, en la práctica cotidiana, hacía su propia lectura displicente en el caso de lo establecido desde 1880 para los lindes internacionales en la frontera tripartita con Bolivia y Paraguay, sufrió una ocupación territorial con aristas particulares por los procesos sociales específicos –regionales y de frontera– que decantaban en ese momento.

En consonancia con la multivalencia de los propósitos de intervención en este espacio enclavado en “el olvido norte de la nación” (el desalojo y/o exterminio de las comunidades originarias, la instalación disciplinadora de misiones aborígenes administradas por órdenes religiosas como la franciscana, la plena ocupación territorial, el desarrollo de colonias agropecuarias, etc.), el conjunto de materiales escriturarios que conservamos sobre estos acontecimientos ofició como registro de dichas experiencias también desde facturas muy

diversas: desde la formalidad de partes e informes para la oficialidad o las autoridades nacionales y los diarios de campaña individuales, hasta la asepsia de las anotaciones científicas disciplinares, las versiones edulcoradas y exotistas de los artículos periodísticos digitadas para la prensa porteña y los textos tramitados en el terreno de las convenciones literarias más canónicas. Este verdadero corredor discursivo sobre el Pilcomayo, variado y sostenido en el tiempo, puede reconocerse como parte de las narrativas expedicionarias al gran Chaco; se trata de un corpus abultado que excede el marco de las producciones nacionales, en tanto que sus manifestaciones más lejanas pueden rastrearse desde la colonización temprana, por ejemplo, en los textos de los misioneros jesuitas del siglo XVI. Conformado por materiales que han recibido lecturas periferizadas, en el horizonte de los estudios crítico literarios siempre más abocados al análisis de los textos que acompañaron la ocupación del sur del país –Viñas (2003), Andermann (2000), Livon-Grosman (2003), Morillas Ventura (2009), Torre (2010a y 2010b, 2011), Giucci (2014), Penhos (2018)– este corpus recientemente comenzó a leerse de manera sistemática como expresión discursiva de un itinerario orgánico particular (Gorleri, Budiño y Renzulli, 2020).

Insertos en estas particularidades que atraviesan discursos y prácticas con sus problemáticas especiales que aquí apenas esbozo, rescato a tres autores cuyas producciones se articulan por haber participado –con distintos niveles de intervención y habiendo cumplido experiencias muy disímiles– de una expedición al río Pilcomayo durante el año 1903. Me interesa detenerme en: *Expedición al Pilcomayo. Colonización del alto Chaco. Buena Ventura. Antecedentes. La expedición. El río, tierras, indios, caminos. Restos de Ibarreta. 17 de junio á 24 de septiembre de 1903* (1906), ecléctico volumen de Domingo Astrada¹, jefe del proyecto colonizador en la zona; la homónima *Expedición al Pilcomayo. 27 de marzo – 6 de octubre de 1903* (1905), un informe oficial elaborado por el ingeniero Otto Asp para el gobierno nacional; y la bilogía novelesca de Federico Gauffin, formada

1 Agradezco a la Biblioteca Privada “J. Armando Caro”, de la localidad de Cerrillos, y a su director Gregorio Caro Figueroa, por haberme facilitado la consulta del texto de Domingo Astrada.

por *En tierras de Magú Pelá* (1932) y *Los dos nidos* (1933). En este recorrido resulta productivo poder indagar los nexos con que estas materialidades verbales tan disímiles se interpelan ante la premura por plasmar representaciones de circunstancias cercanas, pues las movilizan propósitos de escritura diferentes y alternan figuraciones de público para diversas instancias de divulgación. Al margen de los matices intervinientes, la lectura cruzada permite reponer problemáticas comunes, entre las que considero particularmente significativas: la percepción residual del espacio como “desierto”, la figuración del indio y las tensiones étnicas en disputa –entre indígenas, criollos y colonos– y la misma territorialización programática para la cuenca del Pilcomayo. Cada propuesta perfila, entonces, formas estratégicas de inscripción ideológica donde reverberan todavía posiciones políticas reaccionarias contra el indio o algunas filiaciones paternalistas redentoristas, en el concierto mayor de la urgencia por incorporar tierras con fines de explotación productiva.

Los esfuerzos encomiables de un hijo dilecto de la nación

El texto de Domingo Astrada² debe entenderse como uno de los repertorios más documentados y pormenorizados sobre la ocupación de la sección norte del río Pilcomayo desde fines del siglo XIX. A pesar del carácter heterogéneo, debido a los géneros discursivos que van ensamblando el libro (cartas personales y oficiales, artículos periodísticos,

2 Son pocos los datos biográficos que pude recoger de Domingo Astrada y Rodríguez (1858–1951), maestro de origen cordobés, con intereses económicos de larga data en la región del Pilcomayo. Tal como se desprende de su texto, fue un sujeto muy interiorizado en la vida política regional de Salta y Formosa y contaba con redes aceptadas con las autoridades nacionales, gracias a las cuales pudo fomentar su emprendimiento privado.

diario de campaña, documentación oficial, etc.)³, la obra se aúna rígidamente en el tono de reivindicación de la tarea del Astrada narrador, autoinstituido en responsable de acometer todas las contrariedades a fin de garantizar el progreso nacional. En este entretejido, donde con disimulo y sin ingenuidad se solapa la preocupación de un productor ganadero interesado en volver más rentable sus tierras, se destaca sin mella aparente al persecutor del bienestar común. Esta estrategia, que trafica dividendos privados como bienes-público, es el zócalo de inscripción ideológica del volumen.

El proceso de ocupación territorial que Astrada recoge en su obra, mediante la disposición de un *collage* donde va ensamblando su relato personal junto a otras voces, arranca en 1895. Hacia estos años efectivamente se formalizó un proceso de migración de antiguos ganaderos criollos ubicados en la zona del actual departamento salteño de Rivadavia, en el límite con Formosa, quienes ante el empobrecimiento crónico que la explotación pecuaria había generado desde la primera mitad del siglo XIX (de la Cruz, 1998), adelgazando los rindes en un territorio provisto de un delicado equilibrio ecológico fácilmente quebrantable hasta el presente (Gordillo, 2000 y 2010), previeron un desplazamiento hacia la región norte del Pilcomayo (Rodríguez y Buliubasich, 1994 y Buliubasich y Rodríguez, 2002). Astrada (1906) señala sin dobleces estos motivos, lo impulsa a la colonización “el malestar de los ánimos que desde tiempo atrás veníase sintiendo en el departamento de Rivadavia, cuyos habitantes necesitaban tierras y librarse de la traba de impuestos onerosos

3 En los rasgos discursivos de mi corpus resulta fácil reconocer cómo los textos se inscriben en el fuero de la “narración transversal”, categoría que Torre (2010a) también destaca para las narrativas expedicionarias de la Campaña al Desierto. Ello en tanto que, “como práctica, atraviesa diversos sujetos, diferentes instituciones y múltiples órdenes discursivos: literario, científico, militar, político. Esa transversalidad constitutiva del *corpus* también alcanza a los géneros codificados –memorias militares, recuerdos, crónicas, autobiografías, partes, cartas, telegramas, descripciones geográficas, relatos de viaje” (12).

para desarrollar holgadamente su industria” (4). La reducción de gravámenes, por entonces solo alcanzable en la jurisdicción de un territorio nacional, atizó la esperanza de que en esta zona del Pilcomayo se estableciera un territorio nacional como el de Formosa, para ser administrado por estos grupos de criollos. Astrada, como concesionario y administrador de la colonización, era la cabeza más visible de dichas tratativas que, finalmente, no fructificaron más allá del afianzamiento de algunas familias en torno a la fundación de la colonia pastoril Buena ventura (en agosto de 1902)⁴.

Al momento de negociar con la autoridad las condiciones bajo las cuales abraza su sacrificado empeño, Astrada elabora con pincelada fina una primera aproximación al desierto:

Abrir caminos por selvas espesísimas, conducir y apacentar ganados forasteros en lugares desconocidos y velar día y noche contra la acechanza del indio montarás, porque aquella zona está situada en el seno mismo del desierto, como habrá notado V. E. por la lijera ubicación que de ella he hecho, –constituye una empresa muy seria, señor ministro, que nadie se atrevería á acometer seguramente, si no es con la esperanza de gozar la posesión tranquila, durante algunos años al menos, de la tierra conquistada. La conveniencia de dar al poblador en dominio perpetuo la tierra que cultiva ó protege, es evidente señor ministro, el título de propiedad, la seguridad de trabajar en lo propio, es un estímulo poderoso que alienta al hombre y vigoriza su esfuerzo. (1906: 8)

4 En su pedido al Ministro de Agricultura de la Nación, en 1895, Astrada solicita “autorización para poblar con sesenta familias o más, en la región inexplorada del territorio de Formosa en la parte que limita con la provincia de Salta un área de tierra de cien leguas kilométricas o sea un total de dos mil quinientos kilómetros cuadrados de superficie que comprenda los parajes denominados ‘El Chorro’, ‘Buena Ventura’ y ‘El Río’, veinticinco leguas más o menos al N.N.E. del antiguo Fuerte Belgrano” (1906: 7-8).

El oxímoron tan recurrente en estas narrativas, el del desierto plenamente habitado por el indio, no hace más que prolongar la herencia fundacional de “La cautiva” echeverriana. La misma operación política de fundar la idea de territorio vacío, pasible de su ocupación y usufructo es, como puede verse, una estratagema que goza de lozanía a comienzos del siglo XX. La mirada de Astrada colonizador es así extractivista, por lo que en todo momento las extensiones en su amplia diversidad ambiental (ríos, planicies, bañados, montes) se califican en función de las potencialidades productivas: la navegabilidad de los ríos, el trazado comercial de caminos, la explotación ganadera en los llanos, la maderera en el monte y la agrícola en las riberas. Los artículos tomados de *La Nación*, *Los Principios* y *Caras y Caretas*, que el autor incorpora, abonan en el lectorado porteño las bondades de la empresa productiva del territorio nacional.

La recurrencia con que se intenta diferenciar hábitos y costumbres, como índices de la barbarie que irreconciliablemente distancia a expedicionarios de indígenas, alterna con la percepción paternalista que es capaz de prohijar a las comunidades para ayudarlas a abandonar el camino del atraso. Varias intervenciones del narrador y otros personajes a lo largo del relato destacan, a veces apenas disimulando la burla o el cinismo, las idiosincrasias de las comunidades con las que se van produciendo contactos durante la marcha. Indicaciones del tipo “voces salvajes” o “cuadro de barbarie”, se codean con las ridiculizaciones de las escenas de danza por algún agasajo o las expresiones de alegría de los indígenas durante los parlamentos.

Si bien podrían señalarse muchos otros elementos, considero que en el texto hay dos episodios donde el problema del contacto interétnico muestra sus aspectos insolubles. El primero tiene lugar al comienzo del relato de la expedición, pasaje en que Astrada pulcramente intenta desconectar sus acciones de un “exceso” de administración de justicia local en el departamento Rivadavia ocurrido un año antes, cuando con la connivencia de hacendados, autoridades policiales y del ejército y jueces de Paz se intentó montar un

alzamiento indígena para ocultar una masacre en Mundo nuevo⁵. La nominación egregia de dicho lugar es el corolario de la situación colonial que todo lo impregna en estos hechos desgraciados. Las familias asesinadas fueron sorprendidas en el regreso a sus tierras desde el trabajo estacional en el ingenio Ledesma, adonde habrían llegado muy seguramente gracias al trabajo profesional de un “sacador de indios”, oscuro sujeto encargado de proveer mano de obra para la explotación en el ingenio, como Eusebio Quintana que aparecerá retratado por Asp. La masacre de más de 100 personas, difundida en artículos de *La Nación* que se incorporan en el libro, era una fama nefasta que hacía peligrar los avances del proyecto expedicionario y, por eso, al revisar estas instancias y exponer su rechazo público a estas otras “alternativas” para la ocupación de las tierras, Astrada consigue reforzar de nuevo su argumentación favorable a la colonización pacífica de la zona.

Sin embargo, lo auspicioso de estas promesas no se traduce en todo momento en los hechos narrados. Distintos niveles de explotación son previstos y puestos en ejecución a lo largo de la expedición, naturalmente desde un verticalismo innegociable. El sistema de dones que se reitera en la obra, por ejemplo, se funda en un intercambio desigual: el obsequio de un producto de vital importancia

5 Tanto Astrada como Asp refieren versiones de la masacre que le confían distintos indígenas durante la expedición. Es especialmente relevante el encuentro con el cacique Colorado quien, habiendo perdido un hijo en Mundo nuevo, pide indemnización por las pérdidas de sus hermanos. Tras una disputa con Asp, Astrada cede y le reitera al cacique las promesas de protección del Estado (paradójicamente el mismo que ha asesinado a su gente) y la gestión de compensaciones por las muertes (dádivas que Astrada inicia con Colorado, mediante la asignación de un caballo) (1906: 107). Sobre el asunto, Asp dirá con mayor crudeza: “Entre los indios toda fechoría puede rescatarse y una vez la indemnización entregada, no hay indio que guarde rencor. La muerte de un indio se paga perfectamente con un novillo ó todavía mejor con un caballo” (1905: 17). El cinismo de ambos es aquí indigerible.

como el pescado que entregan los indígenas por las baratijas con que les retribuyen los expedicionarios. Con estas previsiones, es natural que los originarios no sean percibidos como una rémora importante para el proyecto pro civilizatorio; de hecho, la colonización pretende incorporarlos, a partir de la planificación alternada entre colonias criollas e indígenas, por la evidente necesidad de mano de obra barata. Aquí la miopía del etnocentrismo impide reconocer la propia autonomía en materia de gestión ganadera y agrícola que los grupos de la región habían alcanzado, en un espacio que ancestralmente conocen; por eso, aun cuando a Astrada y Asp les sorprenda encontrarse con extensiones de más de dos leguas de campos sembrados (perfectamente adaptados a las difíciles condiciones estacionales y enclavados de manera óptima acorde a las restricciones que ofrece un terreno reacto a la provisión de agua), no pueden admitir los hechos como lo que son, virtudes de auto-subsistencia comunitaria.

El segundo episodio que quiero referir es el circunscripto a la muerte de una joven muchacha chorote raptada por wichís (llamados matacos en el texto)⁶ en el contexto de una disputa entre comunidades. El relato es un punto de inflexión tanto para el esforzado trazo con que Astrada conduce la pluma autoreinvidicadora de su arrojito como para la versión más escueta de Asp, en cuya narración el episodio también se reviste con el sabor amargo de la frustración. Lo que ambos no están pudiendo comprender en sus testimonios, transidos por lo voluntarioso y bienintencionado de las acciones, es la divergencia cultural que atraviesa los ribetes étnicos del conflicto. Pues el lector sospecha que tal vez haya sido la intervención explícita de los foráneos, que negociaban la devolución de la muchacha a su comunidad aun cuando ya se había casado con uno de los

6 La designación mataco es un término peyorativo que significa “animal de poca monta”, mientras que wichí es el etnónimo empleado para referirse a este pueblo, en tanto que está legitimado como autodenominación étnica.

líderes wichís, es decir, un acto deslegitimado que rompía con una pauta cultural propia, lo que desencadenó el asesinato de la joven cautiva. Otra vez la miopía obtura la capacidad de intervención en un territorio cultural otro donde, a veces, la procura del bienestar acaba exactamente en su contrario. La situación creo que es una pieza clave donde, casi como en el estatuto de un acto fallido de la escritura, el discurso monolítico del progreso se fisura para dar cabida a lo inexplicable, o a la incongruencia que separa las palabras de lo realizable. Circunstancias como esta advierten sobre los visos contradictorios del afianzamiento del Estado moderno y las ineficiencias del proyecto liberal; aporías que, como señaló Nouzeilles (1999), enrostran la cara menos progresista y más oscura de la modernización finisecular y se reformulan, en los modos catalizadores de las fronteras indómitas, casi como una reversión pesadillesca de las imposibilidades mismas del proyecto. En el mapa que trazan estos fanáticos augures del Estado, la incapacidad interpretativa de la muerte de la joven queda burocráticamente registrada en un lugar, el que desde ahora será llamado Paso de la mártir.

Una mirada gringa por el Chaco

Como venimos anticipando, las versiones narrativas de Astrada y Asp resultan complementarias, pues aquello que el colonizador no registra al científico le parece relevante y, a pesar de la naturaleza de su informe oficial, deja constancia de ello. En esta pareja de portavoces de una misma experiencia, puede verse la reiteración de figuras que previamente ocuparon el complejo matrimonio entre expedicionario y científico. Desde Robert Fitz Roy y Charles Darwin o Luis Piedrabuena y Francisco P. Moreno hasta la familia extendida de quienes integraron la campaña de Julio A. Roca en 1879: Paul Günther Lorentz como botánico, Adolfo Doering como zoólogo y geólogo, Gustavo Niederlein como ayudante de botánica y Federico Schultz como preparador en zoología, más otros especialistas como el topógrafo Manuel Olascoaga y el ingeniero Alfred Ebelot (Livon-Grosman, 2003: 72-151; Guzmán Conejeros, 2009 y Torres, 2010a: 67-79). La participación científica de Asp, ingeniero de origen

escandinavo –tal vez sueco o finlandés– del que hay pocos datos biográficos, es más modesta, cuenta con un ayudante polirrubro, Manuel Frommel. La breve *Expedición al Pilcomayo* (1905) relata su primer trabajo en la zona, a la que volverá ya como responsable de otra avanzada, entre 1906 y 1907, junto al naturalista suizo Emilio Budin⁷; la publicación del diario de esta expedición ha sido realizada por Rubén M. Bárquez (1997), con el título *Viajes de Emilio Budin: la expedición al Chaco, 1906-1907*⁸.

Las razones de la presencia de Asp, como funcionario de la División de Tierras y Colonias del Ministerio de Agricultura, pues aquí también “el *yo expedicionario* –el narrador– responde a la figura del encargo”, de una demanda que origina la escritura (Torre, 2010b: 151), se fundamentaba en la necesidad de cubrir dos tareas centrales: dirimir si la colonia Buena ventura estaba en la jurisdicción provincial de Salta o en el Territorio Nacional de Formosa (dato de vital importancia para el proyecto de Astrada) y analizar la cuenca del Pilcomayo con vistas a determinar su navegabilidad (para lo cual había revisado previamente la bibliografía disponible: desde los jesuitas del siglo XVI a las más reciente de Creveaux, Thouar, Feilberg, Page, Storm e Ibarreta). Por resultar obvio para su *métier*, el ingeniero no señala el instrumental que transporta para cubrir con su función, sí lo hace la mirada extrañada de Astrada: “El señor jefe técnico lleva los instrumentos necesarios: teodolito, sextante, barómetro, termómetro, aparato fotográfico, cronómetro, libros

7 Antes de este segundo viaje al Pilcomayo, y también debido a su trabajo en el Ministerio de Agricultura, Asp había participado en 1904 de una expedición con fines de colonización al Neuquén.

8 Asp y Budin formaron parte de la red de profesionales especializados que recorrieron la zona desde fines del siglo XIX. Budiño analiza con provecho tres de estos registros científicos: *La expedición más reciente al Pilcomayo* (1884) de Albert Amerlan, *Un viaje por el Pilcomayo al Chaco Central* (1906) de Vojtech Fríc y *La expedición alemana al Pilcomayo* (1908) de Willem Herrmann (Gorleri, Budiño y Renzulli, 2020: 60-71).

científicos y un mapa; también lo indispensable para colecciones de plantas, aguas, tierras, etc.” (1906: 71). La cita anticipa la percepción científica omnimoda que despunta en su informe: la mirada de la taxonomía botánica que va clasificando hierbas propicias al ganado, la mensura de los desplazamientos terrestres, la determinación astronómica traducible en la cartografía, su rol de médico del grupo. Esta voracidad científica es motivo de sorna entre los criollos que lo ven a cada rato “juntando yuyos” (1906: 74).

Justamente la primera representación orgánica externa de Asp que conocemos es la que Astrada construyó en su texto –la segunda es la que ofrecerá muchos años después Gauffin en sus novelas–, ambas imágenes especularmente discuten con la que el ingeniero relegará para sí al hacerse cargo de la narración de los hechos. La eficiencia profesional y claridad expositiva revisten como marcas determinantes en su informe, que denota además un manejo sin tropiezos del castellano; situación que se corresponde también con la versión de Astrada, donde nunca se lo ve titubear en materia de lenguaje: “El señor Asp coloca el trípode del teodolito, contento con tener una clarísima noche de luna, y entregado á la charla criolla en torno al fogón espera la hora oportuna de hacer sus anotaciones científicas” (1906: III). La autosuficiencia que trasunta el escrito, afirmada en la voz hiperautorizada de la ciencia y las huellas retóricas de un temperamento independiente, deviene contracara perfecta de la imagen sanchesca –díscola, torpe e ignorante de las singularidades del Pilcomayo– que Astrada le endilga a su colega de campaña. La disputa correctiva de Asp es una evidente rencilla masculina para dirimir quién lleva los pantalones del jefe en la marcha. Un rosario de amonestaciones (yerros estratégicos de movilidad, testarudez que duplica el trabajo o excesos que cansan a los animales, la lastimadura en una rodilla del ingeniero, la inoperancia con que atrae tigres al campamento) busca desprestigiar, en todo momento y con camuflado gesto xenófobo, al gringo “Mr. Asp”.

Si Astrada tenía en Asp su interlocutor contrincante señalado, consciente de la divulgación personal que el científico había volcado en su informe, además de varias entrevistas que estaban siendo publicadas en Buenos Aires y que Astrada incluye en su libro para debatir, el ingeniero, por su parte, tendrá en el mapa oficial asignado para orientar en la zona, un enemigo por descalificar con fruición mediante el señalamiento de errores topográficos y la sugerencia de enmiendas⁹. El afán documentalista que la propuesta de su nuevo mapa traduce –con el trazado prolijo del cauce del Pilcomayo, la indicación de la operatividad de abrir caminos por determinados sectores y la viabilidad de las colonias ganaderas (de criollos) e indígenas– acompaña la síntesis de conclusiones en el escrito elevado al gobierno.

El gesto científicista de Asp se diversifica en saberes y tareas, una es la clasificación de muestras, típica entre sus pares contemporáneos, para la reunión de piezas coleccionables –botánicas (hojas y flores) y antropológicas (como la pieza de cráneo perforado por una flecha, luego perdida, cuyo destino la prisa del relato no permite definir)–, llevada a cabo desde una dimensión escrituraria occidentalizadora: los árboles “están tan apretados y derechos, que parecen caños de órgano” (1905: 12), precisa en un momento. Su obsesión museológica no desatiende nunca la diligencia por la recolección –“Ya hace tiempo que hemos sacrificado lo supérfluo como guarda-monte, etc. Estoy contento de poder conservar al menos una parte de mis colecciones” (1905: 39)–; por eso, hacia el final de la avanzada, lamenta que parte de las colecciones se dañaran tras el vadeo de un río. Por otra parte, Astrada señala en varios

9 Así, por ejemplo, ya en el límite de la extenuación, cuando los expedicionarios llevan días empapados a causa del recorrido infernal por los esteros, el mapa es el destinatario de su encono: “Estamos alucinados por el deseo de llegar. Por la noche uno se figura sentir la campanilla de una misión, otra la sirena de un vapor, pero no se encuentra rastro humano, muy al contrario de lo que dice el mapa” (Asp, 1905: 40).

momentos que Asp realiza un registro fotográfico de la expedición; así, por ejemplo, se toman fotografías de la joven chorote en manos de los wichís (estando cautiva y luego ya muerta). Asp, sin embargo, es más escueto al respecto, como si esa labor no hubiese sido un requerimiento formalizado por la demanda del Ministerio, y solo dice como al pasar luego de una travesía en que terminan maltrechos por los esteros: “Llegamos por fin al campamento con 10 kilos de barro pegados en las botas. Siento que las fotografías que tomé de los más embarrados no hayan salido bien para perpetuar esta aventura” (1905: 24). El registro fotográfico se muestra aquí como nuevo lazo con prácticas científicas que acompañaron los procesos de ocupación territorial en el sur y que han sido analizados tanto en el orden castrense como en el de los misioneros religiosos (Scarzanella, 1999).

La mirada etnográfica del ingeniero simula un escaso nivel de prejuicio cultural, dice en un pasaje:

Durante la mañana nos divertimos en ver jugar los hijos é hijas de los indios en la playa. No me parece que haya mucha diferencia entre el desarrollo de los indios y cristianos cuando son chicos, y si hubiera alguna, ella sería en favor de los indios (1905: 8).

Sin embargo, muy persuadido por sus escalas axiológicas, en clave capitalista interpretará luego el éxito de la empresa expansionista:

Los chorotes poseen majadas y hacienda vacuna. Todas las mantas que tienen son tejidas por las mujeres, con la lana de sus ovejas. No se vé casi ninguna que venga del mundo civilizado. Sería muy fácil civilizar á esos indios porque ya son propietarios y no se atreverían á hacer ningún mal por miedo de perder sus haciendas (1905: 27).

A la vez, insiste, debe mediar el paternalismo estatal: “Cualquiera que sea la disposición adoptada por el Gobierno, habrá que esperar que algunos terrenos sean reservados para los indios á fin de no ver

á los propietarios legítimos del terreno reducidos á la mendicidad ó al robo” (1905: 6). Este establecimiento de “niveles de civilización” entre los pueblos se basa en la interpretación de numerosas huellas recogidas en la interacción por la mirada etnográfica: las costumbres comunicativas en el monte atando nudos en la vegetación, la traducción de léxico indígena al castellano, las prácticas antropofágicas entre los tobas, las curaciones rituales, la coreografía de las danzas, etc. A decir verdad, tampoco escapan sus colegas a esta auténtica radiografía de la otredad, de modo que reprobará así una costumbre criolla: “Después de los indispensables mates, que hacen perder mucho tiempo, partimos” (1905: 14).

Las potencialidades disruptivas de la literatura

Excepto por los señalamientos de Sylvester (2012), la obra de Gauffin no ha sido leída en relación con los textos recién comentados. Antes que por la reposición de coincidencias que ensaya Sylvester, el nexo interesa por la operación discursiva que revela: mediando un hiato temporal importante, la literatura con plena autosuficiencia resignifica los hechos, sin que ello represente un desprendimiento total de sustratos ideológicos comunes al corpus expedicionario al Pilcomayo, justamente porque las novelas lo integran. Analizada en esa serie, donde puede pensarse como otro estadio de las narrativas expedicionarias, la producción del escritor gana profundidad al permitir releer, desde las estrategias literarias, versiones sumamente elaboradas de situaciones y personajes involucrados en los hechos que desde otros intereses ya habían anotado Astrada y Asp. Con todo ello, se reinstalan así problemáticas desde el horizonte de la tradición expedicionaria en el campo cultural salteño de los

años 30, muy preocupado por debatir con impronta local frente a las políticas identitarias centrífugas del post Centenario¹⁰.

Lo primero que debe señalarse es que el relato de Gauffin sobre la ocupación del Pilcomayo se publicó treinta años después de la experiencia que el autor vivenció. A pesar de que ni Astrada ni Asp lo mencionan entre los expedicionarios, el primero señala que “en el camino se nos incorporan varios colonos” que no nombra (1906: 74), entre los que podría haber estado nuestro autor. El relato de la memoria familiar atestigua también su participación y confirma así ciertos relieves autobiográficos de su obra (Gauffin, 2020)¹¹. Procedimentalmente ambas novelas admiten ser leídas como relato de aprendizaje, sobre todo la primera; de hecho, pueden ensayarse lecturas cruzadas con *Don Segundo Sombra* (1926), texto cercano donde se reitera de manera arquetípica el par maestro gaucho y joven aprendiz de la vida rural, que Gauffin retraduce en las fronteras de la nación –en un espacio menos domesticado que la pampa de Güiraldes– por el gaucho alzado Argamonte (apellido que aparece entre los expedicionarios citados por Astrada) y el joven huérfano Carlos Gilbert que sale a probar fortuna al Chaco.

A pesar de que la participación de Gilbert en la expedición es acotada, acompaña solo en un tramo hasta afincarse en La Victoria (¿Buena ventura?) donde se establece como pulpero, la relectura de la avanzada presenta matices importantes. Para favorecer los juegos

10 Una propuesta de estudio anterior sobre el autor, que ensayé sobre *En tierra de Magú Pelá*, priorizó las relaciones polémicas de Gauffin con los discursos del post Centenario, en un contexto periférico como era el campo cultural salteño hacia 1930 (Sosa, 2016), pero lo hacía sin rastrear su inscripción en las narrativas expedicionarias, una tarea que ahora propongo, con lo que espero complejizar mejor aquella primera aproximación.

11 Agradezco a Andrés Gauffin los intercambios mantenidos sobre la biografía de su abuelo y las circunstancias de escritura de sus novelas.

especulares entre los discursos, voy a priorizar las representaciones de los responsables de los dos textos anteriores y otros aspectos comunes, a fin de advertir con mayor claridad el adelgazamiento del dato referencial que manipula Gauffin y con ello las implicaciones ideológicas imperantes.

La transmutación de Astrada en Jesús Lugones, el jefe de “tonada cordobesa” (Gauffin, 2008: 66), es un eficaz enmascaramiento a fin de encauzar una actitud crítica hacia el personaje, devenido ahora en un sujeto menos ecuánime y contemplativo que el que conocimos por su escrito, capaz de ordenar sin remilgos que se tiren balas cuando acosan los indígenas. Este distanciamiento no presupone una merma importante en la batería de prejuicios etnocéntricos que la narrativa de Gauffin aún sostiene. La imagen del indio presenta una continuidad sin repliegues del aparato racista de las narrativas expedicionarias, exhibiendo una galería de indios montaraces (reactivos, traidores, delincuentes) y amigos (como el cacique Magú Pelá, anclado a la ventriloquia del orden pro civilizatorio, con una voz tan impostada como inverosímil por la sumisión que abraza)¹², todos parejamente subalternizados por el decir blanco de Gilbert.

Con seguridad este encuadre se manifiesta mejor aún en la caracterización de Don Otto, “el ingeniero noruego”, personaje risible reconstruido en el molde caricaturesco del científico loco y del inmigrante torpe en menesteres locales. La manipulación de este personaje es, al menos, contradictoria, pues si bien el relato lo asume seducido por la diversidad indígena y la frontera, como una redención tibia desde la teoría del buen salvaje –al punto que abandona la

12 El narrador dice que dice Magú Pelá en un pasaje: “Los cristianos han muerto indios porque éstos los atacaron. Los cristianos tienen vacas porque trabajan y las cuidan día y noche, mientras los matacos ’staban panza arriba, durmiendo, y apenas se ocupan de pillar lagartijas cuando tienen hambre” (Gauffin, 2008: 175).

expedición y se queda a vivir en una comunidad¹³-, las evaluaciones de los hechos por parte del narrador son ineludibles. Todo intento de comprensión del otro cultural es percibido por Gilbert con desconfianza y temor, bajo la pátina de la burla y la desestimación.

Entre las relaciones poliédricas que los textos del corpus ofrecen, la referencia a la poligamia de los originarios es un punto de fuga que obtura posibles accesos a la otredad. Lo interesante del asunto es que Astrada y Gauffin atribuyen a Asp una fascinación como observador de las prácticas sexuales de las comunidades (en el nicho de la antigua herencia de viajeros lascivos como Ulrico Schmidl), mientras que el ingeniero nunca lo refiere en su informe, aun cuando como dije su escritura suele exceder en mucho la naturaleza prescriptiva que el cumplimiento con el mandato oficial requería. Sin embargo, en una nota de octubre de 1903 que Astrada reproduce de *El Diario* de Buenos Aires, Asp describe los cuerpos de los indígenas según su fisonomía –en clave evolutiva, eugenésica y genérica– con indiscutible fascinación y rechazo:

El viajero cree hallar tipos inferiores, débiles ó degenerados, y se encuentra en cambio, hombres admirablemente constituidos. Quisiéramos los cristianos poseer aquellas figuras elegantes, de impecable línea, vigorosos, llenos de vida y de belleza varonil [...]. No ocurre lo mismo con las mujeres que tienen una juventud muy breve, perdiendo en poco tiempo la esbeltez y la frescura. Casi todos los indios tienen las carnes flácidas y el aspecto repulsivo. En cambio, las muchachas son muy bien formadas y graciosas.

La Poligamia es general en las diversas tribus. Pero está limitada por la necesidad. En efecto, el indio debe sustentar todas sus mujeres, y como esto es difícil y penoso, lo común es que cada hombre no tenga sino una mujer. (1906: 67)

13 Dadas las pocas referencias colectadas sobre Asp, no puede verificarse el punto, aunque por el carácter activo de su continua tarea en el Ministerio de Agricultura no parecería desatinado ver en la operación de Gauffin una licencia discursiva más acorde a los carriles ideológicos del modo en que relee la avanzada al Pilcomayo.

Hiperbolizando esa línea de sentido, la del gringo *voyeur* de una sexualidad que su propia mirada exotiza, felizmente entregado a los arañazos que escoltaban por convención las prácticas sexuales con las indígenas, Gilbert –quien logró “escapar” de las “contorsiones eróticas” de las mujeres (Gauffin, 2008: 78)– formula su imagen grotesca de Asp. Más allá de la bufonada, los textos balbucean con la anécdota la imposibilidad de comprensión del proyecto intercultural que Don Otto parece representar con su abandono de la vida occidental; racismo y xenofobia dirimen aquí lo irreconciliable del tema, tal como lo verbaliza espantado el criollo Argamonte: “Nunca imaginé un cristiano –sin son cristianos los gringos– perdiendo el sentido por una hembra que hiede como un chiquero” (2008: 101).

A pesar de todo, y ese sigue siendo uno de los aspectos más interesante de la obra de Gauffin que, contrapuesta con sus coetáneos –sobre todo con el insobornable reaccionarismo de Juan Carlos Dávalos en su interpretación de lo criollo y el mundo gaucho en el ámbito cultural salteño–, resulta más problematizadora porque admite fisuras dentro del orden conservador imperante. Una de estas disrupciones se percibe también en torno a la recuperación de la masacre de Mundo nuevo, aquí el distanciamiento del relato de las políticas de exterminio del Estado nacional se pone estratégicamente en boca de Argamonte. Siendo el sujeto más idóneo para enarbolar la crítica, en tanto desposeído de frontera y perseguido por matrero, el gaucho se niega a participar de la matanza y negocia sin éxito por la vida de los indios que volvían del ingenio: “Yo sentí asco, lástima y rabia al mirar esa carnicería, esa gran pelota de carne y sangre, que era como un solo cuerpo que roncaba, boquiando” (Gauffin, 2008: 53).

Este último pasaje resulta iluminador para discernir variaciones con respecto a Astrada y Asp, en tanto que si bien la connivencia ideológica de estas obras con el racismo es innegable, pues como un detritus va infiltrando escalas axiológicas desfavorables a la legitimación de la diversidad –como se advierte en la repulsión ante

la pareja, tan indigeriblemente otra, del gringo y la indígena–, la apuesta literaria de Gauffin se encarga sin embargo de reforzar –desde la voz aliada del gaucho, otro representante popular y desprotegido crónico del sistema– que no hay complicidad alguna con el genocidio cometido.

Coda

Enmarcado por estrategias desiguales de negociación, el examen del mundo en agonía de los pueblos originarios del Chaco que la cita anterior recoge es, sin dudas, una de las intersecciones que aúna estas narrativas expedicionarias al Pilcomayo. Desde el presupuesto, por ninguna de ellas rebatido, de la legitimidad de las avanzadas y la implementación de políticas extractivistas, administrativas y de control sobre los espacios y sus habitantes, se congregaron formas discursivas coadyuvantes al imaginario social excluyente que direccionaba las prácticas de ocupación territorial. Astrada acomete su escritura desde la observancia de los modos en que resuena su accionar público, en los pasillos de la burocracia estatal, en la administración de los entuertos de la política provincial y en la exposición de las crónicas de la prensa porteña. Para el expedicionario, el diseño de su relato es, ante todo, la justificación de una vida entregada “con esfuerzos” a la especulación de negocios productivos en zonas “vacantes” de la nación. Por su parte, la mirada especulativa de Asp pone en escena, en el territorio del Pilcomayo, la peligrosidad entomológica de la perspectiva científicista, la viabilidad clasificatoria, explicable y archivable de todo un ecosistema (desde las comunidades que lo habitan hasta las escalas zoológicas y botánicas y las composiciones minerales), que se recorta como una vitrina organizada por su nomenclador desde el registro impúdico con que el ingeniero va coleccionando. La lectura literaria que emprende Gauffin, pasado el Centenario y sus discursos homogeneizadores, señala la discontinuidad de ideas e imágenes propicias al ser nacional, en tanto que el pretendido crisol de razas

generado en la usina porteña como reducto de contención muestra su renuente afincamiento en la región, con huellas xenófobas muy palpables. A su vez, la configuración del mito blanco parece ser un propósito aun sin cristalización, al menos en las representaciones muy transidas por un fuerte sesgo racista que siguen vehiculizando las novelas, señalando que hacia 1930 el problema del indio se sostiene como una instancia “no resuelta”, es decir, como “un fracaso” de las políticas estatales liberales.

Bibliografía

- Andermann, J. (2000). *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Asp, O. (1905). *Expedición al Pilcomayo. 27 de marzo – 6 de octubre de 1903, en Anales del Ministerio de Agricultura. Sección de Inmigración, Propaganda y Geografía*, T. I, Núm. I. Buenos Aires, Talleres Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina.
- Astrada, D. (1906). *Expedición al Pilcomayo. Colonización del alto Chaco. Buena Ventura. Antecedentes. La expedición. El río, tierras, indios, caminos. Restos de Ibarreta. 17 de junio á 24 de septiembre de 1903*. Buenos Aires, Establecimiento Gráfico Robles y Cía.
- Bandieri, S. (2000). “Ampliando las fronteras: la ocupación de la Patagonia”. En Mirta Zaida Lobato (Dir.). *Nueva historia argentina*. T. V. Buenos Aires, Sudamericana, 119-177.
- Bárquez, R. M. (Edit.) (1997). *Mastozoología neotropical Publicaciones especiales N° I. “Viajes de Emilio Budin: la expedición al Chaco, 1906–1907”*. San Miguel de Tucumán, UNT.
- Buliubasich, C. y Rodríguez, H. E. (2002). “La noción de trabajo en la construcción de la identidad: indígenas y criollos en el Pilcomayo salteño”. *Cuadernos de Antropología Social*, 16, 185-209.
- Cruz, L. M. de la (2000). *¿Qué pasó con los pastizales que vio Astrada? Productividad y degradación ambiental en la región del Pilcomayo medio*. Disponible en línea: http://sombradearbol.org/documentos/delacruz_1998_pastizales-pilcomayo.pdf

- Fernández Bravo, Á. (1999). *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Gauffin, F. (2008). *Obras completas*. Salta, Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta.
- Gauffin, A. (2021). “Federico Gauffin, versificador urbano” y “Espejismos y tragedias en el Pilcomayo”. En *Ensayos de madrugada*. Salta, La Aparecida, 237-256.
- Giucci, G. (2014). *Tierra del Fuego: la creación del fin del mundo*. Buenos Aires, FCE.
- Gordillo, G. (2000). “Canales para un río indómito. Frontera, estado y utopías aborígenes en el noroeste de Formosa”. En Alejandro Grimson (Comp.). *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires, Ciccus / La Crujía, 232-255.
- . (2010). “Historias de los bosques que alguna vez fueron pastizales: la producción de la naturaleza en la frontera argentino-paraguaya”. *Población & Sociedad*, 17, 59-79.
- Gorleri, M. E.; Budiño, M. E. y Renzulli, M. A. (2020). *Representar la frontera: Formosa (1879–1950)*. Formosa, EdUNaF.
- Guzmán Conejeros, R. (2009). “Los viajeros científicos de la Campaña del Desierto: apuntes acerca de la construcción discursiva de la Patagonia”. En Enriqueta Morillas Ventura (Comp.). *Viajeros patagónicos del siglo XIX*. Córdoba, Alción, 135-144.

- Livon-Grosman, E. (2003). *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Morillas Ventura, E. (Comp.). (2009). *Viajeros patagónicos del siglo XIX*. Córdoba, Alción.
- Nouzeilles, G. (1999). "Patagonia as Borderland: Nature, Culture and the idea of the State". *Journal of Latin American Cultural Studies*, 8, 1, 35-48.
- Penhos, M. (2018). *Paisaje con figuras. La invención de Tierra del Fuego a bordo del Beagle (1826–1836)*. Buenos Aires, Ampersand.
- Rodríguez, H. y Buliubasich, C. (1994). "Degradación ambiental y conflicto étnico en el sector nororiental del Chaco salteño". *Andes. Antropología e Historia*, 6, 361-392.
- Scarzanella, E. (1999). *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en Argentina, 1890–1940*. Bernal, UNQ.
- Sosa, C. H. (2016). "En tierras de Magú Pelá: la narrativa de Federico Gauffin y los debates del post Centenario". En Liliana Massara (Compil.). *Narrar la Argentina. Centenario, región e identidad*. San Miguel de Tucumán, UNT, 213-231.
- Sylvester, S. (2012). "Federico Gauffin (Vida y ficción)". En *La identidad como problema. Sobre la cultura del Norte*. Mar del Plata, EUDEM / EDUNSa, 181-202.
- Torre, C. (2010a). *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires, Prometeo.

- . (2010b). "Narrativa expedicionaria: versiones del desierto entre 1880 y 1900". En Noé Jitrik (Dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. 3. Buenos Aires, Emecé, 149-176.
- . (2011). *El otro desierto de la Nación Argentina. Antología de narrativa expedicionaria*. Bernal, UNQ.
- Viñas, D. (2003). *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Santiago Arcos.

Excursiones periodísticas: crónica de una investigación sobre la prensa de entre-siglos

Martín Servelli

Universidad de Buenos Aires

Universidad Nacional de José C. Paz

Al igual que un relato de viaje, el itinerario de una investigación académica no está exento de imprevistos, desvíos, detenciones, encuentros fortuitos y estados de ánimo cambiantes, que oscilan entre los extremos del entusiasmo y la decepción. En el caso del presente trabajo, la analogía se refuerza, ya que se trata de la crónica de una investigación que toma como objeto de estudio un conjunto de crónicas periodísticas de viaje de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Un especialista en literatura de viajes, Georges Van Den Abbelle, utilizó la metáfora del viaje para reflexionar sobre el pensamiento crítico: la imagen de una mente innovadora que explora nuevas formas de mirar las cosas y está abierta a nuevos horizontes, que se mueve más allá de los prejuicios y valores adquiridos y que cuestiona el orden existente asumiendo una distancia crítica (1992: xiii). Las notas que siguen pretenden emular el relato de un viaje metafórico en ambos sentidos: las derivas de una investigación académica que son, a un tiempo, las de la reflexión crítica de su autor. En ese sentido, consideramos que este texto podría ser de interés para aquellos investigadores que se encuentran transitando el inquietante periplo de una investigación de posgrado, a través de regiones inexploradas de la prensa de entre-siglos.

Historia de un corpus

En el inicio se encuentra siempre el bagaje de lecturas del investigador, sumado a una cuota de azar. Para esta investigación, que recibió el título final de *A través de la República. Corresponsales viajeros en la prensa porteña de entre-siglos (XIX–XX)* (Servelli, 2018), fue determinante la atracción por los relatos de viaje a las fronteras interiores de la Argentina, generada a partir de devotas lecturas de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948), de Ezequiel Martínez Estrada, e *Indios, ejército y frontera* (1982), de David Viñas, dos ensayos que sistematizan un corpus vinculado a la conquista del territorio nacional y la lucha contra los pueblos originarios, bajo la denominación de “literatura de frontera”. La indagación sobre los procesos de constitución de este género en particular fue el eje de un embrionario trabajo de investigación, en el marco de una adscripción a la cátedra de Literatura Argentina I de la Universidad de Buenos Aires, bajo la dirección de Julio Schvartzman¹. La representación del espacio de la frontera implicaba, en este corpus, el establecimiento de un control discursivo sobre un territorio que se iba perfilando como Nación mediante el ejercicio efectivo de una soberanía política y cultural. Fue en el citado trabajo de Viñas, que incluye un apéndice con una antología de fragmentos a modo de “Testimonios”, donde aconteció el primer hallazgo remarcable. Se trataba del libro *La Australia argentina*, de Roberto J. Payró (1898). El subtítulo rezaba “Excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Isla de los Estados” y las crónicas habían aparecido en el espacio del folletín del diario *La Nación* durante el año 1898. ¿Qué era esto de la *excursión periodística*? En sus páginas confluían prácticas discursivas tales como la entrevista, la investigación periodística y la crónica, combinadas con las clásicas peripecias de los relatos de viaje, las observaciones sobre el paisaje y los habitantes y, en general, una voluntad de informar al público de Buenos Aires, aunque siempre atenta a entretener;

1 El trabajo resultante, “¿Literatura de frontera? Notas para una crítica” (2010) obtuvo el Premio Ensayo Iberoamericana 2010.

a descubrirles a los lectores un territorio desconocido de su país, pero sin descuidar las estrategias de seducción narrativa. Leído en conjunto con otros textos del mismo corpus, como los de Estanislao Zeballos, Álvaro Barros o el Perito Moreno, el libro de Payró imponía su diferencia por su enfoque novedoso, que remitía, sin dudas, a su origen periodístico. Particularmente llamativas eran las reflexiones salteadas acerca de las tareas del *repórter* viajero para aludir a un tipo específico de función periodística (también denominada corresponsal viajero o enviado especial), lo cual revelaba un alto grado de conciencia sobre las particularidades del novedoso perfil profesional que venía a encarnar Payró.

En el marco de la mencionada adscripción, surgió la posibilidad de preparar una antología de viajeros europeos al Río de la Plata para la colección “Voces y letras del Plata”, dirigida por Julio Schwartzman en la editorial Corregidor. El encargo original del libro había recaído sobre la profesora e investigadora Claudia Torre, quien debió rechazarlo por motivos personales. El libro resultante, que se llamó *Viajeros al Plata (1806–1862)* (Servelli, 2006), respondía en buena medida al interés despertado por el trabajo magistral de Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina* (1996), que postulaba que cierta perspectiva asumida en los escritos fundacionales de la literatura argentina para calificar la particularidad del paisaje nativo y la novedad de sus rasgos era deudora de las imágenes del país elaboradas por estos viajeros en las primeras décadas del siglo XIX.

La investigación incipiente iba a encontrar su orientación decisiva en el contexto de un proyecto UBACYT dirigido por Sylvia Saítta, al configurar su objeto de estudio en el marco de la prensa diaria. Bajo el paraguas de este proyecto (integrado por docentes de la cátedra de Literatura Argentina II de la UBA y por historiadores de la misma universidad), que se llamó “Itinerarios periodísticos de intelectuales y escritores argentinos”, la propuesta original cobró la forma de un plan de tesis, que fue distinguido con una beca doctoral de

la UBA en el año 2008. El corpus de periodistas viajeros seleccionados, en este primer tanteo, trazaba un extenso arco cronológico, que cubría una gama diversa de diarios y se centraba en un conjunto de giras periodísticas por el territorio nacional. Comenzaba con las crónicas de Payró para *La Nación*, continuaba con los relatos de viaje de Ada María Elflein publicados en *La Prensa* en la segunda década del siglo XX, y avanzaba hasta las crónicas periodísticas de Roberto Arlt para el diario *El Mundo* y de Raúl González Tuñón para el diario *Crítica* en las décadas de 1920 y 1930. Este primer recorte privilegiaba la duplicidad de los autores en tanto periodistas y escritores, ya que la propuesta apuntaba a leer el cruce entre estas giras, propias de la actividad periodística, y las respectivas producciones ficcionales y poéticas.

Los dos primeros años de la beca transcurrieron, en buena medida, ocupados por el relevamiento de fuentes hemerográficas; allí el proyecto concebido en el papel y la imaginación se enfrentó con sus verdaderas posibilidades de concreción. Fue entonces que tuvo lugar una serie de hallazgos determinantes: las giras periodísticas de Payró en *La Nación* eran solo la punta de un iceberg. Si bien él era el corresponsal viajero más prolífico en el período que iba de 1892 a 1900, aparecía a su lado una multiplicidad de nombres abocados a la misma tarea y embarcados en el proyecto explícito del diario de realizar un relevamiento integral del territorio argentino, estudiar las necesidades de las provincias y dar a conocer sus principales características, lo cual permitía entrever la voluntad de producir representaciones del espacio nacional como referente natural de pertenencia comunitaria.

El capítulo de la tesis dedicado al diario *La Nación* crecía desmesuradamente con las crónicas de Ashaverus, las giras de Aníbal Latino, de Eustaquio Pellicer, de Alberto Ghirardo, de Julio Piquet y otros tantos. Al mismo tiempo, la investigación sobre los diarios *Crítica* y *El Mundo*, encarada en paralelo, revelaba un horizonte de expectativas muy diverso en cuanto a los objetivos de las misiones

periodísticas: Raúl González Tuñón denunciaba la explotación de la mano de obra en los ingenios tucumanos (“El obrero de la industria azucarera tucumana es esclavo del patrón”, 1927); Juan José de Soiza Reilly investigaba asesinatos y violaciones en los montes chaqueños en su “Viaje policial a través de los montes del Chaco” (1923), Leopoldo Alonso publicaba una serie de treinta correspondencias con el título de “El infierno de los yerbales” (1927), destinadas a dar a conocer el problema de la esclavitud blanca que pesaba sobre los mensúes; y Roberto Arlt revelaba las condiciones extremas de pobreza que potenciaba la sequía en Santiago del Estero (“El infierno santiaguense”, 1937). Estaba claro que *Crítica* y *El Mundo* implicaban empresas periodísticas de índole muy diversa a *La Nación*: diarios populares, dirigidos a los sectores medios, más cercanos al modelo sensacionalista norteamericano y con un foco puesto en los conflictos sociales. Su análisis implicaba un nuevo conjunto de hipótesis que habilitaban, por su coherencia y representatividad, otra línea de investigación e, incluso, otra tesis de doctorado. La intervención de la directora de tesis, Sylvia Saítta, fue determinante para producir el primer recorte del objeto de estudio: dejar afuera estos dos diarios vespertinos para encauzar el trabajo en *La Prensa* y *La Nación* en el período de entre-siglos.

Hurgando en un viejo fichero de madera de la biblioteca Tornquist, en el Banco Central de la República Argentina, durante una pausa en la lectura del diario *La Prensa*, apareció un sugestivo título que merecía relevarse: el autor se llamaba Manuel Bernárdez, y el libro, publicado en 1901 por la imprenta La Nación, se titulaba *De Buenos Aires al Iguazú. Crónicas de un Viaje Periodístico á Corrientes y Misiones*. Esta nueva línea de investigación derivó en otro periódico, *El Diario*, dirigido por Manuel Láinez, donde Bernárdez venía desempeñándose como *repórter* viajero desde principios del siglo XX. Sus crónicas, junto con las de Arturo Giménez Pastor, estaban orientadas a la divulgación del patrimonio argentino, el progreso de sus industrias y los avances de las comunicaciones y medios de transporte. En su gran mayoría, estos viajes habían sido realizados acompañando a

la comitiva del entonces Ministro de Obras Públicas, Emilio Civit, quien realizó una intensa labor dedicada a la expansión ferroviaria y fluvial como ministro de la segunda presidencia de Roca, muy publicitada tanto en la prensa diaria como en los semanarios ilustrados de la época.

Por los mismos meses, el tiempo invertido en las hemerotecas volvió a dar frutos bajo la forma de otro hallazgo, esta vez en el diario *La Prensa*: se trataba del trabajo del corresponsal José Manuel Eizaguirre, quien había realizado la gira más extensa por el país publicada en un diario de la época. Llevaba por título “A través de la República” y recorría 13 de las 14 provincias existentes a la fecha, a lo largo de 92 entregas publicadas durante un año, entre 1900 y 1901. El duelo por la pérdida de los periodistas populares de *Crítica* y *El Mundo* –relegados al epílogo de la tesis– podía finalmente cerrarse frente a la conformación de un corpus definitivo, que comprendía a los tres diarios de mayor tirada en el cambio del siglo XIX al XX, *La Nación*, *La Prensa* y *El Diario*, en un período que permitía rastrear la emergencia y consolidación de la figura del *repórter* o corresponsal viajero. De la experiencia podía extraerse una máxima: en una tesis lo que se deja afuera es tan importante como lo que queda dentro.

Principales hipótesis

Una de las hipótesis principales del proyecto sostiene que las crónicas periodísticas de viaje al interior del país contribuyeron a modelar un imaginario de Nación y a fomentar una identidad colectiva, en un período de crecimiento acelerado y cambios profundos, marcado por la afluencia inmigratoria y una difundida percepción de disgregación cultural y pérdida identitaria. ¿En qué momento surgen las hipótesis de una investigación? ¿Son previas al relevamiento efectivo del corpus o, por el contrario, responden a una comprobación surgida del mismo? Este proyecto había sido concebido con la convicción, derivada de los argumentos de Benedict Anderson (2000),

que los periódicos crean por sí mismos una comunidad imaginada entre un conjunto específico de lectores, que consumen simultáneamente ese mundo también imaginado que propone la heterogénea sintaxis de un periódico, que confían en la existencia de miles de lectores que al mismo tiempo están realizando esa idéntica ceremonia de lectura, y que confirman de continuo, en la experiencia compartida de lectura, que ese mundo imaginado está firmemente arraigado en la vida diaria. También partía de la certeza de que las representaciones del territorio nacional constituyen la base silenciosa e irreductible de las naciones, que la posibilidad misma de construcción de un determinado tipo de comunidad nacional se asienta sobre la delimitación de un espacio que adquiere un estatuto simbólico, ya que, en estas representaciones, el espacio se carga de contenidos, valores y significados, tanto emocionales como racionales (Andermann, 2000).

De ahí que estas giras periodísticas por el interior del país, tan atentas a los paisajes y a los tipos representativos, a la geografía, las costumbres y los modos de vida, publicadas en los diarios de mayor circulación de Buenos Aires, no podían ser ajenas a un conjunto de prácticas de fines del siglo XIX orientadas a la formación de una sociedad nacional, como las que releva Lilia Ana Bertoni (2007) en su destacado estudio, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: reformulación de los contenidos de la enseñanza pública, ritualización de la celebración de las fechas patrias, definición de los símbolos patrios, creación de monumentos, etc.* Una inesperada comprobación de esta idea provino de la lectura de *La restauración nacionalista* (1909), de Ricardo Rojas, en un seminario de doctorado sobre el Centenario de 1910, dictado por los profesores Fernando Devoto y Paula Bruno. También Rojas había pensado la función de estas crónicas, cien años antes, como instrumento educativo para nacionalizar a los hijos de los inmigrantes, cuando propuso la creación de una “Antología Argentina”, compuesta por fragmentos de obras históricas y literarias, destinada a complementar la enseñanza de Historia, Geografía e Idioma nacional: en el tercer volumen de la

virtual antología, titulado “Paisajes, Tipos y Costumbres”, incluía, entre los autores propuestos, los nombres de *reporters* viajeros como Ashaverus, Payró y Fray Mocho, entremezclados con los de Sarmiento, Echeverría y Joaquín V. González.

Otra confirmación relativa a esta hipótesis surgió en el transcurso del relevamiento hemerográfico, con el descubrimiento de los suplementos ilustrados que *La Nación* y *El Diario* lanzan a comienzos del siglo XX. Allí podía estimarse la relevancia del espacio dedicado a la difusión de fotografías de paisajes representativos de una dimensión simbólica de lo nacional, que vincula a la naturaleza con la idea de patria: los lagos del Sur, la cordillera de los Andes, las cataratas del Iguazú, etc. Considerando este entramado discursivo icónico y verbal, surgía con claridad la conclusión que ya intuía sagazmente uno de los periodistas principales del corpus, José Manuel Eizaguirre, cuando afirmaba, en 1907, que: “El concepto claro de nacionalidad argentina y de solidaridad popular, entre nosotros, es una obra fundamental de la prensa” (188). Efectivamente, las excursiones periodísticas al interior del país constituyeron una de las vías de acercamiento de los lectores de diversas latitudes y produjeron un conocimiento recíproco inédito de las problemáticas específicas de cada provincia, las potencialidades económicas, las riquezas naturales, las virtudes y defectos de sus habitantes (si bien muchas veces fueron reducidos a esquemáticos estereotipos). Estos vasos comunicantes generaron lazos identitarios sustentados por un interés común que remitía en última instancia a la idea de patria, entendida, más allá del suelo donde se nace, como una sociedad viviendo una vida en común, trabajando con un fin y marchando a realizar en el tiempo una misión providencial.

Por otro lado, la indagación sobre los aspectos formales de las crónicas y sobre las diversas modalidades del ejercicio periodístico que recurren a este formato discursivo, en el período estudiado, como es el caso de un incipiente periodismo de denuncia y de investigación, o de las giras dedicadas a publicitar los actos de gobierno,

revelaron una serie de vínculos entre prensa y política que persistían más allá de la modernización periodística, en otras palabras, más allá de lo que podría llamarse el giro informativo (el paso de una prensa de opinión a una prensa donde predomina la información) y de la superación de los paradigmas de la prensa facciosa. Estas evidencias obligan a someter a revisión aquellas hipótesis que postulan la autonomización de la prensa de lo político-estatal. Prácticas residuales de un periodismo partidista o faccioso conviven en el período de entre-siglos con una modernización radical de la propuesta discursiva de la prensa periódica y con la creciente diversificación de sus contenidos.

Asimismo, el análisis del género de la crónica y su práctica permitieron resituar el lugar de la crónica modernista latinoamericana en un contexto más abarcador, en el que ya se venían explorando las posibilidades expresivas del género y forzando los límites de esa oposición clave entre informar y hacer literatura. Esta observación, sin menoscabo del magisterio ejercido por los escritores modernistas en la práctica de la crónica periodística, invita a revisar esa construcción crítica que los convirtió en “inventores de la crónica” (Rotker, 1992), ante la evidencia de su inserción en un medio propicio donde se venían desarrollando experiencias afines, aunque de menor radicalidad en cuanto al trabajo con la materia verbal.

A propósito de los vínculos entre prensa y literatura, el examen de la obra literaria de Payró y Fray Mocho corrobora los alcances del modelo del viaje periodístico en sede literaria. No solo en el sentido de los contenidos periodísticos reelaborados como base de la ficción, sino, fundamentalmente, en el sentido del desplazamiento de un modelo enunciativo de la prensa (el del *repórter* viajero), cuyo traslado a la literatura propició la construcción de un punto de vista realista que generó lecturas equívocas, como las que rodean al viaje ficcional de Fray Mocho (pseudónimo de José Sixto Álvarez) a los mares australes (*En el mar austral*, 1898); o ambiciosos e inconclusos proyectos literarios como el de la novela *Nosotros*, donde Payró se

proponía, al decir de Rubén Darío (1896), “meter la Argentina en un libro”, al igual que lo hizo Zola en su novela *Roma* (traducida por el mismo Payró), actuando como un “colosal repórter”.

Interrogantes

La concepción inicial del proyecto estaba fuertemente anclada en la figura del escritor que acreditaba asimismo una trayectoria periodística, es decir que el interés por la práctica periodística derivaba de un interés primordial por los textos literarios. Pero, en el transcurso de la investigación, la figura del corresponsal viajero se adueñó de la tesis relegando el lugar de los proyectos literarios a las zonas específicas donde el modelo enunciativo periodístico se intersectaba con los textos de ficción. Este desplazamiento implicó, a su vez, construir un corpus que no se apoyaba en nombres reconocidos, al punto tal de incluir algunos textos anónimos o firmados con seudónimos de atribución dudosa. Este hecho planteaba algunos interrogantes. Por un lado, requería el corrimiento de una zona segura para un graduado en Letras, como es la del ejercicio específico de la crítica literaria, para aventurarse por los terrenos de la historia cultural; por el otro, exigía una justificación adicional para este nuevo corpus, que no se sostenía por el peso específico de los nombres propios (salvo el caso destacado de Payró), ni por los atributos intrínsecos de las plumas periodísticas (de calidad más bien desapareja). Los nombres de Julio Piquet, Aníbal Latino, José Manuel Eizaguirre o Manuel Bernárdez podrían pecar de irrelevantes para un futuro jurado. Se trataba de un riesgo digno de asumirse, con el convencimiento de que en el período estudiado se produce efectivamente la emergencia de nuevos perfiles profesionales en la prensa periódica y que estos periodistas ocuparon un lugar destacado en la evolución y profesionalización de la actividad, más allá de su mayor o menor visibilidad.

Finalmente, el recorte específico de este nuevo objeto de estudio, denominado periodismo viajero, según la terminología inestable utilizada por los mismos actores, resultó en perspectiva uno de los hallazgos que justifica la investigación, y que, por añadidura, está investido del placer genuino que produce el descubrimiento de nuevos materiales. Una investigación de doctorado debe abrir líneas de investigación, proporcionar nuevas perspectivas sobre su objeto de estudio, alumbrar zonas poco transitadas o producir un enfoque o abordaje novedoso. Y en este sentido, la tesis desbroza un sendero para avanzar en la exploración del fascinante y abigarrado universo de la prensa periódica de entre-siglos.

Proyecciones

La serie de crónicas periodísticas de viaje al interior del país, aislada como un objeto específico, permite identificar una línea de continuidad que se adentra en el siglo XX, y que, a su vez, revierte sobre el estudio de estos periodistas pioneros y precursores. Por ejemplo, el viaje de Roberto Arlt a la Patagonia (“Aguafuertes Patagónicas”, 1937), se inscribe en una larga tradición de viajes periodísticos al sur argentino, que conecta con el “Viaje al país de las pieles” (1891) de Eizaguirre; *La Australia Argentina* (1898), de Payró; o “El lejano Sur” (1932), de González Tuñón; y que leídos en conjunto brindan la posibilidad de analizar la evolución del género, sus puntos de inflexión y viraje, las continuidades y rupturas de temas y procedimientos. En definitiva, habilitan una lectura panorámica, a través de un recorte que permite rastrear, inclusive, la evolución y los cambios de la prensa diaria.

Y en sentido retrospectivo (o de los precursores, en clave borgeana), las investigaciones periodísticas de Rodolfo Walsh (quien también fue cronista viajero), iluminan una zona de la obra periodística de Roberto Payró, que presenta características que la colocan en una línea evolutiva que confluye, en una de sus vertientes, en lo que

actualmente se conoce como nuevo periodismo. Un último ejemplo sobre estas iluminaciones recíprocas: las referencias al cine en las crónicas de viaje de Roberto Arlt, utilizadas muchas veces para establecer analogías en las descripciones paisajísticas, invitan a reparar en una constante que se remonta al siglo XIX: las referencias a los distintos dispositivos visuales –el caleidoscopio, el diorama, el poliorama o los panoramas– que permiten pensar al paisaje como un medio de representación en sí mismo.

Estas ideas propiciaron cruces que en perspectiva resultaron muy productivos para reconocer el objeto de estudio, revisando hipótesis que correspondían a textos y contextos posteriores e intentando verificar su funcionamiento retrospectivo. Una suerte de práctica deliberada del anacronismo, estimulada por la lectura de Didi-Huberman, quien destaca justamente la fecundidad del anacronismo en el análisis de las imágenes artísticas (2011). De este modo, por citar un ejemplo más cercano en el tiempo, las crónicas periodísticas de viaje de Haroldo Conti al Delta del Tigre y a Tucumán, publicadas en la revista *Crisis*, podrían leerse bajo la perspectiva amplia del desarrollo del género estudiado y ofrecerían una nueva vía de acceso para pensar, por ejemplo, las inflexiones del periodismo cultural de los años setenta. Si la investigación aquí reseñada posibilita insertar estos casos aislados, que en general se analizan desde la perspectiva acotada de la obra del autor, en series más amplias de sentido, que los vinculan con la evolución de la prensa periódica y el quehacer periodístico, quedaría justificada tan solo por ese horizonte de lectura que podría contribuir a desarrollar.

Coda

El trabajo con los diarios del pasado deviene, con el correr de los años, una suerte de adicción. El investigador de la prensa se convierte, literalmente, en uno de esos cazadores furtivos y viajeros nómades de que habla De Certeau (2007), metaforizando la práctica lectora.

En muchos de estos viajes, bajo la luz artificial de las hemerotecas, sueña con realizar proyectos magníficos, aunque sean solo excusas para seguir leyendo esos diarios ajados y amarillentos, que le permiten encarnar fugazmente al Robinson de una isla por descubrir.

Bibliografía

- Alonso, L. (1927–1928). “El infierno de los yerbales”. *Crítica*, 17 de diciembre– 4 de enero.
- Andermann, J. (2000). *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Anderson, B. (2000). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Arlt, R. (1934). “Aguafuertes Patagónicas”. *El Mundo*, 11 de enero – 19 de febrero.
- . (1937). “El infierno santiagueño”. *El Mundo*, 7 – 17 de diciembre.
- Bernárdez, M. (1901). *De Buenos Aires al Iguazú. Crónicas de un viaje periodístico a Corrientes y Misiones*. Buenos Aires, Imprenta de “La Nación”.
- Bertoni, L. A. (2007). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines de siglo XIX*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Darío, R. (1896). “Introducción a ‘Nosotros’ por Roberto J. Payró”. *La Nación*, 1º de mayo.
- De Certeau, M. (2007). *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana.
- De Soiza Reilly, J. J. (1923). “Viaje policial a través de los montes del Chaco”. *Crítica*, 19 de mayo – 13 de junio.

- Didi-Huberman, G. (2011). *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Eizaguirre, J. M. (1891). “Al país de las pieles”. *Sud-América*, 14 de octubre – 10 de diciembre.
- . (1900–1901). “A través de la República”. *La Prensa*, 21 de junio – 20 de mayo.
- . (1907). *Páginas argentinas ilustradas. Dieciséis capítulos de historia y comentarios sobre hechos militares, políticos y sociales de la Argentina*. Buenos Aires, Maucci Hermanos.
- Fray Mocho. (1898). *En el mar austral. Croquis fueguinos*. Buenos Aires, Ivaldi & Checchi.
- González Tuñón, R. (1927). “El obrero de la industria azucarera tucumana es esclavo del patrón”. *Crítica*, 13 de septiembre.
- Martínez Estrada, E. (1948). *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (Vols. 1-2). Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Payró, R. J. (1898). *La Australia argentina. Excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Isla de los Estados*. Buenos Aires, Imprenta de “La Nación”.
- Prieto, A. (1996). *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Rojas, R. (1909). *La restauración nacionalista. Informe sobre educación*. Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

Rotker, S. (1992). *La invención de la crónica*. Buenos Aires, Letra Buena.

Servelli, M. (Introducción, selección y notas). (2006). *Viajeros al Plata (1806–1862)*. Buenos Aires, Corregidor.

---. (2010). “¿Literatura de frontera? Notas para una crítica”. *Iberoamericana*, X. 39: 31-52.

---. (2018). *A través de la República. Corresponsales viajeros en la prensa porteña de entre-siglos (XIX–XX)*. Buenos Aires, Prometeo.

Teatros y espectáculos y su público. La contienda por el orden moral en la prensa cordobesa de 1920

Paulina Brunetti

Universidad Nacional de Córdoba

Introducción

Este trabajo tiene como finalidad estudiar en la Córdoba de 1920 el panorama cultural con un conjunto limitado de textos especialmente referidos al teatro comercial y algunos otros espectáculos, y las reacciones que ante él tuvieron los dos diarios de mayor circulación en ese momento. El trabajo ocupa una región reveladora en cuanto es la década en que la ciudad asiste a cambios significativos.

Loris Zanatta (1996) ha notado el interés de la Iglesia en 1930 por una recristianización luego de un período de debilitamiento del catolicismo. Sin embargo, como señala Jessica Blanco, esto no sería aplicable a Córdoba: “[...] ¿puede demostrarse empíricamente esta caída, cambio y resurrección planteada por Zanatta a nivel nacional? ¿La década de 1930 significó el inicio de un despertar católico? ¿Hizo falta en Córdoba la recristianización ‘de una sociedad des-cristianizada?’” (Blanco, 2008: 51). Su respuesta es negativa, “más allá de que en los años de 1930, también aquí la Iglesia apeló a un discurso revanchista, con el uso frecuente de términos como avanzada, ofensiva, cruzada, etc.” (Blanco, 2008: 51).

Por su parte, algunos autores que analizan el discurso católico de los años 30 hacen una escueta referencia a la solicitud que se hacía a los gobiernos sobre la necesidad de represión de “la prensa libertina,

el cinematógrafo corruptor, el teatro escandaloso, la escuela materialista” (Zanatta, 1996), considerando que la crisis económica no era más que una apostasía liberal. Omar Acha (2000) también refiere a lo que se consideraba “Peligros sentidos como fatales: la pornografía, las modas, la displicencia de la juventud, el divorcio. Todos estos eran también materia de cuidado”¹. Pero la atmósfera de una ciudad ultracatólica y conservadora mutaba para los primeros años de 1920; a su modo, la modernidad llegaba a Córdoba o, como señala Vagliente (2015), un moderado viento secularizador.

Una contextualización necesaria

En los comienzos de la década de 1920, los diarios de mayor circulación fueron *La Voz del Interior* y *Los Principios*. Siempre se ha dicho que el segundo fue el más importante de Córdoba. Si bien es cierto, el primero contaba con un tiraje de 10.000 ejemplares diarios; del otro no hay datos ciertos, solo indicios que hacen pensar en unos 14 o 15.000, por lo que podemos suponer que la diferencia² no era extrema³.

-
- 1 Igualmente, para la Córdoba de los años 30, según afirma Blanco “[...] La Iglesia pretendía reglar moralmente toda la sociedad, con la censura de espectáculos públicos o de cierto tipo de lecturas consideradas ‘perniciosas’, modalidades que continuarán manteniéndose durante todo el período estudiado” (2008: 51).
 - 2 En octubre de 1928 nació el vespertino *Córdoba* que vino a sacudir el campo periodístico cordobés: en un año fue de 6.000 ejemplares diarios a 18.000. Los periódicos restantes *La Opinión* (1915-1947); *La Provincia* (1919-1921); *El Tiempo* (1921-1925); *Tribuna* (1924-1931); *El País* (1926-1942); *El Día* (1930-1932) y *Comercio y Tribunales* (1929-1939) se ubican como satelitales, pero haremos más adelante algunas menciones.
 - 3 La ciudad que en el censo nacional de 1914 contaba con 134.925 habitantes, en 1924 se calculaba que había alcanzado los 200.000; por su parte, el diario *Córdoba* estimaba, sin datos estadísticos, 250.000 en octubre de 1929.

Los Principios, vocero del arzobispado cordobés, que había nacido en 1894 para combatir el liberalismo, se reconcentra siempre en una actitud defensiva y ofensiva que construye un discurso en el que manifiesta claramente “objetivos de disciplinamiento social articulados en *dogmas*” [subrayado en el original] (Roitenburd, 2010: 71). Si, por un lado, no fueron extrañas para la época las opiniones relativas a la moral y a las buenas costumbres, el caso de *Los Principios* parece especialmente significativo por una serie de características que hacen a una autorrepresentación de sí mismo como sujeto de enunciación. En efecto, el diario se atribuye la paternidad espiritual de la sociedad cordobesa y desde ese lugar asume un discurso autoritario, en una suerte de intento de conservación de un orden moral que se ubica en el concepto de “sociedades tradicionales”.

El caso de *La Voz del Interior*, que salió a la calle en 1904, es opuesto. En 1918, quien había sido hasta entonces su director –Eduardo Martín– abandonó el cargo que ejercía con absoluta independencia, por discrepancias de criterio en cuestiones políticas con quien entonces figuraba como propietaria, María Reina Loustau Bidaut de Remonda, aun cuando tales diferencias fueran con el hermano de esta, Pedro Loustau Bidaut –quien ya había comenzado su carrera política, hace tiempo, en las filas del radicalismo–. Para esa ocasión, la familia Loustau Bidaut viajó a Buenos Aires y, por las gestiones allí realizadas, ocupó el cargo de director del diario José María Carceglia, que trabajaba en el vespertino diario porteño *Última Hora*. Su dirección fue fundamental hasta 1931. El diario seguiría fielmente la trayectoria político-partidaria de Pedro Loustau Bidaut (radical rojo⁴, luego elpidista⁵, luego personalista e incluso respaldó ampliamente las ideas

4 Durante la gobernación de Eufrasio Loza (1916-1919) el partido radical se divide en dos sectores: los “azules”, identificados con el clero y los sectores de élite; y los “rojos”, vinculados a sectores medios que sostenían posiciones liberales y más progresistas.

5 En las elecciones para Diputados Nacionales de 1922, en las que el radicalismo levantó la abstención, Pedro Loustau Bidaut fue electo.

de Amadeo Sabattini en su actuación durante la gobernación de José Antonio Ceballos). Sin dejar de ser un diario radical como lo había sido desde sus inicios, la nueva dirección imprimió otra dinámica a sus hojas a través de una escritura opositora audaz, militante y anticlerical, aunque no descuidó los intereses comerciales. En lo político y cultural, habría de transformarse en una fuerza centrífuga en la Córdoba de 1920 al embestir bastiones inexpugnables de la política, la justicia y el clero. Y si bien quizás no logró transformar, al menos sí pudo introducir debates e inquietudes solemnemente silenciados en la Córdoba clerical. El mismo diario se definiría orgullosamente como “de combate” (11 de julio de 1922). Esto es, se reconocía abiertamente como un diario de partido, capaz de enfrentar la doctrina católica definida por el catolicismo oficial.

Numerosas críticas e imputaciones pueblan sus páginas ya sea en contra del clero o de los tres poderes de la provincia. Una retórica inflamada en la sección política, en la que se combinaban vilipendio y burla, hacía circular las ideas y desprejuicios que la modernidad traía de mano. Así, irritó fuertemente a sus adversarios políticos y al clero en particular. Carceglia, según el diario, venía a cambiar el clima moral de Córdoba, a extender la llama liberal, a partir de lo cual se cambió el antiguo personal. A los dos meses de llegar a la dirección, *La Voz del Interior* decía:

El personal antiguo de nuestro diario, empeñado en bregas literarias inocuas con fines exclusivistas como ser el nombramiento de algún redactor con veleidades rebenianas olvidó que manejaba un diario consagrado a la defensa del interés público y lo convirtió en un vaciadero de autoloas que el público no tuvo reparo en repudiar. (20 de diciembre de 1918)

Posiblemente antes de la elección se diera su acercamiento al sector vinculado a Elpidio González.

El ingreso de Carceglia dio lugar a un sinnúmero de artículos en los que ostentaba su posición liberal y anticlerical, y acusaba continuamente al alto clero. Este debió sentirse especialmente atacado y furibundo con su competidor, seguramente por el hecho de que Carceglia había llegado para deconstruir innumerables prejuicios morales, que de todos modos no eran los únicos, ya que en el ámbito de la política ocurría lo mismo. *La Voz del Interior* se reconocía un diario liberal y decía:

[...] liberal puede llamarse a cualquier persona que tiene la virtud de manejarse por sí sola, libre de trabas morales, capaz de ejercitar el imperio de su voluntad hasta el límite en que puede llegar la acción de los humanos. No admite tiranías porque va directamente contra ellas [...] tiende, -como razón primordial de su existencia, -a conseguir sociedades armónicamente encuadradas dentro de la voluntad sana de cada uno de sus miembros [...]. (28 de noviembre de 1919)

Defendía la escuela laica porque la religión pertenece al fuero íntimo de cada uno y a la familia, en todo caso (*La Voz del Interior*, 10 de enero de 1919). Pero también fue un diario anticlerical, al menos durante algunos años, y el dato no es menor. Señala Vidal (2016) que *La Voz del Interior*, cuando se convirtió en vocera del radicalismo rojo, se destacaba por un anticlericalismo acérrimo y que posteriormente (hasta 1925, aproximadamente) variaba constantemente respecto del apoyo o la crítica que hacía a los candidatos de uno u otro partido mayoritario.

Sin embargo, el radicalismo rojo se disolvió en 1920 y por varios años más el diario se mostró anticlerical, fuertemente en un principio para luego menguar sus críticas, quizás empujado por motivos de carácter político. Ciertamente este es un tema para tratar en profundidad en otro trabajo, pero merece su atención. Como señalan Di Stefano y Zanca (2013), existen franjas de contestación anticlerical: algunas rechazan el monopolio de los bienes de salvación; otras, las intromisiones de la Iglesia en ámbitos que le son

extraños; finalmente, están las que denuncian alianzas con otros poderes opresivos. En ese sentido, el campo del anticlericalismo es multiforme. Por su parte, *La Voz de Interior* se reconocía abiertamente como un colectivo anticlerical: se decían cristianos, pero no católicos. Recordaban la Semana Santa y la renarraban durante días con extensos artículos donde se proponían demostrar que la doctrina de Cristo era totalmente opuesta a la que sostenían los católicos. Atacaban su moralismo, su hipocresía, la coerción a los derechos del individuo y defendían la separación de la Iglesia y el Estado. Aunque el anticlericalismo –ideología de la secularización– cumplió un papel importante en los procesos políticos y culturales argentinos de los siglos XIX y XX (Di Stefano y Zanca, 2013), básicamente *La Voz del Interior* adhería a un conjunto de principios irrenunciables: el progreso, la civilización, los derechos individuales cada vez que se enfrentaba a los estrechos márgenes que la Iglesia, como poder, confinaba a sus fieles.

A continuación vamos a analizar especialmente los discursos de ambos diarios frente a los espectáculos, sobre todo teatrales, en tanto no solo interesan las confrontaciones sino la discursividad que desarrollaron.

El teatro, otros espectáculos y su público

Graciela Frega (2004) ha analizado la circulación y recepción del teatro comercial porteño en Córdoba entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, en cuyas representaciones encuentra fuertes diferencias en los comportamientos del público cordobés. Distingue varias etapas, de las que tomamos las dos primeras. Sus antecedentes datan desde 1885. Encontró una serie de medidas restrictivas, especialmente entre 1880 y 1900, tanto de los poderes públicos como de la misma prensa que los critica. A partir de 1900 aproximadamente:

[...] el teatro cordobés interrumpió por varios años sus vínculos directos con el teatro porteño y volvió a conceder el dominio absoluto de sus escenarios a las compañías dramáticas y líricas europeas. La imposición de principios de jerarquización conservadores y elitistas, fue, sin lugar a dudas, una de las causas que obstaculizó el avance e impidió que, en el tramo final del siglo XIX, el medio teatral de Córdoba lograra alcanzar “una altura paralela al progreso de otros planos ciudadanos⁶”. (Frega, 2004: 78)

Aunque hacia 1904 se vuelven a restablecer las relaciones, no obstante disminuye el entusiasmo y la convocatoria no es uniforme (Frega, 2004). Se advierte hacia fines de la primera década una apatía del público que acoge apenas tibiamente las representaciones teatrales porteñas.

Los años de 1920

Hacia finales de la década de 1910, se asiste en Córdoba a un clima social diferente derivado de múltiples causas, entre las que podemos mencionar la Primera Guerra Mundial, la llegada del radicalismo al poder, la Reforma Universitaria de 1918, el paulatino ascenso de algunos sectores a la clase media, la progresiva alfabetización. Todo esto va conformando una nueva organización del público. No es extraño, entonces, que los espectáculos en general cobraran una energía inusual, tanto en el teatro, el cine, como en la apertura de salones, bares y espectáculos de varietés⁷.

En el mes de julio de 1919, la compañía de zarzuelas clásicas Marín obtuvo en el teatro Comedia escasos resultados de boletería y su

6 Esta cita es del historiador Efraín Bischoff (1961) que recupera Frega en su capítulo.

7 Se observa en los diarios la escritura de la palabra como “varietée”, “varietés” o “varieté”.

temporada pasaba casi inadvertida, de modo que antes de lo previsto anunciaba sus últimas funciones. Sin embargo, y según *La Voz del interior*, “sin ninguna intención” se puso como variedad “La casta Susana” y “ese día la gente se agolpó en boletería, y se pelearon por conseguir entradas”. El diario concluía: “El plato fuerte, la salsa picante, parece lo único capaz de sacar del letargo al público; lo demás se conoce que no es arte o no merece la pena serlo” (*La Voz del Interior*, 16 de julio de 1919).

A pedido del público, la compañía aplazó su marcha por varios días más anunciando “La corte del faraón” y la reiteración de “La casta Susana”. De hecho, la publicidad del teatro Comedia se agranda en esos días. Por ello el diario vuelve a la jornada siguiente con el asunto:

La moda en los teatros es lo picaresco ¿Es picaresca La duquesa? Pues el teatro se llena como anoche para ver la opereta. No solamente se llena el teatro, sino que el público pide al empresario que retenga la compañía y que continúe con el repertorio picaresco. (*La Voz del Interior*, 17 de julio de 1919)

Lo ocurrido, se señalaba, podía servir de ejemplo a los empresarios. A los pocos días se anunciaba la gran compañía porteña de zarzuelas, sainetes y revistas Podestá-Ballerini la que parece haber tenido un éxito particular en cuanto el diario señala que se trató de algo “como nunca se había visto en Córdoba”, añadiendo un detalle particular: que el público “estaba sediento” de teatro nacional y generó un lleno colosal e inédito, éxito que parece haberse mantenido con los días. De hecho, tanto *La Voz del Interior* como *Los Principios*, aun animados por ideologías muy diferentes, se iban a mantener fieles a una suerte de legitimación elitista, pero algo comenzaba a ocurrir en el plano cultural: una mutación que no podría ser vista solamente como el éxito de estrategias comerciales. Algo despertaba: algo que se iría desarrollando lentamente en el transcurso de la segunda década y quizás en las siguientes y al que ninguno de los dos diarios fue indiferente, aunque de muy opuesto modo.

Y tales atisbos de transformación –aunque no lograrían el desarrollo que tuvo el género chico en Buenos Aires–, emergían con señales contundentes de preferencias en los consumos culturales a los que se iban incorporando probablemente las franjas de trabajadores que la misma sociedad cordobesa desdeñaba pocos años antes. La Córdoba de innumerables procesiones y actos devotos había comenzado lentamente a hacer un espacio a otro clima de ideas al que no fueron ajenos –como dijimos– el radicalismo, la Reforma Universitaria que sembró nuevas tendencias e ideas y la situación de la posguerra.

Indignado, ya en 1919, *Los Principios* publicaba un editorial –“El teatro degenera”– que rezaba: “De un tiempo a esta parte, con asombrosa repetición, directores de compañías teatrales, empresarios y actores toman el teatro como escenario de manifestaciones subalternas, en las que se pintan y remueven los aspectos más repugnantes del arrabal” (21 de enero de 1919).

No deja de reiterar, como lo hará en artículos sucesivos, la tendencia de los empresarios y actores a implantar “vaudevilles y pochades” en las que se reflejaban “la desvergüenza de los bajos fondos sociales”: en ese sentido, lo que más temía era que el teatro influyera en el público (“los miasmas del contagio”) e hiciera naufragar “los afectos más venerados, sagradas obligaciones y firmes convicciones” hasta ese momento. Básicamente estaba destinado a sus lectores animándolos a alejarse de tales espectáculos, pero también solía dirigirse a las autoridades municipales a fin de que intervinieran prohibiéndolos. Dos días después, escribe otro editorial denominado “La moralidad de los espectáculos”, en el que cita a Leopoldo Lugones y vuelve a reiterarse sobre el peligro de las pasiones vergonzosas. Así, este autor duda de que “una esposa o una doncella digna del tal nombre pudieran salir enteramente puras de ese teatro de la infidelidad” (*Los Principios*, 23 de enero de 1919).

Pero el camino del teatro comercial ya se había iniciado y un tiempo después, se reinauguraba el teatro Novedades y se remodelaba el teatro Comedia. También estaba la Confitería del Plata, un espacio múltiple que ofrecía espectáculos de varieté, cine, bailes, sala de café, etc., que atraía un numeroso público al que *La Voz del Interior* calificaba como “heterogéneo”.

El Comedia se reestructuró y se inauguró en junio de 1920, con gran aprobación y entusiasmo de *La Voz del Interior* en tanto pensaba que cubría una ausencia en la ciudad: “Tenemos así el teatro de segunda categoría en el que pueden actuar, desde la compañía lírica popular, hasta el sainete, pasando por todos esos géneros de opereta, comedia, etc.” (*La Voz del Interior*, 22 de abril de 1920).

La compañía Rioplatense inauguró esa temporada. Cuando llegó a Córdoba, *Los Principios* lamentaba su gusto detestable y fundamentaba su opinión con un argumento que, cualquiera sea el ámbito de la experiencia social, planteaba la premisa de todos sus juicios, a nivel político y cultural:

Nunca nos convenció el sufragio universal o séase las mayorías ciegas [...] en arte negamos a la masa anónima el patrimonio del buen gusto. En arte somos aristocráticos. Nos agrada y entusiasma lo bueno, lo escogido, lo superior. La producción populachera y grotesca nos aleja del teatro, que debiera ser escuela de buenas costumbres y que, salvo raras excepciones, es cátedra de licencia y sensualismo, cuando no se convierte en el tablado insípido de la frivolidad. (*Los Principios*, 25 de junio de 1920)

La opinión se apoya en un concepto de “moral”:

Nos referimos a la moral, tal como la llamaban nuestros mayores, que se afanaban en hablar de la buena y de la mala senda del niño, para inculcarle las reglas de la “sana moral”, que así titulaban sin

circunloquios, a las reglas contenidas en el código divino de la doctrina cristiana.

Pero el modernismo que es liberal y que es un gran propagador de “libertades”, ha proscripto la enseñanza de la moral, como cosa vieja, pasada de moda. La moral es un freno para las libertades y por consiguiente opuesto a las tendencias del día. (*Los Principios*, 7 de octubre de 1926)

En realidad, la moral a la que aludían los diarios católicos partía de la premisa según la cual la religión católica era el medio más poderoso para infundirla en los ciudadanos argentinos porque “No hay moral sin Dios”. Esta concepción se erigía como única e invariable: “no es el monopolio de una religión ni una secta, ni la característica de un pueblo o de una edad, sino la luz universal de las conciencias de la que no pueden renegar ni emanciparse los liberales honrados y decentes” (*Los Principios*, 7 de octubre de 1926): se trata de la “verdadera doctrina moral”. *Los Principios* se arroga el patrimonio de una suerte de verdad irrefutable. Su discurso se presentó ofensivo de lo que consideraba los males del liberalismo.

Durante mucho tiempo, el clero ejercía un estricto control con el ánimo de defender lo que denominaba la “moral social” –incluso, a veces, utilizaba la expresión “salud social”– centrada especialmente en todos aquellos temas que, de una manera u otra se vinculaban con las conductas, la vestimenta, los espectáculos, las relaciones sociales, el lugar de la mujer, la educación de los hijos, etc. Tal control que tenía sobre algunos estratos sociales (o deseaba tenerlo), no era sino un aspecto más de una posición hartamente conocida que se incluye en la esfera de la sexualidad⁸.

8 “[...] de Rufo de Éfeso, de Musonio o de Séneca [...] los autores cristianos tomaron –explícitos o no– préstamos masivos y los historiadores de hoy están de acuerdo en reconocer la existencia, el vigor y el reforzamiento de estos temas de austeridad sexual, en una sociedad de la que sus contemporáneos describían, casi siempre para reprochárselas, la inmoralidad y las costumbres disolutas” (Foucault, 2007: 38).

De manera contraria, el diario *La Voz del Interior* promocionó todo tipo de espectáculos. La publicidad fue aumentando mucho desde 1920 en todos los diarios. Del público asistente contamos con algunas señales de que no era refractario a los nuevos escenarios. Se observa así en ese año una ruptura en la que *Los Principios* seguiría un patrón en el cual se iban a mezclar permanentemente las dimensiones morales, sociales, culturales, estéticas y educativas.

Se establece de este modo una controversia, especialmente en la forma en que cada uno de los diarios hablaba y mostraba los espectáculos públicos; incluso *La Voz del Interior* se refirió en más de una oportunidad concretamente a *Los Principios* (a quien había denominado Tartufo⁹ por cuanto le adjudicaba una doble moral) impulsado probablemente por su impronta anticlerical.

El 12 de agosto de 1924 escribe un editorial extenso denominado “Por la libertad en el teatro” en donde critica (como lo hiciera más de una vez) lo que denominaba la doble moral de *Los Principios*. Así, señalaba en un subtítulo denominado “La moral de Tartufo”:

A propósito de las anodinas publicaciones del órgano de las sacristías, en la que fustiga por sistema las obras de cuanta compañía llega de “pornografía procaz”, ¡Aquí sobra algo! Es no saber lo que se tiene entre manos.

El articulista en nombre de la moral, ¿sabrá quién es esta señora a la que lleva y trae con evidente desmedro gramatical? Acusa a las revistas de “la degeneración moral que aflige a la sociedad” ¡Por favor! Y si no pide la excomunión de quienes tales espectáculos ofrecen debe ser sencillamente para no hacerles el reclame. (*La Voz del Interior*, 23 de junio de 1924)

9 Al comienzo de la dirección de Carceglia lo aclaraba: “Las opiniones de Tartufo (léase Los Principios) ante la Guerra Europea son interesantísimos [...]”. Pero luego directamente hablaba de Tartufo hasta en los titulares, lo que significa que ya los lectores conocían bien a quién se refería.

La moral de *Los Principios* era para *La Voz del Interior* la moral del bolsillo y acusaba a la Iglesia de vivir del Estado. Pero, además, se refería a Córdoba como el centro más conservador del país:

[...] hablamos de moralidad porque vivimos donde vivimos, en otro caso, hasta eludiéramos ni mentar el sobado vocablo, nombre de la virtud más elástica y acomodable que se haya inventado, pues tampoco existe en la realidad como todo aquello que pertenece al mundo de lo abstracto. (*La Voz del Interior*, 3 de agosto de 1925)

En junio de 1922, *La Voz del Interior* inaugura una sección con un largo título (con algunas variantes según las semanas) que decía: “TEATRO, CIRCOS Y OTRAS DEMASÍAS. CONCERTISTAS FAMOSOS, MURGUERAS INGENUAS, CÓMICAS DECENTES, CON FAMA Y SIN GLORIA, ESTRELLAS Y FOSFORITOS, TONADILLERAS, CUPLETERAS, DANZADERAS, PAYASOS, TONY S Y DEMÁS, PROFESIONALES DEL ARTE DE LA FARSA Y DEL SALTO MORTAL”. Estaba ilustrada con pequeños dibujos alusivos a las obras que tenían lugar y procuraba mostrar el movimiento artístico de la ciudad. Además, había iniciado en esa sección una columna a veces llamada “Astracanadas”, “Lo que se cuenta”, “De los grandes alacranes”, “En el rincón de los alacranes”, “Chismes y entretelones de la farándula”, en las que se refería brevemente a algunas anécdotas, inocuas la mayoría, sobre la gente del espectáculo comercial. También se redactaban algunas notas de opinión como la que sigue:

Hay que reír

No parece, sino que los trajines de la vida diaria, complicados y aumentados después de las consecuencias poco amables que nos ha dejado la gran guerra, hubieran impuesto a las gentes un giro espiritual.

Y así como todos los valores morales están sujetos a cambios fundamentales, los artísticos y aún los mismos emotivos, van cambiando de alteraciones substanciales, dando también un nuevo e impensado giro a todo lo que sea arte y en asuntos de

teatro, está visto que el público ya no busca ni emociones más o menos profundas: se va tornando simplista.

No interesa una obra que acuse en su tramazón valores ciertamente artísticos: se busca lo chusco, lo que vulgarmente suele llamarse astracanada y se huye de toda escena que acuse un conflicto pasional.

El público no quiere en el teatro pensar ni sentir: Va derechamente a reírse, con cualquier asunto que le ofrezca el motivo de hacerlo.

No es posible dejar pasar inadvertidos estos hechos, que, cuando menos requieren el breve comentario que lo deje constando, por si alguien alguna vez se dedicara sobre la evolución del gusto artístico de nuestro público.

Así siendo la penosa jornada la que provoca sino tragedias, al menos, situaciones de suyo dramáticas, el público compuesto en su mayoría de gente de labor, va al teatro buscando descongestión para sus nervios tendidos y una perpetua vibración [...]. (*La Voz del Interior*, 11 de julio de 1927)

Y cuando elogiaba el género revisteril que alarmaba a *Los Principios* señalaba:

[...] en lo que hace a Córdoba seguirá siendo uno de los números habituales de las futuras temporadas, y acaso tengamos también compañías de mayor importancia [...]. El bataclán ha ganado aquí todas las batallas en su contra. Sólo las familias “bien” no han querido hacerle el favor de su presencia aristocrática. Felizmente, no hicieron escuela porque otras familias más modestas sin dudas, pero no menos decentes, concurrieron a todos los espectáculos del género [...]. (*La Voz del Interior*, 1 de enero de 1927)

¿A qué público se refería?

Ana Yukelson (2004) ha investigado sobre el teatro en Córdoba en tanto práctica cultural y realiza una reconstrucción del público desde 1900. Además de su estratificación describe otra gran división

según la ubicación adquirida por los espectadores en la sala, a la que considera un microcosmos, advierte la reproducción de los comportamientos sociales receptivos y señala huellas del perfil cultural del público:

- Palcos bajos, palcos balcón y palcos de cazuela: pertenecen al sector económico más pudiente, el que básicamente desea mostrarse y realizar un acto de presencia y de notoriedad en su círculo social.
- El público de platea, cuya estratificación económica responde al sector económico medio.
- El público de cazuela: también acoge a un sector medio que busca un teatro de ideas, didáctico y moralizador.
- Por último, el público de gradas y paraíso, en el que se ubicaba el sector socioeconómico bajo.

Es difícil, como se ve, clasificar al público, especialmente en lo que respecta a los sectores medios. De todos modos resulta interesante para los años que analizamos, ya que la arquitectura del teatro parece coherente con las divisiones sociales. Puede vislumbrarse esto a juzgar por lo que dicen algunos artículos de los mismos diarios, por ejemplo al hablar de la vivienda, que era uno de los problemas que más preocupaba a la clase media, ya que era la que “más perdía” viendo cómo crecían sus egresos y menguaban sus ingresos, dada “su vegetativa situación de servidor del Estado”. A diferencia del obrero que vivía desplazado de las zonas céntricas de la ciudad, el empleado debía habitar en una zona próxima al centro –donde el alquiler le llevaba un 30 o 40 % de su salario–, tenía la obligación de ir correctamente vestido “y son tantos sus compromisos que vive ficticiamente, creándose toda una serie de obstáculos para mal sostenerse” (*La Voz del Interior*, 17 de mayo de 1923).

En 1925, algunos artículos vuelven a hablar del estado de la clase media señalando que la tesis de su debilidad era inadmisibile. El diario *Tribuna*, por ejemplo, decía:

La aristocracia es hoy la clase gobernante y depende del bienestar de la clase obrera. La clase media –debería adquirir conciencia de su fuerza–. Las voces que hablan de la debilidad de la clase media parten más bien de la aristocracia, y todas ellas conducen a convencerla de que la aristocracia podría ser su protectora. Dadnos vuestros votos y nosotros os protegeremos quieren decirle (y decimos la aristocracia solamente, porque los capitalistas mercantiles constituyen la clase superior de la clase media), sino el apoyo de la clase media para conquistar el poder y reinstalar la dictadura de la aristocracia.

Esta clase formada casi en su totalidad por empleados y dependientes se ha hallado siempre y sigue hallándose en una situación mucho más precaria que la clase obrera. El empleado, el dependiente, deben presentarse bien vestidos y calzados y no pueden, como el obrero ir a su trabajo en camiseta, alpargatas, y, en cambio, sus ingresos no son mucho más elevados. (*Tribuna*, 12 de marzo de 1926)

En otro artículo titulado “¿Cuál es el destino de la clase media frente a la lucha social cada día más enconada y más extensa?” se refiere a los criterios para distinguir a la clase media que, por lo que se observa, estaba todavía en discusión:

La sociedad moderna ha creado nuevas relaciones entre los hombres, que las de producción y consecuentemente ha dado origen a una nueva clase que no es justamente la del trabajador y el capitalista. Es la llamada clase media que participa de las otras dos, a la vez sin ser decididamente de una o de otra. [...] Pero la definición de clase hay que encontrarla en la situación, en el mecanismo social (hay que ubicar, pues, de uno u otro lado ateniéndonos a sus funciones sociales). Pero aquí surge el problema, porque el

sistema del salario que parece ser norma y medida, no es aplicable a todos los casos. Las profesiones liberales no son susceptibles de definición por ese medio. Un médico puede ser salariado de un patrón sin duda alguna, y entonces le corresponde la ubicación en la clase trabajadora, lo mismo que un abogado o un escritor que también pueden prestar sus servicios en empresas comerciales e industriales, mediante salario: pero aquí ya no se tiene en cuenta el profesional o el técnico sino al salariado, en igual situación que el empleado o el obrero. La gran rama del intermediario o consignatario en el comercio, tampoco se presta a esta definición. (*Tribuna*, 2 de agosto de 1925)

Incluso, por los mismos días llegó a decir que la vida de la clase media era más precaria que la del obrero: “Esta clase, formada casi en su totalidad por empleados y dependientes, se ha hallado siempre y sigue hallándose en una situación más precaria que la del obrero” (*Tribuna*, 24 de febrero de 1926) y brindaba una serie de datos de ingresos y egresos que así lo demostraban.

Como se observa, son variables los criterios de definición que se van barajando en el tiempo. Lo que queda claro es la existencia de una aristocracia que ejerce el poder, una clase pudiente que sería la alta clase media y una amplia franja que ya no son empleados y dependientes a los que cuesta ubicar.

Probablemente, es oportuno el juicio de Adamovsky (2009) según el cual no hay criterios “científicos” para considerar a estos dependientes, empleados del Estado, como clase media en lugar de clase trabajadora. También es curiosa la frase que se lee en el artículo antes citado de *La Voz del Interior* sobre la clase media: “y son tantos sus compromisos que vive ficticiamente, creándose toda una serie de obstáculos para mal sostenerse”. No es posible saber a qué se refiere, pero al menos plantea la pregunta sobre lo que llama “vivir ficticiamente”. Sería oportuno encontrar material que revele si se refería a aspiraciones propias del sector medio que era el que ocupaba las cazuelas.

No obstante, la denominación se manejaba, y se observa en *Tribuna* una diferenciación que, al menos con dudas, va planteando la emergencia de un colectivo de precaria existencia. Aun cuando los criterios científicos se encuentran ausentes, al menos existía una clase media todavía no muy bien clasificada.

También queda claro el lugar que corresponde al paraíso, sobre el que *Los Principios* no duda en juzgar abiertamente siempre que lo nombra:

De un tiempo a esta parte ha disminuido el número de agentes que concurren al teatro de la Comedia; y tal anormalidad se debe quizás el que los elementos populares que ocupan las localidades del paraíso se propasen en ruidosas manifestaciones durante los entreactos y aún en el transcurso de la representación [...]. Algo por el estilo pasa en otras salas de espectáculos, a los que concurre el público popular [...]. (*Los Principios*, 27 de junio de 1926)

De cualquier modo, no se detiene la llegada de los espectáculos. Ya caminando la década del 20, los sainetes, las revistas y las operetas parecían haber ganado el fervor del público y *Los Principios* aceptaba, a regañadientes, aquellas que fueran más discretas. Así también, se arrogaba el poder de policía ya sea aconsejando a las compañías que llegaban “seleccionar las que más se adapten a nuestro ambiente local” o simplemente incriminaba nombrando a los teatros según su criterio. El género de revistas que comenzó a llegar en el año 1923 fue mortal, como dijimos, para *Los Principios*, especialmente porque con él llegaba el repertorio sicalíptico demostrando “la más degenerada obsesión moral” (*Los Principios*, 27 de julio de 1924).

¿Qué había pasado? ¿Por qué esta ofensiva? Espectáculos como el sainete y el teatro criollo también se presentaron en la década de 1910. El contexto parece haber cambiado acrecentando los temores de un clero que veía con recelo una serie de acontecimientos culturales cuya influencia en diversos grados percibía como grave, aunque en realidad siempre los observaba de la misma manera.

Según esta perspectiva, el ateísmo, el materialismo y la prédica in-moral incesante y por todos los medios, produce lógicamente el relajamiento de todos los vínculos, respetos y deberes, la depresión de las costumbres, la ausencia de creencias y de ideales en las multitudes y el achatamiento del carácter en los individuos. Pero quizás el problema fuera más político. El modelo de país que terminó imponiéndose en la Argentina fue elitista, “porque fue llevado a cabo sin la menor participación de las clases bajas, fue de una minoría y estuvo orientado en un sentido antipopular” (Adamovsky, 2009: 102).

En 1926, *La Voz del Interior* publica el editorial “La castidad de un espectador. Observando de palco a palco” en el que se enorgullecía de haber cambiado el panorama cultural de la Córdoba de 1920:

[...] ¿quién podría negarnos que debido a nosotros los “temerarios y escandalosos”, “los vándalos de la pluma” que a nombre de la santa madre iglesia nos excomulgara [...] se ha operado la amplitud que ya viene notándose en la sociedad cuyos moldes enmohecidos sufrieron a nuestros golpes el requerimiento primero y luego la ruptura de los mismos? Quién podría negarnos que esa amplitud que ya vive Córdoba en el seno de la sociedad, salvo casos muy contados y de personas reacias a la sinceridad por que se amamantaron en la vida con la mistificación, no se nos debe a nosotros la notable evolución operada, quienes quijotesicamente, pluma en mano, nos lanzamos hace ocho¹⁰ años entre las sombras que envolvía el reaccionarismo de Córdoba presionando morbosamente la conciencia social. (26 de julio de 1926)

El artículo –que es muy largo y sería imposible transcribirlo en su totalidad– sí advertía que ya no se clausuraban los teatros por temor a las representaciones y que el bataclán con todas sus desnudeces artísticas ya no escandalizaba el pudor de los conservadores. Sin embargo, “La civilización ha triunfado sobre el reaccionarismo

10 Se refiere aquí a la llegada de Carceglia a la dirección del diario.

brutal de Córdoba” podría pensárselo como un tanto exagerado. La Córdoba de 1920 había cambiado, pero a expensas también de muchos factores que ya hemos señalado.

No obstante, todo empuje que puso *La Voz del Interior* hacia el teatro comercial tenía también su contrapartida. Así, por ejemplo, señalaba lo oportuno de un manifiesto del Círculo de Autores Teatrales que exhortaba a la dignificación del teatro nacional animándolos a que desaparecieran los personajes grotescos y los medios subalternos para atraer la atención del público. El teatro se había subalternizado, y la moral y el arte mismo desaparecieron para dar satisfacción al gusto estragado del público (Cfr. *La Voz del Interior*, 4 de noviembre de 1922). Pero, en un artículo posterior, admitía la apatía del público hacia el teatro que había perdido espectadores que iban desertando de las salas. Además, comentaba que había habido “una huelga de gente decente”:

Los teatros de género ínfimo, que complicaban la chabacanería de los argumentos con exhibiciones de desnudos que más hablan al sensualismo de los espectadores que a los cánones del arte, también sufrieron esa crisis de la novedad, teniendo que recurrir a la salpimentación gruesa para defender el negocio [...] ¿de quién es la culpa entonces, de los empresarios que explotan esa tendencia del público o del público que se solaza con ese género que llega a lo pecaminoso? (*La Voz del Interior*, 24 de abril de 1925)

Hacia fines de la primera década, el público parece sentirse tentado por la cinematografía que se extiende también hasta algunos barrios de Córdoba, por lo que muy pronto se habló del triunfo del cine sobre el teatro. Las películas que se exhibían eran todas extranjeras y *La Voz del Interior* dio amplio espacio, con su publicidad, a sus argumentos, a la vida de algunos artistas, a los adelantos del cine estadounidense. Se convirtió en el centro de un popular entretenimiento al que concurrían todas las clases sociales. Pero muy pronto *Los Principios* reaccionó como ante todos los espectáculos de entretenimiento:

Los males del biógrafo

Cuando apareció en el mundo este notabilísimo y maravilloso invento, los espíritus amantes del progreso creyeron encontrar en el nuevo espectáculo, un medio fácil y generoso de cooperar a la cultura del pueblo. En efecto, el campo que se presenta para las personas amantes del estudio y del fomento de la cultura, era inmenso, pero por desgracia cayó bien pronto el negocio en manos de comerciantes codiciosos que tomaron por lo visto al pie de la letra aquello “El vulgo es necio y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle el gusto”.

Inmediatamente empezaron a alagar el torpe apetito y las peores tendencias de la ignorante multitud, hasta el punto de que hoy puede decirse que el cinematógrafo más daño hace que provecho para la cultura general.

Cuadros compuestos por artistas de tercer orden en los que se ve a tiro de ballesta, la vasta urdimbre de una inartística falsedad, es lo que se presenta en espectáculo casi exclusivo; por estos explotadores del oficio al público bonachón y “pagano”. [...] hoy ha llegado a un grado tal de envilecimiento, que es con frecuencia un serio peligro para la moral y la educación del pueblo. (*Los Principios*, 5 de febrero de 1919)

De hecho, el discurso sobre los espectáculos públicos destinado a la clase alta cordobesa no puede ser leído sino en el marco de estas ideas y de los numerosos discursos que cotidianamente insistían sobre la moralidad en la familia, en los jóvenes, en el matrimonio y en la educación. Esto es, discursos que procuran ejercer un alto control social. La censura sobre los espectáculos públicos formó, con todos ellos, una suerte de conjunto de ideas que se sostenían en una embestida de lo que, en definitiva, era una clara oposición a la libertad de pensamiento. Si bien el clero de Córdoba mantuvo con cierto éxito esta hostilidad durante la década de 1920, no impidió resistencias, fisuras, posibles rebeldías. A pesar de su continuo trabajo, el diario, en 1923, reconocía: “Y en más de una ocasión logramos ser atendidos por el público sano; pero, es sensible reconocer que no siempre se obtuvo el fin deseado, pues es más fuerte el espíritu de malsana curiosidad [...]”.

La Voz del Interior, por cierto, criticaba esa moral:

Tartufo habla a veces de la inmoralidad en los cinematógrafos [...]. El concepto de moral es para Tartufo una cosa pasajera y fugaz. La inmoralidad si existe es en la conciencia de cada uno, en la que, de aquel guiado por intenciones subalternas, entra a encontrar en las apariencias y en las expresiones, un mar de fondo. Ha ido al cinematógrafo y ha mirado con los ojos de un sabio viejo y pervertido las escenas sucesivas de un drama pasional, con su intención aviesa la inmoralidad velada tras las apariencias.

(*La Voz del Interior*, 7 de mayo de 1922)

Por su parte, *Los Principios* admitía su prédica infructuosa: “Predicar a los capturados por el seduciente arte cinematográfico, se aproxima a predicar en el desierto” (*Los Principios*, 31 de mayo de 1922).

Finalmente, en mayo de 1928, *Los Principios* advertía en una columna de su sección “Crónica de Artes, Cines y Teatros”: “El anuncio de las obras que figuran en los siguientes programas, no supone su aprobación ni recomendación. Se publican sólo en carácter informativo” (1 de mayo de 1928). De hecho, ya no podía competir periódicamente en el campo de la época de otra manera sino a riesgo de perder lectores.

Para finalizar

Hemos procurado abordar, en un período limitado de tiempo, cursos que se enfrentaron a partir de dos ideologías muy diferentes. En el caso de *La Voz del Interior* no habría que ignorar su carácter de diario anticlerical, lo que lo animó a una audacia infinita para nada negativa en el panorama cultural de Córdoba. Y en el caso de *Los Principios*, no puede obviarse su coherencia con añejas posiciones en las que todo lo que se relacionaba con la sexualidad estaba sujeto a las metáforas de la perversión y la enfermedad. Pero pareciera que,

a pesar de todo, un temor lo animó durante la década de 1920 en la que se sentía amenazado: la aristocracia cordobesa y “su pureza de sangre”, como en otras provincias, se veía menguada. Esto se debía a tres factores: el espíritu democrático de las instituciones, las leyes hereditarias de partición forzosa de la herencia y el incesante acrecentamiento de la ola inmigratoria. El contexto mutaba acrecentando desconfianzas: “el ateísmo, el materialismo y la prédica inmoral incesante [...] produce lógicamente el relajamiento de todos los vínculos, respetos y deberes, la depresión de las costumbres, la ausencia de creencias y de ideales [...]” (*Los Principios*, 9 de julio de 1924).

El caso de *La Voz del Interior* es diferente, al menos en el lapso considerado. Aunque por momentos se mostrará ambivalente, es notable su interés por el cambio cultural que se observaba en ese momento en Córdoba.

Cuando apareció *El País* en 1926, destinó sus críticas a los espectáculos juzgándolos ya sin los atributos de la moralidad o de la proccidad. No se mostró como un diario anticlerical. Sin embargo, en un breve artículo del 13 de mayo de 1926 aparece una carta de lectores quejándose por la pretendida tutela de la moral en el teatro:

Es más, elevan el tono de sus protestas y constituyéndose en árbitros del sentido común y de la ética y de la masa que creen pendientes de sus palabras [...]

Yo contesto, manifestándoles que el espectáculo de muchas mujeres en escena, no puede ser en ningún momento motivo de atracción sospechosa, a menos que se crea que un conjunto femenino, en bailes y danzas, no sea capaz de ofrecer un atractivo grato, lo que sería renunciar a la esperanza de que las mujeres nos puedan interesar en muchos aspectos.

Para concluir, es de notar igualmente respecto de *Los Principios*, que en cada oportunidad que se refiere a la moral, la vincula con la de los “bajos fondos”, a las “pasiones del bajo fondo”. En eso se define solo como lo vimos

anteriormente: “Nunca nos convenció el sufragio universal o séase las mayorías ciegas [...] en arte negamos a la masa anónima el patrimonio del buen gusto. En arte somos aristocráticos”. Y en política lo dejó ampliamente claro después del golpe de Uriburu.

Mientras, *La Voz del Interior* habla de público heterogéneo, gente de labor. Decía de sí mismo en 1929 que, desde su nacimiento, no había habido movimiento proletario que no buscara en el diario apoyo para su causa y defensa de sus derechos. Si bien no podría decirse que fue un diario “popular”, no caben dudas de que desde su surgimiento y en la década de 1920 desplegó técnicas, contenidos y lenguajes que apuntaban a un nuevo lector, aunque reconociera que era propiedad de capitalistas y como tales buscara su lectorado en el campo periodístico. Esto es, era un diario comercial.

Bibliografía

Acha, O. (2000). “Organicemos la contrarrevolución’: Discursos católicos sobre los géneros, la familia y la reproducción a través de *Criterio* (1928–1943)”. En Acha, O. y Halperin, P. *Cuerpos, géneros e identidades*. Buenos Aires, Ediciones del Signo.

Adamovsky, E. (2009). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión*. Buenos Aires, Planeta.

Blanco, J. (2008). *Modernidad conservadora y cultura política. La acción Católica Argentina*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

Di Stefano, R. y Zanca, J. (2013). “El anticlericalismo argentino”. En Di Stefano, R. y Zanca, J. (Comp.). *Pasiones anticlericales. Un recorrido iberoamericano*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

El País, 1926-1930, Córdoba.

Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad 3. La inquietud de sí*. Buenos Aires, Siglo XXI editores.

Frega, G. (2004). “Circulación y recepción del teatro porteño”. En Frega, G., Brizuela, M., Yukelson, A. y Villa, M. J. *El teatro en Córdoba. Documentación y Crítica*. Córdoba, GETCOR (Grupo de estudios sobre el teatro cordobés).

La Voz del Interior, 1910-1930, Córdoba.

Los Principios, 1910-1930, Córdoba.

Roitenburd, S. N. (2000). *Nacionalismo católico. Córdoba (1861-1943). Educación en los dogmas para un proyecto global restrictivo*. Córdoba, Ferreyra Editor.

Tribuna, 1924-1930, Córdoba.

Vagliente, P. (2015). *Asociativa, movilizada, violenta. La vida pública en Córdoba, 1850-1930*. Tomo I. Villa María, EDUVIM.

Vidal, G. (2016). “El ‘Nuevo Catolicismo’ en Córdoba durante la década de 1920”. *Anuario de la Escuela de Historia*, N° 28.

Yukelson, A. (2004). “Conformación, motivación y gusto del público cordobés”. En Frega, G., Brizuela, M, Yukelson, A., y Villa, M.J. *El teatro en Córdoba. Documentación y Crítica*. Córdoba, GETCOR (Grupo de estudios sobre el teatro cordobés).

Zanatta, L. (2005). *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Índice

| | |
|---|-----|
| Prólogo | 5 |
| Preliminar | |
| <i>Liliana Massara</i> | 7 |
| Introducción | |
| <i>Andrea Bocco, Natalia Crespo, Carlos Hernán Sosa</i> | 13 |
| Miradas facciosas, exilios, cautiverios y errancias | |
| La prensa del Padre Castañeda: el uso de la lengua y la forma de la ficción <i>Mónica Bueno</i> | 29 |
| Vicente Fidel López en el periodismo chileno o cómo construir una Literatura Progresista <i>Hebe Beatriz Molina</i> | 48 |
| Las operaciones de la prensa y el Estado sobre la cuestión de la frontera interior: el caso de Santiago Avendaño <i>María Laura Pérez Gras</i> | 70 |
| Las ¿dos? vidas de Martín Goycoechea Menéndez. Derivas de un escritor cordobés <i>Cecilia Corona Martínez</i> | 94 |
| Mujeres de prensa | |
| Ciudades retratadas en la prensa porteña por escritoras “afectadas” <i>Marina L. Guidotti</i> | 114 |
| La mirada política de Eduarda Mansilla en su obra periodística <i>Milagros Rojo Guiñazú</i> | 134 |
| María Eugenia Echenique: <i>una monja emancipista</i> . Escritoras de provincia en la prensa porteña de fines del siglo XIX <i>María Gabriela Boldini</i> | 148 |
| “La aliada”: prensa y literatura en Ada Elflein <i>Natalia Crespo</i> | 165 |

Por un diarismo no (solamente) porteño

- El periodismo y la literatura en Mendoza durante el siglo XIX. Visión de conjunto
Fabiana Inés Varela 191
- Alcides Greca/Guillermo Saraví: procesos de legitimación literaria y medios periodísticos. Construyendo un archivo
María Florencia Antequera, Matías Armándola, María Inés Laboranti 209
- Literatura y periodismo en Alberto Gerchunoff: “compromiso” y verborragia
Alfonsina Kohan 231

Profesionalización y nuevos consumos finiseculares

- La Carcajada*: hojas irreverentes en la Córdoba finisecular
Andrea Bocco 253
- Folletín: la entrada de la literatura en la prensa
Hernán Pas 275
- Ernesto Quesada crítico ¿literario o intelectual? entre 1881 y 1894
Eduardo Romano 305

Algunas proyecciones decimonónicas

- Una piedra en el zapato. El discurso pro civilizatorio en algunas narrativas expedicionarias al Pilcomayo (Domingo Astrada, Otto Asp, Federico Gauffin)
Carlos Hernán Sosa 334
- Excursiones periodísticas: crónica de una investigación sobre la prensa de entre-siglos
Martín Servelli 359
- Teatros y espectáculos y su público. La contienda por el orden moral en la prensa cordobesa de 1920
Paulina Brunetti 375

Desde comienzos del siglo XIX y hasta la Gran Guerra –el “largo siglo XIX”, según Eric Hobsbawm–, circularon por los diversos centros culturales de Argentina numerosas publicaciones periódicas. El ámbito de la prensa fue un laboratorio discursivo fructífero para ensayar diferentes acercamientos a la literatura. Fiel a la impronta de la RELA (Red Interuniversitaria de Estudios de las Literaturas de la Argentina), este volumen reúne artículos críticos procedentes de distintas regiones, que analizan corpus locales desde perspectivas lugarizadas.

De cada cosa un poquito (1831), nombre de un periódico de Luis Pérez, sintetiza el itinerario aquí propuesto. Con la voz socarrona de este poeta, se abre la reflexión sobre muchas problemáticas del vínculo entre prensa y literatura, núcleos duros de la escritura decimonónica, que se discuten en este libro: la tensión entre oralidad y escritura, la polémica, la escritura como arma, el cruce entre literatura y política, la heterogeneidad discursiva.



ISBN 978-987-48148-9-0



9 789874 814890